

LA SEXY CAZA A LA CHICA HITCHCOCK

CRISTINA PRADA - TIARÉ PEARL

zafiro

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

1

Nunca he estado más nerviosa. El viejo banco de madera resuena cuando me levanto de golpe. Miro mi reloj y me acerco con paso apresurado a la puerta del despacho del profesor Kenner. Se retrasa cinco minutos. Repaso la conversación que mantuvimos junto a su mesa hace exactamente dos semanas. Me citó para que viniera hoy a las cuatro en punto. Giro sobre mis bailarinas y vuelvo a alejarme de la puerta. Si tarda mucho más, creo que tendré un ataque en toda regla.

Hoy por fin sabré la nota de mi proyecto de fin de máster sobre Dinámicas de Investigación Social; de él depende que me concedan o no la beca como ayudante del Departamento de Sociología Aplicada en la Universidad de Columbia, el primer paso para convertirme en investigadora, lo que siempre he querido.

Oigo la puerta abrirse y me giro prácticamente en ese mismo microsegundo. Un chico, que reconozco de clase, aunque no sé cómo se llama, sale con aspecto abatido. La fama de hueso del señor Kenner es totalmente merecida.

—Lilianne Harper —me llama deteniéndose bajo el umbral de la puerta de su despacho—, su turno.

Asiento rápidamente, aunque no se queda a esperar una respuesta, y lo sigo al interior de su oficina.

—Tome asiento —me ofrece, haciéndolo él.

Obedezco y observo la estancia. Lo hago por inercia. Soy una persona muy curiosa. Supongo que por eso me gusta investigar la conducta humana.

—He estado revisando concienzudamente su trabajo —me explica abriendo una carpeta y perdiendo su vista en ella— y debo decir que...

Deja de hablar, concentrado en lo que lee. Espero un largo segundo. Comienzo a dar pisadas cada vez más aceleradas y nerviosas contra el desgastado parqué. Otro larguísimo segundo. Otro. Otro.

—¿Le ha parecido bueno? —pregunto impulsiva.

El profesor Kenner alza la cabeza y me observa algo molesto. Yo me revuelvo incómoda en la silla. Soy una bocazas, la mayor virtud de la grandísima idiota Lillie Harper, pero iba a volverme completamente loca si seguía en silencio.

—De hecho, no, señorita Harper —sentencia.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Es usted una de mis mejores alumnas, pero creo que eligió un tema rico, lleno de vertientes, sobre el que pasó de puntillas.

Tuerzo el gesto y bajo la mirada. Elegí el tema «La sexualidad actual: Las nuevas prácticas sexuales socialmente aceptadas» porque me pareció muy interesante y precisamente eso, repleto de matices, pero lo cierto es que las entrevistas no funcionaron todo lo bien que hubiese querido y, con el conocimiento limitado a mi propia experiencia, tampoco había mucho que contar. Tendría que haberle hecho caso a Taylor y haberme presentado en un club de BDSM grabadora en mano.

—¿Significa eso que ya no tengo posibilidades de que me den la beca? —me envalentono a preguntar.

Sé que es otra salida de tono, pero, si la he perdido, quiero saberlo ya.

—No —responde al cabo de unos segundos.

Suspiro aliviada y una torpe sonrisa se escapa de mis labios.

—Pero tampoco es un sí —me aclara. Inmediatamente cuadro los hombros—. Voy a darle la oportunidad de repetir el trabajo.

¡Eso es fantástico!

—Muchas gracias, señor Kenner —me apresuro a responder.

El profesor resopla a la vez que cierra la carpeta de golpe.

—Lilianne —replica dejando atrás el «señorita Harper»—. Sólo hago esto por todo lo que ha trabajado durante el año y porque realmente pienso que tiene un gran futuro en el campo de la sociología, pero, si no hace algo realmente bueno con este proyecto —añade señalando con el índice la carpeta que acaba de cerrar—, no habrá más oportunidades.

—Lo sé.

—Tiene tres semanas —sentencia.

Asiento y me levanto.

—Como prueba de que confío plenamente en usted, empezará a ayudarme como alumna de departamento.

¡Genial!

Me muerdo el labio inferior y vuelvo a asentir con una nueva sonrisa.

—Esta semana comenzaremos con análisis y entrevistas a personajes públicos de la ciudad —me explica moviendo las manos para apoyar sus palabras—. La universidad quiere publicar un libro de perfiles de personalidades. Serán exclusivamente profesionales —especifica—. Pretende ser una guía de logros académicos y laborales, nada de información personal. Nosotros aportaremos el punto de vista sociológico. El primer entrevistado será el fiscal general del estado de Nueva York. Dentro de dos días. Actuará como mi asistente.

El fiscal general del estado de Nueva York es uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Desde luego, es empezar entrando por la puerta grande.

—No lo defraudaré, profesor Kenner.

—Eso espero. No doy muchas oportunidades como ésta.

La sonrisa desaparece de mis labios y la presión crece. Ésta es mi última posibilidad para hacer realidad mi sueño.

Salgo del Knox Hall, el edificio que alberga todo lo relacionado con la sociología en la Universidad de Columbia, y regreso a mi apartamento en la 115 Oeste, junto al Morningside Park. Me mudé aquí porque estaba cerca del campus, pero las vistas convencerían a cualquiera, son increíbles.

No tardo más de diez minutos, pero, aun así, tengo muchísimo tiempo para pensar. Repaso todas las técnicas posibles de investigación, las vueltas de tuerca que puedo darle al tema, todas las perspectivas, pero siempre llego a la misma conclusión: ¿cómo voy a hacer un trabajo claro y efectivo si tengo una experiencia tan limitada sobre el tema en cuestión? Soy plenamente consciente de que no puedo convertirme, de repente, en la dueña de un club de *swingers* en los suburbios de Manhattan, pero necesito algo, lo que sea, que me dé un punto de vista más práctico. ¿Por qué no he sido una de esas personas que, con veinte años, deciden olvidarse de estudiar y ser buenas chicas para dedicarse a experimentar todo lo referente al sexo, las drogas y el *rock & roll?*

«Porque algunas no pueden dejar de ser buenas chicas ni aunque lo intenten», sugiere mi voz de la conciencia.

Tuerzo el gesto. Eso es cierto, pero no serlo, en mis actuales circunstancias, me habría ayudado mucho.

Estoy subiendo los últimos peldaños del último tramo de escaleras a la tercera planta cuando veo a Taylor, mi mejor amiga y vecina de arriba, llamando a mi puerta con uno de sus pies descalzos, con dos Budweiser heladas en la mano y un Marlboro *light* en la otra. Me sorprende que no haya utilizado la escalera de incendios como hacemos siempre.

—Ey —me quejo divertida—, aparta ese pie de mi puerta. Ésta es una planta con clase.

Taylor me hace un mohín y me señala la madera con un movimiento de cabeza que agita su melena castaña clara, casi rubia, llena de ondas.

—Abre esta maldita puerta, Harper —replica—. Tengo dos cervezas y muchas ganas de celebrar la matrícula de honor de sabelotodo asquerosa que seguro que has sacado en tu trabajo.

Al oír sus palabras, me detengo y lanzo un profundo suspiro.

—No hay matrícula de honor —le anuncio.

—¿Sobresaliente, entonces?

—Tengo que repetir el trabajo —sentencio encogiéndome de hombros—, y no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Echo a andar hacia la puerta, la abro ante la conmocionada mirada de mi amiga y entro en mi pequeño, tirando a diminuto, apartamento. Abandono las llaves en la isla de la cocina y con un par de pasos más me dejo caer en mi viejo sofá gris. Taylor me sigue con cara de susto. No la culpo. Nos conocimos el primer día de universidad y compartimos habitación en la residencia durante dos años, hasta que nos mudamos a este edificio. En todo ese tiempo me he esforzado muchísimo por sacar las mejores notas. No hay muchas oportunidades de empleo para los investigadores de sociología y el noventa y nueve por ciento pasan por las becas de la universidad, así que siempre he tenido claro que, si no quiero volver a Indiana con el rabo entre las piernas, debo ser la mejor estudiante.

—¿Qué tema habías elegido? —me pregunta tendiéndome una cerveza y sentándose a mi

lado.

—Eres una amiga horrible —me quejo—. Te lo he dicho algo así como un millón de veces.

Taylor me dedica un nuevo mohín de lo más infantil sólo para evitar darme la razón y, antes de que pueda impedirlo, me da un pellizco en el brazo.

—Soy una mujer muy ocupada —protesta a modo de defensa.

—Yo también lo sería si tuviera una docena de novios.

En ese preciso instante su BlackBerry comienza a sonar. Me dedica esa típica sonrisa de «sé un secreto divertidísimo y no pienso contártelo» y presta toda su atención a su teléfono. La conozco y sé que estará un rato liada con su móvil, así que me quito las bailarinas y me dirijo a la cocina. Me encanta andar descalza y me encantan los zapatos, es una de esas paradojas de mujer moderna colada por Nueva York y por la moda. Seguro que a Sarah Jessica Parker también le pasa. Saco un cuenco de uno de los armaritos y lo lleno con un par de paquetes de Cheez-it. De regreso al sofá, me paro junto al aparato de aire acondicionado y lo enciendo. El verano ha llegado a Nueva York un mes antes de lo normal y, aunque sólo estamos a principios de mayo, el calor está empezando a ser asfixiante.

—Qué tonto —murmura Taylor con una sonrisa, sin dejar de teclear en su *smartphone*.

Yo también sonrío y vuelvo a sentarme a su lado.

—¿Uno de tus novios? —inquiero.

—Claro que no es uno de mis novios —replica sin levantar la vista del teléfono.

Suspiro y clavo la mía en el techo. Aunque la vida sentimental de Taylor podría distraer a cualquiera, no puedo dejar de pensar en el proyecto. ¿Cómo demonios voy a hacerlo?

—Estoy empezando a agobiarme —confieso.

—¿El trabajo? —plantea de repente, sacándome de mi ensoñación.

Yo la miro y suspiro. Acabo de darme cuenta de que he pronunciado la última frase en voz alta. Otra de mis maravillosas virtudes: irme a las nubes y no darme cuenta de que estoy diciendo lo que, en teoría, sólo debería estar pensando.

—No tengo ni la más remota idea de qué hacer, ni siquiera de cómo hacerlo —me sincero—. En el estudio que le entregué al profesor Kenner, todo eran teorías y pensamientos de investigadores que tienen la misma experiencia práctica que yo. Eso no me vale y, si no apruebo, se acabó.

Resoplo y me revuelvo incómoda. Por primera vez en mi vida no quiero hablar. Hablar no va a arreglarlo. Tengo que encontrar una solución y, para eso, primero debo liberarme de esta presión. Cambiar de conversación. Despejar la mente.

—No quiero hablar más sobre el proyecto —sentencio—, mejor hablemos de ti y de tus novios, porque, ¿sabes?, soy socióloga profesional —le recuerdo socarrona—, y a mí no puedes engañarme. Detrás de la sonrisita boba de antes hay sexo, y sexo del bueno.

Taylor se encoge de hombros.

—Creo que es más urgente que nos centremos en tu trabajo.

—No cambies de tema —me quejo—. ¿Es tu novio?

—No lo sé —claudica al fin—, puede que sí, pero en cualquier caso no lo es en el sentido convencional de la palabra —de pronto parece recapacitar sobre la frase que acaba de soltar—, o

puede que precisamente lo sea sólo en ese sentido y no en todos los demás... —se explica con dificultad—. No lo sé —repite al cabo de unos segundos, rindiéndose.

La miro confusa. No he entendido absolutamente nada.

—Explícate mejor —le pido—. ¿Es tu novio o no?

Taylor alza la cabeza y me mira un instante. Deja el móvil sobre la mesa y se gira para que estemos frente a frente. De pronto toda la situación se ha vuelto bastante solemne. ¿Qué demonios va a contarme?

—¿De qué decías que era tu trabajo? De la sexualidad humana, ¿no? De los nuevos gustos, como el *bondage* o el sado, que siempre han estado ahí pero que ahora puedes sentarte a comentar con amigas a la hora del café sin que te miren como a una pervertida.

Asiento. No lo habría resumido mejor.

—Parece que al final sí que escuchas —replico socarrona.

—Cállate y escúchame tú a mí. Ese hombre no es mi novio. Ninguno de los que creen que son mis novios lo son, pero yo, en cierta forma, sí soy su novia.

He vuelto a perderme.

—¿Has oído hablar alguna vez de la *girlfriend experience?*

—¿*Girlfriend experience*? ¿La experiencia de novia? —Niego con la cabeza.

—En esa experiencia le ofrecen a un hombre una cita, la posibilidad de tener una novia por unas horas. Una cena en un bonito restaurante, charla agradable y, después, si es lo que la chica quiere, sexo.

—Espera... ¿quién se lo ofrece?

Analizo las palabras de mi amiga y, torpe, tardo un par de segundos de más en reunir las piezas del puzle.

—¿Trabajas como prostituta? —pregunto tan escandalizada que ni siquiera me sale la voz para gritar como Dios manda.

—De eso, nada —se apresura a responder sin ningún tipo de dudas, incluso un poco ofendida —. Yo no cobro por sexo, cobro por mi compañía. Sólo me acuesto con ellos si quiero. Los hombres que usan este tipo de servicio quieren conectar intelectual y emocionalmente con alguien.

—¿Y normalmente quieres? —inquiero en un susurro.

Taylor se encoge de hombros con una sonrisa.

—Eso es un sí —confirmo lamentándome—, Taylor —la regaño levantándome.

Es guapa, muy inteligente, a punto de doctorarse en Derecho. Podría tener todo lo que quisiera, ¿por qué ha elegido hacer esto?

—Lillie, tienes que poner cada cosa en su lugar —replica levantándose también —. Para mí es un trabajo y no interfiere en mi vida. No estoy en esto en contra de mi voluntad ni nada por el estilo. Voy a fiestas, tengo citas con algunos de los hombres más poderosos e interesantes de Manhattan y me pagan el suficiente dinero como para no estar llena de deudas y préstamos universitarios.

Tuerzo el gesto. No voy a negar que entienda esa última parte. Creo que, si muriese ahora, gracias a la universidad, la tienda de Carolina Herrena de Madison Avenue y los zapatos,

tendrían que enterrarme en una caja de cartón porque el banco se quedaría hasta con mis bragas.

—¿Y no temes que alguien se entere?

—La discreción es la primera regla aquí, tanto para los clientes como para nosotras. Además, nunca uso mi nombre real.

Yo la miro sin poder creérmelo del todo.

—¿Tienes alguna pregunta?

—¡Estás de broma! —estallo sincera—. ¡Tengo miles!

—Pues venga, empieza —me anima con una sonrisa—. Pregunta lo que necesites y úsalo en tu trabajo. Yo te daré la perspectiva práctica y real que precisas.

Asiento. Me levanto de un salto y voy hasta mi habitación para coger una libreta y un lápiz. Las preguntas bullen en mi mente entremezclándose con la preocupación y, antes de que me dé cuenta, la primera sale de mis labios a voz en grito desde mi dormitorio.

—¿Es seguro... para ti?

Taylor no contesta y mi desasosiego crece hasta límites insospechados. Me planteo llamar a su madre a Houston o a su hermano Paul, que también vive en Texas. Quizá incluso puedo aprovechar que voy a ver al fiscal general en dos días para pedirle que la incluya en un programa de protección de testigos a cambio de que denuncie a la organización que la obliga a hacer esto.

—Lilianne Harper —me llama entrando con paso seguro en mi habitación y apoyándose con las dos manos y la mejilla en el marco de la puerta—, deja de imaginarte todo lo que te estás imaginando ahora mismo —se burla.

Me conoce demasiado bien.

Le dedico una irónica sonrisa entremezclada con un mohín, pero lo cierto es que me preocupa, y mucho.

—Sólo es un trabajo —me confirma a medio camino entre la condescendencia y la ternura— y, de hecho, disfruto con ello.

Yo dejo el lápiz que sostenía sobre mi escritorio.

—Lo siento, pero no soy capaz de entenderlo.

No quiero juzgarla, nunca lo haría, pero no puedo comprender cómo considera algo normal un trabajo en el que, al final, le pagan dinero por practicar sexo con otra persona, aunque ella lo haya explicado de una manera mucho más permisiva.

Taylor sonríe, me coge de las manos y nos sienta en mi cama.

—Te lo repito. Sólo es un trabajo. No vendo mi alma, Lillie.

Dejo de mirarme nerviosa mis propios dedos y por fin la miro a ella. ¿De verdad no lo hace? Estoy demasiado confusa. Me siento como una niña pequeña y una cuadriculada moralista al mismo tiempo. Odio dibujarme así. Tengo veintitrés años y siempre me he considerado una persona tolerante y abierta de mente.

—¿Y para quién trabajas? —me atrevo a preguntar.

—Nadine Barnett —contesta—. No puedes mencionarla en tu proyecto —me advierte.

—Lo imagino. La primera regla es la discreción —replico con sus propias palabras.

Taylor asiente con una sonrisa.

—Tiene una agencia de lujo dedicada en exclusiva a la *girlfriend experience*. Antes de

aceptar a una nueva chica o a un nuevo cliente, lo investiga con muchísimo detenimiento. Gana más dinero del que puedas imaginar y no quiere que nada salga mal.

Durante la siguiente hora, le hago un millar de preguntas más: ¿cómo acabó trabajando allí?, ¿cómo son las otras chicas?, ¿cuánto gana?, ¿qué cosas le han pedido?, ¿lo más extraño?, ¿a qué se ha negado? Me explica que a las chicas se las conoce como *providers* y, a los clientes, como *hobbyists*. Nadie menciona jamás el término *prostituta*, ni siquiera *escort*, porque no lo son, y en este mundillo la diferencia entre una cosa y otra es vital.

—¿Y cómo son los clientes? —inquiero antes de darle un trago a mi cerveza.

—Hay de todo —responde Taylor—. Son hombres de negocios, ejecutivos o personalidades de la ciudad. Algunos de treinta y pocos, otros no; algunos guapos, otro no —sentencia con una sonrisa—, pero todos tienen que ser educados. No son clientes de putas de cincuenta dólares.

—Eso es cruel —me quejo.

—Y muy triste, Lillie, pero desgraciadamente es la verdad.

Tuerzo el gesto y asiento. Nadie debería negarle a una mujer el ser tratada con respecto, pero desgraciadamente algunos hombres parecen haberlo olvidado. Me alegra y, sobre todo, me alivia muchísimo que los clientes con los que trabaja Taylor no sean así.

Al cabo de otro par de horas, y una cerveza más, cierro el cuaderno sobre mis piernas. He recopilado muchísima información, pero tengo la sensación de que me falta algo decisivo, la guinda del pastel. El trabajo tiene que quedar perfecto. Me juego demasiado.

—¿Podría ver el ambiente en el que te mueves? —planteo tímida—. ¿Acompañarte alguna vez a alguna de esas fiestas?

Ella misma ha mencionado que Nadine Barnett a veces organiza fiestas increíbles donde los *hobbyists* se encuentran con *providers*. Hay buena música y *champagne* carísimo. Todo orquestado con la idea de que la velada sea lo más sexy y sofisticada posible.

Taylor sonríe.

—Esta noche hay una fiesta... —lo piensa un segundo—... pero no creo que sea una buena idea, Lillie —sentencia levantándose.

—No te estoy sugiriendo que me busques un cliente —me defiendo.

Lo respeto, pero no sería capaz de hacerlo.

—Sólo te estoy pidiendo que me dejes verlo de cerca —contraataco siguiéndola por todo mi apartamento, el rellano y las escaleras hasta el suyo—, comprobar cómo son ellos, el ambiente. Seré una especie de infiltrada.

—No es una buena idea —repite.

—¿Por qué no?

Taylor se gira y me observa caminar hacia ella.

—Porque eres muy inocente, Lillie —contesta alzando las manos.

Yo me detengo en seco, ya en mitad de su salón, y abro la boca escandalizada.

—Yo no soy nada inocente —protesto—. He vivido cantidad de aventuras desde que decidí mudarme a más de mil kilómetros de mi casa —le recuerdo orgullosa.

Mi amiga ríe sin ningún remordimiento y yo frunzo los labios.

—Puede que, quizá, en algunos términos, algunas personas no las considerasen aventuras

peligrosas o excitantes —rectifico a regañadientes, y su sonrisa se ensancha—, pero, maldita sea, no soy ningún cervatillo asustado. Llevo viviendo sola en Nueva York desde los diecisiete. Eso endurece a cualquiera.

—Normalmente estaría de acuerdo con esa afirmación —replica socarrona—, pero contigo no parece haber funcionado.

—¡He estado con tres chicos diferentes!

—Uuuhhh —se burla fingiendo que le tiemblan las manos de la impresión.

Entorno los ojos. Si no voy a poder convencerla por las buenas, tendré que poner sobre la mesa todas las armas de mejor amiga.

—No puedo suspender este trabajo. Si lo hago, perderé cualquier posibilidad de convertirme en investigadora y sabes que es mi sueño.

Taylor suspira con fuerza, aparta la mirada y la pierde en la ventana. ¡Sí! Le he tocado el corazoncito.

—Por favor —gimoteo entrelazando los dedos para rematar la jugada.

Mi amiga me observa y vuelve a resoplar, esta vez más fuerte, para a continuación guardar unos largos, larguísimos, segundos de silencio.

—Está bien —se rinde estirando todas las vocales.

—¡Sí! —grito cantarina dando palmaditas—. Gracias. Gracias. Gracias.

—Tendré que hablar con Nadine. Le diré que eres una nueva candidata. No metas la pata —me advierte apuntándome con el índice— y que no se te ocurra decirle a nadie que estás haciendo un trabajo sociológico sobre sexualidad.

Niego con la cabeza, obediente, y cruzo el índice sobre el pecho en el gesto universal de «lo juro» sin poder contener una sonrisa. ¡El trabajo va a ser un éxito!

—No me puedo creer que haya aceptado —se lamenta.

Yo le doy el beso más sonoro del mundo en la mejilla.

—Déjate de tonterías —dice, aunque ella tampoco puede evitar sonreír— y vamos a arreglarnos —me ordena tirando de mi mano en dirección a su habitación—. Hay que decidir qué te pondremos para la fiesta.

* * *

Estoy delante del espejo del dormitorio de Taylor, con su vestido negro de Alexander McQueen. Es el vestido más bonito del mundo. La suave gasa cae hasta mis pies mientras mi espalda queda al descubierto casi hasta la curva de mi trasero. Es sensual sin perder una pizca de elegancia y, sobre todo, me hace sentir sofisticada. Anna Wintour, la editora jefa de la revista *Vogue*, dijo una vez que la ropa puede llenarnos de energía y hacernos capaces de todo, y esta prenda es la mejor prueba de ello.

—¿Lista? —pregunta Taylor.

La miro y asiento. Ella sonríe y se aleja, de regreso al salón. El vuelo de su vestido verde manzana la sigue como una estela.

En el taxi me da los últimos consejos. Nadine Barnett estará allí como anfitriona. Eso me

pone un poco nerviosa, pero sé lo que tengo que hacer.

—Suéltate unos mechones —me ordena girándose hacia mí y sacándome con cuidado unos cuantos de mi recogido de bailarina—. Tus puntos fuertes son tu inocencia y esos enormes ojos azules, y tenemos que explotar ambos.

—No tengo que explotar nada —sentencio con una sonrisa—. Sólo voy de observadora. Soy un casco azul de la sexualidad humana.

—Mejor aún —replica entornando los ojos fingidamente seria—, una ninja sexual.

—Si fuera una ninja sexual de verdad, seguro que tu jefa me ofrecía un montón de pasta por trabajar.

Taylor abre la boca escandalizada y las dos nos echamos a reír.

Al fin el Chevrolet amarillo se detiene frente al New York Palace Hotel. Cuando nos bajamos, contemplo el precioso edificio, separado de la bulliciosa Madison Avenue por un muro de piedra envejecida y metal, flanqueado por árboles llenos de diminutas luces. Adoro este hotel, consigue brillar entre decenas de rascacielos. Da igual cuándo lo construyeran, puede transportarte a los dorados años cuarenta en un abrir y cerrar de ojos.

Atravesamos el cuidado patio entremezclándonos con los primeros invitados y accedemos al vestíbulo. Suspiro admirada con la vista perdida en las tres majestuosas escaleras y en el mármol cálido y suave que parece dominarlo todo.

—Es un sitio increíble, ¿verdad? —susurra Taylor inclinándose sobre mí—. Ya te dije que las fiestas de Nadine tienen mucha clase.

Asiento con una sonrisa y tomamos las escaleras de la derecha. Debería estar atenta a no caerme y montar el espectáculo con semejante vestido, pero no puedo evitar seguir mirando el hotel como si jamás hubiese estado en uno.

—Espera —me pide Taylor cuando nos faltan un par de peldaños para llegar a lo alto de la escalera—. Necesitas un nombre.

—Es cierto. Nada de nombres reales.

—¿Cuál es el tuyo? —pregunto.

Ahora que caigo en la cuenta, no entiendo cómo no lo he hecho antes.

—Jordan —responde pizpireta.

—Gran elección.

—Lo sé —afirma con una sonrisa satisfecha.

Lo pienso un instante.

—¿Qué tal Marnie?

—Como Tippi Hedren en la peli de Hitchcock... —lo sopesa con una perspicaz sonrisa. Sabe que adoro el cine clásico, sobre todo a ese director—... me gusta —añade convencida—. Además, ella también tenía una doble vida en esa historia.

Ahora soy yo la que sonríe satisfecha. Una doble vida en pro de la ciencia. Soy una mezcla de Mata Hari y Charles Darwin.

Taylor se cuelga de mi brazo, terminamos de subir y al fin alcanzamos la sala principal. Ahora ya no hay comedimientos que valgan y suspiro asombrada. Es preciosa, como si toda la elegancia del mundo se hubiese transformado en colores claros y madera aún más clara. Hay

diminutas lucecitas por todo el techo hasta llegar al fondo de la estancia, donde se concentran en la pared, iluminando un escenario. Allí, una chica con una interminable melena castaña y un vestido negro satinado canta agarrada a un micrófono antiguo de rejilla el *Dangerous woman*,[1] de Ariana Grande. Me recuerda a Rita Hayworth en *Gilda*.

Ellos van de esmoquin. Ellas, con impecables vestidos. Si alguien me dijese que estamos en una gala llena de estrellas de cine, no lo dudaría un instante.

—Hola.

Las dos nos giramos al oír el escueto pero elegante saludo y nos encontramos con un hombre con el pelo canoso y los rasgos muy marcados, muy atractivo a pesar de tener más de cincuenta.

—Hola —lo saluda Taylor dedicándole una suave sonrisa.

Está claro que se conocen.

—Me preguntaba si te apetecería una copa.

—Puede ser —coquetea ella.

—Me lo tomaré como un sí —responde con una sonrisa, tendiéndole su brazo.

Taylor, o probablemente debería decir Jordan, acepta y se marchan camino de la barra.

Yo suspiro tratando de mantener los nervios a raya.

—¿Dom Pérignon Rosé?

Un camarero me ofrece una copa de *champagne* de su enorme bandeja y la acepto encantada. Está helado y buenísimo, y seguro que me ayudará con eso de no estar tan inquieta.

Le doy un sorbo y observo a mi alrededor. Reconozco a un actor de cine y al menos a dos políticos importantes entre los invitados. Sin embargo, intento no fijarme más de un par de segundos en cada persona. Recuerdo perfectamente lo que dijo Taylor sobre la discreción y no quiero meter la pata.

Vuelvo a mirar hacia la barra sin ningún motivo en especial y me encuentro con sus ojos azul brillante. Tiene la mirada fría, toda su expresión en realidad lo es. El pelo rubio, los rasgos marcados, duros, increíblemente guapo. Uno de esos rostros que se te quedan grabados a fuego, incluso si es lo último que quieres. Él también me ve y, sin levantar sus ojos de mí, se gira hasta apoyar suavemente su espalda en la barra. La chaqueta de su esmoquin se abre y su camisa perfectamente blanca se tensa sobre su armónico cuerpo. Me dedica un amago de sonrisa, un gesto igual de frío que su mirada, y algo dentro de mí vibra y se enciende sin que pueda controlarlo.

Aparto rápidamente la vista y suspiro abrumada. ¿Qué acaba de pasar? Trato de concentrarme en cualquier otra cosa: la música, el ambiente... Miro a mi alrededor de nuevo huyendo de la barra y otra vez unos ojos azules me pillan completamente por sorpresa. Son absolutamente diferentes, de un azul oscuro, nuevo, indomable; un azul que no quieres dejar de observar por nada del mundo. Tiene el pelo castaño y, sin quererlo, me doy cuenta de la diferencia entre que alguien te parezca guapo y que lo sea tanto que te coma por dentro.

Tiene una mano en el bolsillo del pantalón de su esmoquin y se lleva la copa de *champagne* a sus sensuales labios con la otra. Me repasa de arriba abajo lleno de arrogancia, como si tuviese clarísimo el regalo que le hace a una mujer cada vez que se fija en ella. Esa actitud me enfada, pero inexplicablemente también me gusta.

Vuelvo a sentirme abrumada, todavía más, y aparto los ojos otra vez. Tengo la respiración acelerada, completamente agitada, perdida. En contra de mi voluntad, vuelvo a levantar la mirada, y esta vez me encuentro con los dos, cada uno en un extremo de la sala... ambos observándome a mí.

Aparto una vez más la vista. Trato de respirar hondo, pero poco a poco la sensualidad del ambiente va ganándome, decidiendo por mí. La música, las luces, la forma en la que me miran... crean en mí esa idea de que puedes tener todo lo que quieras sin arrepentimientos, sin pensar, sólo deseándolo.

Me siento sexy, pero al mismo tiempo sobrepasada. La sangre me martillea con fuerza en los oídos. Los dos me miran, me despiertan... No puedo seguir.

Dejo la copa de *champagne* en la primera bandeja que veo y salgo de la sala de prisa. Apenas he alcanzado el vestíbulo cuando percibo pasos a mi espalda. Me detengo en seco y me giro despacio. No sé por qué lo hago, algo dentro de mí sabía que eran ellos incluso antes de oírlos venir hacia mí.

El aire entre los tres se llena de una sensualidad latente, húmeda, caliente, perfecta. Ahora mismo me encantaría ser como Taylor, ser capaz de coquetear y dejarme llevar. Me envalentono y por fin alzo la cabeza, y otra vez dos pares de ojos increíblemente azules me atrapan al instante.

Y sencillamente, por primera vez en veintitrés años, dejo de pensar.

Me giro poco a poco y comienzo a andar. No sé hacia dónde. Nunca he estado en este hotel. Me cruzo con un par de personas, ninguna repara en mí, e inmediatamente detecto de nuevo sus pasos siguiéndome. El corazón me late con tanta fuerza que creo que va a salírseme del pecho.

Cruzo el enorme vestíbulo, bajo unas escaleras para subir otras y, antes de que me dé cuenta, sin ni siquiera saber cómo, llego a una inmensa biblioteca. Los pasos se hacen más cercanos. Doy uno hacia delante y contengo un suspiro nervioso y excitado. Mientras, pierdo la mirada en las decenas de estanterías repletas de libros y en la preciosa escalera de madera labrada hasta el piso superior descubierto, todavía con más ejemplares. El murmuro de los carísimos zapatos contra el parqué desaparece.

No necesito mirar atrás para saber que los dos están aquí.

2

Dirijo mi mirada al techo y una enorme claraboya que lo ocupa casi por completo me deja ver el cielo estrellado de Manhattan sin que un solo rascacielos entorpezca la visión, como si las pequeñas lucecitas de la sala principal se transformasen en estrellas y lo cubriesen todo.

Me doy la vuelta nerviosa, incluso un poco asustada. La música llega clara y suave a pesar de todas las habitaciones que nos separan de la fiesta. Están apenas a unos pasos y yo no entiendo cómo no he salido corriendo y me he montado en un taxi. Yo no soy así. No sé ser así.

Alzo la cabeza y me encuentro de frente con sus ojos azules, tan increíbles y a la vez tan diferentes, y están fijos en mí, no en Taylor, con su cuerpo de infarto y su cara perfecta, ni en ninguna de las otras mujeres maravillosas de la fiesta. De inmediato subo a una especie de nube, mis pies se alejan del suelo y todo mi cuerpo se llena de deseo, placer y excitación a partes iguales. Sé que debería salir corriendo. Santo cielo, ni siquiera sé cómo se llaman, pero, por Dios, también son los dos hombres más guapos que he visto de cerca y consiguen que el mundo a su alrededor se emborrone. ¿Cuánta fuerza de voluntad se supone que tengo que reunir para mirarlos y decirles que no?

Mi respiración se acelera. Todo se vuelve caótico y desordenado.

Los miro, me recreo. No puedo pensar. No quiero.

—No sé qué hacer... —me sincero en un murmuro.

Antes de que pueda terminar la frase, uno de ellos, el del pelo castaño y los ojos azul oscuro, camina decidido hasta mí, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Gimo contra su boca y la electricidad estalla entre los dos. Es exigente, dominante, posesivo; toma lo que quiere con una deliciosa brusquedad, deslizando una de sus manos hasta perderla en mi cuello y bajando la otra hasta anclarla en mi cadera, estrechándome contra su perfecto cuerpo.

Es el beso más increíble que me han dado jamás. Sin embargo, de pronto, se separa. ¿Por qué? Abro los ojos sin entender nada y me recibe su media sonrisa sexy y arrogante, dejándome completamente claro lo inocente que le parezco.

—Sólo tienes que hacer exactamente eso —susurra.

Su voz es masculina y ronca, y creo que pierdo la cabeza un poco más.

El otro se acerca con el paso tan seguro como el primero hasta quedar a mi espalda. Alza las manos y, despacio, se deshace de las horquillas de mi recogido, lanzándolas por el suelo de la biblioteca, provocando que mi melena castaña caiga sobre mis hombros.

Mi respiración está cada vez más desordenada; mi corazón, más acelerado. No sé qué hacer.

Qué decir. Qué pensar. No debería estar aquí.

Sus manos se deslizan hasta mi cadera y sin ninguna suavidad me gira entre sus brazos y me deja de cara a los otros ojos azules, pero no retira sus dedos de mi piel, sino que los hace más posesivos.

—No quiero que pienses —me ordena a mi espalda en un susurro junto a mi oído, llevándome al paraíso con su voz—. Quiero que te dejes llevar.

El hombre rubio con los rasgos sensuales y marcados se inclina sobre mí. Mis ojos siguen su boca como si estuviera hechizada. Creo que va a besarme, pero, en lugar de eso, toma mi labio inferior entres sus dientes y tira de él. Mi cuerpo se enciende aún más. Gimo contra su boca y él reacciona con un asalto en toda regla. Su lengua acaricia la mía, juega con ella, mientras su beso se hace más y más profundo, demorándose perversamente a cada segundo que pasa, haciéndome sentir más y más.

Ya no respiro, sólo jadeo entrecortada e interrumpida por el placer que se hace fuerte en el fondo de mi vientre.

Entro en una tensión diferente, llena de deseo y muchísima excitación.

—Disfrútalo. Todo esto es para ti. —La voz del hombre rubio es grave y excitante. Un punto más de misterio que añadir a esa mirada.

Los labios del primero se deslizan por mi nuca, por mi cuello. Su cálido aliento se impregna en mi piel. Mientras, su lengua la recorre entera y, cuando creo que estoy a punto de volverme completamente loca, me enseña los dientes, llevándome directamente al paraíso.

—Nena —ruge a mi espalda.

Esa sola palabra me desarma.

—Quiero sentirte de todas las putas maneras posibles —vuelve a ordenarme.

¡Maldita sea, su voz es sencillamente increíble!

Los besos. Las caricias. Toda la expectación. El miedo... El placer. Todo se funde y mi mente y mi cuerpo suben otro escalón.

Sus manos se aferran con fuerza a mis caderas. Me calientan. No puedo. No puedo poder. Me excitan todavía más.

—Son demasiado guapos para decirles que no —murmuro inconexa.

No me doy cuenta de lo que he dicho hasta que los dos se detienen. Abro los ojos y los del hombre rubio ya me esperaban. Una chispa divertida brilla en su mirada. Me alejo un paso a la vez que me giro y me encuentro con los otros ojos azules. Los dos me observan y yo no me he sentido más abochornada y nerviosa y ridícula y excitada en todos los días de mi vida.

—No soy virgen —les aclaro, como si, de pronto, dejar claro ese detalle fuese de vital importancia—. Sé que a algunos hombres os gusta que la chica lo sea, y tenéis pinta de ser de esa clase de hombres, sobre todo tú —añado señalando levemente al del pelo castaño. Él me mira con los ojos muy abiertos, como si no pudiese creer lo que está pasando. No lo culpo. ¿Por qué no puedo dejar de hablar?—. No soy virgen —recalco para dejar nítido el mensaje—, pero tampoco he estado con muchos chicos —continúo diciendo, incapaz de cerrar mi maldita bocaza. ¡Estoy demasiado nerviosa!—. Siempre digo tres, pero en realidad son dos. Cuento a un chico con el que me desperté en su cama después de emborracharme en una fiesta. No nos acostamos,

pero lo sumo a la lista porque es lo más loco que he hecho... bueno... hasta ahora.

Deja de hablar, por favor, me recrimino mentalmente. Aparto la mirada rogando que la tierra me trague. Deben de pensar que estoy chiflada o tarada o las dos cosas. Y entonces noto, más que veo, un suave sonido, un gesto. Levanto la vista, curiosa. Los dos siguen con los ojos clavados en mí y ambos están sonriendo... se están riendo de mí.

Tuerzo el gesto. No puedo negar que lo entienda e incluso que me lo merezca, pero no pienso permitir que nadie, por muy guapo que sea y por ridículamente bien que le quede el esmoquin, se ría de mí.

—Toda la culpa es vuestra —protesto muy digna, alzando la barbilla.

Y, antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, me marcho de la biblioteca aún más rápido de lo que llegué.

Entro en mi apartamento con la respiración acelerada y el corazón latiéndome tan de prisa que creo que va a salírseme del pecho en cualquier momento. Soy una idiota y lo peor de todo es que ahora mismo no sé si lo soy por haber acabado en aquella biblioteca o por haber escapado de ella.

Me dejo caer en la cama con las piernas y los brazos estirados y clavo la mirada en el techo. ¿Cómo pude decirles todas aquellas tonterías?

—Eres una auténtica bocazas, Harper —me riño.

Pero, involuntariamente, mi mente abandona esa línea de pensamientos y, sin que pueda hacer nada por evitarlo, comienzo a pensar en ellos, en lo increíblemente atractivos que eran, en sus besos. Santo cielo, ni siquiera en las películas besan así de bien, y, si besaban así de bien, no quiero ni imaginar cómo harían todo lo demás. Suspiro.

—Has perdido la oportunidad de tener una noche de sexo increíble y salvaje —me digo.

Y probablemente hubiese sido el mejor de tu vida.

Lilianne Rose Harper, eres una idiota integral.

* * *

Me despiertan las gotas resonando contra el cristal de mi ventana. Llueve y al mismo tiempo hace un calor sofocante, como si la lluvia se evaporara caliente en cuanto toca el asfalto, como si todo estuviese envuelto en una sugerente nube de vapor.

Me levanto y camino descalza hasta la cocina; aún no he llegado a la nevera cuando un suave sonido me distrae. En ese momento llaman a la puerta. Frunzo el ceño. Estamos en mitad de la noche. Camino descalza, el calor se hace más intenso, como si la temperatura siguiese subiendo grado a grado.

Descorro el pestillo y, al abrir, mi respiración se acelera demasiado de prisa, demasiado caótica. Los dos dueños de los dos pares de ojos más espectaculares del mundo están en mi rellano.

—¿Qué hacéis aquí...?

Pero ni siquiera me dejan terminar la pregunta. El del pelo castaño se abalanza sobre mí, coge mi cara entre sus manos y me besa con fuerza, indomable, mientras me lleva contra la

pared.

La tela de su esmoquin de Alexander McQueen calienta mi piel y mi pijama de algodón. Gimo contra su boca.

—Nena —susurra, me ordena, no lo sé, y literalmente me derrito.

Se separa sin mencionar palabra y el hombre rubio me arranca de sus brazos. Ágil y con una seguridad pasmosa, me coge en brazos y me sienta en la encimera de la cocina, abriéndose paso entre mis piernas sin ninguna amabilidad, estrellando su boca contra la mía, cogiendo lo que quiere, dejándome sedienta de sus toscos modos, de esto, de él.

—Esta vez no vas a escaparte —gruñe contra mis labios.

—No lo haría por nada del mundo.

Me despierto de golpe y me incorporo con el corazón latiéndome sin ningún control y el cuerpo bañado en una fina capa de sudor. Sentada en la cama, miro a mi alrededor sin ton ni son. ¿Qué demonios ha sido ese sueño? Ha resultado demasiado real. Me llevo los dedos a los labios y me los acaricio despacio; los besos de la biblioteca y los que ha creado mi imaginación se entrelazan lentamente, perezosos, como si aún lloviese, como si tuviese la maravillosa posibilidad de volver a sentirlos.

En cuanto racionalizo mi propio pensamiento, aparto los dedos a la velocidad del rayo, pongo los ojos en blanco y me dejo caer sobre el colchón.

Actualmente mi subconsciente es un saco de hormonas.

—¿Sólo tu subconsciente? —me lamento.

* * *

Algo retumba por toda la habitación. Abro los ojos desorientada. Miro a mi alrededor. El sonido se hace más persistente y luego desaparece. Pestañeo. Ya es de día. Enfoco los ojos sobre el reloj con dificultad. Sólo son las ocho y es sábado.

—¡Lilianne Harper! —grita Taylor cantarina desde mi salón.

Me levanto y frunzo los labios, refunfuñona.

—¿No crees que es demasiado temprano para colarte en una casa decente? —le recrimino saliendo de mi dormitorio.

Ella se cruza de brazos.

—Defíneme *decente* exactamente —me pide con una sonrisa a medio camino entre la Taylor perspicaz y la Taylor socarrona, incluso con un poco de la Taylor «prepárate porque voy a echarte el sermón de tu vida, Harper».

Yo me encojo de hombros y rodeo la isla de la cocina hasta el frigo, ignorando su pregunta.

—Empecemos por lo que técnicamente —continúa al ver que no lo hago— no es una casa decente; por ejemplo, un apartamento lleno de mafiosos en el sur de Nueva Jersey; la mansión de cualquiera de los miembros de la familia Trump, la mansión de Melania Trump en particular.

Sonrío mientras le cambio el filtro a la cafetera. Me reiría abiertamente si no sospechase que está tramando algo.

—O, no sé, un pequeño pisito cerca de la universidad, donde vive una chica de Indiana a la

que le han pagado cinco mil dólares por un polvo.

Las últimas palabras de mi amiga se mezclan con el sonido de algo cayendo sobre mi mesita de centro. Me giro alarmada y veo un sobre de color blanco perfectamente cerrado y a mi amiga ladeando la cabeza y esperando una explicación.

—No pasó nada —me defiendo, caminando de nuevo hasta quedar frente a ella.

Taylor enarca las cejas. Está claro que no me cree.

—Yo... en la fiesta, vi a dos hombres guapísimos, eran... —de pronto mi mente traidora se recrea en el recuerdo de ambos y pierdo por completo el hilo. Kamikaze cerebro, prohibido fantasear—... increíbles —cierro la frase rápidamente—. Acabamos en la biblioteca y, no voy a mentirte, quería dejarme llevar. Por el amor de Dios, eran atractivos a rabiar y me estaban haciendo caso, ¡a mí! Era como esa pregunta de qué harías si te encontraras con tu actor favorito encarnando a tu personaje de novela favorito en un ascensor, sólo que mi ascensor, además, era un lugar de ensueño.

—¿Y qué pasó? —pregunta acelerada.

—Nada.

—Lillie —se queja.

—Te lo juro —replico veloz—. Yo quería dejarme llevar, pero en el último momento no fui capaz, dije una tontería, hice el más absoluto ridículo y me marché —sentencio mortificada, dejándome caer en el sofá.

Taylor me mira y, al cabo de unos segundos, frunce los labios.

—¿Sabes? —comienza a decir—, según estudios de media decena de universidades, hacer un trío es la segunda fantasía más popular entre las mujeres.

—¿Y eso en qué me ayuda? —protesto.

—Pues en que ahora, cada vez que cuentes esta anécdota, cuatro de cada diez mujeres estarán llamándote idiota. Eres socióloga, pensé que querrías conocer la estadística.

Le lanzo un cojín a la peor amiga del mundo y ella se deja caer a mi lado, encantada con su propia broma.

—¿Te dijeron sus nombres? —pregunta al cabo de unos segundos.

Niego con la cabeza.

—No —añado.

—Una lástima.

—Uno de ellos creo que era el hombre más guapo que he visto nunca... los rasgos muy marcados, el pelo rubio y los ojos azul brillante. La manera en la que me miraba era sensual y sexy a la vez, pero también misteriosa, mucho. El otro también tenía los ojos azules, pero de un tono más oscuro, más duro, el pelo castaño y un atractivo que te cortaba la respiración, como si estuvieras mirando a un animal salvaje. Fue muy dominante, arrogante, incluso un poco intimidante.

Las palabras salen de mis labios sin que tenga que pensarlas. Sé que no estuvimos juntos más de un par de minutos, pero los dos consiguieron arrasarlo todo dentro de mí, dejándome extrañamente vacía.

—¿Así que McMisterioso y McDominante? —pronuncia Taylor sacándome de mi

ensoñación, imitando a su manera los apodos que usaban en *Anatomía de Grey* en su versión en inglés.

Yo me bajo de la nube a la que me había subido y sonrío.

—Sí, podría decirse que sí.

—Por lo menos, a partir de ahora, vas a poder tener fantasías de lo más moviditas.

Ni que lo diga. Todavía recuerdo lo real que fue el sueño que me despertó en mitad de la noche. No sé cuánto tiempo paso callada, pero de repente la expresión de Taylor comienza a cambiar y una sonrisa burlona se apodera de sus labios.

—Ya has tenido alguna, ¿verdad? —dice sin dejar de asentir.

Abro la boca escandalizada y sintiendo cómo me voy poniendo roja por momentos.

—Eres lo peor —me quejo.

Taylor rompe a reír y comprendo que acabo de confirmarle todo lo que ella ya había dado por hecho.

—Bienvenida a la segunda fantasía de las mujeres —se burla.

Yo dejo de luchar y comienzo a reírme.

De repente caigo en la cuenta de algo.

—¿Y cuál es la primera fantasía?—inquiero.

—Según la Universidad de Montreal, el sesenta por ciento de las mujeres sueñan con que un guapo, joven y sexy multimillonario las someta a todos sus deseos y caprichos sexuales.

Yo abro los ojos como platos, gesto al que Taylor responde asistiendo sabiamente con los suyos cerrados, como si de pronto ella misma acabara de convertirse en la rectora de la Universidad de Montreal.

—Para que después haya quien se empeñe en decir que las novelas románticas son exclusivamente para mujeres que sólo saben denigrarse a sí mismas —sentencia —. Si Christian Grey fuese real, dominaría el mundo en cuestión de horas.

Ahora la que asiente soy yo. Las dos nos quedamos en silencio, sopesando cada una de las palabras de Taylor y, al cabo de unos segundos, ya no podemos más y nos echamos a reír. Supongo que es el efecto «guapo multimillonario de Seattle».

Cuando nuestras carcajadas se calman, el sobre que está encima de la mesa vuelve a entrar en mi campo de visión. Me incorporo hasta quedarme sentada en el borde del tresillo y lo cojo. No pesa. Pensé que lo haría.

—¿Cuánto dinero dices que hay?

—Cinco mil dólares.

—¡Por Dios! —exclamo levantándome de un salto.

Me siento rara y culpable y también miserable y puritana.

—No puedo aceptar este dinero —afirmo tendiéndole el sobre—. Llévatelo y devuélveselo a tu jefa.

Taylor niega con la cabeza.

—No puedo, Lillie. Si le llevo el dinero de vuelta a Nadine, sospechará, investigará y lo descubrirá todo. Es muy lista. No quiero perder este trabajo.

Resoplo. En eso también tiene razón. No quiero meterla en un lío por mi culpa.

—Pues quédatelo tú —replico ofreciéndole de nuevo el dinero—, por las molestias y la información.

—¿Te crees que estamos en «Ley y orden» y soy tu confidente? —plantea riéndose de mí.

Entorno los ojos, fulminándola con ellos. No quiero este dinero, pero la conozco y sé que no voy a conseguir que se lo quede. Decidida, camino hasta mi habitación, abro el primer cajón de la cómoda y lo guardo tan al fondo como soy capaz. Por muy elegante que suene todo eso de las *providers*, los *hobbyists* y la *girlfriend experience*, me parece dinero sucio y no lo quiero.

—Olvídate de todo y vámonos a la peluquería a por un corte de pelo atrevido y a leer revistas de cotilleos —me propone Taylor desde el salón—. Seguro que alguna de las Kardashian se ha casado y divorciado dos veces en la última semana y nosotras sin saberlo.

Sonrío. Es más que probable que tenga razón. Además, ahora mismo no quiero estar en la misma habitación que ese dinero.

* * *

El despertador suena a las siete de la mañana. Lo apago de un manotazo y me levanto. Nunca me ha costado trabajo levantarme. En ese sentido, soy como una niña de seis años: me despierto llena de energía y una sonrisa en los labios, deseando hacer cosas. Además, hoy es martes 10 de mayo, lo que significa que esta mañana la sonrisa es todavía mayor. Hoy trabajaré como asistente del profesor Kenner en su entrevista al fiscal general del estado de Nueva York. Será la primera vez que actúe como su ayudante. Estoy muy emocionada.

Me pongo uno de mis vestidos preferidos, uno con un gracioso cuello que imita el de las camisas, sin mangas y con un poco de vuelo hasta las rodillas. Me siento cómoda con esta prenda y, sobre todo, me siento profesional, y eso es algo que hoy me viene de perlas, teniendo en cuenta que empiezo a estar nerviosa.

Cuando estoy lista, cojo uno de mis bolsos, también uno de mis preferidos, me lo cuelgo cruzado y salgo de mi apartamento. Antes de cerrar la puerta, tomo aire con fuerza.

Harper, observar a la gente se te da de miedo. Sólo se trata de añadir un par de preguntas.

Puedo hacerlo.

—Así que te has puesto uno de tus vestidos de niña buena —grita Taylor, asomada a la barandilla de su rellano.

Yo le saco la lengua divertida mientras cruzo el mío.

—Valor, soldado Harper.

—Gracias, teniente Dillon —grito bajando ya los primeros peldaños.

Me deshago de los siete escalones que me separan de la acera y sonrío con la vista puesta en la de enfrente, más concretamente en la pintada que hay en la pared de un viejo solar: «Hoy es un buen día para tener un gran día».

Cada tarde, la empresa propietaria de los terrenos envía a dos pintores para que dejen impolutamente blanco el muro que protege su propiedad, y cada mañana una nueva pintada aparece en él. La de hoy me parece perfecta. Estoy a punto de dar un paso de gigante en mi vida profesional. Eso ya es empezar el día con buen pie, ¿no?

Camino de prisa hasta la parada de metro de la 116 y, rápida, atrapo uno de los últimos asientos del vagón. Prácticamente voy a cruzar Manhattan en la línea 1 con unos bonitos *peep toes*. Más vale que me acomode.

Aprovecho el trayecto para volver a repasar los dos correos electrónicos que me mandó el profesor Kenner con las preguntas de la entrevista e información básica sobre el fiscal. Se han tomado al pie de la letra que los perfiles versen sobre la vida profesional de las personalidades, no hay ni un solo dato personal o que no se considere estrictamente laboral o académico.

Me bajo una parada antes, en la calle Chambers. Aún es pronto y, además, me gusta pasear por esta zona. Es muy bulliciosa, más que cualquier otra parte de la ciudad, y tiene lugares increíbles, como las estatuas de la calle Liberty o la iglesia de la Trinidad.

Llego a la oficina general del fiscal a las diez en punto. Sonrío. Me encanta ser puntual. Mi sonrisa se ensancha cuando recorro con la mirada el imponente edificio de piedra marrón y me encuentro con su nombre, Equitable Building. Me gusta que la oficina del encargado de impartir justicia en esta metrópoli se llame *igualdad*.

Diez minutos después no sé muy bien qué hacer. No hay rastro del profesor Kenner. Compruebo el teléfono. No tengo ninguna llamada o mensaje.

Han pasado cinco minutos más. Será mejor que lo llame. Quizá esté en un atasco o algo parecido. Frunzo el ceño mirando la pantalla. Qué raro. No contesta. Casi por inercia, miro el interior del edificio. Puede que llegara antes que yo y esté esperándome dentro o tal vez haya dejado un mensaje para mí en recepción.

Me recuerdo todos los mensajes motivacionales que me di en la puerta de mi apartamento y entro. Por dentro resulta todavía más imponente, casi intimidante. El vestíbulo es enorme y, si la calle me parecía bulliciosa, aquí dentro cientos de personas se mueven rápido en todas las direcciones.

En el mostrador me indican que suba a la planta veintinueve y, allí, que vaya hasta el fondo del pasillo.

—¿En qué puedo ayudarla? —me pregunta una chica con una gruesa melena pelirroja perfectamente recogida en un moño de bailarina.

—Soy Lilianne Harper, la asistente del profesor Francis Kenner. Tenemos una entrevista...

Ella asiente interrumpiéndome y pulsa el botón del moderno intercomunicador digital de su mesa.

—Señor Anderson, el personal de Columbia está aquí.

—No —me apresuro a detenerla en voz baja levantando las dos manos—. Yo sólo soy la ayudante. El profesor Kenner no está.

—Que pase —responden al otro lado.

La secretaria, ignorándome por completo, se quita sus gafas de montura metálica y se levanta haciendo un escueto gesto para que la siga. Caminamos unos metros hasta una elegante puerta de secuoya californiana. Realmente aquí todo lo hacen a lo grande. La chica llama, me dedica una sonrisa de puro trámite y se marcha.

Genial. Esto es sencillamente genial. ¡No puedo entrar ahí sola!

Me dan paso y los nervios se concentran en la boca de mi estómago.

—Vamos, Harper —murmuro para darme valor—. No te queda otra.

Abro despacio y entro. Junto a la mesa hay un hombre de unos cuarenta años que repasa con la vista el dosier que tiene abierto entre las manos. Mis últimas esperanzas de que el profesor Kenner estuviera sentado aquí, esperándome tranquilamente, se desvanecen. ¿Dónde demonios se ha metido? Aprovechando que el hombre no me presta atención, miro disimuladamente mi móvil. No me ha devuelto la llamada. Maldita sea.

—Buenos días —me saluda.

Guardo mi iPhone rápidamente y pongo mi mejor sonrisa. Sigo pudiendo con esto. Ahora sólo se trata de ganar un poco de tiempo.

—Buenos días —respondo caminando hacia él y tendiéndole la mano—, soy la asistente del profesor Kenner. Imagino que él llegará en unos minutos. Sin duda algo realmente importante debe de haberlo entretenido —lo excuso vehemente—. Le pido disculpas, señor fiscal.

¿Es así cómo debo llamarlo? Suena de lo más raro.

El hombre me estrecha la mano con una sonrisa.

—Yo no soy el fiscal —me aclara.

Frunzo el ceño, confusa. En ese momento, la puerta por la que he entrado hace unos minutos suena, cerrándose tras de mí.

—Soy yo.

Esa voz.

3

Me giro despacio y me encuentro con sus ojos azul oscuro y su increíble pelo castaño. Él me observa frío, incluso arisco, y muy sexy. No hay un átomo de sorpresa, como si llevara unos segundos en la puerta y hubiese tenido tiempo de reírse de mí por confundir, imagino, a su ayudante con él.

—Lo quiero todo arreglado en el asunto McCarthey —le ordena al otro hombre caminando hacia su mesa.

«No quiero que pienses.» «Quiero que te dejes llevar.»

Su voz me transporta al único lugar donde no debería desear estar.

—No puede haber el más mínimo error —sentencia implacable.

«Quiero sentirte de todas las putas maneras posibles.»

Al llegar a su carísimo escritorio, alza la mirada y sus ojos me atrapan de inmediato. Trago saliva. Tengo la boca seca y el corazón me late ridículamente de prisa. ¡Es Ethan Anderson! ¡Es el maldito fiscal general del estado!

«Nena.»

Aparto la mirada, nerviosa, y la concentro en mis propias manos; aun así, puedo sentir la suya todavía sobre mí. Tengo que salir de aquí.

—Ella es... —me presenta el otro hombre, invitándome a decir mi nombre.

Al oírlo, no me queda más remedio que volver a levantar la cabeza. Por suerte, el señor Anderson está concentrado en los documentos que hay sobre su mesa. Eso también me da un segundo para observarlo con las dos manos apoyadas sobre la madera y el cuerpo echado hacia delante, perfectamente tenso bajo ese traje azul grisáceo a medida, la corbata del mismo color y la camisa impolutamente blanca.

—Li... —me freno en seco—... Marnie Harper.

Cuando mi falso nombre se escapa torpe de mis labios, Ethan Anderson alza la mirada y consigue dejarme completamente K.O. en una fracción de segundo.

Debería salir huyendo de aquí sin mirar atrás.

—Retírate —le exige intimidante al hombre, quien, sin decir una sola palabra, sale del despacho.

Yo me concentro en cómo se marcha sólo para no mirarlo a él. Sin embargo, un chirriante pitido devuelve mi atención a su mesa. Es el intercomunicador.

—Señor Anderson —habla su secretaria al otro lado—, el profesor Kenner por la línea uno,

¿le paso?

Él me observa un segundo más y finalmente pulsa el botón del pequeño aparato.

—Sí.

—Señor Anderson —la voz de mi jefe a través del manos libres inunda al instante la habitación—, mi hijo se ha roto la pierna en el colegio y lo han llevado al hospital. Su madre está de viaje, así que debo quedarme con él. Me temo que no podremos hacer la entrevista hoy. Lamento lo ocurrido y todas las molestias que haya podido causarle. Mi asistente, la señorita Lilianne Harper, ya debe de estar en su oficina, por lo que, si le parece bien, podrá concertar una nueva fecha con ella.

Al oír mi verdadero nombre, quiero que la tierra me trague. Ethan Anderson alza esos penetrantes ojos y los clava directamente en los míos. Es obvio que está enfadado, y mucho.

—No será necesario —contesta mirándome aún—. Imagino que su asistente está al tanto de los detalles. Ella podrá hacerme las preguntas necesarias.

¿Qué? ¿Yo? Claro que puedo, pero la verdad es que no sé si quiero. Hay cierto toque de malicia en su voz, entremezclada con toda esa arrogancia que parece dejarme claro que no le ha gustado lo más mínimo que le haya mentido y va a hacérmelo pagar.

El profesor duda y yo rezo para que le diga que no es buena idea y pueda marcharme a casa.

—Supongo que no habrá ningún problema. Es mi mejor alumna. Estoy seguro de que hará un gran trabajo.

El señor Anderson esboza una media sonrisa y todos los músculos de mi cuerpo despiertan de golpe.

Corta la llamada tras una escuetísima despedida y sin escuchar la del señor Kenner. No parece muy amable.

Durante unos largos segundos me observa desde el otro lado de su mesa. Sus ojos azul oscuro, toda su expresión en realidad, con una cara de perfecto perdonavidas, consiguen intimidarme. Yo me muerdo el labio inferior, nerviosa, y finalmente tomo aire.

Maldita sea, soy una adulta de veintitrés años.

—Marnie es el nombre que uso cuando... —¿Dejo que desconocidos estén a punto de darme la noche de sexo de mi vida en una biblioteca? Mejor no—. Mi verdadero nombre es Lillie.

Él asiente suave y despacio.

—No permito que me mientan, señorita Harper.

Ha habido tanta seguridad en su voz que por un momento tengo la sensación de que mentirle es incluso un delito federal o algo por el estilo.

—No planeé hacerlo. No esperaba que usted fuera el fiscal.

El maldito fiscal general del estado de Nueva York, para ser exactos. Creo que estoy empezando a marearme.

—Desde luego —sentencia cortante—. Está claro que no se ha tomado la molestia de saber a quién venía a entrevistar.

¿A qué ha venido eso? Puedo entender que lo haya molestado que le mintiese, pero no tiene ningún derecho a juzgarme profesionalmente. Soy muy buena en lo que hago. He revisado toda la información sobre él, sólo que en ella no había ninguna foto.

—Soy muy buena en mi trabajo —replico malhumorada—, aunque no tengo por qué darle explicaciones. Es usted quien ha decidido que yo le haga la entrevista en lugar de esperar a mi jefe. Además, supongo que me he tomado las mismas molestias que usted se tomó en conocerme a mí antes de... —¿besarme?, ¿acariciarme? No sé si quiero seguir por ahí. Toda mi seguridad se esfuma—... antes de lo que pasó en la fiesta.

—¿Y qué pasó en la fiesta, señorita Harper? —Pronuncia mi nombre burlón, pero sin dejar de sonar arisco. Tengo la sensación de que suena así porque es así.

—Lo sabe de sobra. —No quiero entrar en este jueguecito. No acabará bien para mí—. Será mejor que me marche —anuncio girando sobre mis tacones y empezando a caminar.

—Yo no he dicho que pueda hacerlo.

Sólo son siete palabras, pero me frenan en seco y, por un momento, tengo la perfecta y perturbadora sensación de que hemos vuelto a la biblioteca. Mi corazón se acelera y mi cuerpo desbocado y caliente le gana la partida a mi cerebro.

Él me mira arrogante, distante, pero al mismo tiempo dejando ver que mi reacción también lo ha afectado, como si hubiese hecho exactamente lo que quería. No sé si pasamos así segundos, minutos o años enteros, hasta que de pronto su mirada, aún sobre mí, cambia por completo, devolviéndome de golpe a la realidad.

—Empecemos con la entrevista —me ordena—. No quiero perder más tiempo.

Se ajusta su precioso traje de un solo tirón de las solapas y se dirige hacia el sofá gris marengo del otro extremo de su despacho.

—Señorita Harper —pronuncia de pie junto al tresillo, esperando a que lo siga y me siente. Otra vez una orden clara y concisa.

Lo miro y trago saliva. Estoy aquí única y exclusivamente por trabajo. No me importa lo atractivo que sea o las ganas que tenga de pasar los dedos por su pelo castaño.

«Y más cosas.»

Cállate.

—Sí —pronuncio clara y serena.

Voy hasta el tresillo y me siento. Sin embargo, él me sorprende alejándose un par de pasos y sentándose en el sillón también gris marengo que hay justo enfrente, como si fuera un león y quisiese estudiar a su presa antes de devorarla entera.

«Ya te gustaría.»

Hablo en serio: cállate.

—El profesor Kenner no quería enfocar esta entrevista simplemente como un cuestionario —digo reconduciendo la conversación y a mí—. Uno de los pilares de la sociología es que se aprende mucho más de una persona charlando con ella en lugar de sólo preguntándole.

El señor Anderson suspira impaciente. ¿Siempre está tan malhumorado?

Carraspeo de nuevo y deslizo el índice por la pantalla de mi móvil para que aparezca el primer correo electrónico de mi jefe.

—Señor Anderson, ¿se siente cómodo con su trabajo como fiscal?

—Sí —responde intimidante.

—Es una posición de mucho poder.

No lo digo por decir; después del gobernador, es la figura legal más importante del estado y, siendo el estado que es, automáticamente eso lo convierte en uno de los hombres más decisivos del país.

—El poder es para quien está dispuesto a cogerlo, señorita Harper, y yo lo estoy.

Uau.

—Y sólo con treinta y dos años —murmuro más admirada de lo que me hubiese gustado.

—Siempre he tenido muy claro lo que quiero.

«Quiero.» Esa palabra es la que mejor lo define. Un ordeno y mando enfundado en un elegantísimo traje. Sabe lo que desea y lo desea ya.

—¿Es complicado?

—¿Mi trabajo?

Yo asiento llevándome un labio sobre otro. Por un segundo se queda callado, observándome.

—No, no lo es —responde otra vez con esa media sonrisa.

—Con eso parece querer decir que es muy inteligente.

—Lo soy.

Su contestación me molesta.

—Y, ya puestos, también bastante presuntuoso —replico mordaz.

Inmediatamente me arrepiento. ¿Por qué tengo que ser tan bocazas? Sin embargo, su sonrisa se ensancha. Su reacción me descoloca y, por una mísera milésima de segundo, creo que a él también.

Ethan se humedece el labio inferior despacio.

—Usted lo llama ser presuntuoso —dice finalmente—, yo lo llamo ser consciente de cómo soy.

No podría haberme dado una respuesta más arrogante. Ese adjetivo también lo describe bastante bien.

No sé por qué me molesta tanto que se muestre así de presuntuoso... aunque una parte de mí tiene clarísima la respuesta: porque también me parece increíblemente atractivo. Frunzo el ceño discreta. Me niego a hacer caso a esa parte.

—Creo que tiene un concepto demasiado bueno de sí mismo.

—Y usted es demasiado inocente, señorita Harper.

¿A qué demonios ha venido eso? Mi enfado aumenta como un ciclón. No soy inocente ni tampoco una cría. Estoy harta de que todos piensen eso de mí: Taylor, mi madre, mi hermano. Soy una adulta, maldita sea, y la última persona a la que pienso consentirle que dé por hecho que soy una niña inocente es a él, aunque no tenga muy claro por qué.

—Eso ha estado completamente fuera de lugar —me defiendo—. Usted no me conoce —replico muy digna.

Tomándome por sorpresa, se levanta, esquiva la mesa de una zancada y apoya las palmas de las manos en el sofá, a ambos lados de mis caderas, inclinándose sobre mí, atrapando mi mirada sin remedio.

—Eres una cría —sentencia, y su voz se vuelve más ronca— y no pienso disculparme por decirlo.

Otra vez mi corazón, mi respiración y mi cerebro se vuelven un absoluto caos. Son esos malditos ojos intimidantes, duros, pero tan espectaculares que pueden llegar a doler. Quiero decir algo, mandarlo al infierno para ser precisos, pero mi cuerpo se niega a colaborar. Más aún cuando su olor suave y mentolado se apodera del ambiente entre los dos.

Algo en su mirada vuelve a cambiar, aunque no podría decir el qué, y de pronto salgo de mi letargo y me vuelvo curiosa y quiero descubrir que está pensado.

—¿Por qué ha dicho eso? —murmuro.

El señor Anderson frunce el ceño casi imperceptiblemente sin levantar sus ojos de los míos. Nos observamos en silencio. Quiero que me conteste a esa pregunta. Lo quiero con todas mis fuerzas.

Tras unos segundos, exhala controlado el aire de sus pulmones y se incorpora rompiendo el momento, lleno de una aplastante seguridad.

—La entrevista ha terminado —me informa regresando a su escritorio.

Lo contemplo alejarse, la rabia vuelve y de repente interiorizo sus palabras. ¿Quién se ha creído que es? Me levanto como un resorte y camino hasta colocarme en el centro de su despacho, al otro lado de su mesa, justo frente a él.

—Señor Anderson, es usted un maleducado —suelto sin titubear—. La entrevista se ha acabado porque ya no tengo ningún interés en saber nada más sobre usted.

Él se humedece otra vez el labio inferior, amenazante. Yo alzo la barbilla, insolente. No pienso dejar que vea cuánto me intimida. Luchando por mantener toda esta seguridad, salgo de su despacho, conteniéndome para no dar un portazo.

Atravieso el vestíbulo y salgo empujando la puerta del Equitable Building con fuerza. Empiezo a caminar por la Avenida Broadway sin detenerme un solo segundo. Nunca había conocido a una persona así, tan arrogante, tan inteligente, tan distante, tan cortante. Estoy confusa y en cierta manera abrumada y también muy enfadada, como si me hubiese chocado de frente con un imán de carga contraria a la mía, o, más exacto todavía, contra un maldito tren de mercancías. Acelero el ritmo, aunque no sé adónde voy. Los recuerdos de la biblioteca se entremezclan con todo este caos y realmente no sé qué pensar. ¿Cómo demonios voy a saberlo? Me hizo ver el paraíso con un solo beso, y el hombre que hay detrás de la fantasía es controlador, presuntuoso y demasiado atractivo.

Tengo que olvidarme de él.

* * *

Voy a la universidad y, aunque intento trabajar, todo el día resulta ser una auténtica pérdida de tiempo. Estoy irritable, incómoda y no consigo concentrarme más de dos minutos seguidos. Cuando veo los dígitos del pequeño reloj de la esquina de la pantalla de mi Mac cambiar de las 5.59 p.m. a las 6.00 p.m., me doy cuenta de que necesito salir de aquí y, siendo más prácticos y concisos, tomarme una copa.

—Teniente Dillon —la saludo en cuanto Taylor descuelga el teléfono—, necesito una copa con poca clase y mucho alcohol —bromeo.

En realidad no lo hago. Ahora mismo me tomaría media docena de chupitos de tequila sin sal ni limón.

—En lo de la poca clase no puedo ayudarte, es algo innato en mí —replica—. Es por eso de ser de Texas, ya sabes... la elegancia, el sur... Todo forma parte del mismo juego.

Yo sonrío y me ajusto mi bolso cruzado mientras recorro el pasillo y salgo a los jardines centrales.

—¿Y en lo referente al alcohol?

—En eso sí puedo ayudarte.

—No me equivocaba contigo.

—Esta noche tengo una cita en un club increíble —me informa emocionada— y mi chico va a llevar a un chico.

—¿Podré investigar sobre la *girlfriend experience?*

—Eso depende de ti. ¿Vas a volver a caer en la segunda fantasía de las mujeres? —plantea burlona.

—Ja, ja —río sardónica—. Eres una perra —me quejo fingidamente hostil.

—No le faltes al respeto a tu superior, soldado Harper.

—Lo siento, pero mi superior sigue siendo una perra —insisto y, antes de que pueda controlarlo, rompo a reír.

Dos profesores que acaban de salir de la Memorial Library, el sitio donde entregan los premios Pulitzer, me miran con mala cara. Yo carraspeo y los saludo con una sonrisa incómoda. Puede que yo sea una bocazas, pero ellos deberían probar a reírse un poco más. Vivo rodeada de malhumorados.

«Y hoy has conocido al mayor de todos.»

Resoplo. No quiero pensar en él.

—¿Dónde nos vemos? —inquiero volviendo al tema que nos ocupa.

—En mi apartamento —responde veloz—. Tenemos que estar deslumbrantes. El Archetype es un club con mucha clase.

—Archetype. Suena bien.

Nos despedimos y acelero el paso. La noche promete y pienso recabar muchísima información.

«Sin besarte con nadie.»

Fundamental.

* * *

—¿Estás lista? —me pregunta Taylor.

Su armario es increíble y yo me he decidido por un precioso vestido de Marc Jacobs con un tenue brillo satinado. Me retoco las trenzas dentro de mi recogido y enredo el índice en uno de los mechones que me quedan sueltos. Sonrío. Me siento como una actriz de los años cincuenta. Todo *glamour* y los labios pintados de rojo.

—¿Qué tal? —le pregunto girándome hacia ella. Mi amiga enarca una ceja esperando el resto

de mi comentario—. ¿Te parezco una chica que sale en una peli de Hitchcock?

Me encojo de hombros ladeando suavemente la cabeza como si de repente me hubiese convertido en Grace Kelly en *La ventana indiscreta*. Su boca se curva hacia arriba en una sonrisa, pero tuerce los labios para disimular.

—La próxima vez te dejaré unos guantes hasta el codo para que me sorprendas con tus dotes interpretativas —se burla.

Yo le dedico mi mejor mohín, pero, cuando vuelvo a mirar mi vestido, vuelvo a sonreír. Me encanta, es mi perfecta armadura. Esta noche pienso conseguir muchísima información

Shelton Memphis, uno de los directores financieros del First National Bank y, por tanto, un hombre realmente importante en Nueva York en general y en Wall Street en particular, es el acompañante de Taylor, quiero decir, Jordan. Tengo que meterme ese nombre en la cabeza de una maldita vez si no quiero que Taylor me la corte. Me pregunto cómo reaccionaría su madre, miss ciudad de Dallas 1981, si se enterase de los negocios de su hija. Supongo que la que acabaría entonces sin cabeza sería Taylor.

El taxi cruza Manhattan hasta Turtle Bay. Siempre me ha gustado este barrio. Las vistas son increíbles con el East River, Roosevelt Island y Queens al fondo.

Me he pasado todo el camino intentando sonsacarle información a mi amiga sobre el club al que vamos, pero no ha soltado una sola palabra y sí alguna que otra sonrisilla. Eso no es nada bueno para mi curiosidad.

En la penumbra de un callejón, un portero de unos cien kilos y una variopinta colección de tatuajes de pistolas bajo un impecable traje negro de Hugo Boss nos corta el paso, pero, en el momento en el que distingue a Taylor, se hace a un lado y nos abre la puerta. Durante unos segundos nos quedamos a oscuras en un pequeño cubículo de pintura gris o probablemente hormigón cuando, de repente, otra puerta se abre frente a nosotros y el Archetype lo hace en toda su extensión. ¡Santo cielo, es increíble!

Las paredes son de color grafito, con millones de puntos de luz que destellan como partículas de arena. Podría dar la sensación de que eso borra cualquier rastro de intimidad, pero son tan diminutas que el efecto es precisamente el contrario, como si iluminaran sin hacerlo, como si guardaran todos tus secretos. Al mirar en la dirección opuesta, el diseño cambia, se vuelve más misterioso, más oscuro, pero también más excitante. Hay una inmensa barra de cristal y, al fondo, un pequeño escenario. Todo es sofisticado y muy sensual.

Mis Louboutin prestados resuenan inquietos a cada paso que doy, pero no estoy nerviosa. Estoy intrigada y, sin ni siquiera saber por qué, también expectante. Es la idea que transmite cada centímetro cuadro de este lugar: desea lo que quieras y lo tendrás.

—Es un club muy elitista —me saca Taylor de mi ensoñación—. Sólo miembros muy importantes de la ciudad son socios. Tú observa y diviértete.

Me mira fijamente, esperando una señal de que la he entendido.

—No te preocupes, la ninja sexual ha vuelto —bromeo.

Taylor sonríe. Abre la boca dispuesta a decir algo, pero un par de hombres sentados en una de las bonitas mesas *vintage* la distraen.

—Ahí están —me avisa—. No te pongas nerviosa —me recuerda—, y no te comportes como

una cría.

—No soy ninguna cría —me quejo, pero mi amiga ni siquiera parece escucharme.

Se gira hacia mí y me hace un discreto gesto. No comprendo nada, pero, en ese preciso instante, los hombres que estaban en la mesa se detienen frente a nosotras. Los dos están elegantemente trajeados y son muy atractivos.

—Hola, Jordan —la saluda uno de ellos, con el pelo perfectamente engominado y unos preciosos ojos marrones, besándola luego en la mejilla, cerca, muy cerca de la comisura de sus labios.

—Hola, Shelton.

Así que él es Shelton Memphis. Es más joven de lo que me esperaba.

—Quiero que conozcas a Marnie.

—Encantando de conocerte, Marnie —me dice sujetando mis manos un par de segundos en un afectuoso saludo—. Preciosas señoritas —añade con la voz suave—, él es Jeremy Matthews.

Yo suspiro nerviosa y espero que discretamente. Antes de que pueda decir nada, él camina los pocos pasos que nos separan con una sonrisa en los labios. Tiene una belleza de anuncio, de esas que reconoces en seguida: ojos pardos, pelo castaño, rasgos marcados. Sin embargo, paradójicamente, también es de esas bellezas vacías que no te dicen nada más allá de la impoluta fachada.

—Un gusto conocerte, Marnie —me saluda y se inclina sobre mí para darme un beso en la mejilla.

Un escalofrío helado me recorre la espalda.

—Lo mismo digo —me apresuro a responder para que nadie se dé cuenta de cuánto me ha incomodado. Supongo que no estoy acostumbrada a tener hombres tan importantes a mi alrededor.

Shelton pide una botella de *champagne* y nos acomodamos en la mesa que ya ocupaban ellos. Sigo inquieta y aún no sé por qué. Jeremy parece simpático. No entiendo qué me pasa. Me revuelvo en la silla y, de pronto, todo mi cuerpo se tensa, una tensión completamente diferente, como si cada uno de mis músculos despertara, excitados y hambrientos, y comprendo que me están observando desde algún rincón de la sala.

4

Trato de girarme hacia donde mi cuerpo vibra y en ese preciso instante su aliento traspasa los mechones sueltos en mi cuello, una llama viva que se desliza hasta alojarse en el centro de mi pecho.

—Buenas noches. Veo que esta noche están en una deliciosa compañía —comenta repasando cortésmente al grupo con la mirada hasta volver a atrapar la mía.

La intensidad de sus ojos me trasporta de golpe a la biblioteca. A los brazos de Ethan Anderson y los suyos.

—Buenas noches, señor Morgan —responde Shelton Memphis—. Como imaginará, es una cita más que deseada.

Taylor sonríe con coquetería, pero yo no puedo. Estoy bloqueada, casi en *shock*. Primero el fiscal general del estado esta mañana, ahora él.

—Permítanme presentarme —replica el señor Morgan sacándome de mi ensoñación.

Alzo la cabeza. Gran error.

Su mirada me está esperando de nuevo y se alía con su cabello rubio perfectamente peinado, con su voz suavemente ronca y con esos deliciosos traje y camisa negra, y el resultado es sencillamente perturbador, como si no le costase ningún esfuerzo resultar sexy, atractivo y, sobre todo, enigmático. El señor misterioso en acción.

—Soy Ayden Morgan. —La manera en la que ha pronunciado su nombre delata un ligero acento. ¿De dónde es?

Mi curiosidad acaba de crecer un poco más.

—Jordan Smith —responde mi amiga.

Él sonríe y, con una elegancia innata, toma su mano y le besa suavemente los nudillos. Taylor le devuelve la sonrisa encantada y su gesto se ensancha al observar cómo sus ojos azul brillante dejan de prestarle atención a ella para prestármela a mí.

—Ella es Marnie Harper —me presenta.

Me recorre de arriba abajo con la mirada, evaluándome y, de paso, clavándome en el sitio.

—Un auténtico placer —susurra.

Toma mi mano y, al igual que hizo con Taylor, se inclina, esta vez sobre mí. La calidez de su aliento, de su boca y de su tacto electrifica mis pulsaciones. Nunca había deseado tanto un contacto tan nimio. Justo antes de que sus labios toquen mi piel, me dedica una media sonrisa que forma un pequeño hoyuelo en su mejilla izquierda y tengo que contenerme para no suspirar.

—Va a ser muy divertido cazarte, Marnie —murmura sin que la sonrisa lo abandone.

Por primera vez en veintitrés años, mi enorme bocaza me traiciona y no sé qué contestar.

Finalmente me besa y, despacio, vuelve a incorporarse. Ayden Morgan me mira un instante más y, a continuación, vuelve a prestarles atención a los dos hombres. Sus ojos parecen más fieros cuando su mirada se cruza con la de ellos.

—Si me perdonan, tengo asuntos de los que ocuparme —se excusa—. Diviértanse.

—Desde luego estamos en el sitio adecuado para una gran noche, ¿no, señor Morgan? —replica Shelton, perspicaz.

Taylor sonríe para satisfacción de su acompañante. Yo frunzo el ceño. Está claro que me estoy perdiendo algo sobre este club.

Ayden Morgan observa al director financiero del First National Bank y acto seguido clava sus ojos en mí, como si, de alguna manera, las palabras que acaba de oír y yo estuviésemos relacionadas. Finalmente se humedece el labio inferior, se mete las manos en los bolsillos en la pose más arrogante y elegante que jamás he visto y echa a andar sin molestarse en responder.

¿Qué acaba de pasar? ¿A qué ha venido esa mirada? Por Dios, ya tuve suficiente con el imbécil arrogante de Ethan Anderson esta mañana. Me merezco un respiro o, por lo menos, un manual de instrucciones sobre hombres complicados.

—Parece que Morgan no tiene un buen día —comenta Shelton sin darle excesiva importancia.

—Será una de las chicas que lo persiguen —contesta Jeremy esbozando una sonrisa.

—Lo dudo muchísimo. Es muy selectivo con las mujeres.

Yo me contengo para no soltar una carcajada. Estuvimos a punto de tener sexo sin que ni siquiera se preocupase de saber mi nombre.

—Imagino que algún negocio del que quiere apropiarse lo traerá de cabeza —continúa Shelton—. En el trabajo, es el hombre más frío y calculador que he conocido. Yo diría que incluso roza lo obsesivo, aunque lo cierto es que suele ser algo común en los hombres de su procedencia.

—¿Y cuál es esa procedencia? —La pregunta escapa de mis labios antes de que pueda controlarla. No he olvidado lo de la discreción y todo eso, pero es que me muero de curiosidad. No sé qué decir para redimirme, así que acabo sonriendo.

Los tres imitan mi gesto. Me he librado.

—Shelton se refiere a los británicos —me explica al fin Jeremy—. Suelen ser bastante sistemáticos en los negocios. —No sabía que tuviesen esa fama—. Ayden Morgan es de algún sitio al sur de Inglaterra. Nadie sabe mucho más. Es bastante reservado.

—Una especie de James Bond —replico en parte porque tengo una boca enorme y en parte porque no podría ser una comparación más acertada.

Los tres vuelven a sonreír.

—¿Te gusta mucho el cine, Marnie? —inquiere Jeremy sonriéndome de nuevo.

Vuelvo a sentirme incómoda.

—Me encanta, pero, de todas formas, ¿quién no conoce al agente 007, el más sexy al servicio de su majestad? —bromeo otra vez para disimular que me siento extrañamente inquieta.

—Eres muy observadora —comenta Shelton.

Recuerdo de nuevo la charla sobre la discreción y no sé si esas palabras son un cumplido o un reproche.

—Me gusta conocer a la gente —me excuso encogiéndome de hombros y obligándome a sonreír. Si algún día mi sonrisa va a sacarme de un problema como a las chicas en los anuncios de pasta de dientes, por favor, que sea ahora.

Shelton Memphis me devuelve el gesto y se inclina sobre la mesa con un brillo travieso en la mirada. Parece que he vuelto a librarme.

—Para saciar tu curiosidad —pronuncia bajando el tono de voz—, te diré que lo que sí está más que claro es que tiene una fortuna enorme que ha conseguido incrementar notablemente desde que llegó a Nueva York.

—Ha tenido suerte en los negocios —contraataca Jeremy justo antes de apurar su copa.

—¿Suerte o inteligencia? —replico algo molesta.

Nunca he entendido que se infravalore a las personas que, debido a su inteligencia, habilidades o esfuerzo, abren un camino que otros creen inalcanzable.

Jeremy alza las manos divertido en señal de tregua y yo me obligo a sonreír. Creo que he sido demasiado vehemente con esa pregunta, aunque jamás la retiraría.

—Dejemos al señor Morgan —propone Taylor—, es obvio que no vamos a descubrir nada que él no quiera, y hagamos algo más divertido. Me muero por un cóctel —sentencia mirando a Shelton.

Él sonríe cómplice y, sin decir una sola palabra más, ambos se levantan y caminan acaramelados. Sin embargo, pasan de largo la barra y desaparecen por una de las puertas laterales del local.

—¿Adónde van? —planteo—. ¿Hay otra sala con un barman especialista en cócteles?

Jeremy sonríe pero no responde y me doy cuenta de que está siendo condescendiente conmigo. Taylor, mi madre y mi hermano, entre otros, lo son continuamente, así que he desarrollado una especie de habilidad para notar cuándo alguien me mira con cara de «pobre niña inocente». Tengo veintitrés años, ¿por qué nadie parece darse cuenta? Es de lo más frustrante.

Aparto la mirada y la pierdo por el local. La canción que sonaba cambia al tiempo que se ilumina la pared del escenario y las sombras de tres chicas en lencería comienzan a bailar los primeros acordes de *Like I'm gonna lose you*,[2] de Meghan Trainor y John Legend. Sus movimientos son suaves y muy elegantes, y logran que, en cuestión de segundos, el ambiente se llene de un poco más de esa sofisticada seducción.

Jeremy continúa hablando pero, casi sin darme cuenta, comienzo a pensar en Ayden Morgan, en la manera tan misteriosa en la que se ha comportado. Prácticamente no ha pronunciado más de dos frases seguidas y, sin embargo, ha conseguido ser el centro de atención, incluso después de haberse marchado.

—Cuéntame un poco más de ti, Marnie —me pide Jeremy, colocando el índice bajo mi barbilla y obligándome suavemente a volver a mirarlo.

Yo sonrío nerviosa. Es más que probable que no fuera la primera vez que me lo pedía.

—Mejor —contraataco—, cuéntame algo sobre ti.

Lillie Harper, investigadora sociológica, en acción.

—Bueno, soy agente de inversiones para Goldman Sachs y vivo cerca del parque, en el East Side.

—¿Y por qué vienes a este club?

Jeremy se encoje de hombros y me enseña su cuidada dentadura en una interminable sonrisa.

—No lo sé —miente—; para pasarlo bien, supongo.

Asiento y mentalmente diseño su perfil: unos treinta años, buen trabajo y, por la zona en la que vive, un salario muy por encima de la media. Recuerdo a Shelton Memphis y de inmediato miro discreta a mi alrededor. Está claro que este club no es para todos los bolsillos. ¿Significa eso que las nuevas prácticas sexuales, como la g*irlfriend experience*, están ligadas a una clase social determinada? Obviamente cualquiera puede practicar el sexo que quiera en la intimidad de su dormitorio, independientemente de en qué barrio esté su edificio, pero también recuerdo la conversación que mantuve con Taylor esta mañana. Las mujeres ya no fantasean con bomberos, ahora su icono sexual es Christian Grey: guapo, deliciosamente pervertido y... millonario. ¿Juega el dinero, entonces, un papel importante en nuestra vida sexual? ¿Es más fácil ser un exquisito pervertido siendo rico?

—Ahora es mi turno —dice Jeremy.

—¿Qué te gustaría saber? —pregunto con una sonrisa.

—Me gustaría saberlo todo de ti —replica, y su mirada se oscurece.

Suelto una bocanada de aire, eso no me lo esperaba. Abro la boca dispuesta a decir algo, pero lo cierto es que no sé el qué y acabo cerrándola. De pronto estoy muy nerviosa, incluso un poco incómoda.

—¿Me das un momento para retocarme? —inquiero levantándome.

Jeremy sonríe apiadándose claramente de mí y yo le devuelvo el gesto. Sólo necesito un segundo para respirar hondo.

Le pregunto por el baño a una de las camareras vestidas de *pin-up* y, siguiendo sus indicaciones, tomo una de las puertas y accedo a un desierto vestíbulo con un precioso tocador y un enorme espejo *vintage* sobre él; al fondo pueden adivinarse una suerte de pasillos, todos con la misma sofisticada e íntima iluminación de la sala principal. Creo que nunca había estado en un local tan elegante como el Archetype. Tengo mucha curiosidad por conocer las otras partes del club. Apuesto a que son de lo más interesantes.

—Marnie, Marnie, Marnie. —Su suave acento es su carta de presentación.

Me llevo un labio sobre otro y me giro despacio. De pie y de cerca, Ayden Morgan es mucho más alto y, siendo objetivamente justos, también mucho más guapo. Me pregunto si alguna vez alguna mujer le habrá dicho que no a algo.

—Sólo buscaba el baño —respondo, reconduciendo a la conversación y a mí.

Él me mira y me dedica una media sonrisa de lo más sexy. Su hoyuelo vuelve a marcarse en su mejilla izquierda. Parece un actor de cine.

—¿Segura? —pregunta al fin, algo socarrón y algo impertinente.

Frunzo el ceño. Mi cerebro reconoce esa actitud arrogante y automáticamente me pongo en guardia.

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí, claro que sí.

¿Dónde pretende llegar?

—Pues, para estar tan segura, creo que resulta de lo más obvio que estás huyendo de ese tal Jeremy —replica sin ningún remordimiento.

Aprieto los labios, molesta. Ese comentario está totalmente fuera de lugar.

—Te equivocas, señor Morgan.

Emanando una masculina seguridad, da un paso hacia mí. Se lleva una de sus grandes manos a los labios y se acaricia el labio inferior apenas una décima de segundo. Un puñado de gestos sexys y sensuales, llenos de una desbordante elegancia, exactamente como es él.

—Me gustaría saberlo todo de ti —repite las palabras de Jeremy con un toque de malicia. Se está riendo de él—. No te preocupes, esa frase asustaría a la chica más valiente.

Ahora se está riendo de mí y eso también lo está haciendo sin ningún remordimiento.

Abro la boca escandalizada y aún más enfadada. ¿Cómo puede ser tan presuntuoso y tan maleducado?

—Ésa era una conversación privada —le recrimino.

—No lo dudo, pero creo que te vendría bien practicar un poco de esa... —se toma unos segundos, fingiendo que trata de encontrar las palabras adecuadas—... conversación privada.

Maldita sea, otra vez se está riendo de mí.

—Buenas noches, señor Morgan.

Giro sobre mis bonitos zapatos y me dirijo hacia la puerta.

—Empecemos por una fácil: ¿a qué se dedica, señorita Harper? —Su voz suena serena, en perfecta consonancia con su suave acento. No sé de dónde es, pero ese tono pausado y delicioso me recuerda a caballeros con brillante armadura, a reyes, a una elegancia innata.

—Trabajo como relaciones públicas en una importante joyería —respondo girándome y cruzándome de brazos.

No quiero jugar, pero ni por un segundo voy a permitir que piense que soy una cría incapaz de plantarle cara.

Bien dicho, Harper.

—Una joyería —repite.

Asiento.

—Es curioso —comenta fingiendo que sólo es eso, sana curiosidad.

—¿Por qué?

Automáticamente repaso los pocos retales de conversación que hemos compartido. Es imposible que sepa que le estoy mintiendo.

Ayden Morgan se deja caer suavemente hasta que su espalda se apoya en la pared. Es tan grácil que resulta imposible no imaginar qué otras cosas sabrá hacer con la misma maestría.

—Trabajas en una joyería y te llamas Marnie —suelta. Yo arrugo la frente. No entiendo a dónde quiere llegar—, como *Marnie, la ladrona*.

Hasta ahora.

¡Tierra, trágame!

—No deja de resultar curioso —sentencia burlón con la vista al frente.

Aprieto los labios. Maldita sea. ¿Cómo puedo ser tan bocazas y tan patosa? Ayden sonríe adivinando mi reacción y disfrutando de ella. Yo suspiro discretamente y me obligo a recuperar la compostura.

—Tu opinión no me interesa lo más mínimo.

Mis palabras le hacen ladear la cabeza y vuelvo a encontrarme frente a frente con esos ojos azul brillante. La respiración se evapora en mi garganta un solo segundo. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? Prácticamente parece un castigo divino.

—Como te dije antes —responde socarrón, sin dejar de usar ese retintín que no para de indicarme que se está riendo de mí—, claramente necesitas practicar.

—Y ya que crees conocerme tan bien y tener tan claro lo que necesito, ¿para qué crees que necesito practicar?

—Para lo que sea que has venido buscando aquí. Aunque te advierto de antemano que no lo vas a encontrar.

Sus palabras me descolocan y de pronto me siento al descubierto, como si su mirada fuese capaz de atravesarme y leer dentro de mí. Es excitante y peligroso.

—No me gusta que jueguen conmigo —replico manteniéndole la mirada, aunque me hubiese gustado que mi voz sonase más segura.

Él vuelve a sonreír. Está claro que no lo he intimidado lo más mínimo. Eso me enfada aún más.

Antes de que pueda decir nada, Ayden Morgan camina los pasos que nos separan, se inclina sobre mí y mueve la mano a mi espalda. Me coge de la cintura y, empujándome con habilidad a la vez que me gira, me deja de cara a la puerta, ahora entreabierta. Toda la sala entra en mi campo de visión, pero al mismo tiempo sé que ellos no pueden verme a mí, como si la pequeña hendidura por la que yo los observo fuese invisible para ellos. Ayden se queda sobre mí, muy cerca, y mi respiración caprichosa lo es una vez más, cayendo presa de todas las sensaciones que él, justamente ahí, provocan en cada centímetro de mi cuerpo.

—¿Ves a todas estas personas? —susurra seductor a mi espalda, con la voz ronca y cargada de placer y pecado—. Todas quieren lo mismo, Marnie.

Su cálido aliento roza mi mejilla y el corazón me late más y más de prisa.

—¿Por eso vienen al Archetype? —murmuro.

—Vienen porque aquí —responde inclinándose un poco más, dejando que su aliento caliente el lóbulo de mi oreja— pueden hacer realidad todas sus fantasías.

Sus palabras licuan mis entrañas y tengo que contenerme para no gemir. No sé si ha sido su voz, lo cerca que está o la manera en la que ha pronunciado *fantasía*, como si realmente todas estuviesen a su alcance y las compartiese sólo quien él desea.

—Es un club de sexo.

—Es mucho más —replica, y de repente tengo la sensación de que nos hemos transformado en el marqués de Sade y su joven alumna—. Todo lo que ves es un juego increíble, pero al final sólo se trata de jugar.

Mis ojos se posan en Jeremy. La *girlfriend experience*, este club, ellos. Siempre he tenido claro que en la vida todo es blanco o negro y que los términos medios sólo son para quienes no pueden elegir o, sencillamente, no quieren hacerlo. Así que, si al final es un juego, sólo se trata de conocer las reglas y aprender a jugar.

—Así que, ¿qué es lo que quieres, Marnie?

Su voz me hace girarme como si fuera mi canto de sirena particular. Todo se ha vuelto más íntimo, más oscuro, más sensual.

—No... no lo sé —murmuro—. Quiero aprender a jugar —rectifico rápidamente.

Ayden sonríe, como si hubiese reaccionado exactamente como esperaba, y se inclina despacio sobre mí.

—Pues sólo hay tres reglas y ésta es la primera —responde sin liberarme de su mirada—: tienes que guardarte tus cartas para ti.

Sonríe de nuevo, esta vez más sexy y también más canalla, y con la misma elegancia vuelve a incorporarse, se mete las manos en los bolsillos y se aleja un paso de mí.

Yo siento como si me sacaran de golpe de un sueño. De pronto estoy muy enfadada. ¿A qué ha venido esta especie de clase particular? ¿Por qué tengo la sensación de que sólo lo ha hecho para reírse de mí? Y, sobre todo, ¿por qué no me ha besado?, quiero decir, ¿por qué se aleja?... Maldita sea, no me importa absolutamente nada lo que haga.

«Eso no te lo crees ni tú.»

—No sé qué crees saber de mí, pero te equivocas —gruño malhumorada, alzando la barbilla altanera—. No me conoces lo más mínimo.

—Tu conversación privada te espera, señorita Harper —me recuerda impertinente.

Entorno los ojos. Estoy furiosa.

—Me gustaría que empezase a ser eso, privada, señor Morgan.

—No te preocupes, Jeremy Matthews no tiene ningún interés para mí.

Tuerzo los labios con malicia; acaba de decir prácticamente que no le cae bien.

—Creí que había que guardarse las cartas —le recuerdo insolente.

—Créeme, lo he hecho —sentencia con la misma media sonrisa canalla en los labios.

—No me caes nada bien. —Las palabras se escapan de mis labios antes de que pueda controlarlas, aunque francamente tampoco me arrepiento. Mi enorme bocaza no podría haber estado más acertada.

—Sincera e impulsiva —replica burlón—. Eso me gusta.

Yo lo fulmino con la mirada. No tengo por qué aguantar que siga riéndose de mí. Giro sobre mis bonitos zapatos y echo a andar hacia la puerta. Estoy cabreada.

—Un placer conocerte, Marnie.

—Siento no poder decir lo mismo —le espeto con una sardónica sonrisa en los labios, girándome lo justo mientras empujo la puerta.

Estoy muy enfadada. Odio que me traten como a una niña y él no sólo lo ha hecho, sino que parece haber disfrutado. Resoplo. No pienso dedicarle un segundo más.

Camino decidida hasta Jeremy y vuelvo a sentarme. No tardamos en retomar la conversación y hablamos un poco de todo... Nueva York, este club, el tiempo, nuestros trabajos, por supuesto

sin ninguna «curiosa» referencia a películas de Hitchcock. Sin embargo, también estoy distraída y, antes de poder darme cuenta, estoy repasando mi conversación con Ayden.

—Marnie...

¿A qué se refería cuando dijo que todo esto era un increíble juego?

—Marnie... —La voz de Jeremy llamándome me distrae y, por la sonrisa que me dedica, me doy cuenta de que no es la primera vez que lo hacía.

—Perdona, me había distraído —me disculpo.

Le devuelvo la sonrisa y la suya se ensancha.

—No te preocupes. Te preguntaba si te apetecería que fuésemos a tomarnos un cóctel.

Bajo la mirada, nerviosa. Aquí es cuando la ninja sexual tiene que retirarse. Quiero investigar y obtener toda la información posible sobre la *girlfriend experience*, pero de ahí a convertirme en una *provider* de verdad hay un largo trecho y no pienso cruzarlo. Todo es blanco o negro y yo tengo clara mi decisión.

—Muchas gracias, Jeremy —me disculpo por segunda vez—, pero mañana debo madrugar. Me espera mucho trabajo.

—¿No puedo convencerte de ninguna manera para que te quedes?

Sonrío de nuevo y niego con la cabeza.

—Lo he pasado muy bien.

Jeremy alza las manos en señal de rendición y, dejándome muy claro lo que va a hacer, se inclina para darme un beso en la mejilla a modo de despedida. Cuando se separa, alzo la mano en un saludo mucho más frío y salgo del club.

Ya con los pies en la 50 Este, me giro y observo la entrada custodiada por el enorme portero. No sé por qué, pero sospecho que acabo de salir de uno de los lugares más mágicos de Manhattan. Algo me dice que el Archetype no es un club más.

Metida en la cama, a oscuras y con la mirada perdida en los retales de edificios y cielo que ofrece mi ventana, trato de poner en perspectiva todo lo que ha pasado hoy. La entrevista con el fiscal, el encuentro con Ayden. McDominante y McMisterioso. Taylor no podía tener más razón cuando les puso esos apodos. Ethan Anderson es frío, distante, arrogante y, al mismo tiempo, inexplicablemente, también tan atractivo, como cuando ves uno de esos documentales en los que la gacela se queda embobada con el león que está a punto de comérsela porque es demasiado seductor como para dejar de mirarlo. Después Ayden me colocó frente a una habitación llena de misterios y, cuando quise mirar, la cerró en mis narices. No lo llamó juego, lo llamó increíble juego y, francamente, consiguió que, sin ni siquiera saber a qué se refería, me muriese de ganas por jugar.

Hoy, ni la gacela ni yo hemos tenido una mísera oportunidad.

* * *

A la mañana siguiente me levanto injustamente temprano. A mi falda y a mi blusa, ropa de alumna de departamento con mucho trabajo por hacer, añado un bonito bolso, una bonita pulsera y unas bonitas sandalias, complementos de alguien que se duerme siete de cada diez noches con

la revista *Vogue* entre las manos, y salgo disparada hacia el campus en un tiempo récord.

La pintada de hoy: «Si vas a tirar la toalla, que sea en la playa». No podría estar más de acuerdo.

Después de unas dos horas trabajando en mi proyecto, estiro los brazos por encima de mi cabeza a la vez que un suspiro se escapa de mis labios. Me merezco un descanso y, de paso, un paquete de oreos de la máquina del pasillo. Cojo un par de monedas de mi bolso y me levanto. Aún no he cruzado la sala cuando la puerta se abre y aparece el profesor.

—Lilianne —dice—, pasa a mi despacho.

Yo asiento, espero a que entre en su oficina y hundo los hombros. Creo que, desde que afronté sola la entrevista con el fiscal, me he ganado su confianza, porque, aunque sigue llamándome con un profesional «Lilianne» y yo sigo tratándolo de usted, el profesor ya me tutea. De todas formas, no quiero hablar de la entrevista. No quiero hablar de Ethan Anderson. No quiero hablar de la abogacía en general. Además, no he sido capaz de distinguir si estaba enfadado y eso, aparte de decir muy poco de mí como socióloga, me preocupa al instante. ¿Y si el fiscal lo ha llamado para decirle que me fui de su despacho después de llamarlo maleducado? ¿Y si le ha contado lo que pasó en la biblioteca? ¿Y si he perdido mi beca incluso antes de entregar el proyecto? Tomo aire y me llevo la mano a la frente. Todo se está complicando demasiado.

Reúno valor y comienzo a caminar hacia el despacho de mi jefe. Ethan Anderson es una persona horrible. Me marché de allí y lo llamé maleducado porque se lo merecía, y debería darme las gracias de que no lo llamara capullo arrogante maleducado, eso también se lo había ganado a pulso. No fue profesional, por el amor de Dios, ni siquiera fue mínimamente amable.

—¿Qué tal estuvo la entrevista con el fiscal? —me pregunta en cuanto pongo un pie en su oficina.

—Bien —respondo escueta, tratando de no hacer el más mínimo gesto. No se me olvida que el profesor me dio clases de comunicación no verbal el año pasado.

—He hablado con el señor Anderson.

Trago saliva. Valor, no me abandones.

—Él ha calificado la entrevista como... interesante.

Aprieto los labios. Apuesto a que, cuando dijo esa única palabra, tenía una clarísima doble intención.

—Me alegro —respondo molesta e inmediatamente me obligo a sonreír para que el profesor no lo note.

—Desgraciadamente, la información que conseguiste reunir sobre él es insuficiente. Tendrás que llamar a su oficina y concertar otra entrevista. Además, como tú fuiste la que habló con él, quiero que hagas un estudio detallado de lo que percibiste de él, de su personalidad. Tenlo listo para última hora de hoy. Empezaremos a trabajar la segunda entrevista a partir de tus conclusiones.

Resoplo mentalmente e incluso pataleo, pero mi yo profesional saca pecho y asiento. No voy a dejar que el fiscal estropee mi oportunidad de ser alumna de departamento ni directa ni indirectamente. Sólo tengo que llamar a su secretaria y, después, escribir lo que pienso de él

conteniéndome para no insultarlo... Eso va a ser más duro de lo que parece.

Regreso a mi mesa y saco los dos correos electrónicos sobre las pautas de la entrevista que el profesor Kenner me envió y las escasas notas que tomé allí. Alzo la cabeza y miro la página en blanco en la pantalla con los dedos inmóviles sobre las teclas. Ojeo la primera pregunta: «¿Cómo definiría al señor Anderson?». Lo pienso un instante.

—Arrogante, controlador obsesivo y distante —pronuncio en voz alta a la vez que tecleo.

Observo las cinco palabras en la pantalla y sonrío con malicia. Se merece cada letra, aunque casi en el mismo instante recuerdo lo hipnótico que resulta. Su masculina seguridad, su control... su voz.

Sacudo la cabeza y borro lo que he escrito. No puedo pensar en él de esa manera. No quiero y no debo.

—Eres lo peor, Harper —me quejo.

Mejor será que emplee mi tiempo en algo más útil y concierte la fecha para la nueva entrevista. Busco el teléfono del Equitable Building en el archivo.

—Oficina del fiscal general del estado.

—Buenos días, soy Lilianne Harper. Llamo del Departamento de Sociología Aplicada de la Universidad de Columbia para concertar una nueva cita con el fiscal.

—No cuelgue. Le paso —me informa mecánica.

Dos tonos después, vuelven a responder.

—Despacho del señor Anderson.

—Buenos días, soy Lilianne Harper. Llamo del Departamento de Socio...

—Espere —me interrumpe.

Frunzo el ceño. El teléfono vuelve a dar tono. ¿Con quién va a pasarme?

—Buenos días, señorita Harper. —Su voz me recorre de pies a cabeza como un maldito ciclón. Ahora lo odio un poco más—. ¿En qué puedo ayudarla? —inquiere muy arrogante y con una pizca de burla.

Cojo el lápiz y lo aprieto con fuerza.

—A mí, en nada —replico sin dudar—. Llamaba en nombre del profesor Kenner. Necesita volver a entrevistarlo.

Se hace un segundo de silencio y, aunque no lo veo, juraría que está dedicándome esa media sonrisa tan sexy y fría.

—¿Por? ¿No ha tenido suficiente con su trabajo de la última vez? La entrevista fue muy... —finge necesitar un momento para encontrar la palabra adecuada—... interesante.

Otra vez se está riendo de mí.

—Yo no la definiría así —me apresuro a contestar insolente.

—¿Y cómo la definiría, entonces?

No pienso entrar en su juego. No me tiene en la palma de la mano.

—¿Cuándo podrá recibir al señor Kenner? —digo reconduciendo la conversación—. Él tiene libre toda la semana que viene salvo el viernes por la mañana...

—Contéstame —me apremia.

Su voz me interrumpe y me intimida. ¿Por qué tiene que ser tan ronca, tan sexy?

No quiero que descubra cuánto me afecta y la mejor manera para impedirlo es responder.

—Fue... —aprieto el lápiz con más fuerza—... diferente.

—¿Tanto o más que dejar que te besara en la biblioteca?

Siento la boca seca, otra vez. El corazón latiéndome de prisa, otra vez.

—No era el único que estaba allí —murmuro.

No pienso dejar que crea que soy una niña incapaz de contestarle como se merece.

—Me importa una mierda quién más estuviera allí.

Ahora está enfadado, pero no ha perdido una pizca de arrogancia, más bien todo lo contrario. ¿Por qué me afecta de esta manera que sea tan prepotente? Nunca he sido esa clase de chicas a las que un traje a medida y unos modales toscos la impresionan, ¿por qué con él es diferente?

«Porque es imposible que a nadie le siente el traje a medida así de bien.»

—Señor Anderson...

Da igual lo que mi kamikaze cuerpo haya decidido sentir. Tengo que ser profesional.

—¿Qué? —responde tan rápido que no me deja tiempo para pensar. Apuesto a que ésa era exactamente su intención.

—¿Cuándo podrá recibir al profesor Kenner?

Gracias a Dios, no tartamudeo... casi.

—Señorita Harper —me llama.

Otra vez su voz.

—¿Qué?—murmuro.

—Cuando recuperes el aliento, llama de nuevo y mi secretaria te dará una cita.

Sin dejarme responder, cuelga. El intermitente pitido al otro lado del teléfono me devuelve a la realidad y, despacio, frunzo el ceño digiriendo lo que acaba de pasar al mismo tiempo que un vertiginoso enfado comienza a apoderarse de mí. ¡Maldita sea! No sólo sabe cuánto es capaz de afectarme, sino que el muy cabronazo está orgulloso de provocarlo. ¡No lo soporto! Cuelgo con rabia y, antes de que me dé cuenta, estoy golpeando el aparato con el auricular, colgando y descolgando varias veces, lo que provoca que Stuart, el otro alumno del departamento, me mire como si acabase de salirme una segunda cabeza.

Abro el archivo de texto de mi proyecto y comienzo a trabajar en él. Voy a concentrarme en lo importante. No pienso perder un solo segundo pensando en McDominante, cuyo nombre completo sin duda alguna es McDominante Sucio Bastardo.

Poco antes de la hora de comer, más tranquila, decidido llamar a su secretaria y concertar la cita definitivamente. Con un poco de suerte, no tendré que volver a hablar con él.

—Despacho del señor Anderson —responden después de que la recepcionista me recibiera con la cantinela de «oficina del fiscal general del estado».

—Soy Lilianne Harper, llamé esta misma mañana. Me preguntaba si ya sería posible concertar la cita para que el profesor Francis Kenner entreviste al señor fiscal.

La puerta del despacho de mi jefe se abre.

—Consultaré la agenda del señor Anderson.

Asiento.

—Claro —añado cuando caigo en la cuenta de que no puede verme.

El profesor deja varias carpetas a unas mesas de la mía y camina hacia mí.

—Ya no será necesario —me informa la secretaria.

—Lilianne —me llama el profesor.

—La cita para la entrevista fue confirmada hace poco menos de una hora para la mañana del viernes de la semana que viene.

—¿El viernes de la semana que viene?

—Quiero que repasemos varios apuntes —me dice el señor Kenner—. Tú te encargarás de la entrevista.

—¿Podría decirme quién confirmó la cita? —le pido.

—Al señor Anderson —me aclara mi jefe.

—El señor Anderson —responde su secretaria.

¡Hijo de puta!

5

—Gracias —me obligo a responder entre dientes y cuelgo.

No me lo puedo creer.

Rápidamente repaso la conversación que mantuve con él esta mañana. Le dije que el viernes de la semana que viene era el único día que el señor Kenner estaba ocupado.

—El fiscal me ha llamado —me informa el profesor—. Desgraciadamente el único momento que puede concedernos para que retomemos la entrevista es la mañana del viernes próximo. Ya sabes que yo tengo una reunión con el decano, así que tendrás que ocuparte tú.

Me sonríe escuetamente, esperando algún signo por mi parte. Yo asiento, no me queda otra, mientras me imagino en el despacho del fiscal tirándole algo metálico a la cabeza.

—Revisa estas nuevas preguntas —dice dejando una carpeta sobre mi escritorio —. Después de comer las comentaremos.

—Claro.

Echa a andar y yo lo observo para poder gritar y darle una patada a lo primero que encuentre en cuanto se marche. ¡Estoy furiosa! Tan pronto como la puerta se cierra tras él, me levanto y le suelto un puntapié a la mesa... y me hago un daño horrible en el pie. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Ahora no sé por qué estoy más enfadada, si por la emboscada o por el daño que me he hecho, pero sí tengo claro con quién. Entorno los ojos. ¿Por qué tengo que estar comiéndome solita este enfado? ¡Si él puede decirme lo que quiera cuando quiera, desde luego, yo también!

Me levanto como un resorte sin acordarme de cuánto me duele el pie y al apoyarlo en el suelo veo las estrellas.

Me las vas a pagar, fiscal general del estado.

Justo antes de bajar las escaleras del metro de la parada de la 116, le mando un whatsapp a Taylor para decirle que no podré comer con ella. Tengo veinte paradas para enviarle mi proyecto al profesor desde mi teléfono, revisar el dosier que me ha entregado y, sobre todo, pensar todas y cada una de las cosas que pienso dejarle muy claro a ese engreído presuntuoso de Ethan Anderson. No soy ninguna cría y no me gusta que decidan por mí como si fuera una muñequita.

Accedo al Equitable Building con el paso acelerado. Sorteo a la recepcionista, que, extrañamente, no me pone ningún impedimento cuando le digo mi nombre y que quiero ver al fiscal, y entro en el ascensor.

La planta veintinueve está prácticamente desierta. Miro el reloj de mi muñeca. Es la hora del almuerzo. Quizá el señor Anderson ni siquiera esté y por eso la recepcionista no ha tenido

inconveniente en dejarme pasar.

Apenas he avanzado unos metros cuando un hombre realmente furioso aparece desde el fondo del pasillo. Va vestido como un ejecutivo y lo sigue una chica con expresión agobiada que hace verdaderos malabarismos por seguirle el paso sin que se le caiga ninguno de los dosieres que lleva entre su antebrazo y el pecho. Ese detalle me hace darme cuenta de que no es un ejecutivo al uso, sino un director de departamento o algún empresario. Mi curiosidad se pone en marcha. ¿Qué hará aquí? Y, sobre todo, ¿por qué parece tan enfadado?

Ambos se cruzan conmigo, pero creo que ninguno repara en mí.

—Buenas tardes —me saluda la secretaria del fiscal.

Vuelvo al aquí y ahora.

—Buenas tardes —respondo—. Necesito ver al señor Anderson. Es urgente.

Ella me mira y una sonrisa con algo de malicia se apodera de sus labios. Sin embargo, apenas dura un segundo y dudo sobre si la he o no malinterpretado.

—Señor Anderson —lo llama pulsando el botón de su moderno intercomunicador—, la señorita Harper desea verlo.

La respuesta se hace esperar unos segundos.

—Que pase.

Su voz consigue que me tiemblen las rodillas. Suspiro o resoplo, no lo tengo muy claro, y me enfado un poco más.

Llegamos hasta el despacho del fiscal y, como la última vez que estuve aquí, llama y, antes de que contesten de ningún modo, se retira de vuelta a su mesa.

—Adelante.

Entro sin dudar. Inmediatamente, y eso ocurre en contra de mi voluntad, me hago consciente de dónde está: de pie, al otro lado de su carísimo escritorio, revisando varios documentos. Otra vez lleva una camisa blanca, en esta ocasión bajo un impecable traje azul oscuro y una corbata del mismo color, y el resultado es perturbador.

—Tenemos que hablar —me apremio a decir.

Sigo teniendo clarísimo por qué estoy aquí.

—La entrevista ya está concertada —me recuerda, frío.

El hecho de que ni siquiera haya alzado la cabeza para decírmelo me enfada y me intimida a partes iguales. En estos momentos elijo el enfado.

Camino hasta colocarme en el centro de su despacho, justo al otro lado de su imponente mesa. Mis pasos suenan tímidos. No puedo evitarlo y eso también me enfada, así que alzo la barbilla fingiéndome llena de seguridad.

—No puede hacer lo que quiera, ni decir lo que quiera, señor Anderson, y mucho menos jugar con mi trabajo y mi profesionalidad.

Por fin mis palabras le hacen levantar la cabeza y casi preferiría que no lo hubiese hecho, porque su mirada me atrapa en una milésima de segundo.

Apoya las manos sobre la madera y se inclina ligeramente. Un reportero del *National Geographic* está a mi espalda hablando de gacelas más estúpidas de lo que ellas se creen y más valientes de lo que deberían, que acaban de entrar directamente en la guarida del león y van a ser

devoradas, despacio.

—Claro que puedo hacer lo que quiera y decir lo que quiera —ruge con la voz suave, repleta de seguridad, mil veces más intimidante que un grito a pleno pulmón.

Una corriente eléctrica me sacude de pies a cabeza. El corazón vuelve a latirme ridículamente de prisa.

—Con mi trabajo, no —repito luchando por sonar tan segura como finjo parecer, apoyando las manos en la mesa e inclinándome suavemente hacia delante para imitar su postura.

—¿Con cuál de los dos? —replica burlón.

¡Maldito malnacido!

Me humedezco los labios dispuesta a decirle que no se equivoque, que yo no soy ninguna *provider,* pero, justo en ese instante, todo lo que Taylor prácticamente me suplicó cruza mi mente como un ciclón. Tengo clarísimo que el fiscal general del estado de Nueva York no se tomaría muy bien haber sido casi el cliente de una chica ajena a este mundo y, por lo tanto, a sus reglas sobre la discreción. Se lo contaría a Nadine Barnett y ella despediría a Taylor.

—Lo que pasó en la biblioteca fue un error —sentencio.

Quizá no pueda contarle la verdad, pero sí puedo dejarle claro que no pienso consentir que vuelva a repetirse. Me da igual lo absurdamente atractivo que sea... o casi. ¡Dios, todo es tan frustrante!

—No te creo —contesta arisco, con una sonrisa de lo más impertinente en los labios.

—No necesito que me crea —respondo alzando la barbilla.

—Es cierto —replica.

Apoya la punta de los dedos en la mesa y rodea su escritorio siguiendo el movimiento por la madera. Mi mirada se pierde en ellos, en su postura en general, en esa actitud de perdonavidas, como si estuviese dispuesto a pelear por lo que quiere y a ganar, siempre.

Ethan Anderson se detiene frente a mí. Su olor, a fresco y mentolado, me sacude, y la calidez de su cuerpo traspasa su traje italiano, mi ropa de chica trabajadora y todas mis defensas, y mi cuerpo brilla como si estuviese fabricado de luces de neón.

Se inclina despacio sobre mí y mi respiración se evapora.

—Necesitas otras cosas —susurra con sus labios casi tocando mi mejilla—, pero no te las has ganado. Sal de mi despacho.

¿Qué?

Quiero reaccionar, pero no puedo; quiero darle la bofetada que se merece, gritarle que no me conoce, que no sabe nada de mí. ¿Cómo se ha atrevido a hablarme así?

—No pienso salir de su despacho hasta que me diga que ha entendido que no vamos a volver a mencionar lo que pasó en la biblioteca.

No dudo. Quiero que tenga claro que hablo completamente en serio.

Ethan se humedece el labio inferior sin levantar la cabeza. Un gesto que a simple vista puede parecer inocente, pero que está repleto de pura arrogancia. Alza la mano y acaricia, efímero, mi cadera. El roce inmediatamente me transporta al caliente recuerdo de sus manos en esa parte precisa de mi anatomía. Todo se humedece. Mis latidos se aceleran y las mariposas se despiertan en la boca de mi estómago. Me quedo muy quieta. No puedo escapar y tampoco sé si quiero.

—No te equivoques, Lillie —me advierte contra mis labios—, y no dudes ni por un solo segundo quién tiene el control aquí.

Alza la mirada. Atrapa la mía. Son los ojos más increíbles que he visto nunca.

Oigo un sonido, pero no soy capaz de identificarlo. Toda la actividad de mi cerebro está dividida a partes iguales entre lo furiosa que estoy y todo lo que me hace sentir; quizá cuarenta, sesenta.

—La señorita Harper ya se marcha —dice incorporándose, cambiando por completo el tono de voz a uno más frío.

Se mete las manos en los bolsillos, negándome la posibilidad de cualquier contacto. De pronto los sonidos de la oficina y el mundo real aterrizan desde mi espalda. Ha abierto la puerta y ha llamado a su secretaria para deshacerse de mí. Mi enfado regresa como un ciclón. Aprieto los labios. Otra vez quiero abofetearlo, protestar, ¡gritar!

Ethan sonríe, encantado de la reacción que ha provocado en mí.

—Eres... eres...

¡Estoy tan furiosa que ni siquiera sé que decir!

Ignorándome por completo, con las manos en los bolsillos, destruye la distancia que nos separa y vuelve a inclinarse sobre mí.

—En la biblioteca sólo podía imaginar lo mojada que estarías mientras te follaba, duro.

Su voz vuelve a transformarse en un grave susurro, tan cerca de mi oído que toda mi piel se eriza por su cálido aliento y por sus labios casi rozando el lóbulo de mi oreja.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero vuelvo a cerrarla mientras él se separa poco a poco, asegurándose de que sus labios pasan muy cerca de los míos.

Es un maldito torturador y se le da exquisitamente bien.

—Si es tan amable de acompañarme, señorita Harper —pronuncia su secretaria a mi espalda bajo su atenta mirada.

Ahora mismo lo estrangularía con mis propias manos. Ethan parece poder leerme la mente, porque vuelve a sonreír encantado. ¡Es el colmo!

No tengo por qué aguantar esto. Giro sobre mis pies y me marcho de prisa. Abandono la planta veintinueve, el ascensor, el Equitable Building y, en mitad de la Avenida Broadway, me doy cuenta de que el tren de mercancías ha vuelto a arrollar a la pobre Lillie Harper, y esta vez casi la deja sin sentido.

Regreso al campus con la cabeza yendo a mil kilómetros por hora y cargando con demasiadas preguntas: ¿por qué se comporta así?, ¿por qué es tan distante pero, de pronto, parece divertirlo dejarme al borde de la combustión espontánea?, ¿por qué no se olvida de mí? Debe de conocer a chicas espectaculares que literalmente se tirarán a sus pies todos los días. Yo no tengo nada de especial. No soy guapa, ni tengo unas curvas de infarto, ni una personalidad arrolladora. ¿Por qué yo? Creo que, al final, eso es lo que más trabajo me cuesta entender.

Miro el reloj antes de abrir la puerta del departamento. He conseguido volver a tiempo, incluso me sobran unos minutos. Todo un logro teniendo en cuenta que he tenido que cruzar prácticamente la ciudad entera.

Ya acomodada en mi mesa, saco mi chocolatina de emergencia y le doy un bocado. Debería

empezar a sustituir la chocolatina de emergencia por una manzana de emergencia. Ahora me sentiría menos culpable.

De repente me doy cuenta de que no tengo por qué quedarme con este monumental enfado cuando puedo vengarme. Muevo el ratón para activar el ordenador y abro el documento de texto con el estudio sobre el fiscal.

No puedo más que definir a Ethan Anderson como un megalómano soberbio y arrogante; una persona incapaz de sentir empatía por otro ser humano o por una situación que angustie a otro, un redomado psicópata. Tecleo veloz y sonrío absolutamente encantada. Ha llegado el momento de ser sinceros.

La tarde ha avanzado sin ningún contratiempo. Los profesores han ido marchándose, incluso Stuart, mi compañero, lo ha hecho ya. Sólo quedamos el profesor Kenner y yo. El silencio es perfecto, pero, aunque he intentado concentrarme en el trabajo, no he podido dejar de pensar en todo lo que ha pasado con Ethan Anderson. El ataque de venganza fue sustituido por el sentido común y he escrito un nuevo informe detallado sobre lo que percibí del fiscal en la primera entrevista.

A un par de minutos de las tres, mando el estudio sobre el fiscal por la intranet. Ya he hecho todo lo que tenía pendiente para hoy e incluso he adelantado algo de trabajo; sin embargo, sigo inquieta. Definitivamente necesito una noche de chicas, pero, hasta que pueda marcharme y secuestrar a Taylor para bebernos media decena de Fizz acompañados con otra media de chistes malos, tengo que encontrar algo que hacer. ¡Ya sé! Iré a por un café a una pequeña cafetería frente a la salida este del campus, en Amsterdam Avenue.

Me levanto de un salto y salgo del departamento con una sonrisa, tarareando el *Can't stop the feeling*,[3] de Justin Timberlake. Hay que tener una actitud positiva; con eso y un vestido bonito puedo enfrentarme a cualquier cosa. Mi sonrisa se ensancha cuando la pequeña cafetería entra en mi campo de visión. Allí me tomé mi primer café mi primer día de universidad, cuando estaba emocionada y aterrorizada a partes iguales por estar por fin en Nueva York. Desde entonces se ha convertido en mi rincón preferido.

La campanita sobre la puerta tintinea al empujarla y una bocanada de aire fresco me recibe. Los climatizadores son el mejor invento de la humanidad, sobre todo cuando, a pesar de estar sólo a mediados de mayo, hace un calor de mil demonios.

—Por favor, podría ponerme un café con...

Pierdo la mirada en las enormes pizarras sobre el mostrador. Hay más de una decena de tipos de café: expreso, con leche, con crema, nata y canela... Sigo cada línea de tiza blanca hasta que de pronto leo «granizada» y de inmediato mis ojos vuelan hacia las máquinas que hacen girar el hielo de colores entre las aspas de plástico. Me quedo hechizada con la de fresa. Tiene una pinta deliciosa.

—¿Se ha decidido ya? —me pregunta amable la dependienta tras el mostrador.

—Sí, quiero una de fresa.

—En realidad, es de fresa, cereza y arándanos —me corrige con una sonrisa.

Asiento entusiasmada. Fresa, cereza y arándanos suena todavía mejor. Pago con un billete de diez y salgo de la pequeña cafetería guardándome el cambio en el bolsillo de mi falda y dando el

primer sorbo a mi bebida. Está aún mejor de lo que imaginaba.

De vuelta al departamento, voy tan concentrada repasando mentalmente mi proyecto que no me doy cuenta cuando choco con un armónico muro que me sujeta por la cadera en el instante en que pierdo el equilibrio.

—Maldita sea —maldigo de una forma casi inaudible con la cañita aún entre los dientes.

Alzo la cabeza y mi mirada inmediatamente se pierde en un par de ojos azules.

—Hay quien diría que no miras por dónde vas —comenta con una sonrisa suave y divertida en los labios.

—Ayden —balbuceo de una manera bastante estúpida.

¡Reacciona, idiota!

Suelto rápidamente la pajita y me relamo, tratando de hacerlo discretamente, para asegurarme de que no queda rastro de granizada en mis labios.

—Lo siento —me obligo a decir hablando como una adulta y no como una niña pequeña—. Estaba concentrada en... —no quiero mencionar mi proyecto de sociología. Para él soy Marnie y trabajo en una joyería—... cosas —concluyo sin mucho convencimiento.

Me concedo un sesenta por ciento en eso de ser adultos. Por lo menos, no he tartamudeado, aunque francamente la culpa es suya. Otra vez parece vestido como si Armani, Alexander McQueen y Valentino hubiesen unido sus superpoderes, hubieran creado la colección definitiva para hombres increíblemente sexys y le hubiesen cosido cada prenda contra su piel.

—¿Te he manchado? —inquiero cayendo en la cuenta de que es probable que la camisa blanca que lleva valga más que todo mi apartamento.

Alzo la mano acariciando la prenda en busca de manchas; es un acto reflejo, pero, en cuanto sus abdominales se dibujan bajo la tela y mis dedos, me aparto nerviosa y también un poco avergonzada. ¿Qué estoy haciendo? ¿Ahora, aparte de tener la boca grande, también me he vuelto rápida de manos?

Ayden sonríe divertido de nuevo.

—Disfrutabas de tu bebida como si de un manjar se tratase. —Su acento hace que las palabras bailen en su boca... Su boca. Creo que debería concentrarme en cualquier cosa menos en eso.

Me observa unos segundos y finalmente alza una ceja en una pregunta muda. Yo lo observo confusa.

—¿Qué? —suelto sin entender a qué se refiere y sin poder dejar de mirarlo.

—¿Es así? —me aclara con una media sonrisa—. ¿Está tan deliciosa como parece?

Sonrío al entenderlo al fin.

—Sí. Además, hace calor. Me apetecía mucho una granizada.

—¿Eso es una granizada? —inquiere curioso—. Pensaba que sólo podían ser de limón o naranja.

—Al gran Reino Unido le queda mucho por aprender —replico antes de poder controlar las palabras que salen de mi boca—. Éste es de fresa.

Y, sin dudarlo, sin ni siquiera pensarlo en realidad, le saco la lengua para que la vea teñida de rojo por la bebida.

Ayden estira su sonrisa hasta soltar una gran carcajada. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que acabo de comportarme como una cría. Genial. ¿Así es como espero conseguir que me vea como una mujer adulta? ¿Sacándole la lengua? Frunzo el ceño enfadada conmigo misma y, por extensión, también con él.

—No me gusta que se rían de mí —lo increpo molesta.

Al escuchar mis palabras, deja de reír y me mira directamente a los ojos. Sin embargo, una sonrisa de lo más socarrona sigue en sus labios y no tiene ningún interés en disimularla.

Yo arrugo la frente, molesta, y echo a andar. No quiero más jueguecitos.

—Espera —me pide sujetándome del brazo, impidiéndome que me aleje—. No me estaba riendo de ti, Marnie.

Su voz suena ronca, pero no me dejo engatusar. Él tira suavemente de mí y, antes de que pueda darme cuenta, vuelvo a estar muy cerca de él. Su mano rodea mi piel y el calor se expande, acelerando mi respiración.

—Te he visto sacarme esa preciosa lengua roja y ha sido algo tan fresco, como una cría. Me has alegrado el día.

—No soy ninguna cría, Ayden —protesto, aunque lo cierto es que ya no sé si estoy enfadada —. Tengo veintitrés años.

Ayden frunce los labios.

—Qué mayor —responde socarrón, apartando su mano de mí y cruzándose de brazos.

Da igual quién le sacara la lengua a quien. No tiene ningún derecho a tratarme así.

—Me marcho —siseo enfadada echando a andar otra vez—. Hoy no pienso permitir que ningún imbécil arrogante me estropee el día —sentencio farfullando, aunque estoy completamente segura de que me ha oído.

—A la vuelta de la esquina hay una piscina de bolas —comenta de lo más impertinente, sin ni siquiera inmutarse.

Definitivamente me ha oído.

Me freno en seco y cierro los ojos, luchando por reprimir todos mis impulsos; el que más, el de tirarle la granizada a la cabeza.

—¿Qué pasa con vosotros dos? —me quejo enfadadísima—. ¿No tenéis nada más agradable que hacer que comportaros como dos auténticos capullos conmigo?

—¿Qué dos?

¿En serio?

—¿Cómo que qué dos? ¿De verdad tienes que preguntármelo?

Ayden me recorre con la mirada de arriba abajo y, cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, la misma insolente sonrisa marca su perfecto hoyuelo. No me lo puedo creer. ¡Otra vez se está riendo de mí!

Abro la boca dispuesta a llamarlo de todo, pero en ese instante comienza a caminar hacia mí, todo agilidad, con un cuerpo de dios del sexo, interrumpiéndome.

—¿Puedo probar? —susurra inclinándose sobre mí.

—¿Qué? —balbuceo siguiendo su movimiento con los ojos muy abiertos.

¿Qué es lo que quiere? Y, sobre todo, lo más urgente y alarmante: ¿cómo ha conseguido

darle la vuelta a la situación sin ni siquiera disculparse? Es un maldito cretino.

Doy un paso hacia atrás para escapar de él, pero Ayden da otro hacia delante y acaba acorralándome contra la pared, con sus manos a ambos lados de mi cabeza. La gente camina junto a nosotros. Estamos en mitad de la calle, pero a nadie parece importarle y, por supuesto, nadie se acerca a preguntar si la chica del montón junto al nuevo Apolo necesita que la salven... aunque, la verdad, no tengo claro que quiera que me salven. Resoplo. No soy capaz de pensar con claridad. En cualquier caso, gracias, Nueva York.

Baja una de las manos y acaricia suavemente el vaso de granizada helada, llevándose las gotas de condensación con las yemas de sus largos dedos. Sus ojos me atraviesan, sensuales. Continúa moviendo la mano. Su boca se pierde en mi cuello. Su olor me envuelve. Destapa el recipiente. Dejo de pensar. No puedo. Sumerge uno de sus dedos en el hielo. Su aliento calienta mi piel. Contengo un jadeo. Pero, cuando sus dedos derraman la granizada por mi cuello, el frío, el calor y toda la excitación del mundo explotan dentro de mí y gimo bajito, absolutamente entregada.

—Fresa fría sobre piel caliente —susurra con la voz grave, observando cómo el hielo se desliza camino de mi clavícula.

—En realidad es fresa, cereza y arándanos —lo corrijo en un murmuro lleno de deseo, casi un tartamudeo.

Ayden sonríe canalla y todo se nubla cuando noto su lengua pasearse por mi piel, recogiendo la granizada con sus perfectos labios, matándome poco a poco sin un solo gramo de compasión

—Humm... dulce, impertinente y deliciosa. No se me ocurre combinación mejor —ronronea contra mi piel.

Por un momento no sé si se refiere a la granizada o a mí. ¿Las bebidas pueden ser impertinentes?

Lame con vehemencia y después me muerde. Se está tomando muy en serio eso de probar la granizada. Joder. Voy a salir despedida como un maldito cohete.

—Abre la boca —me ordena.

Se incorpora y atrapa mi mirada. Sus ojos están llenos de un hambriento deseo que me incendia por dentro. Vuelve a meter su dedo en el hielo rojo y, despacio, esparce la granizada por mi labio inferior. El frío otra vez me sacude. El resto de mi cuerpo está demasiado caliente. Ayden se inclina sobre mí sin liberarme de su mirada y me besa con fuerza, llevándose el hielo de mis labios, saboreándome, dejando que yo lo saboree a él. Dios. Dios. Dios. No quiero estar en ningún otro lugar.

—Definitivamente la granizada de fresa me gusta, me gusta mucho —susurra separándose apenas un centímetro.

—Y de cereza —vuelvo a aclararle, nerviosa.

—Cereza —repite con esa voz fabricada para el pecado.

—Y arándanos —balbuceo.

—Y arándanos.

Santo cielo. Nunca una fruta me había sonado tan sensual.

—Y tú —sentencia alejándose un poco más—. Marnie, el sabor perfecto para volver loco a

un hombre.

Gimo de nuevo. No puedo evitarlo. Lo deseo y su mirada arrogante me deja claro que él también lo sabe. Oigo un pequeño sonido. Mis ojos bailan de los suyos a su boca. Sonríe. Ayden se inclina un poco más, pero, una milésima de segundo antes de besarme, se incorpora y se aleja robándome la granizada y dejándome completamente descolocada.

¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

Como si pudiera notar la indignación que empieza a bullir dentro de mí, se gira y, caminando hacia atrás, alza el vaso de plástico en un insolente brindis.

—Disfruta de la granizada, idiota —me quejo.

—Gracias por la recomendación —se despide socarrón.

¡No me lo puedo creer! ¿Cómo he dejado que vuelva a jugar conmigo de esta manera? ¡Maldita sea!

—Espero que te atragantes —gruño.

—Qué maleducada —replica divertido.

—Y tú, qué ladrón.

—No, Marnie —responde tras chistar—. La ladrona eres tú, ¿recuerdas, chica Hitchcock?

Le dedico mi peor mohín, él sonríe descarado y finalmente se gira y desaparece con mi bebida. Yo me cruzo de brazos e incluso pataleo. ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? No es justo.

—Nada justo —farfullo mientras observo malhumorada cómo se marcha.

Esa noche, en la cama, con la mirada clavada en el techo, empiezo a tener una o dos cosas claras. Puede que no entienda por qué mi cuerpo me obliga a tomar tan malas decisiones, pero no pienso permitir que ni Ethan Anderson ni Ayden Morgan vuelvan a reírse de mí.

No es una idea nueva, pero, esta vez, ha llegado para quedarse.

* * *

Algo suena en algún punto, en alguna parte. Es muy molesto. Aprieto los ojos y me acurruco al lado contrario. Quiero dormir. El silencio vuelve.

El mismo ruido regresa. Frunzo el ceño. Se hace más claro. Más estridente. Más. Más. Más... Es mi teléfono.

Abro los ojos enfurruñada y rescato mi iPhone de la mesita. Miro la pantalla. No reconozco el número. Casi a la vez observo el pequeño reloj en la esquina superior derecha de la pantalla. Son las siete de la mañana de un sábado. ¿Quién puede llamar a esta hora?

—¿Diga? —respondo.

—¿Marnie Harper, por favor? —Es una voz de mujer. No la reconozco. ¿Y quiénes de los que me llamarían por ese nombre tienen mi número de teléfono? Acabo de espabilarme de golpe.

—Soy yo.

—Soy Nadine Barnett —prácticamente me interrumpe.

Al oír su nombre, todo mi cuerpo se tensa un poco más.

—Buenos días, señora Barnett —respondo sin saber qué otra cosa decir.

—Llámame Nadine —me pide—. Espero no haberte despertado.

Parece amable, aunque creo que sería más adecuado decir correcta.

—No, no —me apresuro a responder mirando mi despertador sobre la mesita—. ¿En qué puedo ayudarla? —inquiero cauta.

—Supongo que sabes que investigo a todas las chicas que trabajan para mí.

Trago saliva. No sé si quiero tener esta conversación.

—Contigo hice una excepción por Jordan. Confío plenamente en ella y ella lo hace en ti.

Tiene un suave acento. Me recuerda al de Ayden.

—Muchas gracias, señora Barnett, Nadine —rectifico veloz.

—De cualquier modo, hay algunos pasos que preferiría no saltarme. Me gustaría que almorzásemos juntas.

Tengo la sensación de que otra vez es pura cortesía. No me está obligando, pero tampoco creo que pueda negarme.

—Por supuesto —respondo más nerviosa de lo que me gustaría. Pienso en mi proyecto. Comeré con alguien implicado directamente en la *girlfriend experience*, y no como *provider*, ni como *hobbyists*, sino como... ¿*madame*, sería el término adecuado? En cualquier caso, conseguiré la perspectiva que me falta para poder tener todas las piezas del puzle—. Estaré encantada de almorzar con usted, Nadine —añado.

Además, no voy a negar que tengo mucha curiosidad por conocerla.

—Perfecto. Nos veremos en el comedor principal del hotel Plaza a la una. Sé puntual.

Sin esperar despedida alguna por mi parte, cuelga. Al separarme el teléfono de la oreja, suelto todo el aire que sin darme cuenta había contenido. Parece una mujer de armas tomar. Resoplo y me dejo caer sobre el colchón con el *smartphone* aún entre las manos. No tiene por qué inquietarme, ni siquiera un poquito, va a salir bien. Aún no he acabado de darme ánimos cuando me levanto de un salto y abro mi armario de par en par. ¿Qué voy a ponerme?

* * *

El Plaza siempre me ha gustado. Nunca he entrado, pero la fachada me recuerda a las pelis que veía cuando era pequeña. Es la imagen perfecta de Nueva York, con la piedra grisácea, los millones de ventanas y el porche acristalado lleno de luz.

Llego dando un paseo, atravesando el parque. Después de elegir uno de mis vestidos más bonitos y mis zapatos de la suerte, me duché, desayuné y, como no era capaz de estarme quieta, arreglé un poco la casa y trabajé en mi proyecto. Todo con la idea de distraerme, pero creo que no dejé de estar nerviosa más de dos minutos seguidos. Pensé que una vuelta por Central Park, el aire fresco, el rumor de los pájaros entre los árboles y esas cosas me calmaría. Me equivoqué; el efecto «conocer a una intimidante *madame* de la alta sociedad» es muy difícil de contrarrestar.

El portero me abre la puerta servicial con una sonrisa enorme y un movimiento de cabeza. Le devuelvo el gesto y entro, pero, cuando me veo en el inmenso vestíbulo, mis Manolo de segunda mano se detienen en seco y no puedo evitar mirar a mi alrededor fascinada por completo, incluso el techo está decorado con una suerte de dibujos muy elegantes en tonos dorados. Una sonrisa de

pura admiración se me escapa y echo a andar de nuevo. Otro efecto imposible de contrarrestar: estar en el lugar más elegante sobre la faz de la tierra y no quedarse absolutamente embobada.

—Buenas tardes, señorita —me saluda el *maître* desde detrás de un bonito atril de madera oscura—, ¿tiene reserva?

—He quedado para almorzar con la señora Nadine Barnett, por favor.

Asiente rápidamente y me pide, profesional y amable, que lo siga.

El comedor está lleno, pero el murmullo de las conversaciones es muy tenue, no hay voces más altas que otras y nadie hace excesivo ruido. En un extremo de la sala, un cuarteto de cuerda toca algo muy suave en perfecta sintonía con el ambiente. Creo que es una pieza de Schubert.

—Buenos días, Marnie —me saluda una mujer increíblemente elegante, levantándose de una pequeña mesa para dos junto a una soleada cristalera. Reconozco su voz de la llamada de esta mañana. Es ella—. Soy Nadine Barnett —me confirma.

Asiento, le devuelvo la sonrisa y estrecho la mano que me tiende. La primera pregunta es obligada, pero ella se adelanta con su respuesta.

—Jordan te describió a la perfección.

Me señala la mesa con un leve gesto y ambas tomamos asiento. Debe de tener más de cincuenta años. Es muy guapa, muy sobria, pero, sobre todo, muy elegante, y no hablo sólo de la ropa, son los gestos, cómo se mueve. Creo que no me equivoco si digo que ha nacido en la alta sociedad y siempre ha formado parte de ella.

—Vino. Sauvignon Blanc —le ordena al *maître*—, Château Laville Haut-Brion del 2006, perfectamente frío.

El empleado asiente y se retira. Cuando nos quedamos a solas, Nadine se toma unos segundos para extender una preciosa servilleta beige con filigranas doradas sobre su regazo. Creo que me está dando la oportunidad de estudiarla con la mirada, lo que efectivamente estoy haciendo. ¿Taylor le habrá dicho que soy socióloga? Finalmente apoya un codo, grácil, casi en el filo de la mesa y su barbilla suavemente sobre sus nudillos.

—Imagino que querrás saber por qué te he citado aquí.

—Dijo que entrevistaba a todas sus chicas —respondo—, así que supongo que querrá conocerme.

Nadine sonríe y cambia de postura.

—Tratamos con personas muy importantes y muy poderosas. Saber a quién colocamos frente a quién es fundamental. Jordan me comentó que eras muy guapa —¿muy guapa?, ¿en serio? Eso es amor de amiga—, pero que quizá fueses demasiado inocente para este trabajo.

Su comentario me pilla fuera de juego. Es directa. Creo que demasiado.

—No soy ninguna niña inocente —respondo fingiéndome todo lo segura que soy capaz.

—Me temo que no he usado la palabra adecuada, te ruego que me disculpes. —El tono que ha usado y lo que ha querido decir no casan en absoluto. Hay cierto toque de malicia, altanería y mucha soberbia en su voz—. Tal vez debería de haber dicho ingenua.

—Tampoco soy ninguna ingenua.

—Nadie te culparía por serlo —replica suspicaz.

—Me alegra saberlo, pero no lo soy.

El camarero regresa y, tras enseñarle una botella a Nadine, la descorcha y sirve dos copas. Tengo la tentación de beberme la mía de un trago, pero me contengo. Estoy más nerviosa y también extrañamente tensa, como si de manera inconsciente todo mi cuerpo se hubiese puesto en guardia.

—En la fiesta del New York Palace Hotel pudiste conocer al señor Morgan y al señor Anderson.

¿McMisterioso y McDominante? Ese tema ya me pone lo bastante nerviosa sin tener que hablarlo con una *madame* en el Plaza.

—Sí —respondo lacónica.

—¿Te gustó?

Trago saliva. No quiero contestar a esa pregunta, pero creo que no tengo otra opción.

—Sí.

Nadine me observa examinando cada gesto que hago mientras respondo.

—Son muy atractivos, ¿verdad?

—Sí.

El corazón me retumba contra el pecho.

—¿Repetirías? —me presiona.

—Sí —contesto más rápido de lo que me habría gustado y sin tener que pensarlo tanto como debiera.

Los problemas, de uno en uno, Harper.

Finalmente, Nadine vuelve a sonreír; otra vez ese gesto ensayado que parece diseñado para ocultar cosas en vez de para mostrar alegría.

—Con esa clase de hombres es con quien hay que tener más cuidado —sentencia.

—¿A qué se refiere?

Nadine se levanta grácil y se alisa su perfecto traje color burdeos, ignorando por completo mi pregunta.

—Ha sido un placer, Marnie —se despide—. Espero que me disculpes, pero no podré quedarme a comer contigo.

Sin darme oportunidad a decir una sola palabra, se marcha. No entiendo absolutamente nada. ¿Y adónde ha pretendido llegar con eso de que con esa clase de hombres hay que tener cuidado? Frunzo el ceño. Necesito saberlo.

—Perdone que la interrumpa. —La freno cuando ya había alcanzado la mitad del vestíbulo —. ¿Qué ha querido decir con que con esa clase de hombres es con quien hay que tener más cuidado?

Ella sonríe, otra vez taimada, y me observa de arriba abajo. Le hace un leve gesto al portero y él asiente inmediatamente.

—Los hombres que son capaces de ver a la chica mientras se acuestan con la *provider* son los más peligrosos. Creen que pueden comprar a las dos.

Sin esperar respuesta, se marcha definitivamente y yo me quedo de pie, en mitad del elegantísimo vestíbulo de suelo de mármol. Ha sido una advertencia en toda regla.

Tras unos segundos, miro a mi alrededor sin saber muy bien qué hacer. Cuando el bar del

hotel entra en mi campo de visión, suspiro y me encamino hacia él. Después de este casi almuerzo y, sobre todo, después de esa última advertencia, me lo he ganado.

Me acerco a la barra y espero a que uno de los camareros repare en mí y se acerque.

—¿Qué puedo ofrecerle, señorita?

La primera respuesta que me viene a la mente es «un Fizz, gracias» o «un Fizz, porque actualmente mi vida es muy complicada, gracias», pues hasta en mis hipotéticas reacciones me gusta explicar por qué estoy bebiendo sola a la hora del almuerzo, pero finalmente me contengo.

—Agua, San Pellegrino sin gas, por favor —respondo.

Supongo que quiero aguantar un poco más antes de acabar en una reunión de Alcohólicos Anónimos en un sótano de Brooklyn.

El camarero asiente y regresa a los pocos segundos. Abre la botellita de cristal y vierte la mitad en una copa impoluta.

—Gracias —murmuro.

Acaricio la copa con el índice y comienzo a juguetear con el pie de cristal. Sigo nerviosa e inquieta y encima no paro de darle vueltas a todo lo que ha dicho Nadine, a cómo es ella en general. Creo que me asusta. No sé por qué, pero hay algo en esa mujer que no me da buena espina.

—¿Agua? —dice a mi espalda, y no necesito girarme para saber quién es—. ¡Has debido de tener un día realmente duro!

Otra vez riéndose de mí, ¿por qué será que no me sorprende?

Me muerdo el labio inferior, negándome en rotundo a mirarlo. Sin embargo, involuntariamente, percibo cómo camina los pocos pasos que lo separan de mí y se deja caer hasta apoyar su espalda en la barra.

—Supongo que, cuando tienes un día complicado, la granizada no es suficiente y necesitas algo más fuerte —sentencia burlón.

Yo quiero girarme y mandarlo al diablo, pero en el fondo me hace gracia. Supongo que es el mayor de mis problemas. Me tiene completamente ganada.

—¿Qué haces aquí, Ayden? —pregunto girándome y observándolo al fin.

Gran error: chaqueta azul, camisa blanca con los primeros botones desabrochados. Un anuncio de Giorgio Armani en todo su esplendor.

Ayden sonríe y me doy cuenta de que no sé cuánto tiempo llevo mirándolo embobada. Aparto la vista algo avergonzada y resoplo con la copa entre las manos.

—En unos minutos tengo una reunión de... —busca la palabra adecuada y eso llama de inmediato mi atención—... negocios. Estaba a punto de entrar en el comedor y te he visto.

Entorno los ojos.

—No creo que sean negocios —replico incapaz de contener mi enorme bocaza. Automáticamente vuelvo a desviar la mirada al tiempo que resoplo—. Pero ¿qué me pasa? —me lamento.

Ayden sonríe, casi ríe, sincero.

—¿Alguna vez piensas lo que dices? —inquiere divertido.

Sé que de nuevo se está riendo de mí, pero en esta ocasión tiene toda la razón y acabo

sonriendo. Es mejor tomárselo con humor.

—Lo intento —me excuso—, pero no siempre lo consigo.

Ambos sonreímos.

—Pues, permíteme decirte —replica fingidamente compungido, llevándose la palma de la mano al pecho— que fracasas estrepitosamente.

—Eso no ha sido muy cortés —bromeo impertinente—. No te estás comportando como un auténtico británico.

—Las norteamericanas tenéis un concepto un poco distorsionado de lo que somos los británicos.

—Explícate.

—Dais por hecho que todos somos unos perfectos caballeros y...

Ayden se interrumpe a propósito y su sonrisa se transforma en una media mucho más sexy y también mucho más misteriosa.

—¿Y no lo sois? —termino la frase por él.

—Digamos que no somos eso exclusivamente.

—¿Por qué tengo la sensación de que esa frase tiene mucho que ver con cómo sois los británicos en la cama? —suelto de golpe, pensando, una bochornosa vez más, en voz alta.

Por Dios.

Me tapo los ojos con la palma de la mano y desde mi nido de avestruz particular puedo oír cómo Ayden rompe a reír.

—Marnie —me llama.

Marnie, también conocida como Lillie, ya no vive aquí, gracias.

—Marnie —repite con la voz más serena y también más dulce.

Noto sus dedos agarrar suavemente los míos y bajar despacio mi mano. Yo tomo aire y hundo los hombros. No me queda más remedio que dar la cara.

—Está claro que necesitas una copa —me dice— y, para que no haya rastro de dudas, no lo digo por tu impulsiva pregunta de hace un momento.

Entorna los ojos, divertido, buscando mi sonrisa; soy plenamente consciente de que ésa ha sido su única intención con esas palabras, y yo acabo claudicando y mostrándosela.

De pronto caigo en la cuenta de que su mano sigue agarrando la mía. Curiosa, alzo la mirada. Quiero saber si él también se ha dado cuenta o si simplemente sus dedos siguen sobre los míos por pura inercia. Sus ojos ya me estaban esperando y, al encontrarse con los míos, me dedica su media sonrisa. McMisterioso es injustamente guapo.

—¿Qué vas a tomar? —pregunta sin liberarme de su mirada.

—Un Fizz —murmuro.

Ayden sonríe de nuevo y creo que estoy a punto de desmayarme, pero, antes de que pueda hacer cualquier estupidez como decir esa frase en voz alta, se separa y mira al camarero.

—Un Fizz para la señorita —pide con su perfecto acento—. Apúntelo en mi cuenta.

El camarero asiente y empieza a preparar mi cóctel. Ayden vuelve a prestarme atención y, a continuación, contempla nuestras manos. En ese preciso instante su sonrisa cambia, se vuelve más tenue, pero creo que también más sincera. Alza la mirada de nuevo, se inclina despacio

sobre mí y me da un beso en la mejilla. La suavidad del gesto en seguida se diluye en otras muchas cosas, como lo cerca que está de mis labios, lo bien que huele o que creo que sencillamente he dejado de respirar.

—Siempre es un placer verte, chica Hitchcock —susurra justo antes de separarse.

Se incorpora y, sin decir nada más, se dirige al comedor con un andar masculino y repleto de elegancia.

Yo suelto un suspiro larguísimo y no soy capaz de apartar mi mirada de la entrada del comedor, incluso después de que hayan pasado varios segundos desde que se ha marchado.

Me giro despacio y regreso a la barra, a mi Fizz y a la realidad. Observo la copa un par de minutos y finalmente me animo a darle un sorbo. Sabe de maravilla y, aunque los motivos se hayan emborronado un poco, sigo estando segura de que me merezco este cóctel.

—¿No es un poco temprano para beber, señorita Harper?

Su voz y toda su arrogancia atraviesan mi cuerpo y tensan deliciosamente cada uno de mis músculos.

Desvío la mirada justo a tiempo de verlo acercarse a la barra y hacerle un mínimo gesto al camarero. Se retoca los gemelos desbordando masculinidad y, al fin, alza la cabeza y me mira. Sus ojos son increíbles, como su voz, como su perfecto traje carbón a juego con su corbata y su camisa blanca, como todo él. Ethan Anderson es una portada de *Esquire* hecha carne y hueso.

El empleado regresa y sirve frente a él un bourbon, Jefferson’s, para ser más exactos. Yo frunzo el ceño, confusa, y cuadro los hombros enderezándome sobre el taburete.

—¿Y no es un poco temprano también para usted, señor fiscal? —apunto impertinente.

Ethan sonríe. Algo me dice que le divierte que me muestre insolente con él.

—Tú y yo no somos iguales —replica.

Abro la boca indignada.

—Es el colmo —me quejo—. ¿Crees que porque soy una mujer no puedo beber como tú?

Eso es demasiado incluso tratándose de él.

Ethan me estudia un segundo con la mirada antes de humedecerse el labio inferior e inclinarse suavemente hacia delante, como si estuviese preparándose para disfrutar de su respuesta.

—Tú no eres una mujer —dice sin un mísero remordimiento—, eres una cría y a esta hora las crías están en el cole decidiendo qué quieren ser de mayor, no bebiendo en el bar del hotel.

Lo miro sin poder creer lo que acabo de oír. ¿Cómo se ha atrevido? ¿Cómo ha sido capaz?

—Eres, eres... —Otra vez estoy tan enfadada que ni siquiera soy capaz de armar una frase, ¡y otra vez quiero estrangularlo!

Él vuelve a dedicarme su media sonrisa dura y sexy y se levanta.

—Me encantaría quedarme a ver cómo recuperas el habla —replica ajustándose la chaqueta de un solo tirón—, pero tengo una reunión de negocios.

Yo me bajo como un resorte.

—No puedes hablarme así —gruño agarrando la barra con las dos manos.

Ethan me mantiene la mirada y, sin que la sonrisa lo abandone, camina hasta mí. Sus ojos van dominando los míos y, antes de que me dé cuenta, en cuestión de segundos, está frente a mí

derrochando todo este control y atractivo, y mi respiración ya es un absoluto caos.

—No... no puedes hablarme así —prácticamente tartamudeo.

No sé por qué lo repito. Creo que necesito autoconvencerme o, al menos, volver a decirlo en voz alta, porque tengo la sensación de que estoy al borde de un precipicio y me estoy asomando al vacío.

—¿Alguna vez piensas lo que dices antes de hacerlo?

Sonrío nerviosa. Es la segunda vez que me lo preguntan desde que llegué al bar del hotel.

—Te juro que sí —respondo sin que la sonrisa me abandone, creo que incluso más acelerada —, pero no lo consigo.

Su sonrisa se ensancha jovial, preciosa, llena de sinceridad. Es la sonrisa más increíble que he visto jamás.

—Espero que no lo consigas nunca.

Su respuesta me descoloca y al mismo tiempo hace que las mariposas se multipliquen por mil. ¿Qué ha querido decir?

Ethan se inclina sobre mí. La tentación crece, lo llena todo. El deseo, la excitación. Quiero que me bese. Creo que no había querido nunca nada tanto. Su cálido aliento se entremezcla con el mío. Mis ojos bailan de los suyos a sus labios. Los cierro.

—No voy a besarte —susurra contra mi boca—, así que sigue soñando, nena.

Abro los ojos y de inmediato me encuentro con los suyos. El enfado vuelve y lo arrolla todo dentro de mí. Es el hombre más arrogante, distante, capullo y presuntuoso que he conocido jamás y ya sé que *arrogante* y *presuntuoso* son sinónimos, pero es que lo es demasiado como para definirlo con una sola palabra.

Él vuelve a sonreír sin moverse un mísero centímetro, disfrutando de mi reacción, y finalmente se incorpora y echa a andar hacia el comedor.

Yo me olvido de que estoy en el lugar más elegante sobre la faz de la tierra y doy un paso hacia él.

—Te odio —prácticamente grito, con los puños cerrados con rabia justo a mis costados.

—Pues deberías repetírtelo más a menudo —replica sin dejar de caminar, ladeando suavemente la cabeza, aunque sin llegar a girarla del todo—. No da esa impresión.

Todavía a unos pasos, el *maître* sale a su encuentro con la expresión más solícita del mundo, pero Ethan ni siquiera se detiene. Le dedica una mirada de un solo segundo y ésa parece ser toda la atención que está dispuesto a prestarle. Yo resoplo tratando de controlar el saco de hormonas que tengo por cuerpo. ¿Por qué eso acaba de parecerme tan sumamente atractivo? McDominante también podría llamarse McTengoelmundoamispies; es largo, pero, desde luego, lo describe de maravilla.

Su manera de acercarse a la barra, la conversación, cómo se ha marchado, cómo ha controlado la situación, como si cada día dejara a su paso un centenar de chicas deseosas de sus besos... y lo peor es que, probablemente, ésa sea la historia de su vida.

«No te quepa duda.»

Ahogo un grito de pura frustración y doy un pisotón con rabia en el suelo. Es urgente que encuentre la manera de devolvérsela. La próxima vez que nos veamos voy a ser yo quien se ría

del señor fiscal general del estado.

Y ahora que lo pienso, ¿por qué tengo que esperar a la próxima ocasión, cuando puedo entrar ahí y decirle todo lo que pienso de él ahora mismo? Asiento a la vez que entorno los ojos. Va a ser una venganza en toda regla.

Camino decidida hasta la entrada del comedor. Pienso ignorar al *maître*, pero una sola mirada desde detrás de su atril me corta el paso. Está claro que mi poder para intimidar está al nivel del de la rana Gustavo.

—Necesito entrar —le explico—. Sólo será un segundo.

—Lo entiendo, señorita, pero, si no le importa, necesitaría saber por qué motivo.

Le enseño mi mejor sonrisa, pero él me devuelve una sardónica y con un poco de malicia. Una traducción perfecta de «a mí no me la vas a colar».

Piensa, cerebro, piensa.

—Olvidé mi teléfono sobre la mesa mientras charlaba con la señora Barnett.

Me mira desconfiado unos segundos, pero los dos sabemos que me recuerda, y finalmente asiente.

—Se lo traeré ahora mismo —se excusa entrando en el comedor.

No era exactamente mi plan, pero esperaré a que se aleje lo suficiente y me colaré. Doy el primer paso y sonrío victoriosa. Echo un vistazo al local, tratando de encontrar a Ethan y, cuando lo logro, todo mi cuerpo entra en una extraña tensión y me freno en seco. Está sentado en una mesa con Ayden.

6

Están comiendo juntos. De pronto un centenar de preguntas enmarañan mi mente: ¿por qué los dos la llamaron «comida de negocios»? ¿Por qué Ayden me dio a entender que no se trataba exactamente de eso? ¿Por qué, cuando los he mencionado en las conversaciones con el otro, siempre me ha dado la sensación de que ni siquiera se caían bien?

—No he encontrado su teléfono, señorita.

La voz del *maître* me devuelve a la realidad. Asiento torpe y comienzo a caminar hacia la salida principal, aunque no puedo evitar volverme un par de veces y observarlos. ¿Son amigos? ¿Son socios? ¿Qué negocios se traen entre manos? Mi curiosidad está en récord histórico.

* * *

La semana pasa a una velocidad de vértigo y, antes de que me dé cuenta, es jueves y mañana tendré que volver a entrevistar a Ethan. Sentada a mi mesa en el departamento de sociología, mordisqueo mi lápiz con la mirada fija en la puerta del profesor Kenner. Tengo que empezar a ser más lista, anticiparme a las situaciones. Tengo que demostrarles a McMisterioso y McDominante que no me tienen en la palma de la mano.

Llamo a la puerta del jefe y espero a que me dé paso.

—Profesor —digo asomando la cabeza—, me han avisado de secretaría... algo relacionado con la reunión con el decano de mañana.

Nunca se me ha dado muy bien mentir, así que me concentro en los aspectos básicos: frases sencillas, mantener la mirada y contener la risa nerviosa.

—¿Importante? —inquiere.

Me encojo de hombros.

—Lo cierto es que no me lo han dicho.

—Querrán que revise los dosieres. No los hagas esperar.

Asiento y cierro la puerta. Ya tengo la excusa. Ahora sólo necesito un malévolo plan para conseguir que la reunión con el decano se adelante a esta tarde para que, así, el profesor Kenner pueda ir a la entrevista con Ethan mañana.

—¿Estás ocupada? —pregunto en un susurro frente a Taylor, al otro lado de una de las mesas de la biblioteca, que tiene atestada de libros de derecho.

—Sí, pero necesito un descanso —responde resoplando.

—Te invito a un café —le propongo.

Ella asiente y cinco minutos después estamos sentadas en uno de los bancos de piedra que bordean los jardines con dos cafés para llevar.

—Necesito que me ayudes a idear un plan.

—¿Qué tipo de plan?

—Malévolo —contesto con una sonrisa.

—Genial —replica entornando los ojos, divertida—. Esos son mis preferidos. Dame detalles.

—Mañana el profesor Kenner tiene una reunión con otros directores de departamento y el decano, y necesito que se adelante a esta tarde.

—¿Por qué?

Tuerzo los labios. No quiero tener que contestar a esa pregunta.

—Porque, si está ocupado, yo tendré que entrevistar al fiscal y no quiero hacerlo. Es un tipo odioso.

Técnicamente no he mentido, pero eso no me libra de que Taylor me mire llena de suspicacia.

No preguntes, mejor amiga. No preguntes.

—Además, los viernes no son días para reuniones importantes —sentencio como si fuese obvio.

Ella me observa un momento más y al final asiente. Mentalmente suspiro de puro alivio.

—¿Sabes quién irá a la reunión?

—Sí. —Me reafirmo asintiendo.

Taylor alza la cabeza perdiendo la mirada en el cielo despejado y, tras unos segundos, se levanta de un salto con el café en la mano tomándome por sorpresa.

—¿Qué haces? —me quejo divertida.

—Arriba, soldado Harper. Tenemos mucho que hacer.

El plan es sencillo pero efectivo. Iremos a ver a los directores de departamento que deben asistir a la reunión y a cada uno de ellos le diremos que otro, por un problema personal, necesita que la reunión se adelante.

—Recuerda decir *muy* personal —repite frente a la puerta del departamento de relaciones laborales, haciendo hincapié en el adverbio.

—¿Por qué?

—Porque, cuando unes las dos palabras «muy personal» a «problema», hace que la gente se sienta automáticamente incómoda y no haga preguntas.

Yo la miro con el ceño fruncido. Ella se aclara la voz y, de repente, pone una expresión exageradamente triste.

—Lillie, tengo un problema muy, muy personal —me dice hundiendo los hombros. Yo la observo sin perder detalle—. ¿A qué has pensado que me refería? —continúa recuperando el tono normal.

—Venéreas —respondo sin dudarlo.

Ella se toca la nariz con el índice en un claro gesto de «veo que has captado mi teoría».

—Aunque, como socióloga, también debo decir que el sujeto de estudio hace mucho —añado

encogiéndome de hombros y soltando una sonrisilla prácticamente un segundo después, encantada con mi propia broma.

Taylor abre la boca indignadísima y me da un manotazo en el hombro.

—Entra ahí dentro —replica—, socióloga de pacotilla.

Veinte minutos después estoy de vuelta en mi departamento tras haber convencido a cada director y al decano del cambio de reunión. Taylor tenía razón. Ninguno ha preguntado nada y más de uno ha arrugado la nariz con cara de asco, aunque ha disimulado rápidamente. Es lo que tiene pensar en problemas muy personales antes de la hora del almuerzo.

—¿Qué querían en secretaría? —me pregunta el profesor Kenner cuando entro en su despacho.

—Informar de un cambio de día en la reunión con el decano. Al parecer uno de los directores de departamento tiene problemas muy personales y necesita que se adelante a esta tarde.

Mi jefe guarda un segundo de silencio y finalmente asiente.

—No habrá ningún problema.

¡Sí!

—Así podrá entrevistar personalmente al fiscal general, mañana —le recuerdo.

Kenner sonríe satisfecho.

—Perfecto —sentencia—. Igualmente nos acompañarás, Lilianne. No quiero quitarte mérito. Realizaste la primera entrevista y gestionaste la segunda. Mereces venir.

Yo le devuelvo la sonrisa.

—Se lo agradezco mucho, profesor, pero todavía hay que revisar toda la información para las ponencias del congreso de sociología aplicada, y comprobar que todas las inscripciones de los alumnos estén correctas. —O, lo que es lo mismo, el trabajo más aburrido del mundo.

—Como quieras —claudica—. Si prefieres quedarte y encargarte de eso, puedes hacerlo.

Mi sonrisa se ensancha a punto de partirme la cara en dos, pero lo disimulo rápido.

Salgo del despacho y, en cuanto cierro la puerta a mi espalda, comienzo a bailar como una idiota e incluso doy algún que otro saltito. Al darme cuenta de que Stuart me está mirando desde su mesa como si acabase de escaparme de una nave extraterrestre, me freno en seco, aparto la mirada y carraspeo, todo a la vez.

—Mi trabajo está yendo muy bien —me excuso.

Él asiente aún alucinado y yo me escabullo hasta mi mesa. Ya parapetada tras mi ordenador, sonrío de nuevo. Puede que él sea el todopoderoso fiscal, pero yo acabo de salirme con la mía.

Chúpate esa, Ethan Anderson.

* * *

El viernes bajo los escalones de mi edificio con una sonrisa. Con el pie en el último, alzo la cabeza y leo la pintada: «El mundo es el reino de los valientes, los hábiles y los que están dispuestos a sonreír ante los problemas».

No podría estar más de acuerdo, aunque, justamente hoy, también es el de las chicas buenas que acaban de fastidiarle los planes al lobo.

Al llegar al trabajo, la misma sonrisa sigue en mis labios y, a cada minuto que pasa, se hace más y más grande, sobre todo cuando dan las once en punto e imagino la cara que estará poniendo Ethan al darse cuenta de que la entrevista va a hacérsela mi jefe.

Él manipuló la situación para asegurarse de que me tendría allí. Yo sólo lo he hecho para poner las cosas en su sitio. Es lo justo. El karma estaría muy orgulloso de mí.

Voy a comer con Taylor y quedamos para salir a bailar esta noche. Ha conseguido que nos apunten en la lista de entrada para The Owl Nation, la disco de moda en Manhattan.

El profesor Kenner me avisa por correo electrónico de que se marchará directamente a casa después de la entrevista, así que no tengo oportunidad de averiguar cómo ha ido.

A las nueve estoy lista para darlo todo en la pista de baile. Me he puesto un vestido genial, me he secado mi indomable melena castaña con secador y tengo las uñas de los pies pintadas de tangerina. Va a ser una noche increíble.

Estoy terminando de meter las cosas en mi *clutch* cuando llaman a la puerta. Taylor se ha arreglado también aquí, pero ha subido a su apartamento para cambiarse de zapatos y de bolso.

—¿Lista? —pregunto abriendo.

Al alzar la cabeza, me quedo completamente inmóvil.

—¿Qué haces aquí? —murmuro atónita.

Ethan Anderson está al otro lado de la puerta, guapísimo como si no hubiese un mañana. Me recorre con la mirada llena de sus habituales descaro y arrogancia y con ese gesto me deja cristalinamente claro que no tiene la más mínima intención de decirme a qué ha venido.

—¿Qué haces aquí? —repito.

Puede que él no esté dispuesto a decírmelo, pero yo quiero saberlo.

Ethan deja escapar con brusquedad el aire de sus pulmones sin liberarme de su mirada. Tomándome por sorpresa, me coge de la muñeca, tira de mí y me acorrala contra la pared del rellano junto a la puerta de mi apartamento.

Algo dentro de mí se despierta de golpe. Maldita sea, no quiero querer esto. Cuerpo traidor, obedéceme.

Su cuerpo me aprisiona contra la pared y sus manos se anclan a ambos lados de mi cabeza. He perdido la cuenta de los latidos descontrolados de mi corazón, y mi respiración se ha acelerado sin remedio.

—Dime a qué has venido —insisto esforzándome en sonar segura, tratando de mandar el mensaje opuesto al que envía cada centímetro de mi cuerpo.

—La pregunta correcta es: ¿dónde estuviste tú esta mañana, señorita Harper?

Está enfadado, es obvio, pero su arrogancia brilla con más fuerza que nunca y oculta cualquier otro sentimiento.

—Ya te dije que no puedes hacer conmigo lo que quieras —replico insolente—, y hoy te lo he demostrado. No soy ninguna cría y no me tienes en la palma de la mano.

Ethan se humedece el labio inferior haciendo su mirada más intensa sobre la mía. Resulta intimidante. Sin mediar palabra, se estrecha un poco más contra mi cuerpo. Casi en el mismo microsegundo, mi imaginación vuela libre y comienzo a fantasear con su armónico torso, que se hincha y se desinfla con fuerza bajo su camisa blanca y su suave corbata azul.

Se inclina sobre mí. Me acaricia el cuello con la nariz y su cálido aliento hace el resto. Me besa la garganta, sólo una vez, y se mueve despacio por mi piel: mi clavícula, de vuelta a mi cuello, el mentón, la mejilla, cerca, muy cerca de mis labios. Me estoy derritiendo.

—Maldita sea, ¿por qué tiene que dársele tan rematadamente bien?

No soy consciente de lo que he dicho hasta que su sonrisa vibra contra mi piel. Joder. Joder. Joder. ¡Soy la reina de las bocazas!

Ethan se incorpora y su mirada vuelve a atrapar la mía. Sigue con la misma sonrisa en los labios y otra vez vuelve a dibujárseme como alguien más relajado, más joven. No puedo evitar recordarme, justo ahora, que es la sonrisa más bonita que he visto nunca.

—Lárgate —siseo a la defensiva.

Tengo que recuperar el control de esta situación.

«Pero ¿lo has tenido alguna vez?»

—¿Por qué te has puesto este vestido?

—Por lo que a ti no te importa —le espeto.

—Contéstame —me advierte.

Puede que le haga gracia mi impertinencia, pero acabo de darme cuenta de que no va a permitirme llegar más lejos de donde él decida que puedo llegar.

—Voy a salir a bailar. Mi amiga Taylor ha conseguido pases para The Owl Nation.

Ethan se toma unos segundos para observarme, distante, frío, inaccesible. Sin mediar palabra, se inclina de nuevo sobre mí deteniéndose a escasos centímetros de mis labios. Mi respiración ya es un caos, los latidos de mi corazón también. Me centro en su boca, en sus ojos. La excitación y el deseo me están arrollando por dentro. Otra vez quiero que me bese. Otra vez lo deseo más que nada.

—Mírame —me ordena.

Obedezco y Ethan me recompensa con una media sonrisa endiabladamente sexy.

Bésame, por favor.

Alzo la mano y me agarro a su camisa con fuerza a la altura de su abdomen. No sé qué pretendo conseguir. ¿Que se acerque más? ¿Que no se marche nunca? ¿O quizá es mi seguro para no salir volando hasta la luna?

Él baja una mano y rodea la mía. Su boca casi cubre mi boca. Mi cuerpo se prepara para entrar en barrena sin control por todo lo que ya sé que me hará sentir.

—Diviértete bailando —susurra indomable contra mis labios a la vez que me obliga a soltar su camisa y da un paso atrás, liberando mi cuerpo en contra de mi voluntad.

Lo observo completamente aturdida. ¿Va a irse? ¡No puede irse! ¡No puede irse otra vez!

Sin decir nada más, gira sobre sus pies y se marcha escaleras abajo.

Yo resoplo tratando de recuperar el control sobre mí misma, pero no funciona. ¡Ahora mismo estoy muy cabreada! ¿Cómo puede conseguir hacerme sentir así, odiándolo, deseándolo y volviéndolo a odiar otra vez? ¡Es de lo más frustrante! ¡Y estoy segura de que no es la primera vez que lo he pensado!

—¿A eso te dedicas? —grito impertinente asomándome por la barandilla—. ¿A pasearte por todo Manhattan dejando chicas al borde de la combustión espontánea?

Mis palabras lo hacen detenerse en seco en el cuarto escalón. Una media sonrisa se dibuja en su boca, pero en ese mismo segundo vuelve a humedecerse el labio inferior para marcar de nuevo toda esa distancia. Alza la cabeza y, santo cielo, si no ardí antes, es más que probable que lo haga ahora.

Dios, ¿por qué tuviste que fabricarlo tan increíblemente atractivo?

—Soy el fiscal general del estado —replica lleno de una incendiaria arrogancia —, así que, técnicamente, las chicas no tienen por qué vivir en Manhattan.

Abro la boca escandalizada. ¡Es un maldito cabronazo! Otra vez estoy tan enfadada que ni siquiera sé qué decir y acabo pataleando. Mi reacción parece cogerlo por sorpresa y sonríe, su sonrisa sincera y preciosa y de la que empiezo a tener la kamikaze sensación de que guarda sólo para mí.

Las mariposas se levantan en bandadas en la boca de mi estómago.

Ethan se marcha y yo no puedo evitar quedarme inmóvil unos segundos, con la vista todavía clavada en las escaleras.

—¿Estás bien? —pregunta Taylor con el ceño fruncido bajando desde su rellano.

—Sí —murmuro—. Sí —repito mucho más convencida—. ¿Nos vamos?

Mi amiga asiente y yo aprovecho para entrar en mi apartamento y rápidamente terminar de meter las cosas en el *clutch*.

—¿Qué te parece si vamos al Electric House of Natives? —le propongo mientras bajamos las escaleras.

—¿A la disco de Max?

—Claro —respondo con una sonrisa para disimular toda impaciencia por escuchar un «sí».

Taylor lo piensa un segundo y finalmente asiente.

—¿Por qué no? —contesta encantada—. Cualquier lugar con Fizz y música para bailar es un buen lugar para mí.

Mi sonrisa se ensancha. Perfecto. No quería ir a donde le había dicho a Ethan que iría. Soy plenamente consciente de que es una estupidez y de que, con toda probabilidad, él ha olvidado el nombre de la discoteca en cuanto ha salido de mi edificio, pero algo dentro de mí se siente muy satisfecho sabiendo que, de alguna manera, lo estoy desobedeciendo. Mi determinación ha vuelto. No pienso dejar que me estropee la noche. Ha venido, ha estado a punto de besarme y se ha largado, fin. Pensándolo fríamente, es lo mejor que podría haberme pasado. No quiero que ese arrogante, distante y frío malnacido malhumorado me bese.

«Claro que no.»

Tengo la peor voz de la conciencia del mundo.

* * *

Tecleo una frase y alzo la cabeza para releerla en la pantalla de mi viejo MacBook. Mordisqueo el lápiz y la leo de nuevo. Lo pienso un instante, repaso el párrafo completo y doy por terminado este apartado con una sonrisa. Llevo toda la mañana trabajando en mi proyecto y la verdad es que he avanzado muchísimo. Si sigo a este ritmo, podré entregárselo al profesor

Kenner antes de la fecha acordada.

Mi móvil comienza a sonar, aparto la mirada del portátil y veo la pantalla iluminarse sobre mi escritorio. Frunzo el ceño. No reconozco el número.

—*¿Digaz?* —respondo—. ¿Diga? —repito con claridad, tras quitarme el lápiz de entre los dientes.

—Buenos días, Marnie. Soy Nadine.

Un escalofrío me recorre la columna. Esta mujer no me gusta.

—Buenos días, Nadine. ¿En qué puedo ayudarla?

—Esta noche tienes una fiesta. El señor Morgan te ha contratado para que lo acompañes a una cena benéfica en el Radio City Music Hall.

¿Qué? Las palabras se enmarañan en mi cerebro y soy incapaz de pronunciar cualquier sonido. Fiesta. Señor Morgan. Contratado. Radio City Music Hall.

¡No puedo hacerlo!

Me preparo para responder que no, pero en ese mismo instante comprendo que, negándome, podría hacer sospechar a Nadine, ¿quién en su sano juicio rechazaría a Ayden Morgan?, y no quiero meter en un lío a Taylor. Me muerdo el labio inferior. Además, aunque nunca me atrevería a admitirlo en voz alta, una parte de mí no quiere decir que no y que Nadine busque a otra chica para Ayden.

—Perfecto —musito.

Me levanto de un salto. No puedo creerme que haya aceptado.

—Esta cena es realmente importante y lo es aún más que estés al nivel, Lilianne.

—No se preocupe, lo estaré.

—Eso espero, Marnie. El señor Morgan te recogerá a las ocho. Sé puntual.

Nos despedimos en pocas palabras y cuelgo. Empiezo a dar paseos cortos e inconexos. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

La ventana entra en mi campo de visión. Prácticamente paso a la escalera de incendios de un salto y subo a casa de Taylor. Necesito hablar.

Aún no he terminado de colarme en su salón cuando ya estoy llamándola a voz en grito.

—¿Qué pasa? —pregunta adormilada, saliendo de su habitación.

—¿Qué no pasa? —inquiero a mi vez, a punto de sufrir un ataque en toda regla.

Ella se rasca un ojo con la mano cerrada en un puño y me mira sin comprender absolutamente nada. Está claro que, entre mi angustia y su empatía, está todo su sueño.

—Nadine me ha llamado —me explico—. Esta noche me han contratado para una cita.

—¿Y por eso estás así?

—¿Y cómo quieres que esté? —me quejo alzando las manos.

Mi amiga me observa y de pronto una sonrisita de lo más perspicaz se apodera de sus labios.

—Espera, espera, espera —se burla mientras se dirige a la cocina—, ya sé lo que está pasando aquí. Es uno de ellos dos, ¿verdad?

Frunzo los labios y aparto mi mirada de ella sin terminar de centrarla en ningún otro sitio concreto. No tengo claro que me apetezca hablar de ellos, de ninguno de los dos.

—No sé de qué estás hablando —contesto obligándome a mirarla de nuevo.

Taylor se detiene y su sonrisita se convierte en una sonrisa en toda regla, una de lo más socarrona.

—¿McMisterioso o McDominante?

¿Acaso tiene poderes telepáticos a lo profesor Xavier de *X-Men?* ¿Por qué nunca puedo colarle una mentira?

«Será porque mientes de pena.»

—McMisterioso —claudico.

—Lo sabía —responde satisfecha dando una palmada.

Va hasta el frigorífico, saca una manzana roja y me la lanza. Coge otra y camina hasta dejarse caer en el sofá. Al ver que mi drama personal y yo no la seguimos, se aferra a mi brazo y tira de mí hasta sentarme a su lado.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Todo —me lamento—. Si me ha contratado significa que tengo que acostarme con él y, no me malinterpretes, es *in-cre-í-ble*, pero no quiero convertirme en una *provider* de verdad.

Y algo me dice que no quiero hacerlo justamente con él. Si alguna vez Ayden y yo nos acostamos, no quiero que sea así.

—Vamos a ver, Lillie —dice Taylor incorporándose y arrastrando su culo y a mí para que quedemos frente a frente—. Te lo he dicho algo así como un millón de veces: no nos contratan y no nos pagan por el sexo. Acostarse o no con un *hobbyists* es decisión de la *provider*.

Tuerzo los labios. Me sé la teoría, pero en la práctica me cuesta creer que un hombre pague cinco mil dólares por cenar con una mujer y después llevarla a casa.

—Es como cuando tienes una cita —trata de explicarme—; vais a cenar, a bailar, habláis, pero no hay ninguna norma que te obligue a tener sexo con él.

—Entonces, ¿por qué no contratan a una chica de compañía en vez de a una *provider?*

No logro entenderlo.

—Porque no quieren charla insustancial para hacer tiempo hasta que lleguen a la habitación del hotel. Nosotras hablamos, coqueteamos, realmente disfrutamos de la compañía de esos hombres; ése es el juego, lo que nos distingue de las demás. Con nosotras lo importante no es dónde llegan, es el camino. Por eso la *girlfriend experience* es algo diferente. Señorita de compañía sólo es una manera elegante de decir prostituta.

Yo abro la boca dispuesta a decir algo, pero acabo cerrándola. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla.

—Lo siento —digo al fin—. Me gustaría entenderlo, de veras que sí, pero no soy capaz.

Taylor suelta un largo suspiro.

—¿Sabes qué es lo que más le gusta a la mayoría de los *hobbyists* con los que salgo? —Niego con la cabeza—. Que los abrace mientras practicamos sexo, que les deje besarme, acariciarme. Que tenga miedos y que tenga dudas. Quieren algo auténtico.

—Pero si pagan por ello...

Yo misma me interrumpo y de repente lo comprendo todo. No pagan por ello, pagan por la posibilidad de tenerlo, por eso es auténtico.

Taylor sonríe y le da un enorme bocado a su manzana.

—Veo que al fin lo has entendido —sentencia divertida.

* * *

Después de almorzar algo rápido, cojo el metro hasta la Quinta Avenida. Necesito algo apropiado para esta noche. Nadine hizo un especial hincapié en que debía estar a la altura. La estrategia es elegir en una de las tiendas increíbles de esta calle un vestido precioso, y después encontrar uno parecido en una tienda que se ajuste mejor a mi presupuesto, como Bloomingdale's.

La primera parte del plan funciona a la perfección, sobre todo en el 611, en Chanel. Boquiabierta, me paseo por la tienda hasta que creo que he muerto y he subido al cielo de los vestidos maravillosos cuando veo uno precioso, de un suave verde agua. La parte de arriba es sencilla, con un elegante escote, pero a partir de la cintura la gasa toma la prenda con un fantástico vuelo hasta caer por debajo de las rodillas. Es divertido, elegante, sofisticado... es perfecto.

Después de estar mirándolo con cara de boba aproximadamente quince minutos, me atrevo a probármelo y caigo completamente enamorada. No tengo ninguna posibilidad de que vuelva a gustarme otro vestido, jamás. Sin embargo, por mucho que quiera y muchas cuentas que haga, no puedo gastarme dieciséis mil dólares.

Memorizo el diseño y salgo del probador.

—¿Le gusta? —me pregunta la dependienta con una sonrisa, cogiendo el vestido.

—Muchísimo —respondo en un brote de sinceridad—, pero no puedo llevármelo.

El segundo brote de sinceridad parece disgustarla tanto como a mí, pero creo que por motivos diferentes.

—Lo dejaré en su sitio —se despide y ya no me sonríe en absoluto.

—Lo siento —me disculpo algo abochornada.

No debería habérmelo probado, aunque tampoco me arrepiento. He llevado un Chanel durante cinco minutos. Eso son cinco minutos de sueño hecho realidad.

—Deberías quedártelo —dicen a mi espalda.

Me giro y veo a una mujer guapísima, mirando con detenimiento varios pañuelos de una bonita mesa de madera clara.

—Es un vestido precioso y, por la cara que has puesto, es obvio que te encanta.

Sonrío y asiento.

—Es el vestido más bonito que he visto nunca.

—Pues lo dicho —repite cogiendo uno de los pañuelos y entregándoselo a una dependienta que inmediatamente se acerca—, cómpratelo.

Ojalá fuera tan fácil.

La mujer se aleja sin esperar respuesta y yo suelto un suspiro mirando a mi alrededor.

—Va a tocarme el superbote de la lotería —murmuro para mí— y pienso volver.

Sonrío sólo con imaginarlo y salgo de la tienda. Mi misión ahora: encontrar el vestido de mis sueños al precio de mis sueños. Sin embargo, esta segunda parte del plan no funciona tan bien,

por no decir que es un auténtico fracaso.

De regreso a mi apartamento cierro la puerta malhumorada y dejo la bolsa de Macy's sobre la isla de la cocina. Normalmente estaría encantada con dos vestidos nuevos de una de mis tiendas preferidas, pero no puedo dejar de pensar en el Chanel.

Nadine me ha confirmado en un mensaje que Ayden pasará a recogerme a las ocho en punto, así que comienzo a prepararme. No quiero hacerlo esperar.

Estoy pintándome las uñas de los pies, sentada en el suelo del salón tarareando *New Romantics*,[4] de Taylor Swift, cuando llaman al timbre. Grito un sonoro «voy» mientras cierro el bote de laca y soplo con fuerza confiando en que lo que pone en la etiqueta, secado en treinta segundos, sea verdad.

Me levanto con cuidado y, tras repetir dos o tres «voy» más, al fin llego a la puerta.

—¿Lilianne Harper? —me pregunta un mensajero de esos que van en bicicleta y sin frenos por todo Manhattan.

Asiento y agarro la pequeña carpeta que me tiende para firmar el recibo. Al devolvérsela, él me ofrece un paquete rectangular bastante grande, pero que, sin embargo, apenas pesa.

—¿Quién lo envía? —inquiero al ver que no tiene remitente.

El chico se encoge de hombros y desaparece escaleras abajo. Yo frunzo los labios y observo el paquete con mi curiosidad subiendo más y más, al tiempo que cierro la puerta y regreso al centro del salón.

Dejo el paquete en el suelo, me arrodillo frente a él y rasgo el papel satinado que lo envuelve. Boquiabierta, sonrío como una idiota cuando leo «Chanel» en unas perfectas letras negras en el centro de la caja blanca. Abro el paquete impaciente, como una niña la mañana de Navidad, y sencillamente no puedo creérmelo. ¡Es el vestido! El mismo que estuve mirando en la tienda. ¡No puede ser! Lo saco de la caja sujetándolo por los hombros y me lo llevo al pecho sin poder dejar de sonreír, con la gasa de la parte inferior rebosando del cartón por todos lados. ¡Es maravilloso!

Acaricio la falda y mis dedos se encuentran con una pequeña nota escrita a mano.

Póntelo esta noche.

Giro la tarjeta blanca, pero no hay nada más. Lo pienso un segundo. Tiene que ser de Ayden. No hay otra posibilidad. Me muerdo el labio inferior pensativa y también un poco nerviosa, conteniendo una nueva sonrisa, y finalmente me levanto de un salto con el vestido aún sujeto contra mi pecho y cruzo descalza mi apartamento hasta llegar a mi dormitorio y verme en el espejo. Todavía no puedo creerlo.

Termino de arreglarme y, a las ocho menos cinco, mis sandalias más bonitas y con más tacón resuenan peldaño a peldaño. No quiero pensar en la llamada de Nadine. No voy a esta fiesta como una *provider,* sino como una investigadora sociológica.

Sin embargo, en cuanto cruzo el portal, sonrío como una idiota. Ayden Morgan está de pie, apoyado en un Aston Martin clásico descapotable. Al verme, él también sonríe, se incorpora grácil y da un paso hacia mí. Nunca había conocido a nadie a quien le quedara tan bien un traje

negro y una camisa blanca.

—Estás preciosa, Marnie —pronuncia caminando hasta la pequeña escalera que me separa de la acera, subiendo el primer peldaño y tendiéndome la mano para ayudarme a bajar.

—Muchas gracias.

Quiero continuar esa frase con un «no debiste molestarte en comprarme este vestido espectacular», pero su mano, a pesar de que ya estamos frente a frente, sigue sosteniendo la mía y un seductor cosquilleo se extiende desde la punta de mis dedos hasta el centro de mi cuerpo.

Llegamos al Radio City Music Hall en cuestión de minutos. Cruzar Manhattan en este coche es increíble. Quien dijo que la vida se ve diferente a través del cristal de una limusina nunca se había montado en un Aston Martin.

Justo antes de entrar en el famoso edificio, no puedo evitar alzar la mirada y contemplar los neones, admirada. Este lugar dejaría sin habla a cualquiera. Ayden coloca su mano casi al final de mi espalda y me obliga a empezar a caminar. Yo sonrío tímida, disfrutando otra vez de su contacto y, aunque sea una completa locura, tengo la sensación de que a él le pasa exactamente lo mismo.

Tal y como pasó en la fiesta del New York Palace Hotel, nos cruzamos con varios hombres vestidos con elegancia, pero, cuando al fin accedemos al salón principal, tengo que contenerme para no suspirar. Todo está perfectamente decorado y el ambiente más sofisticado traducido en una suave canción de los años cincuenta lo domina todo.

—Un sitio increíble, ¿verdad? —pregunta enarcando una ceja.

—¿Mejor que la granizada de fresa? —inquiero a mi vez, socarrona.

Ayden pierde su vista al frente conteniendo una sonrisa, se muerde el labio inferior, sólo un segundo, e inclina su perfecto cuerpo hacia mí.

—Te recuerdo que era de fresa, cereza y arándanos —pronuncia disfrutando de cada letra.

Los dos sonreímos y el ambiente nos envuelve un poco más. Debería recordarme aquello de la ninja sexual y de que he venido exclusivamente como investigadora sociológica, porque sospecho que estoy peligrosamente cerca de olvidarlo.

Atravesamos el salón. Ayden devuelve los saludos que algunos hombres le tienden y finge no ver las miradas que muchas mujeres le dedican. Yo sonrío nerviosa y también algo incómoda. Nunca me ha gustado ser el centro de atención.

—*¿Champagne?* —me pregunta cuando al fin nos detenemos.

—Sí —respondo con una sonrisa.

Ayden camina hasta la barra, a unos pasos de nosotros, y regresa apenas un minuto después con dos estilizadas copas. No le hemos dado el primer sorbo cuando los dos divisamos a la vez a un hombre acercarse a nosotros con la mirada clavada en Ayden, una sonrisa de lo más expectante y el paso acelerado. Él aprieta los labios y resopla suavemente. Está claro que, sea quien sea, no le apetece verlo.

—Señor Morgan —lo saluda.

—Señor Carter —responde algo frío.

—Me alegro mucho de que se haya animado a venir. Tenemos muchas cosas de qué hablar. El club...

—Señor Carter —lo interrumpe Ayden—, como verá, ahora mismo estoy acompañado. Deberemos resolver esos asuntos en otro momento.

—Pero el club...

—Señor Carter —repite por tercera vez, y su tono y, sobre todo, su mirada se endurecen. Creo que ninguna persona en su sano juicio se atrevería a replicar esa voz—, siento ser descortés, pero tenemos que irnos.

Su mano recupera su lugar al final de mi espalda y una vez más me obliga a caminar.

Yo lo miro llena de curiosidad. El señor Carter parecía realmente interesado en hablar con Ayden. ¿A qué club se refería?

—Si tienes asuntos que tratar —digo ladeando la cabeza para mirarlo—, no me importa.

—Gracias, pero cada cosa tiene su lugar y su momento —responde enigmático.

—Ayden, de verdad...

—Ven —me interrumpe absolutamente a propósito para dar la conversación por acabada—. Quiero que veas algo.

Sonríe. Yo tuerzo el gesto divertida, dejándole claro que sé que hay algo que no quiere contarme, pero finalmente sonrío. Cuando dije que me tenía ganada, era completamente verdad.

Salimos de la sala principal y, tras cruzar un pequeño vestíbulo, accedemos al comedor. Ya está todo preparado para la cena benéfica, con una larga mesa dispuesta en el centro de la estancia. Un camarero impecablemente vestido da los últimos retoques a la disposición de las copas y, tras dedicarnos una sonrisa de cortesía, se marcha.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo cuando nos quedamos solos.

Camino hacia la mesa y la rodeo fijándome en cada detalle: en los brillantes platos con un cuidado dibujo pintado a mano a lo largo de todo el borde, en las copas de cristal de Bohemia soplado artesanalmente o en los preciosos y discretos centros de flores de rosas rojas. Junto a cada plato hay un pequeño cartelito con el nombre de quien debe ocupar ese puesto.

Ayden me sigue con la mirada y también se acerca a la mesa.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué contratas a *providers?*

Sé que esa pregunta juega claramente en mi contra. Al fin y al cabo, es el motivo por el que estoy aquí, pero he venido a investigar y necesito respuestas.

—Quiero al lado a una mujer —responde sin paños calientes—. Quiero hablar con ella, coquetear. Quiero besarla y después quiero tumbarla en mi cama y follármela todo lo duro que desee.

Trago saliva instintivamente. Creo que es lo más sensual que he oído nunca.

—Cualquier mujer haría eso por ti, ¿por qué pagar por ello?

Y no lo digo por decir. Es guapísimo, atractivo, interesante. Sólo tendría que chasquear los dedos y cualquier fémina caería rendida a sus pies.

—Porque tengo muy claro lo que quiero y, al otro lado del carísimo tablero, busco a alguien que lo tenga tan claro como yo.

No hay dudas, ni remordimientos. Es lo que desea. Es así de sincero y así de cruel.

—¿Y que no se enamore de ti?

No pienso la pregunta antes de pronunciarla, pero, por primera vez, no me arrepiento de ser una absoluta bocazas. Algo dentro de mí está completamente convencido de que debo oír esa respuesta, cuanto antes mejor, y no es sólo por mi proyecto.

—El amor no es algo que me interese, pero hay cosas que sí echo de menos.

—¿Como qué?

Estamos frente a frente separados por la inmensa mesa. Ayden me observa misterioso. Finalmente coloca su mano, grande y de dedos largos y masculinos, sobre la espalda de una de las sillas y pierde su mirada al frente, sólo un segundo.

—La intimidad de estar con alguien, esa sensación.

—¿Por eso me has llamado?

De nuevo se toma unos segundos para observarme.

—Creo que eso lo descubriremos juntos.

Sonríe. Yo le mantengo la mirada. Ahora mismo no puedo evitar imaginármelo como la serpiente del paraíso tentándome con su suculenta manzana roja. Es tan seductor, y no sólo por su físico, es su manera de hablar, de andar, de moverse.

Me doy cuenta de que necesito decir algo para no dejarle tan cristalinamente claro lo que acaba de provocar en mí.

—Eso tendrás que ganártelo —pronuncio sin huir de sus preciosos ojos azules.

—No lo dudo.

Su sonrisa se hace un poco más arrogante, más canalla, y ya no puedo evitar sonreír con ella. Ayden Morgan es sinónimo de tentación.

—¿Sabes? —comenta—, el Radio City Music Hall fue uno de los primeros sitios que visité al llegar aquí.

Miro a mi alrededor de nuevo. El mío fue Central Park, pero no tardé mucho en venir aquí. Es un lugar precioso.

—¿Por qué decidiste venir a Nueva York?

—¿Por qué lo hiciste tú? —contraataca.

Frunzo los labios.

—Yo he preguntado primero —protesto divertida.

—Necesitaba cambiar de aires.

—Esa respuesta da para aproximadamente... —entrecierro los ojos fingiendo calcular el número exacto— diez nuevas preguntas.

Ayden está a punto de echarse a reír, pero contiene el gesto en una sexy media sonrisa.

—Su turno, señorita Harper —me recuerda—. ¿Qué te trajo a la Gran Manzana?

—Vine a estudiar —contesto mientras comienzo a andar tocando cada silla por la que paso con la punta de los dedos. Ayden camina a mi ritmo al otro lado de la mesa—. Una respuesta clara y concisa. Debería aprender, don misterioso.

Vuelve a sonreír. Tengo la sensación de que sabe exactamente lo que consigue con esa sonrisa.

—¿Y desde dónde viniste?

—¿Desde dónde viniste tú? —replico.

—Esta vez yo he preguntado primero.

Tiene razón, pero le dedico un mohín para compensar. Ayden vuelve a sonreír y la sensación se transforma. Puede que esa sonrisa sea prácticamente un arma de destrucción masiva entre la población femenina, pero me gusta. Me gusta mucho.

—Nací en Indiana.

Sonrío al ver el cartelito con mi nombre. Estoy junto a Ayden y a un tal señor Monroe. Alzo la cabeza y, al descubrir el mismo gesto en sus labios, me doy cuenta de que he reaccionado exactamente como la cría que él y Ethan han dado por hecho que soy. Cuadro suavemente los hombros.

—Soy de Monticello —concreto profesional, como si de repente estuviese en una entrevista de trabajo—, un pequeño pueblo cerca de Indiana Beach. ¿Y tú?

Quiero demostrarle que no soy ninguna niña impresionable. Sin embargo, a cada segundo que me observa en silencio, inexplicablemente, voy poniéndome más nerviosa. Seguro que es por lo bien que le sienta ese traje.

«Entre otras cosas.»

—Soy británico.

Lo miro esperando a que continúe.

—¿Nada más? —inquiero impaciente al ver que sigue callado.

—Sí, perdona —y otra vez tengo la sensación de que está riéndose de mí—, de Inglaterra.

Abro la boca un poco indignada.

—Yo casi te doy el nombre de mi calle y tú sólo añades que eres inglés —protesto.

Ayden me observa en silencio, conteniendo una sonrisa. Educado y cortés por un lado, misterioso y arrogante por otro. Nunca pensé que esas cualidades casarían a la perfección.

—No estás siendo justo —añado—. Nada justo —continúo al comprobar que no dice nada—. Los británicos misteriosos no sois tan irresistibles, ¿sabes? Además, no quiero saber nada más de ti. No lo necesito. No me interesa.

Ayden rompe a reír y yo me doy cuenta del absoluto ridículo que estoy haciendo. ¿Por qué nunca puedo parar de hablar?

Tierra, ¿por qué no acabas ya con todo esto y me tragas de una vez?

—Vamos —me ordena tendiéndome la mano, con una suave y preciosa sonrisa en los labios.

Yo lo miro y, como si fuese incapaz de seguir resistiéndome, mis labios se curvan hacia arriba imitando su gesto y acepto su mano. Él la estrecha con fuerza y empezamos a caminar.

—Créeme, tú eres mucho más interesante que ese remanso de cortesanos de los Windsor al suroeste de Inglaterra.

Mi sonrisa se ensancha.

—Buena respuesta —replico.

Ayden me guiña un ojo y continuamos avanzando hacia el salón. Está claro que él también lo sabe.

De vuelta en la estancia principal, sólo he dado un par de pasos, pero me siento diferente. Un hombre toca a Ayden en el hombro e intercambian un par de frases. Le doy un sorbo a mi copa de *champagne*. El líquido baja helado y burbujeante por mi garganta. Mi cuerpo se acelera y se

enciende como si supiese algo que yo no sé, pero, antes de que pueda tratar de comprender esa idea, miro a mi alrededor y mi mirada se encuentra con sus ojos azul oscuro.

Ethan Anderson está aquí.

7

Trago saliva inconscientemente. Un traje negro, una camisa negra con los primeros botones desabrochados, todo ajustado a su armónico cuerpo como un guante, todo preparado para remarcar ese indomable atractivo de animal salvaje. Lo odio. Ahora más que nunca me parece importante recordármelo.

Su mirada fría y distante hoy lo parece un poco más, pero, inexplicablemente, tengo la kamikaze sensación de que lo enfadado y malhumorado que es obvio que está lo acerca un poco más a mí. Me recorre de arriba abajo y sus ojos atrapan los míos. Sin embargo, no prolonga el gesto y aparta su mirada. Observa un instante a los dos hombres que hablan con él tratando de llamar su atención y finalmente da un trago de su copa de *champagne* sin molestarse en dedicarles una palabra. Sí, es así de arrogante.

Me gustaría poder decir que no entiendo qué es lo que ha pasado, pero algo dentro de mí sabe que está furioso y ha apartado la mirada porque quiere demostrármelo y, sobre todo, porque quiere dejarme claro que hoy no me he ganado su atención.

Esa idea automáticamente me pone furiosa. No sé por qué está enfadado, pero yo no he hecho nada que le dé ningún derecho a tratarme así.

—¿Más *champagne,* Marnie? —me pregunta Ayden sacándome de mi ensoñación.

—Sí, por favor —respondo con una sonrisa.

Miro de reojo a Ethan. Él me observa por encima de su copa.

—Aquí tienes.

Me giro hacia Ayden sin dudar y sonrío de nuevo. Admito que, en parte, lo hago para fastidiar al señor fiscal, pero, entonces, el inglés más guapo del mundo me devuelve el gesto lleno de misterio e increíblemente sexy y todo a mi alrededor sencillamente se desvanece.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero no sé el qué y acabo lanzando un suspiro entremezclado con una nueva sonrisa y cabeceo clavando la mirada en mi copa. Pero ¿qué me pasa? Creo que mi enorme bocaza nunca se había quedado sin palabras.

Ayden camina el único paso que nos separa y, despacio, se inclina sobre mí. Mi corazón se acelera en ese mismo microsegundo y, sin saber por qué, como si una fuerza todopoderosa me lo pidiera, alzo la cabeza y me encuentro de frente y sin defensas ante sus maravillosos ojos.

—Tienes una sonrisa preciosa, chica Hitchcock —susurra a escasos, escasísimos centímetros de mi oreja.

—Gracias —murmuro al fin.

—Un placer.

Un tintineo, el de algo metálico chocando contra un delicado cristal, nos saca de nuestra burbuja. Ayden sonríe, se separa despacio y le da un sorbo a su copa.

—Si son tan amables, pasen al comedor —anuncia un hombre vestido con una elegante chaqueta blanca.

Ayden desliza su mano otra vez hasta el final de mi espalda y me hace un caballeroso gesto para que empecemos a caminar. Yo asiento y echo a andar. Inconscientemente, busco a Ethan con la mirada, pero no hay rastro de él entre la veintena de personas que, despacio, se mueven hasta el precioso comedor.

Nos guía hasta llegar a nuestros sitios en la mesa. El resto de los invitados van tomando asiento. Tuerzo los labios curiosa cuando, tras unos minutos, nadie lo hace a mi derecha. Estoy a punto de inclinarme discretamente y mirar la tarjetita para recordar el nombre que leí hace menos de una hora cuando Ethan entra en el comedor. De inmediato roba la atención de todas las mujeres, que lo recorren con la mirada mientras cruza la sala, rodea la mesa y se sienta... a mi lado. ¡No puede ser! Yo vi las tarjetas. Tendría que sentarse el señor... me esfuerzo sobremanera en recordar el nombre... ¡Monroe! ¡Señor Monroe! No señor increíblemente arrogante, insufrible y atractivo hasta el infinito. ¿Por qué hace esto?

Barro la mesa rápidamente con la mirada. No hay sitios libres, así que es más que obvio lo que ha pasado.

—No me puedo creer que hayas cambiado las tarjetas —murmuro malhumorada.

Ethan se lleva la copa a los labios presuntuoso, sin ni siquiera mirarme, como si hubiese decidido que no existo para él.

—¿Ni siquiera vas a contestarme? —me quejo aún más molesta.

Estoy enfadándome más y más por momentos y también conmigo misma. ¿Por qué no me limito a ignorarlo? No se merece un solo segundo de mi atención.

—Eres increíble —siseo al fin.

No lo soporto.

—¿Has terminado? —pregunta todavía con la vista al frente.

—¿Qué? —inquiero aturdida. ¿A qué demonios se refiere?

—Te he preguntado si has terminado —replica con la voz ronca e intimidante, girando la cabeza al fin y atravesándome con sus increíbles ojos azul oscuro.

Respondo un nuevo «¿qué?» que se diluye en mis labios antes de que pueda pronunciarlo. Sin embargo, no dejo que consiga hechizarme. Sigo furiosa y no pienso olvidarlo así como así, por muy ridículamente guapo que sea.

—Eres un imbécil presuntuoso —sentencio alzando la barbilla altanera—. Ahora sí que he terminado.

Ethan me observa durante largos segundos y finalmente sonríe, mi sonrisa, la que guarda sólo para mí. De pronto mi enfado se amansa, como si él fuera el único capaz de enfadarme como lo he estado pocas veces en mi vida y calmarme con un simple gesto.

Definitivamente eso no es buena idea para mí.

«Nada buena.»

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones con fuerza y me obligo, suplicándomelo, a apartar la mirada de él. Tomo mi copa y le doy un sorbo. En principio sólo iba a mojarme los labios, pero los nervios ganan la partida y acabado dando un trago de verdad.

—¿Te gusta? —me pregunta Ayden.

—Sí —respondo sonriéndole—. Es un borgoña estupendo.

—¿Entiendes de vinos? —inquiere con un toque de sorpresa.

Asiento y la sonrisa de mis labios se mezcla con un inminente orgullo.

—A mi tío Thomas le encanta el vino, en el buen sentido —añado rápidamente, y ahora el que sonríe es él—. Su sueño es tener un pequeño viñedo. Desde pequeños, nos enseñó a mi hermano Axel y a mí a distinguir los olores en una copa, el color y, con un sorbo realmente pequeño —hago énfasis en la idea, mostrándole mi índice y mi pulgar apenas separados un centímetro—, saber de qué uva se trataba.

—Parece un hombre muy interesante.

—Sí, para mí es como un padre.

Ayden frunce el ceño y a continuación su expresión se vuelve más seria.

—Lo siento si tu padre...

Yo sonrío de nuevo, comprendiendo lo que quiere decirme, y su confusión aumenta.

—Mi padre no está muerto —le aclaro y él suspira aliviado—... creo. Lo cierto es que no lo sé. Nos abandonó cuando yo era un bebé, pero en cualquier caso no tienes que sentirlo.

Me encojo de hombros, sincera. Nunca he sabido muy bien cómo sentirme con respecto a mi padre. Mi madre y mi hermano siempre han insistido en que lo mejor era olvidarnos de él, que se largó; en pocas palabras: pasar página. Yo, en cambio, de pequeña pensaba que se había marchado por algo realmente importante. Esa idea, poco a poco, fue dejando paso a otras, quizá más realistas, como que se arrepiente de lo que hizo, pero piensa que no merece volver. Sea como sea, lo que sí tengo claro es que sigue pensando en nosotros y nos quiere. Por eso nunca podría pasar página y simplemente olvidarme de él.

Ayden me observa unos segundos y finalmente se inclina sobre mí tomándome por sorpresa.

—Mira a ese hombre junto a la mujer con el traje azul —me pide buscando que sonría.

En lugar de llevar la vista hacia donde me indica, lo hago hacia él. Su tono travieso se acompasa con su sonrisa. Es una sonrisa preciosa.

—Es igual que Alfred Hitchcock —sentencia.

Me obligo a dejar de contemplarlo y, discreta, miro al invitado en cuestión. Mi sonrisa se ensancha, aunque hago todo lo posible por disimularla, al darme cuenta de que en efecto es idéntico al director de cine inglés.

—Es mi director de cine favorito —comento girándome de nuevo hacia Ayden.

—¿Hitchcock? —inquiere socarrón. Apuesto a que los dos hemos recordado a la vez el apodo con el que suele llamarme—. Ya lo sospechaba, pero cuéntame por qué.

—Porque es el mejor —digo rotunda e impulsiva—. Me encanta cómo era capaz de dibujar la sociedad de los años cincuenta, todo el *glamour* y la elegancia de esa época. Sus giros argumentales son casi perfectos y, aunque era el maestro del misterio, en sus películas siempre había una historia de amor.

Ayden finge sopesar mis palabras un instante.

—¿En *Psicosis* también había una historia de amor? —inquiere burlón.

Yo frunzo los labios, divertida.

—Ésa es la excepción que confirma la regla —replico—, y la única que no me gusta. Mi preferida es *Marnie, la ladrona* —lo pienso un instante— y *Atrapa a un ladrón* —guardo un nuevo segundo de silencio— y *Con la muerte en los talones*, *La ventana indiscreta*, *Vértigo*...

Ayden sonríe y su gesto me hace comprender la retahíla de títulos que estoy soltando.

—Creo que me gustan todas —confieso con una sonrisa, algo avergonzada. Si soy una bocazas en cualquier circunstancia, con Hitchcock mucho más—. Mi sueño sería vivir dentro de sus películas.

Sin levantar sus ojos de mí, su sonrisa se ensancha y todo mi mundo se tambalea un poco. ¿Cómo puede ser tan increíblemente guapo?

—Cuéntame más cosas sobre ti —me pide.

Sonrío nerviosa.

—Pues...

Las palabras se evaporan en mis labios cuando noto la mano de Ethan abrirse posesiva sobre mi muslo. Ladeo la cabeza y lo miro absolutamente atónita. ¿Qué hace? ¿Quién se cree que es? Quiero mandarlo al diablo, pero no soy capaz. Estoy paralizada, con la sangre corriéndome demasiado caliente por cada centímetro de mi cuerpo. Sin embargo, él parece ajeno por completo a la situación, mirando hacia adelante, atendiendo distante a lo que sea que le esté diciendo el comensal que tiene enfrente.

—Marnie —me llama Ayden—, ¿te encuentras bien?

—Sí, claro que sí —respondo acelerada, volviendo a mirarlo.

Bajo la mano discreta y trato de apartar la de Ethan.

—Como te decía... —intento recordar de qué hablábamos antes, concentrarme en esta simple frase, pero es realmente complicado—... mi tío...

Los dedos de Ethan se mueven con una libertad pasmosa por mi muslo mientras yo trato inútilmente de impedírselo.

—Mi madre y mi hermano Axel viven aún en Monticello...

La última palabra se diluye en mis labios mientras contengo un gemido. Ethan ha bajado hasta mi rodilla, ha apartado mi vestido sin ninguna delicadeza y ha vuelto a subir entrando en contacto con mi piel.

Joder. Joder. Joder.

El muy cabronazo sonríe impertinente. Freno su mano y lo fulmino con la mirada, pero es inútil, porque él no me está mirando a mí... ¿está mirando a Ayden?

Veloz, me vuelvo hacia el inglés y lo hago justo a tiempo de ver cómo asiente casi imperceptiblemente con una media sonrisa. ¿A qué ha venido eso? Abro la boca dispuesta a preguntar, pero en ese preciso instante noto la mano de Ayden en mi otro muslo.

Mi respiración se acelera. Mi mano, que antes luchaba con la de Ethan, se queda muy quieta. No tengo la más remota idea de qué hacer. El corazón me late más y más de prisa. Retumba en mis oídos. El deseo se acumula en el fondo de mi vientre.

¡Harper, no puedes dejar que hagan esto!

Los aparto de un manotazo y carraspeo mientras trato de prestar atención a la conversación de la mesa. Están hablando de Wall Street. Una mujer de unos cincuenta años está convencida de que el Brexit provocará una caída generalizada en los mercados internacionales. Voy a decir algo cuando sus manos vuelven a avanzar llenas de descaro.

Maldita sea.

Mi respiración se acelera.

Intento apartarlos, pero ambos reaccionan haciendo más posesivos sus dedos sobre mi piel. Hago un esfuerzo sobrehumano para no gemir mientras ellos siguen subiendo sin importarles lo más mínimo dónde estamos.

Llegan a mis bragas.

Las apartan, hábiles.

Tengo que salir de aquí.

—Si me perdonan —pronuncio acelerada a la vez que me levanto.

La silla arrastrándose torpe y ruidosamente sobre el impoluto suelo de mármol ha llamado la atención de todos los comensales, que ahora me miran a mí. Trato de disimular mi respiración desordenada y lo acalorada que estoy, pero es realmente complicado, han conseguido que yo... que casi... ¡Dios! ¡Ahora mismo los odio!

—Discúlpenme —me excuso de nuevo justo antes de salir disparada.

Atravieso un enorme pasillo y una estancia algo más pequeña que el comedor que está completamente vacía. ¿Cómo han podido atreverse a hacer algo así? En esa mesa había senadores, gente de la alta sociedad, importantes periodistas. ¿Qué hubiera pasado si alguno de ellos se hubiese dado cuenta? Ayden es un importante hombre de negocios y Ethan es el fiscal general del estado, por el amor de Dios. Necesito desaparecer unos minutos.

Entro en una habitación cualquiera. Tiene una bonita mesa de madera labrada justo en el centro. No me molesto en encender las luces mientras deambulo por la estancia con el paso lento e inseguro. La ciudad a través de los inmensos ventanales se encarga de alumbrar lo necesario. ¿Qué es lo que quieren de mí? No logro entenderlo. Ayden me contrata como *provider* cuando podría haberme pedido esta cita directamente. A veces es todo un caballero, educado y encantador, y otras, me acorrala para robarme una granizada de la manera más sensual imaginable o me acaricia bajo la mesa de una sofisticada cena benéfica. Y Ethan tan pronto me llama cría como me deja al borde de la combustión espontánea. Se enfada, viene a buscarme, se ríe de mí. ¿Acaso es bipolar? Resoplo. Necesito urgentemente un manual sobre hombres guapísimos hasta decir basta y aún más complicados.

—Así que aquí es donde te has escondido.

La voz de Ethan atraviesa el ambiente, ronca y masculina, y enciende mi cuerpo traidor absolutamente en contra de mi voluntad.

—Déjame en paz —replico.

Me vuelvo a la vez que me cruzo de brazos y le mantengo la mirada. Puede que, inexplicable y desgraciadamente, sea capaz de controlar mi cuerpo sin ni siquiera tocarme, pero yo todavía tengo algo que decir aquí.

Ethan está a unos pasos de mí, con el hombro apoyado en el marco de la puerta y las manos metidas en los bolsillos, en una pose arrogante, altiva e inaccesible, una excelente manera de describir toda su personalidad.

—¿Estás enfadada?

Me lo está preguntando, pero en el fondo sólo se está riendo de mí. Sabe de sobra que lo estoy.

—No teníais ningún derecho a comportaros así —siseo.

—Me importa muy poco a lo que tú creas que tengo derecho.

Abro la boca escandalizadísima. ¿Cómo puede ser tan presuntuoso? Consigue que toda mi dignidad y mi rabia bullan como si estuviesen dentro de una olla a presión.

—No podéis tocarme cuando queráis —protesto enfadadísima, descruzándome de brazos, dando un paso hacia él y señalándolo con el índice. Quiero darle una bofetada. Se la merece y yo quiero dársela. No entiendo por qué me estoy conteniendo—. No podéis hacer conmigo lo que queráis.

Ethan se humedece el labio inferior y, antes de que pueda siquiera verlo venir, camina hasta mí, me coge de las caderas y me sienta sobre el elaborado escritorio, abriéndose paso sin ninguna amabilidad entre mis piernas.

—Puedo hacer exactamente lo que quiera contigo, señorita Harper. —Mi nombre en sus labios suena diferente, como si lo estuviese disfrutando y se estuviese burlando al mismo tiempo —. Puedo tocarte cuando quiera y puedo besarte cuando quiera.

Mi atención se centra inmediatamente en su boca, demasiado cerca de la mía. Es una auténtica locura, pero estoy más excitada que nunca. Cabeceo suavemente e intento calmar mi respiración. Es una malísima idea, un absoluto error. Ethan Anderson es el peor error que podría cometer.

—Yo elijo lo que hago y con quién lo hago. Soy una *provider,* no una señorita de compañía —continúo, haciéndome eco de las palabras de Taylor—. Tú no tienes ningún derecho sobre mí —sentencio sin apartar mis ojos de los suyos.

Puede que él sea el hombre más arrogante sobre la faz de la tierra, pero, aparte de bocazas y patosa, tengo mi orgullo, y no pienso caer a sus pies.

—Esto no tiene nada que ver con que seas una *provider,* Lillie. —Su voz suena más dura, más salvaje, más indomable. Su postura, su mirada, su actitud, todo se alía en mi contra y su cuerpo llama al mío y el mío, idiota y kamikaze, responde—. Puedo hacer lo que quiera contigo porque el control lo tengo yo.

El corazón me martillea en los oídos, en el pecho, en cada centímetro de mi cuerpo. Ethan se inclina un poco más sobre mí y sus manos avanzan por mis piernas hasta anclarse posesivas a mis caderas.

Todo mi planteamiento ha estallado en mil pedazos. No puedo pensar. Es algo primario e instintivo. Su posesión y la manera en la que mi cuerpo responde. Recuerdo otra vez las palabras de Taylor. La primera fantasía entre las mujeres es dejar que un hombre las guíe por el camino oscuro, dejarse llevar, que él tenga el control y las acaricie con el deseo febril y hambriento de quien está tomando lo que quiere y cuando quiere. Es control, es pasión, es sentirte sexy porque,

mientras estás entre sus brazos, eres absolutamente todo lo que él necesita. Lo calmas, lo sacias, le perteneces. Y, aunque pueda ser el pensamiento más retrogrado del mundo, también es real, y cruel, porque el sexo es justamente así, cruel. Te lo da todo y no te deja atesorarlo. Saltar a un precipicio y confiar ciegamente en que la otra persona te sostenga. Darlo todo, recibirlo todo, desinhibirte, ser feliz, de verdad.

Y, sin entender cómo, eso es lo que él despierta en mí.

Proyecto «La sexualidad actual: Las nuevas prácticas sexuales socialmente aceptadas». Capítulo 2: «A veces no eliges lo que deseas, a veces lo que deseas irrumpe en tu vida como un huracán y te elige a ti».

—Ethan... —murmuro.

Me dedica otra vez su media sonrisa y se inclina un poco más. Su mano libre avanza por mi costado y se acomoda contra la piel de mi cuello, como hizo en la biblioteca del New York Palace Hotel. Cierro los ojos. Va a besarme y yo no había deseado nada con tanta fuerza en veintitrés años.

Sin embargo, otra vez, en el último segundo, se aparta. Abro los ojos de golpe, como si me sacaran de un sueño. Su sonrisa se ensancha y, sin más, se incorpora y se dirige hacia la puerta.

¡Estoy harta de que siempre me haga lo mismo!

—¿Por qué haces esto? —digo bajándome de la mesa y saliendo a su encuentro —. ¿Por qué siempre tienes que hacer esto? —me quejo ya frente a él.

Ethan me mira, pero no se molesta en contestarme y otra vez vuelvo a sentirme enfadada como lo he estado pocas veces en mi vida.

—No soy tu muñequita —siseo.

Puede que mi cuerpo haya perdido el sentido común, pero mi yo, no.

—Eres justamente eso, y ahora vas a serlo más que nunca, señorita Harper.

Sus palabras y su tono, en el que ha entremezclado su habitual arrogancia con un punto de malicia, me dejan otra vez fuera de juego.

—¿Qué quieres decir? —inquiero.

—Que, gracias a ti, ayer tuve dos horas para hablar con el señor Kenner, y le demostré la gran idea que sería que el departamento de sociología colaborara con la fiscalía haciendo perfiles para determinados estudios y procesos judiciales.

—¿Trabajaremos juntos?

No. No. No.

—No —replica sin ninguna compasión—. Tú te dedicarás a llevar carpetas de un lado a otro y servir cafés. Es lo que pasa cuando juegas con los mayores.

Es un malnacido.

—No puedes tratarme como te dé la gana —protesto.

Otra vez ni siquiera lo veo venir. Coge mi cara entre sus manos y me lleva contra la pared, estrechándome entre el muro y su cuerpo. Se detiene cerca, muy cerca, demasiado cerca. Recorre mi rostro con su mirada, se para en mis labios un segundo de más y sube hasta mis ojos. A esta distancia los suyos son más azules, más arrogantes, más todo. No va a darme tregua.

—Si siempre me marcho —comienza a decir a escasos centímetros de mis labios, con sus

manos todavía acunando mi cara y la punta de sus masculinos dedos perdidos en mi pelo— es porque lo único que me interesa de ti es jugar. No voy a volver a besarte, nunca, porque no quiero hacerlo.

Una rabia cristalina vuelve a sacudirme con fuerza y me zafo de sus manos. Ethan no se separa. No se arrepiente de una sola palabra y quiere demostrármelo. Yo me quedo inmóvil de pura furia. Entorno los ojos. Vuelvo a cerrar los puños.

—Te odio —siseo sin levantar mis ojos de los suyos—. Eres la peor persona que he conocido nunca.

—Y tú, una cría —replica odioso—. Y, por cierto, de nada por el vestido.

¡¿Qué?!

—¿Tú me compraste el vestido? —prácticamente balbuceo.

Di por hecho que había sido Ayden. ¿Por qué iba a haberlo comprado Ethan? ¿Cómo sabía que vendría esta noche? ¿Y cómo supo que me enamoré justamente de este vestido?

—Sí, y te queda exactamente como imaginé.

Apoya las dos palmas de las manos en la pared y de nuevo se inclina peligrosamente sobre mí. Mi cuerpo vuelve a reaccionar, pero otra vez se separa en el último instante. Yo resoplo enfadada, furiosa, pero para mi desgracia también frustrada y decepcionada, y Ethan lo tiene clarísimo.

—Deberías seguir practicando eso de odiarme —dice impertinente—, porque sigue sin parecerlo, nena.

Abro la boca dispuesta a llamarlo de todo, pero esta vez estoy tan enfadada que las palabras se niegan a atravesar mi garganta. Él me dedica su media sonrisa más sexy y más canalla, disfrutando de toda mi rabia y mi frustración, y finalmente sale de la habitación.

¡Joder!

Se suponía que la próxima vez que lo viese iba a devolvérsela, no a dejarle clarísimo que me tiene en la palma de la mano y después observarlo mientras se marcha triunfal.

—Soy la reina de las idiotas.

Decido regresar al salón, despedirme de Ayden y largarme. Por hoy ya he tenido suficiente. Sin embargo, no me oriento demasiado bien y, sin darme cuenta, acabo perdida en un entramado de pasillos.

—Encantada de volver a verte, Marnie.

Su voz, que reconozco al instante, me hace dar un respingo. Carraspeo y me giro despacio en contra de mi sentido común, que me grita que salga corriendo sin mirar atrás. Sonríe tan elegante como lo estaba en el Plaza y, grácil, camina hasta mí con una copa de Dom Pérignon Rose entre los dedos.

—Yo también me alegro de verte, Nadine —me obligo a responder.

No sé qué me intimida más, su mirada, su sonrisa con cierta malicia o que lleve un traje de quince mil dólares y esté subida a unos zapatos de mil ochocientos.

—¿Qué tal tu cita con el señor Morgan?

Tengo la sensación de que ya sabe la respuesta a esa pregunta.

—Muy bien —respondo—. El Radio City Music Hall es un sitio increíble y Ayden es muy

agradable. Me gusta mucho hablar con él, y creo que a él también le gusta hacerlo conmigo.

Al pronunciar su nombre y no su apellido, la mirada de Nadine cambia en una milésima de segundo, como si fuera un pequeño detalle que acaba de apuntarse mentalmente y que, más tarde o más temprano, me hará pagar.

—Hablar —repite—. Una interesante palabra

—¿Por qué?

—Porque Ayden rara vez habla con una chica.

Frunzo el ceño. ¿A qué ha venido ese comentario?

—¿Lo hacéis muy a menudo?

—¿El qué?

No entiendo a qué se refiere.

—Jesús, Marnie... hablar.

—Sí, no sé, lo normal.

Estoy completamente perdida. Siempre que he visto a Ayden hemos hablado, a veces de estupideces y otras de cosas más profundas, como hoy. Además, en lo que a ella respecta, soy una *provider,* ¿no se supone que es eso lo que debo hacer, charlar, coquetear?

—Interesante —repite, y esta vez ese toque de malicia se hace cristalino—. ¿Y alguna vez lo habéis hecho de la vida de Ayden en Inglaterra?

Otra vez me pilla fuera de juego.

—No.

—Una lástima.

—No veo el motivo. Cuando quiera contármelo, estaré encantada de oírlo.

La suave risa de Nadine me interrumpe.

—Realmente eres tan inocente como pareces —me increpa—. Ayden jamás te contará nada de su vida.

—Está en todo su derecho —replico molesta.

—¿Y no tienes curiosidad?

Curiosidad, sí, muchísima, pero tengo la sensación de que, respondiendo con una afirmación, voy a entrar en su juego y, ya desde ahora, sé que no va a convenirme jugar.

—Será mejor que me marche —digo tratando de no sonar hostil al tiempo que la esquivo y echo a andar pasillo arriba—. Ayden debe de estar buscándome.

—Fue todo un escándalo.

Esas cuatro palabras me detienen en seco.

8

—Ni siquiera creo que pudiese volver a Inglaterra si lo quisiese, al pequeño y pintoresco pueblecito del que salió...

Oigo el repiquetear de sus tacones hasta que se detiene suavemente a mi espalda.

—¿Qué pasó? —murmuro girándome, teniendo la horrible sensación de que, haciéndolo, acabo de caer en sus redes.

Nadine sonríe.

—Una chica —responde escueta— y todo lo que siempre suele estar presente en este tipo de historias: alta sociedad, mentiras, un embarazo no deseado y un vuelo al otro lado del Atlántico en mitad de la noche.

—¿Estás diciendo que...?

—Ella era algo más joven que él, guapísima, de una reconocida familia y tan inocente como tú, supongo que debe de ser su fetiche. —Otra vez se está riendo de mí—. Ayden Morgan, de una familia aún más importante, jugó con ella y le hizo muchísimas promesas, hasta que un día la dejó embarazada y se marchó. Inglaterra todavía es más victoriana de lo que a los propios ingleses les gustaría y el dinero lo compra casi todo, pero esa pobre chica jamás se recuperó y él, por supuesto, no se molestó ni en enviarle una mísera postal.

No la creo. Ayden no es así.

—Ayden no, él no...

—¿Él no haría nunca algo así? —termina la frase por mí—. Ahora entiendo por qué le gustan las pequeñas almas cándidas —comenta cínica—, sois muy fáciles de engañar.

Se encoge de hombres sardónica a la vez que le da un sorbo a su copa de *champagne*.

—Imagino que habrá una explicación —trato de disculparlo—. A veces se leen cosas en la prensa que no se corresponden con la realidad.

Nadine vuelve a encogerse de hombros en un gesto sumamente condescendiente y su taimada sonrisa se apodera del ambiente sin que diga una sola palabra más.

—Eso es completamente cierto, querida. —De nuevo me está tratando como a una cría, diciéndome sin palabras que le parezco estúpidamente ingenua—. Si me perdonas, me están esperando.

Nadine se marcha y yo me quedo unos segundos completamente inmóvil. No puedo creerme que Ayden hiciera algo así. Es cierto que apenas lo conozco, pero, aun así, me siento... decepcionada.

Regreso al salón. Me detengo a unos pasos del arco que lo separa del pasillo y miro a mi alrededor en busca de Ayden. Estoy enfadada por lo que ha pasado durante la cena y al mismo tiempo soy incapaz de dejar de darle vueltas a lo que me ha contado Nadine.

—Al fin te encuentro —dice Ayden caminando hasta mí con su acento británico y una suave sonrisa en los labios.

Lo observo tratando de leer en él, como si mágicamente fuese a aparecer un cartel sobre su cabeza con su vida, obra y milagros. Soy una persona muy curiosa, pero, con Ayden, creo que es algo más que eso. Necesito saber si puedo confiar en él.

—Me gustaría irme a casa —respondo al fin. Tengo mucho en lo que pensar.

—¿Todo bien?

Resoplo exasperada.

—No, Ayden, la verdad es que no —suelto a bocajarro.

Él enarca las cejas y su mirada se endurece. Está claro que no le ha gustado lo más mínimo mi salida de tono.

—Estoy muy enfadada. No me puedo creer lo que habéis hecho en el comedor —me quejo tratando de sonar más calmada. No sé hasta qué punto lo consigo, sigo muy cabreada— y, por si fuera poco, acabo de encontrarme con Nadine Barnett y me ha dicho unas cosas horribles sobre ti.

—¿Qué te ha dicho?

Su expresión cambia y su voz también, se llena de una arrogante urgencia.

—Dice que engañaste a una pobre chica en Inglaterra, que la dejaste embarazada y que después la abandonaste viniendo a Nueva York y que, como tu familia es muy rica, tapó todo el escándalo.

Ayden no dice nada. Me mantiene la mirada intimidante, esperando a que diga todo lo que tengo que decir. Tengo la sensación de que ésta es la única vez que va a permitirme hablar de este tema, y también que es una deferencia que me ha permitido sólo a mí.

—¿Es verdad?

Podría haber hecho una veintena más de preguntas, pero, al final, todo se reduce a eso, ¿por qué darle más vueltas?

—Sí —responde sin paños calientes.

Otra vez me quedo muy quieta, tratando de procesar esa única palabra.

Todos, cuando conocemos a alguien, nos hacemos una idea instintivamente de cómo es. Conforme vamos conociendo a esa persona, la información que obtenemos y sus actos van detallando y delimitando esa primera imagen, nos dicen si nos equivocamos o no. La imagen que me hice de Ayden, cómo pensaba que era debajo de esa pose canalla y arrogante, no casa en ningún sentido con el hombre que ha descrito Nadine.

—¿Por qué? —murmuro.

No logro entenderlo.

—No puedes confiar en mí, Marnie —pronuncia al fin.

Siento como si hubieran tirado de la alfombra bajo mis pies.

—Me gustaría irme a casa —repito.

Ayden asiente.

—Antes has dicho que estabas muy enfadada por lo que pasó en el comedor —comenta sin suavizar un ápice su tono de voz—. Quiero que hablemos de eso.

Yo lo miro confusa, incluso un poco aturdida.

—¿De verdad quieres que hablemos de eso? —le pregunto.

Después de esta especie de noche de confesiones sobre pasados truculentos, no pensé siquiera que quisiese volver a verme.

—Has dicho que estabas enfadada y quiero saber por qué exactamente.

—¿Tú qué crees? —replico molesta.

—Creo que deberías tomarte una copa de *champagne* y relajarte.

No puede estar hablando en serio. De pronto mi cuerpo se sacude toda la confusión y recuerdo por qué estaba tan enfadada.

—No teníais ningún derecho a hacerlo. —No es la primera vez que lo digo, pero al fin y al cabo había dos manos bajo la mesa.

—¿Necesito tenerlo? —replica.

—¿Quieres tenerlo? —murmuro.

No sé cómo, ni siquiera sé en qué momento, la conversación ha girado hasta este punto. Antes me preocupaba todo su misterio. Ahora, además, tengo que lidiar con la idea de que acaba de confirmarme que jugó y abandonó a su suerte a una pobre chica y ni siquiera se ha mostrado arrepentido mientras pronunciaba ese sí. ¿Qué se supone que debería querer que me contestase a la pregunta que acabo de formular?

—¿Qué es lo que quieres tú, Marnie?

Me muerdo el labio inferior, nerviosa.

—No lo sé —me sincero.

Ayden lleva la vista al frente y se humedece el labio inferior a la vez que una sexy y media sonrisa se apodera de sus labios. Da un paso hacia mí y de pronto está cerca, muy muy cerca. Su mirada se oscurece y el centro de mi cuerpo, justo entre mis piernas, reacciona inmediatamente a esos ojos azul brillante.

—Ésta es la segunda regla —me advierte—: tienes que ser honesta con lo que quieres, Marnie, y, cuando lo consigas, disfrutarlo.

Todo me da vueltas.

Nunca había escuchado nada más sensual que esa última palabra.

Tomo aire tratando de reordenar mis ideas. Sé lo que quiero. El problema es que también soy plenamente consciente de que no debería quererlo. Mi cuerpo me pide a gritos que no sea estúpida, que me quede, que le pida que me bese, que me lleve a su apartamento. Lo que sea que ocurrió, pudo pasar hace años; puede tener una explicación, aunque no haya querido contármelo, o puede simplemente que sea así de peligroso para un pobre corazón confiado, pero eso no impide que lo desee con todas mis fuerzas.

—Quiero marcharme a casa —pronuncio recuperando la cordura y tratando de sonar mínimamente segura.

Tengo que protegerme.

Ayden me observa un segundo.

—Por supuesto —responde sin levantar sus ojos de mí.

Extiende su mano indicándome que pase primero y yo inmediatamente la echo de menos al final de mi espalda, guiándome. Supongo que así es cómo nos sentimos cuando querer, poder y deber no van de la mano.

Salimos del Radio City Music Hall. Apenas nos hemos alejado unos pasos de la puerta principal cuando el aparcacoches se acerca veloz y le tiende a Ayden las llaves de su Aston Martin con un «señor Morgan» que parece evidenciar que no quiere decepcionarlo por nada del mundo.

Ayden asiente. Le hace un gesto al chico para que se marche y él mismo me abre la puerta de su clásico de lujo.

—Buenas noches —musito cuando se detiene frente a mi edificio.

Ayden se gira hacia mí. Alza la mano y lentamente me mete un mechón de pelo tras la oreja. Deja que sus dedos acaricien primero mi mejilla y después mi cuello, despacio, haciéndome sentir demasiadas cosas.

Me pregunto si él también estará imaginándonos besándonos, como esa parte de mí que me esfuerzo prudentemente en no escuchar.

—Buenas noches, Marnie.

—Buenas... —al darme cuenta de que estoy a punto de despedirme de nuevo como una auténtica idiota, cabeceo y clavo mi mirada en mis propias manos—... quiero decir... —No sé qué quiero decir, parezco una tarada—. Buenas noches —sentencio con seguridad, abriendo la puerta del vehículo y bajándome.

Lo mejor es que me meta en mi edificio, en mi apartamento y en mi cama, o corro el serio peligro de seguir haciendo el ridículo.

—Buenas noches.

No sé si es su suave acento británico, su voz ronca, o que simplemente oírlo hablar implica imaginármelo. Me giro despacio. Sigue ahí, observándome, derrochando todo ese atractivo, todo ese misterio... todo ese peligro que mi descerebrado cuerpo sólo puede traducir como algo que me atrae aún más. ¡Todo esto es tan frustrante!

Estoy a punto de rendirme y pedirle que suba, pero entonces Ayden, como si pudiese leer en mi mirada, aparta la vista al tiempo que se humedece el labio inferior. Cuando vuelve a alzar la cabeza, sus ojos se han llenado de determinación.

—Será mejor que subas, chica Hitchcock —me pide, prácticamente me ordena.

Tiene razón.

Me obligo a girarme con mi cuerpo protestando a pleno pulmón y finalmente subo los siete escalones que me separan de mi edificio. Me giro para cerrar la puerta y, en el mismo segundo en el que la madera encaja en el marco, levanto la mirada, buscándolo. Ayden me observa, un solo segundo más y, haciendo rugir el motor, desaparece por la 115.

Estoy hecha un completo lío.

Ya en mi habitación, enciendo la pequeña televisión de mi cuarto y sonrío cuando en una cadena cualquiera están poniendo *Atrapa a un ladrón,* de Alfred Hitchcock. Voy hasta al baño a

desmaquillarme y no puedo evitar quedarme mirando el vestido. Me lo regaló Ethan. Jamás lo habría siquiera imaginado. ¿Por qué ha tenido este detalle conmigo? A veces ni siquiera sé si quiere tenerme cerca o simplemente me odia. Suspiro exasperada. Salgo del baño, me pongo el pijama y me meto en la cama.

Estoy hecha un completo lío. Con los dos.

* * *

Oigo un ruido, un rumor inconcreto, pero no le presto la más mínima atención. Tengo muchísimo sueño. El ruido vuelve, más cerca. ¿Qué está pasando? Abro los ojos justo a tiempo de ver cómo alguien, descalzo y en pijama, se mete en mi cama. Doy un respingo con el que no acabo agarrada a la lámpara del techo de puro milagro. El desconocido rompe a reír. ¡Maldita seas, Taylor Smith!

—¿Qué tal fue tu cita de ayer, pillina? —me pregunta cuando sus carcajadas se calman, acurrucándose bajo mi finísima colcha de Ikea.

—Sal de mi cama —protesto enfadada, acomodándome boca arriba y tirando de la colcha. Es una amiga horrible. No se la merece—. Me has dado un susto de muerte.

—Sí, ya, suerte que no soy Paul Spector; si no, a estas horas ya estarías muerta dentro de la bañera.

Por un momento las dos nos quedamos en silencio imaginando a Jamie Dornan dándonos un baño, una idea bastante distorsionada del *leitmotiv* de la serie, pero lo cierto es que, si tengo que morir, no me importaría que la suya fuese la última cara que viese.

—¿Qué tal fue ayer? —inquiere de nuevo.

Lo pienso un instante y otro y otro y otro.

—No lo sé —digo al fin.

—Mentirosa —me increpa—. Ya confesaste que McMisterioso está buenísimo y te llevó a una cena en el Radio Music City Hall —añade casi indignada—. ¿Qué es lo que no sabes?

Me encojo de hombros.

—No lo sé —repito.

Taylor resopla y me da una patada en la espinilla.

—Ay —me quejo.

—Anda —replica burlona—, ¿pero si sabe decir algo más que «no lo sé»?

Yo ladeo la cabeza y la miro francamente mal, aunque mi queridísima amiga finge no darse por aludida.

Durante un minuto nos quedamos en silencio, las dos con la mirada clavada en el techo de mi habitación.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ser *provider?* —plantea.

—¿Todos los zapatos que puedes comprarte con el dinero que ganas?

Taylor me mira francamente mal, casi indignada, y yo rompo a reír.

—La emoción de no saber qué va a pasar —continúa—, dónde van a llevarme, a quién voy a conocer... escuchar las historias de esos hombres increíbles, cómo se mueven por el mundo, las

personas con las que se relacionan.

Sonrío. Sé por qué lo dice. En la cena de ayer había senadores, importantes periodistas, artistas consagrados, auténticas personalidades que quedan fuera del alcance de dos universitarias. En la vida nadie te dice hasta dónde puedes llegar y de pequeños a todos nos cuentan que nuestro tope es el cielo, pero, conforme creces, te das cuenta de que puede que el cielo sea la última frontera, pero antes hay otras marcadas por el dinero o la clase social. Nos gusta pensar que el futuro va borrando esa idea, pero es justo al contrario: la está perpetuando. ¿Puedes triunfar desde la nada? Sí. Walt Disney repartía periódicos con los zapatos agujereados y Madonna llegó a Nueva York con cuarenta dólares en el bolsillo. ¿Es difícil? Un rotundo sí. ¿Te seguirán mirando por encima del hombro cuando llegues los que siempre han estado allí? Desgraciadamente eso también es un sí. Da igual lo listo, inteligente y guapo que seas, da igual lo tenaz y lo válido. Pocas cosas en esta vida son iguales para todos, salvo que nacemos, morimos y follamos. ¿Significa eso que el sexo, una de las pocas cosas que compartimos, es una de las escasas armas que tenemos los que nacemos en la cara B del disco? O, por el contrario, ¿significa que en el sexo, o en la intimidad, como dijo Ayden, es donde todos somos iguales y es donde realmente importa lo que tenemos dentro? ¿La cama nos da la oportunidad de demostrar lo que realmente valemos como seres humanos? *¿Liberté, égalité, fraternité... y sexualité?*

—Te entiendo.

Ella asiente y volvemos a quedarnos en silencio.

—¿Y qué es lo que te asusta más? —demando.

—Enamorarme —dice clara y concisa.

—Enamorarse da demasiado miedo.

Ahora la entiendo todavía mejor.

Taylor suelta un largo suspiro.

—Imagino que, por lo menos, pudiste ponerle nombre a McMisterioso —comenta distraída con las manos entrelazadas sobre su estómago.

—Se llama Ayden Morgan.

Al escuchar mis palabras, Taylor se incorpora hasta sentarse en la cama y fija la vista en mí hasta que, a regañadientes, hago lo mismo.

—Dime ahora mismo qué significa Ayden para ti —me pide muy seria.

Yo vuelvo a encogerme de hombros.

—No lo sé.

Creo que esta conversación ha entrado en bucle.

Taylor resopla impaciente.

—Soy yo. Te conozco; sí lo sabes o por lo menos lo intuyes, así que suéltalo.

—¿A qué viene esta especie de interrogatorio? —protesto.

—Viene a que puedes revolcarte con míster Reino Unido por todo Manhattan, te dejaría irte incluso a Jersey —bromea y no puedo evitar sonreír—, pero, Lilianne Rose Harper, no puedes enamorarte de él —sentencia.

Yo la miro sin entender a qué se refiere, hasta que caigo en la cuenta del detalle más obvio.

—Ya lo sé. Al final es un cliente —admito, y no puedo evitar que mi voz suene un poco

desanimada y también un poco triste.

—No me refiero a eso. Que sea un cliente, en realidad, no tendría por qué ser un problema, ni siquiera si fueras una *provider* real, cosa que no es tu caso —añade pronunciando claramente cada palabra—. Pero Ayden Morgan... es sólo que con él no es una buena idea —concluye ambigua.

Automáticamente frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A nada.

—Taylor.

—A nada en concreto.

—Taylor —repito.

Las tornas acaban de girarse.

—No lo sé, de verdad, y eso es precisamente lo que me preocupa; nadie conoce prácticamente nada de su vida —pronuncia—. ¿No te parece extraño?

Tuerzo el gesto. *Nadie* no es la palabra más acertada. Nadine sí conoce su pasado y sus secretos.

—Supongo que sí —respondo para dar la conversación por acabada.

No dejo de pensar que no tengo todas las piezas del puzle. Algo me dice que hay algo más. ¿Qué escondes, Ayden Morgan?

* * *

Me paso el resto del día trabajando. El profesor Kenner me ha mandado un correo electrónico con varios casos de la fiscalía. Tengo que estudiar los informes sobre el posible impacto que tendría la construcción de nuevos edificios en determinados barrios de Nueva York. Los leo a conciencia y tomo una decena de notas para revisarlas con mi jefe el lunes a primera hora. En otras circunstancias estaría dando saltos de alegría, pues colaborar con la fiscalía es una oportunidad genial, pero, gracias a Ethan Anderson, revisar documentación será lo más emocionante que haga.

Al día siguiente es lunes y una nueva semana comienza. Me preparo y, como siempre, voy dando un paseo hasta el Knox Hall. La pintada de hoy: «Nunca digas lo siento, roba todos los besos que puedas y ríete cada vez que tengas de llorar». Un gran consejo.

Llego al departamento la primera. Hacerlo tiene sus ventajas. Puedo elegir la taza de café más bonita y cantar un par de canciones a pleno pulmón mientras reviso el correo sin que nadie crea que estoy chiflada o necesito un trasplante de cuerdas vocales.

Cuando llega el profesor Kenner, revisamos algunos informes y repasamos las notas de la reunión con el decano y las de la entrevista con el fiscal. No puedo evitar sonreír cuando el profesor define a Ethan como adusto, irritable y algo soberbio. Tres adjetivos que bien pueden traducirse como arisco, capullo y arrogante, pero es una precisión sociológica que decidido guardarme para mí.

—Muy bien —me anuncia cerrando el dosier que acabamos de repasar—. Esto era lo último

que teníamos pendiente. Ahora necesito que vayas al Equitable Building. Quieren que recojamos los archivos sobre un nuevo caso y el señor Anderson ha pedido que te encargues personalmente. Debiste impresionarlo con la entrevista —añade con una sonrisa.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. Nuestro querido fiscal general del estado sólo quiere demostrarme lo que ya me advirtió que haría: tenerme todo el día llevando cafés y carpetas de un lado a otro. Es un gilipollas.

—Será mejor que salgas ya —me apremia mi jefe—. Te quieren allí antes de las once.

Asiento y abandono el despacho pensando en cómo encontrar alguna maldición india para echarle a McDominante. Probaré en Google.

—Lillie —me llama Stuart desde su mesa—. Los documentos para fiscalía están en la carpeta 4A del archivo 785455528, ¿verdad?

—Sí. ¿Necesitas algo en concreto?

—No —me informa concentrado en su ordenador—. Es sólo que el profesor quiere que me encargue de enviar las copias digitales.

—Sí, está todo: el perfil de Ethan Anderson, las preguntas para la entrevista...

Hago memoria mientras me cuelgo mi bolso y recojo unos libros que pidió el señor Kenner y debo devolver a la biblioteca. En ese momento la profesora Martínez sale de su despacho y deja cuatro carpetas sobre mi mesa.

—Déjalas en secretaría, por favor —me pide—. Antes haz dos copias.

—¿Hay algo más? —me pregunta Stuart.

—Deja una en el despacho del profesor Denver —continúa la profesora— y otra en los archivos del Departamento de Estadística.

—Por supuesto, profesora.

Ella asiente con una sonrisa y regresa a su despacho.

—Lillie —me llama Stuart impaciente.

Yo lo fulmino con la mirada y resoplo.

—Tengo cosas que hacer —se queja.

Ahora sí que lo miro francamente mal. Fui la última en marcharme el viernes, la primera en llegar, tengo libros en los brazos, carpetas en la mesa, cuatro sitios a los que ir antes de salir de la universidad y un hombre de lo más insufrible esperándome a veinte paradas de metro.

—También están las transcripciones de las dos entrevistas del fiscal y el estudio histórico de la figura de fiscal desde principios del siglo XX. Falta por incluir la información que encontraste y filtraste sobre el fiscal en los buscadores de la universidad. Y te odio, Stuart.

—Ayer te comiste una rosquilla glaseada y no me diste la mitad. Yo te odio más.

Sonrío con malicia.

—Pues estaba recién hecha —digo echando a andar hacia la puerta—, estaba rellena de chocolate y me la trajo Taylor.

Sé que el último detalle es el que más le ha dolido.

Cierro la puerta mientras me observa mitad escandalizado, mitad realmente indignado, y yo suelto una risilla, encantada.

Hago todos los encargos y cojo el metro hasta la parte sur de Manhattan. Frente al Equitable

Building, resoplo como una niña pequeña una docena de veces y finalmente entro. Odio estar comportándome como una ovejita camino del redil. Si no fuera el sueño de mi vida, me despediría del departamento de sociología sólo para presentarme aquí, coger las carpetas que Ethan me tiene preparadas y darme el gusto de lanzarlas por la ventana. La imagen me hace sonreír e incluso ponerme de buen humor.

Al salir del ascensor, camino hasta la mesa de su secretaria y la saludo con una sonrisa.

—Buenos días, señorita Harper.

—Buenos días —me quedo en silencio. Lo cierto es que no sé cómo se llama.

—Puede llamarme Octavia.

—Lillie —replico.

Ella sonríe.

—El señor Anderson le ha pedido a mi jefe que venga a recoger unas carpetas.

Con un poco de suerte no tendré que verlo. Su secretaria me dará las carpetas y podré marcharme de aquí.

La miro expectante, rezando porque diga «sí, aquí están. Te libras de ver al insufrible, odioso y controlador de mi jefe», pero, en lugar de eso, asiente, se levanta y me hace una leve señal para que la siga.

Universo, ¿cuándo piensas echarme una mano?

Se detiene frente al despacho del fiscal. Como siempre, llama y se marcha con una sonrisa, dejándome sola ante el peligro. Espero el «adelante» desde el otro lado y entro y cierro a mi paso.

Ethan está de pie, detrás de su escritorio, revisando unos documentos, con el cielo azul salpicado de los rascacielos más altos detrás. Un traje oscuro y una corbata del mismo color resaltan sobre su camisa blanca. ¿Por qué es tan asquerosamente guapo? ¿Y por qué cada vez que lo veo tengo que hacerme la misma pregunta? Parezco tarada. Tendría que haber buscado la maldición india. Echándosela les estaría haciendo un favor a todas las mujeres de la humanidad. Dudo de que alguna vez use todo ese atractivo para el bien.

Ethan levanta la cabeza y me recorre con la mirada hasta que sus ojos se encuentran con los míos. Exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones y vuelve a centrarse en los papeles sobre su mesa. Recuerdo las últimas palabras que me dijo, que no daba la sensación de que lo odiase. Eso fue después de explicarme que no iba a besarme porque sólo le interesaba jugar conmigo y que me había comprado el vestido más bonito de todo mi armario. Vestido que pienso devolverle... Definitivamente es mejor para mí que guarde silencio.

—El profesor Kenner dice que tienes unas carpetas para mí.

No habla. Ni siquiera me mira.

—Me ha explicado que son unos documentos muy importantes, así que querrá que regrese con ellos lo antes posible.

Silencio. Sólo silencio.

Yo resoplo y me cruzo de brazos.

—Tengo mucho trabajo en la universidad y sólo de camino tardo casi una hora.

Cierra una carpeta y abre otra.

—¡Ethan! —protesto exasperada.

Una sonrisa, la sonrisa que guarda sólo para mí, se dibuja en sus labios, pero, cuando alza la cabeza, ya la ha disimulado con una más impertinente y dura.

—Vaya —comenta mirándome al fin, con un tono y una mirada que reúnen toda la insolencia y la socarronería del mundo—, ¿ya está enfadada, señorita Harper?

Yo aprieto los labios y entorno los ojos, a punto de sufrir un ataque en toda regla. Ya no quiero tirar las carpetas por la ventana, ahora quiero tirarlo a él.

—Eres insufrible —me quejo.

—Ahora mismo también soy tu jefe.

—Pues mi jefe es insufrible, odioso... y un auténtico imbécil —estallo en un ataque de sinceridad.

Ethan frunce el ceño y se humedece el labio inferior sin levantar la vista de mí. Yo me muerdo el mío. ¿Acabo de llamar «auténtico imbécil» al malhumorado fiscal general del estado de Nueva York? Esto no va a terminar bien para mí.

—Auténtico imbécil —repite con la voz amenazadoramente suave—, no parece un término muy sociológico.

Un brillo divertido reluce en sus ojos azules y yo suelto una sonrisa nerviosa.

—Eso es porque no está al corriente del argot técnico —replico contagiada de su humor.

Ethan sonríe, aunque rápidamente vuelve a ocultar el gesto con uno más duro. Yo intento hacer lo mismo, pero no soy capaz y sonrío sin disimulos.

—Será mejor que no utilices un vocabulario tan exclusivo en la reunión.

Frunzo el ceño. ¿A qué reunión se refiere? Ethan sonríe una vez más, encantado con la confusión que acaba de provocar en mí.

—Ethan...

—Vamos —me interrumpe rodeando su mesa.

Llega hasta mí en cuestión de segundos y, con la misma rotunda decisión con la que se enfrenta a todo, me coge de la mano y tira de mí para que lo siga. En el mismo microsegundo en el que se produce el contacto, se transforma en una chispa que nace de nuestras manos y se expande por todo mi cuerpo. Sé que él también lo ha notado, porque por un segundo todo su cuerpo se ha tensado bajo su traje a medida.

Yo bajo la cabeza tratando de pensar, de controlar las mariposas y ese algo dentro de mí que ahora mismo se siente en las nubes.

Con el primer pie que ponemos fuera del despacho, Ethan suelta mi mano y yo me siento como si me hubiesen sacado de un sueño perfecto lleno de color y ahora todo fuese cruelmente normal. Miro a Ethan, pero él no me está mirando a mí. Sin embargo, puedo ver cómo exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones y tensa su mandíbula. ¿Por qué tengo la sensación de que está rearmando su autocontrol?

—Lo están esperando en la sala de reuniones —lo informa Octavia saliendo a nuestro paso —. Todo está preparado.

Ethan asiente imperceptiblemente y su secretaria se retira. Me hace un leve gesto con la cabeza indicándome un amplio pasillo. Yo necesito un segundo, pero finalmente echo a andar.

Nos detiene frente a unas puertas dobles de madera oscura. Las paredes de la sala son de cristal, pero no alcanzo a ver qué o quién hay dentro. Ethan abre una de las puertas y, caballeroso, espera a que pase primero.

—La reunión ha empezado —informa adusto en cuanto pone un pie en la sala.

Dos hombres y una mujer que charlaban animadamente cuadran los hombros y cada uno ocupa un asiento frente a una enorme mesa también de madera oscura. La sala es impresionante, casi gigantesca y albergada por unos ventanales desde los que puede verse todo el norte alzándose cada vez más arriba hasta culminar en la frondosidad verde de Central Park.

Ethan me mira y rápidamente lo hace a la silla a la izquierda de la presidencia, el único puesto que tiene varias carpetas apiladas delante. Estoy tan admirada que otra vez tardo un segundo en entender que quiere que me siente ahí y en obedecer.

Espabila, Harper.

—La señorita Harper —anuncia Ethan ocupando la presidencia y abriendo el dosier que tiene delante en el mismo momento— nos dará la visión sociológica en los temas que vamos a tratar.

¿Qué?

9

Abro los ojos como platos. ¿En serio? ¡No me lo puedo creer! Una sonrisa de oreja a oreja se cuela en mis labios. Estoy... feliz. Voy a actuar como socióloga, no como ayudante, ni como asiente. ¡Es increíble!

Miro a Ethan. Sus ojos ya me esperaban. Se humedece el labio inferior y, con la sonrisa más impertinente, sexy, canalla y arrogante, pronuncia un «de nada» con los labios. Yo miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos está prestando atención y le devuelvo la sonrisa. «Gracias», respondo sin emitir sonido alguno.

—Asunto Calver —anuncia volviendo a su implacable tono de fiscal, todavía mirándome a mí—. Lo quiero solucionado ya —sentencia volviendo la vista a la mesa.

La reunión es increíble. Las otras personas son Elisabeth Ford, la delegada de Obras Públicas del Gobierno Federal para el estado de Nueva York; Robert Conwell, el subsecretario de Vivienda, y la mano derecha del gobernador Cuomo, Abel Manciantti.

Ethan lleva un ritmo vertiginoso. Revisamos los mismos casos que repasé con el profesor Kenner. Nunca me había alegrado de trabajar tanto un domingo. Aunque ya lo sabía, Ethan demuestra ser tenaz e increíblemente inteligente. Sabe perfectamente lo que quiere, y no va a parar hasta conseguirlo. Viéndolo trabajar resulta más que obvio por qué se convirtió en fiscal con sólo treinta años.

—El asunto Prescott es más complicado de lo que parece —comenta la señora Ford.

Ethan aprieta los labios en una fina línea. De pronto parece enfadado.

Recuerdo ese caso. Anthony Prescott, a través de su empresa Prescott Corporated, quiere comprar varios edificios en Alphabet City, derruirlos y construir un bloque de oficinas.

—No entiendo qué problema puede traer un nuevo edificio empresarial a un barrio severamente deprimido como Alphabet City —continúa Robert Conwell—. Además, todos hemos leído el estudio de impacto. Esa construcción será algo positivo.

Ford y Manciantti asienten.

—No estoy de acuerdo. —Mi voz suena mucho menos segura de lo que me hubiese gustado. Todas las miradas se clavan en mí y, de repente, me achanto un poco más.

—Perdone, ¿usted era? —replica Conwell.

—Explíquese, señorita Harper —lo interrumpe Ethan sin ni siquiera molestarse en mirarlo.

Busco entre las notas que he estado tomando. Estoy demasiado nerviosa. Alzo la mirada y otra vez se cruza con la de Ethan. Él ha confiado en mí. De pronto me doy cuenta de que no

quiero perder eso. Aunque no sepa por qué, no quiero decepcionarlo por nada del mundo. Esa idea me calienta por dentro. Carraspeo y cuadro los hombros en la silla. Puedo con esto.

—Ese estudio habla del barrio únicamente en términos negativos. Es cierto que es una de las zonas más pobres de Manhattan, con un alto índice de paro, pero es realmente extraño y sumamente cómodo para Prescott Corporated que el informe no tenga nada bueno que decir. No hay ni un solo testimonio de ninguna persona de Alphabet City, sólo algunas fotos de fachadas y citas de agentes del ayuntamiento.

—Eso ha sido más que suficiente en otras ocasiones —me corrige Conwell—. Los agentes del ayuntamiento son los mejores informados de la realidad de un barrio.

—Pero no viven allí —insisto—. ¿Por qué no hablar con los vecinos? Están tratando de averiguar cuánto afectará a sus vidas una nueva construcción, pero nadie se ha molestado en preguntarles.

—¿Se hace una idea de cuántos edificios se construyen al año en Manhattan? —replica Conwell—. Se lo pondré más fácil, ¿se hace una idea de cuántos se levantan sólo en la zona sur?

Está tergiversando la información, pienso, pero no se me ocurre ninguna manera de rebatirlo.

—No tengo ese dato —me obligo a decir.

Conwell sonríe orgulloso. Sabe que se ha salido con la suya.

—Es imposible ser tan meticulosos como usted desea.

Aprieto los labios. No es justo. Sé que tengo razón. Se están olvidando de esa pobre gente.

—Pues deberían —digo antes de pensarlo con claridad. Conwell, Ford y Manciantti me miran con los ojos muy abiertos—. Un edificio puede cambiar toda la vida de un vecindario.

—Señorita Harper, soy el subsecretario de Vivienda —responde malhumorado—. Es sólo un edificio. Sé lo que digo.

—Y yo soy el fiscal general del estado —lo interrumpe Ethan, haciéndose con todo el control de la habitación con esas ocho palabras—. Me importa bastante poco lo que usted considere ser meticuloso y me importa aún menos cómo se hacían las cosas antes de que mi oficina decidiera encargarse de estos asuntos. Cada nueva construcción se estudiará adecuadamente. Me da igual si afecta a un millón de neoyorquinos o sólo a uno. No pienso permitir que ningún habitante de Alphabet City se vea perjudicado porque alguien pretenda ganar más dinero. Y le advierto, señor Conwell —su mirada se endurece y su tono se vuelve todavía más amenazante, más suave— que, si descubro que ha permitido que Prescott interfiera de la manera que sea para que se dé luz verde a su edificio, acabaré con usted.

Robert Conwell traga saliva y lo mira con cara de susto.

—Ésa es una acusación muy grave, señor Anderson —prácticamente balbucea.

—Me alegra que lo tenga claro —responde lleno de arrogancia—. La reunión ha acabado.

Uau. Ahora mismo no puedo pensar nada más.

Los tres se levantan y salen de la sala de conferencias sin atreverse a decir ni una palabra. Yo miro a Ethan, pero él ha vuelto a concentrarse en una de las carpetas que tiene delante. Imagino que, si la reunión ha terminado, quiere trabajar tranquilo... y solo.

—Será mejor que me vaya.

No quiero, pero mi voz todavía suena admirada. Verlo dirigir la reunión y, sobre todo, verlo

defender Alphabet City ha sido impresionante.

—Aún no has acabado —me informa sin alzar la mirada—. Tienes que estudiar esos casos —dice señalando las tres carpetas que hay frente a mí.

Yo acaricio la primera con la punta de los dedos.

—¿Quieres que me quede a trabajar aquí? —inquiero como si no pudiese creérmelo del todo.

—Sí —responde como si no tuviera importancia.

—¿Contigo?

—Es usted realmente perspicaz, señorita Harper —se burla.

Yo le hago un mohín que él finge no ver, pero sus labios curvándose mínimamente hacia arriba me indican que sí lo ha hecho.

—¿Qué pretendes que piense? —suelto sin poder contener más las palabras—. Siempre eres odioso e insufrible conmigo. Y hoy, de pronto, pareces haberte olvidado de todo eso.

Ethan deja caer su carísima estilográfica sobre los documentos que revisaba y alza la cabeza despacio. No hay rastro de su sonrisa, pero sé que no está enfadado. Atrapa mis ojos con los suyos y, por un momento, nos quedamos así, mirándonos.

—Yo no puedo ser como quiero ser —dice con la voz ronca—. Y hoy, simplemente, necesitaba un descanso.

Lo miro sin entender a qué se refiere.

—¿Por qué no puedes ser como quieres ser? —inquiero.

Ethan sonríe, como si mi persistencia despertara su ternura.

—Ethan —protesto al ver que no responde.

—Lillie —me llama a su vez.

Tuerzo los labios.

—No vas a contestarme, ¿verdad?

—Claro que no —afirma sin remordimientos, pero con un tono más dulce, más sereno.

Podría presionarlo, seguir preguntando, pero sé que no serviría de nada. Puede que apenas lo conozca, pero tengo clarísimo que nunca me contará nada si no es lo que quiere.

Lanzo un profundo suspiro y abro la primera capeta bajo su atenta mirada. Ethan me dedica su media sonrisa y vuelve a concentrarse en sus documentos. Lo observo un segundo más, repasando sus largos dedos, su torso que se hincha y se desinfla suavemente bajo su camisa, la barba que recorre sexy su mandíbula, sus ojos concentrados y su espectacular cabello castaño. ¿Por qué no puede ser como quiere ser? ¿Qué le impide serlo? Es demasiado arrogante y controlador como para rendirle cuentas a nadie, así que, sea lo que sea lo que lo frena, es algo que él mismo se ha impuesto. ¿Por qué?

Termino la primera carpeta más de prisa de lo que pensaba y tomo la segunda. Al abrirla, frunzo el ceño. Lo primero que encuentro es una foto de un hombre andando por la calle. Su cara me es familiar. Hago memoria unos segundos y en seguida lo reconozco. Es el hombre que vi salir de aquí seguido de su secretaria cuando vine a hablar con Ethan por haber concertado la segunda entrevista a mis espaldas. Miro el primer documento. Es una especie de informe de seguimiento. Busco su nombre. Anthony Prescott. Así que es él. Leo con detenimiento la hoja y comprendo que es el informe de un detective privado. Aporta información bastante detallada

sobre Prescott. Las siguientes páginas son sobre su empresa, Prescott Corporated, sobre cómo amasó su fortuna y cómo ésta se mueve en los dos sectores en los que está inmersa: la compra y construcción de edificios, y la venta inmobiliaria.

Tras unos minutos, cierro el dosier despacio al tiempo que alzo la cabeza y miro a Ethan. Las ideas comienzan a fluir rápido y voy haciéndome un dibujo de la situación; sin embargo, todavía me faltan algunas piezas.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Ethan?

No dice nada y me lo tomo como un sí.

—¿Por qué te interesa tanto lo que pase con Alphabet City?

Mis palabras captan su atención y le hace levantar la vista y volver a centrarla en mí.

—Me interesa lo que pase con cualquier vecindario de la ciudad.

—Se nota que ser fiscal general del estado tiene mucho que ver con política, porque ésa es la respuesta de un político —replico insolente.

Ethan se humedece el labio inferior tratando de contener una sonrisa.

—No me gusta lo que Anthony Prescott pretende hacer con el barrio.

—Puede ser, pero creo que lo que no te gusta es Anthony Prescott.

Y creo que es algo completamente mutuo. Todavía recuerdo cómo salió el empresario de esta oficina cuando se cruzó conmigo. Irradiaba un enfado monumental.

Definitivamente sus labios se curvan en una sonrisa sin levantar sus ojos de mí y yo me siento muy orgullosa.

—Parece que hoy estamos un poco insolentes, señorita Harper —me reprende divertido.

—Yo diría perspicaces, señor fiscal —respondo contagiada de su humor, recordando la palabra que el mismo usó hace poco más de una hora.

Ethan sonríe de nuevo a la vez que cabecea. Por primera vez parece relajado, incluso contento, e, inexplicablemente, eso me llena por dentro.

—Ese barrio es muy importante para mí —comienza a hablar—. Defendí mi primer caso allí. Una mujer que lo dio todo por el pequeño edificio donde vivía. Durante la segunda guerra mundial había sido enfermera. Se enamoró de un soldado que conoció en el frente y le dio su dirección para que fuera a buscarla cuando terminara la guerra. Habían pasado setenta años, pero ella seguía esperando. Estaba segura de que regresaría a buscarla.

Se queda mirando al frente muy serio. Yo lo observo repasando cada palabra, imaginando a esa pobre anciana... algo no me cuadra.

—Esa historia te la has inventado, ¿verdad? —inquiero.

Él continúa mirando al frente y asiente varias veces.

—Sí —responde mirándome al fin, sin variar su expresión.

Creo que precisamente, el que lo diga serio, es lo que me hace primero sonreír y después acabar riendo. Mi gesto se contagia en sus labios y sonríe también. Me encanta su sonrisa. Definitivamente el señor fiscal general del estado debería sonreír así cada día.

Ethan me observa un segundo más y vuelve a concentrarse en sus papeles.

—No vas a contármelo, ¿verdad?

—Sabía que había elegido a la pequeña socióloga más... —finge estar buscando la palabra

más adecuada—... perspicaz —concluye haciendo un burlón hincapié.

Sonrío, pero lo disimulo rápido.

—¿Por qué siempre tienes que reírte de mí?

—¿Por qué tienes que ponérmelo tan fácil?

Esto es el colmo.

—No te lo pongo fácil.

—Es verdad —¿me está dando la razón?—... me lo pones realmente fácil.

Abro la boca escandalizada. Ni siquiera ha levantado la vista para decirme semejante lindeza.

—Eres un idiota.

Mi cariñoso epíteto le hace levantar la vista. El brillo divertido sigue ahí, aunque también están un toque de malicia y toda su arrogancia.

—Perdón—me disculpo—, ¿señor fiscal idiota?

Ethan se humedece el labio inferior, intimidante, y ese gesto tiene un eco directo en una parte concreta de mi cuerpo.

—Es que «señor fiscal general idiota» me parece un poco largo.

Suelto una risilla, encantada con mi propia broma. Ethan aprovecha el momento en el que bajo la guardia. Tomándome por sorpresa, gira mi silla, se levanta y, cogiéndome de la cintura, me sienta sobre la mesa. Apoya las palmas de las manos sobre la madera, flanqueando mis caderas, y se inclina sobre mí. Mi respiración instantáneamente se acelera. Está muy cerca, mucho, y automáticamente vuelo a la biblioteca, a su despacho el día que descubrí quién era, a cada vez que cierro los ojos e imagino cómo Ethan Anderson cumple todas mis fantasías y crea diez más sólo con la forma en que me mira.

—Señor fiscal, ¿qué? —pregunta con la voz amenazadoramente suave.

Trago saliva con los ojos fijos en sus labios. ¿Por fin va a besarme? Creo que no me importaría. Es más, creo que me gustaría, mucho muchísimo.

—Besarme —murmuro sin ningún sentido.

Ethan sonríe y sólo entonces me doy cuenta de lo que he dicho.

—No —prácticamente balbuceo mirando hacia todos lados—. No quiero que me beses.

—Claro que no —responde arrogante.

—Por supuesto que no.

—¿Quién lo duda? —replica con la sonrisa más insolente que he visto en todos los días de mi vida.

—Me gusta que lo tengas claro —sentencio nerviosa, apartando la cabeza y mirando mis manos, mis pies, su cinturón de Cesare Paciotti.

—Lillie —me llama en un susurro ronco, masculino, sensual, indomable. Es la Robert Redford de las voces.

—¿Sí? —respondo bochornosamente rápido, alzando la cabeza aún más veloz.

Sus ojos azules ya me esperaban y, con ellos, la misma sonrisa. Frunce el ceño presuntuoso.

—Me alegro especialmente de que tú —dice haciendo un hincapié igual de impertinente— lo tengas claro.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero francamente no tengo ni la más remota idea de qué

y acabo cerrándola. Ethan se aleja despacio y masculino sin dejar de sonreír y vuelve a centrarse en sus papeles de pie, a mi lado.

Creo que se lo he puesto rematadamente fácil.

Bien hecho, Harper.

Yo lo observo. Me gustaría poder decir que desde un punto de vista sociológico, pero actualmente la historia gira entre las ganas que tengo de que me bese y las ganas que tengo de devolvérsela. Es urgente que alguna vez sea yo, Lilianne Harper, la que le haga morder el polvo al creído del fiscal. Sonrío. La idea me gusta.

Me bajo de un salto y camino de nuevo hasta mi silla, pero no me siento. Ahora los dos estamos de pie y sé que Ethan ha observado de reojo todos mis movimientos.

—Aunque no te lo merezcas, quiero que sepas que ha sido genial verte defender así el barrio. Ha resultado —pienso la palabra más apropiada— reconfortante. Realmente te preocupas por ellos. —Otra vez sueno admirada, pero ahora no me importa. Se preocupa por su ciudad y por la gente que vive en ella. Eso es algo que dice mucho de él.

Ethan me mira y exhala todo el aire de sus pulmones.

—Tú también —replica—. Defendiste lo que era justo y a Alphabet City delante de Conwell, y precisamente por eso vas a encargarte de la entrevista a Prescott y del estudio de impacto.

—¿Qué?

No puede estar hablando en serio. ¡Eso sería maravilloso!

—Yo decido, Lillie, y quiero que seas tú. Quiero a alguien a quien de verdad le importe toda esa gente.

Otra vez una sonrisa indisimulable se apodera de mis labios. Intento controlarla, pero es imposible. Confía en mí, en mi trabajo. Me valora profesionalmente. Nunca imaginé que me sentiría tan orgullosa.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —Ethan me mira pero no dice nada y yo vuelvo a tomármelo como un sí. Al fin y al cabo, ese brillo divertido sigue ahí—. ¿Por qué dijiste que me pasaría todo el día sirviendo cafés y llevando carpetas?

Ethan me dedica su media sonría sexy y algo dura.

—Porque me gusta ponértelo difícil —responde ensanchando su sonrisa sin una pizca de arrepentimiento.

Otra vez me deja sin habla y, por supuesto, otra vez disfruta de ello. En ese preciso instante llaman a la puerta.

—Adelante —da paso Ethan sin levantar sus ojos de mí, sin liberarme de ninguna manera de su hechizo.

Octavia abre y se queda junto a la puerta, sosteniendo el pomo.

—Señor Anderson, han llegado los informes que pidió a la concejalía de Medio Ambiente. Y Foster-Jenkins lo espera en su despacho.

Ethan asiente y aparta despacio su vista de mí. Se encamina hacia la puerta, toma las carpetas que le tiende su secretaria y se marcha concentrado en ellas. Yo me quedo mirando la puerta, tratando de asimilar lo que acaba de pasar. Mi mente se llena de una decena de preguntas, pero al mismo tiempo salgo disparada y vuelvo a mi nube. La mañana ha sido completamente diferente.

Estoy feliz... y algo dentro de mí no para de gritarme que no es sólo porque me valore profesionalmente.

Regreso a mi sitio y comienzo a trabajar. Lo primero que hago es llamar a mi jefe. Creo que se emociona aún más que yo con el encargo de Ethan e incluso me ofrece la posibilidad de darme más tiempo para terminar mi proyecto si necesito dejarlo temporalmente de lado para centrarme en la entrevista y el estudio de impacto en Alphabet City.

Cuando releo el informe sobre Anthony Prescott, frunzo el ceño al percatarme del nombre del detective que lo firma: Foster-Jenkins, la misma persona que esperaba a Ethan en su despacho. ¿Acaso aún sigue investigándolo?

A la hora del almuerzo, tras darle muchas vueltas, decido ir al despacho de Ethan. Sólo para ver si él también piensa comer y, no sé, quizá hacerlo juntos, por un sentido meramente práctico.

«Eso no te lo crees ni tú.»

Obvio la voz de mi conciencia y me acerco a la mesa de Octavia.

—¿En qué puedo ayudarla, Lillie? —me pregunta cuando todavía estoy a unos pasos.

—¿Podría ver al señor Anderson?

—Me temo que no. El señor Anderson está en un almuerzo de trabajo. Ha salido hace poco más de quince minutos.

Tuerzo el gesto, pero lo disimulo rápido, no quiero resultarle tan transparente a Octavia. Aunque, por la sonrisa tenue y perspicaz con la que me despide, creo que llego un poco tarde con eso de disimular.

Salgo del edificio y miro a mi alrededor buscando algún sitio que parezca agradable. No suelo moverme por esta zona, así que no tengo mucha idea. Acabo en una pequeña cafetería a un par de manzanas. Mi ensalada de pavo y provolone está deliciosa, pero no puedo evitar sentirme un poco decepcionada. Pensé que podría comer con Ethan y quizá seguir hablando, aprovechando que hoy está de tan buen humor.

De vuelta en el Equitable Building, me contengo para no acabar preguntándole a Octavia si Ethan ha regresado. El karma parece devolverme una y, al pasar por delante de su mesa, la oigo responder una llamada diciendo que el señor fiscal no puede atenderlo porque sigue en una comida de trabajo.

Regreso a la sala de conferencias y continúo trabajando. Una chica llamada Stacey me trae más archivos. Todos relacionados con Prescott, Alphabet City y la política de la fiscalía sobre nuevas construcciones. Ya lo sospechaba, pero, comparada con la del ayuntamiento, la política de Ethan sobre qué y cómo se hace es mucho más dura con los grandes empresarios y está más cerca de los ciudadanos.

La siguiente vez que miro el reloj son más de las seis. He estado tan absorta en el trabajo que ni siquiera me he dado cuenta de la hora que era. Despejo la mesa. Cojo las carpetas con las que quiero seguir trabajando en casa y salgo de la sala de reuniones.

No he vuelto a ver a Ethan.

Me despido de Octavia y, tras unos segundos en el ascensor, llego al vestíbulo. Está completamente desierto, salvo por el guardia de seguridad. Imagino que todos se habrán marchado ya a casa.

Sólo he avanzado unos metros cuando oigo un ruido seco, como el de un portazo. Oigo pasos cada vez más cercanos y, apenas un segundo después, su voz.

—Lillie —me llama.

Me giro a tiempo de ver cómo Ethan se detiene frente a mí. Ya no lleva chaqueta ni corbata y se ha desabrochado los primeros botones y remangado la camisa.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

No dice nada.

Me observa de arriba abajo.

Se humedece el labio inferior.

Y, tomándome por sorpresa, me carga sobre su hombro y gira sobre sus pies de vuelta a los ascensores.

—¡Ethan! —grito.

¡¿Qué demonios está haciendo?!

—¡Ethan!

Sus grandes zancadas nos devuelven al elevador en cuestión de segundos. En cuanto las puertas se cierran, me suelta en el cubículo, aprieta el botón «stop» bruscamente con el puño, me arrebata las carpetas lanzándolas al suelo y me acorrala contra la pared, todo en el mismo segundo.

Mi respiración se acelera hasta convertirse en jadeos solapados. No llega a tocarme, pero su calidez sacude mi cuerpo una y otra vez, llamándolo, soliviantándolo.

—¿Qué pasa? —me obligo a decir.

—Desnúdate —me ordena.

Yo me quedo inmóvil sin saber qué hacer, qué decir. No puedo pensar.

Ethan se inclina sobre mí. Su aliento calienta la piel de mi cuello y me acaricia suavemente con la nariz. Me está derritiendo lentamente.

—Ahora —ruge.

Se separa y clava sus ojos en los míos. El ambiente entre los dos se vuelve más íntimo, más sensual, eléctrico. Todo da vueltas y al mismo tiempo ese algo dentro de mí, que sólo Ethan sabe encender, va creciendo más y más hasta anular mi sentido común y dejar a mi libido al mando.

Alzo las manos despacio, nerviosa, y, despacio, me desabrocho los botones de mi vestido. La tela se separa en dos, dejando al descubierto mi piel y mi ropa interior. Su mirada se oscurece y se llena de un deseo sordo y hambriento.

Lleno de esa masculina seguridad, de toda su arrogancia, agarra mi vestido y lo desliza por mis hombros hasta que resbala por mi piel y cae al suelo.

—Todo.

Sólo es una palabra, pero mi cuerpo la ha captado como la genuina orden que es. Ethan coge lo que quiere y cuando quiere. Nunca pensé que eso me resultaría atractivo, pero logra encenderme. Algo dentro de mí se despierta instintivo y ávido de que él sea justamente así, de que me posea exactamente así, en todos los malditos sentidos.

Aún más nerviosa, me deshago de mi sujetador y lo dejo caer al suelo junto a mi vestido. Despacio, casi agónicamente, cuelo el índice y el corazón entre mis bragas y la piel de mis

caderas y, poco a poco, las bajo, deslizándolas por mis piernas. Quiero resultarle tan sexy y sensual como él me resulta a mí, pero no creo que lo esté consiguiendo.

Ethan da un paso hacia mí. A pesar de mis tacones me saca una cabeza. Sus pantalones a medida y su carísima camisa rozan mi piel. Contengo un gemido y trato de controlar inútilmente mi respiración, los latidos de mi corazón. Aparto mi vista de la suya y la concentro en su perfecto torso. Estoy demasiado excitada, demasiado acelerada.

Levanta su mano. Inclina la cabeza. Sus labios casi rozan mi pelo. Acaricia el centro de mi cuello con el índice, fugaz, y baja despacio, torturándome.

—¿Así que soy un megalómano soberbio y arrogante?... —susurra con su voz más ronca, más indomable, mientras su dedo continúa bajando.

¡Oh, Dios mío!

De inmediato reconozco esas palabras y mi respiración se acelera hasta casi evaporarse. ¿Cómo lo sabe? Sólo yo escribí y leí ese archivo, ¡y lo borré! De pronto tengo una especie de revelación: debí confundir los archivos y guardé los dos perfiles que hice sobre Ethan en la carpeta de la fiscalía, la misma que Stuart ha enviado hoy.

—... una persona incapaz de sentir empatía por otro ser humano o por una situación que angustie a otro... —continúa.

Su dedo rodea mi ombligo en una caricia sutil y se pasea de una cadera a otra para regresar al centro de mi cuerpo.

Quiero decir algo, explicarle lo que ha pasado, pero su voz y sus caricias me tienen hechizada. No puedo moverme. Sólo soy capaz de gemir, de saborear todo el placer.

—¿... un redomado psicópata?

—Ethan... —Mi voz se pierde en un gemido, provocado por sus dedos deslizándose por mi pelvis. Otra vez una caricia efímera, dejándome a las puertas de todo el placer.

—¿De verdad piensas todo eso de mí? —pregunta, o me tortura, quién sabe.

—No... —respondo inconexa—. Sí... —rectifico.

—Vas a tener que ser más específica, señorita Harper.

Una de sus manos está anclada en la pared, a la altura de mi cabeza, mientras la otra baja por la cara interna de mis muslos, excitándome más y más.

—Estaba enfadada —murmuro tratando de controlarme—. Sólo quería vengarme de ti.

—¿Por qué?

Su voz extiende su placer por todo mi cuerpo.

—Porque me tratas como a una cría.

Sus dedos suben. Vuelvo a gemir. Su respiración se acelera. Él también lo desea.

—Porque eres una cría —sentencia sin asomo de dudas, separándose.

El peligro brilla en sus ojos azul oscuro, que me atraviesan. Está enfadado, y mucho, y empiezo a pensar que tiene algo que ver con algo más que lo que escribí sobre él.

—Ethan —lo llamo.

Pero él ni siquiera parece escucharme. Pulsa el botón de arranque con rabia. El ascensor se reactiva y las puertas se abren de nuevo en el vestíbulo. Yo resoplo a punto de dejar de respirar. Todo mi cuerpo se tensa y me agacho rápidamente a coger mi vestido para taparme con él. ¡Dios

mío, podría entrar alguien!

Ethan me observa un mísero segundo. Tiene la mandíbula apretada y en todo su cuerpo reluce una tensión indecible, pero no dice una sola palabra y sale decidido sin mirar atrás.

Las puertas vuelven a cerrarse y yo vuelvo a pulsar el botón de parada. ¿Cómo ha podido hacerme algo así? Entiendo que esté enfadado, pero esto es demasiado. Podría haber habido gente esperando el ascensor, podrían haberme visto completamente desnuda. Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco rápidamente y aprieto los dientes con rabia.

Termino de arreglarme en un tiempo récord, recojo los dosieres del suelo y reactivo el ascensor. Exactamente como pasó hace unos minutos, las puertas no tardan más de unos segundos en abrirse.

Salgo con la vista clavada en el suelo, avergonzada. Sin embargo, cuando la alzo, la suya vuelve a dejarme con los pies clavados al suelo. Está apoyado contra la inmensa columna de granito que domina el vestíbulo, anclada justo en el centro. Tiene los brazos cruzados y la mirada fría, furiosa y distante. Más Ethan Anderson que nunca y más inaccesible también.

Al verme, aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea y durante un segundo ninguno de los dos dice nada. Sé que lo del ascensor ha sido un castigo y lo odio un poco más por eso.

Ethan da un paso hacia delante separándose de la columna, camina el metro que lo separa del mostrador de seguridad y, sin levantar sus ojos de mí, le dice algo al guardia, no puedo entender el qué. Un ruido me distrae. Alguien intenta acceder al edificio y, confuso, tira una y otra vez de la puerta sin conseguir abrirla. El guardia de seguridad asiente y teclea algo en el ordenador frente a él. Ethan se incorpora, me observa un momento más y finalmente se marcha, desapareciendo por las escaleras sin volver a mirarme.

Dos pitidos seguidos de uno más largo cruzan el ambiente desde el mostrador de seguridad y el hombre que pretendía entrar al fin lo consigue. Yo frunzo el ceño un segundo, pero en seguida lo comprendo. El edificio debe de tener algún mecanismo para bloquear las puertas y Ethan mandó que lo activaran para asegurarse de que nadie estuviera en el vestíbulo cuando el ascensor volviese a abrirse. ¿Me estaba protegiendo, entonces?

Resoplo hecha un completo lío y me dirijo hacia la puerta. Necesito pensar, y mucho.

* * *

El resto de la semana trabajo muchísimo. Me concentro en preparar la entrevista a Anthony Prescott, el estudio de impacto de Alphabet City y mi proyecto. El profesor no vuelve a pedirme que vaya a la fiscalía y lo agradezco. Necesito estar alejada de ese tren de mercancías llamado Ethan Anderson.

—Lo tendrá todo a primera hora, profesor Kenner —respondo.

Miro el reloj, son casi la cuatro. El jueves se me está haciendo eterno.

Escucho la última indicación que me da mi jefe sobre el informe que estoy redactando y lo observo salir del departamento con su maletín en una mano y al menos cuatro carpetas en la otra. Hoy ha estado de un humor de perros. Ethan lo está atosigando con los malditos informes y, por

una simple regla de tres, que estoy segura de que el todopoderoso fiscal tiene clarísima, toda esa presión recae sobre mí. Tiene la habilidad de torturarme incluso indirectamente. Resoplo y me levanto como un resorte. Estoy cansada de pensar en él.

No me he alejado más que unos pasos de mi escritorio cuando mi iPhone vibra sobre la gastada madera. Me giro y recojo el teléfono sin prestar demasiada atención hasta que veo el nombre de Ayden y mi cuerpo entra en una especie de suave tensión.

Te recojo a la salida. No hagas planes.

Observo el mensaje sin saber qué contestar. Una parte de mí no puede evitar sonreír como una idiota. ¿Quién en su sano juicio rechazaría a Ayden Morgan? La otra me recuerda, impertinente, que ese mensaje no es una invitación, sino una orden. Y ninguna de las dos puede evitar pensar en lo que me contó Nadine y en la advertencia de Taylor.

Imposible. Tengo mucho trabajo.

Tecleo con rapidez.

La respuesta no se hace esperar.

¿Va a ponérmelo difícil, señorita Harper?

Tuerzo el gesto. ¿Por qué nunca puede tomarme en serio? Si me quedaba alguna duda, su arrogancia acaba de resolvérmela. No quiero verlo.

Jamás me atrevería, señor Morgan, pero la respuesta sigue siendo no.

Dejo el *smartphone* sobre la mesa o, mejor dicho, lo abandono. Camino hasta la estantería y cojo algunas carpetas que el profesor Kenner quiere que revise. Aunque es lo último que quiero, al regresar a mi escritorio, miro mi móvil de reojo. Me resulta extraño que haya aceptado mi decisión tan fácilmente. Cabeceo. Mejor para mí. No quiero verlo.

«¿Cuántas veces tienes que repetírtelo?»

En la media hora siguiente, absolutamente en contra de mi voluntad, miro el iPhone otras tres veces e incluso compruebo que tenga cobertura y la vibración para mensajes entrantes esté activada.

—Mejor así —me repito en un murmuro, pero no resulto muy convincente.

Me concentro en el trabajo y termino el informe para el profesor Kenner. Cuando hago lo mismo con las revisiones de temática que también me había pedido, decido concederme una pequeña recompensa: un Snickers. Cualquier persona en este universo sabe que no hay una chocolatina mejor. Cojo el móvil, pero apenas he dado un par de pasos cuando me doy media vuelta y vuelvo a dejarlo en mi mesa. No quiero verlo.

Se nota que ya han dado las cinco y los pasillos están atestados de profesores y alumnos de

departamento marchándose a casa. Esquivo a un par de personas y al fin llego a la máquina. Resoplo malhumorada cuando veo que está fuera de servicio. Genial, tendré que ir a la de la última planta. Deshago mis pasos camino de los ascensores. No sé por qué estoy de tan mal humor.

«Yo sí.»

Voz de la conciencia, te odio.

Espero un par de segundos impaciente hasta que el elevador se abre y entro con una decena de personas más. Me escabullo hasta el fondo y clavo mi vista en la pequeña pantalla. Un chirriante pitido suena avisando de que las puertas van a cerrarse, pero, justo cuando va a empezar a moverse, una mano lo impide. Resoplo por enésima vez sin molestarme en mirar al culpable de que no esté camino ya de mi chocolatina y me dejo caer contra la pared.

—¿Todavía trabajando, señorita Harper?

10

Su suave acento británico me hace alzar la cabeza y encontrarme frente a frente con sus ojos azul brillante.

Trago saliva y cuadro los hombros instintivamente. ¿Qué hace aquí? Me riño mentalmente. Eso no me importa lo más mínimo.

—Ya te dije que tenía mucho trabajo —respondo sin amilanarme.

—Cierto —replica con un toque de insolencia y muchísima arrogancia.

Da un paso más y se apoya en la pared del ascensor, saliendo de mi campo de visión. No me toca en ningún momento, pero mi cuerpo se hace hiperconsciente del suyo.

—¿Y sabes qué más? —pronuncia a mi espalda.

El ascensor se frena. Un par de personas salen, unas cuantas entran. Ayden aprovecha el movimiento y da un nuevo paso hacia mí. Su pecho roza mi espalda. Mi cuerpo se tensa de pura expectación. No puede ser. ¿Qué les pasa a los cabronazos con los ascensores? ¿Son sus lugares favoritos para acorralar a chicas indefensas?

—¿Qué? —contesto con la vista clavada al frente, tratando de sonar tan distante como finjo ser.

—Que también me has dicho que no —susurra con sus labios casi rozando el lóbulo de mi oreja. Mi respiración se acelera—. Odio que me digan que no, señorita Harper.

Cierro los ojos un segundo, obligándome a concentrarme.

—Ya te he dicho que tenía trabajo —digo y, gracias a Dios, no tartamudeo.

—Tampoco me gusta que me mientan —me advierte.

Alza la mano y, despacio, recorre el camino entre mi muslo y mi cadera, y ese simple gesto, automáticamente, se convierte en una advertencia aún mayor.

—A mí tampoco me gusta que decidan por mí —protesto.

Ayden chasquea la lengua contra el paladar y vuelve a inclinarse sobre mí. Pierde su cara en mi cuello y su aliento me calienta la piel.

Maldita sea. Esto se le da demasiado bien. Me muerdo el labio inferior conteniendo un gemido.

—Pues yo creo que eso te encanta —replica torturador.

Sus palabras me sacuden. Quiero responder, pero su boca sigue contra mi piel, poniéndome las cosas realmente difíciles.

—Yo no soy tu muñequita.

Su mano aprieta mi cadera con fuerza antes de deslizarse por mi estómago y bajar de nuevo hasta mi muslo.

—¿Quieres que pare? —susurra.

Me muerde. Aprieto mi labio con fuerza para contener un gemido. ¡Santo cielo! ¡Ha sido increíble!

—Sí —me obligo a responder.

—No te creo.

Su mano llega al bajo de mi vestido y pasa al otro lado. Me besa, despacio, recorriendo cada centímetro de piel. Me agarro a su brazo casi desesperada y miro a mi alrededor con el corazón retumbándome en los oídos. No puede hacer esto aquí. Estamos rodeados de gente.

—Ayden, para, por favor —prácticamente jadeo.

Pero mi mano sigue en su brazo, pidiéndole más en el más absoluto silencio.

Avanza y se cuela bajo mis bragas. Mi cuerpo está listo para recibirlo. Consigue que no pueda escapar, sintiéndolo, disfrutándolo, volviéndome completamente loca.

—¿Ya no soy el señor Morgan? —inquiere impertinente, recordando uno de mis mensajes.

Agarra mi vello púbico y me da un suave tirón.

Contengo un gemido milagrosamente. No puedo... No podemos hacerlo. ¡Dios!

—Ayden —murmuro en un gemido.

Sus labios están en mi cuello. Me aprieto contra su perfecto cuerpo. Todo a mi alrededor deja de importar. Quiero que me toque, que me bese, que me folle.

—Ayden —susurro de nuevo.

—¿Quieres que pare? —repite sin piedad.

—No —contesto sin dudar, a punto de atravesar el paraíso.

—Pues es una lástima que tengas mucho trabajo.

Tan rápido como pronuncia la frase, se separa de mí y se aleja un paso, colocándose a mi lado otra vez. Yo lo miro aturdida. El ascensor pita indicando que hemos llegado a una nueva planta. Abro la boca dispuesta a decir algo, pero francamente no sé el qué. Ayden sonríe satisfecho con la vista clavada al frente. Las puertas se abren y echa a andar.

No puede ser verdad. ¡No puede ser verdad!

—¡Eres un capullo! —grito enfadada, antes siquiera de poder pensarlo.

Ayden se detiene justo en las puertas del ascensor y la veintena de personas que aún están dentro nos miran sorprendidos, primero a mí y después a él, esperando su reacción. Yo racionalizo lo que acabo de hacer e instintivamente trago saliva. Sin embargo, en vez de pensar en el lío en el que probablemente acabo de meterme, me cruzo de brazos y alzo la barbilla, altanera. Ha venido hasta aquí y me ha provocado para dejarme a las puertas. Se merece cada letra de esa palabra. Pero entonces Ayden, destruyendo todos mis esquemas, rompe a reír. Se gira despacio y se humedece el labio inferior con las últimas carcajadas y la mirada fija en mí.

—Eres jodidamente adorable —dice sincero y sus palabras me calientan por dentro.

Mi cuerpo se relaja hasta descruzar los brazos y una sonrisa se cuela en mis labios.

Se mete las manos en los bolsillos y, tras dar un par de pasos hacia atrás, se gira y se aleja definitivamente con los andares más masculinos y elegantes de todos los tiempos.

Yo cojo aire y me dejo caer en la pared del ascensor.

Dos ascensores. Dos cabronazos. Y la incauta Lillie Harper al borde de la combustión espontánea demasiadas veces. Mi vida no es nada fácil.

Trato de concentrarme en el trabajo, pero es mucho más difícil de lo que parece. Lo que ha pasado en ese ascensor ha sido... ¡¡¡Uau!!! Creo que ni siquiera sé cómo explicar cómo me sentí, cómo me siento ahora mismo. Ayden Morgan se está metiendo bajo mi piel y ni siquiera sé cómo ha sucedido. Recuerdo lo que hablé con Taylor, lo que Nadine me contó, cómo reaccionó él cuando intenté averiguar más. Ayden destila misterio y también peligro, y yo siempre he pensado que las señales de advertencia están por una razón: evitan que te hagan daño.

* * *

Esa noche decido ponerme un vestido bonito y rojo, subirme a unos preciosos tacones de Taylor e ir al Archetype. La excusa es que tengo que seguir investigando para mi proyecto; la realidad es que, después de dos ascensores, necesito una copa.

Entro en el club con una sonrisa en los labios y derrochando una seguridad que no tengo, pero que he aprendido a fingir bastante bien en todo lo referente a la *girlfriend experience*. Es como esos cursos de inglés en mil palabras, sólo que aquí las palabras cambian ligeramente. Lo pienso un instante. Lo cierto es que, en mitad de la revolución sexual que vivimos, quizá en la próxima edición de los libros para aprender inglés en vez de preguntar dónde está la *train station* preguntarán por el *private sex club*. El mundo está cambiando muy de prisa.

—Hola —me saluda la camarera, vestida como siempre de *pin-up*—, ¿qué desea beber?

—Un Fizz.

Ella asiente y comienza a preparar mi cóctel. La canción que suena es muy sexy, muy acorde con cada centímetro cuadrado de este lugar, aunque no logro reconocerla. Miro a mi alrededor buscando a alguien a quien acercarme y poder entablar una conversación; para mi proyecto necesito saber qué los atrae de un lugar como el Archetype, qué es lo que vienen a hacer aquí, a quién esperan conocer.

La camarera me sirve mi copa y, al darle las gracias, me doy cuenta de que un chico muy guapo me está mirando al fondo de la barra. Es alto, con el pelo rubio y unos ojos grandes; no puedo distinguir el color a esta distancia. Me sonríe y yo le devuelvo el gesto. Automáticamente me pongo un poco nerviosa, pero casi de inmediato también recuerdo por qué estoy aquí. Soy una investigadora sociológica en busca de datos. Mata Hari a mi lado es una *mindundi*.

—Buenas noches, señorita Harper.

Aprieto los labios. ¿Por qué tengo que tener tan mala suerte?

Pongo mi pose más displicente, me giro despacio y Ethan Anderson entra en mi campo de visión en todo su esplendor: alto, con un cuerpo de infarto, unos ojos de ensueño y ese pelazo perfectamente casual, como si acabara de echar el polvo de su vida con tres azafatas de American Airlines; de la vida de las chicas, por supuesto.

«¿Quién lo duda?», conviene la voz de mi conciencia.

Encontrármelo aquí cuando llevo evitándolo toda la semana por ser un maldito cabronazo,

arrogante y prepotente es mala suerte; que, además de todo eso, parezca un dios del sexo caído directamente desde el Olimpo es un castigo divino.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto arisca.

—Tomarme una copa —le hace un breve y discreto gesto a la camarera y ella en seguida asiente—, y, al parecer, también cuidar de crías inocentes.

Resoplo molesta. ¿Cuánto ha tardado en volver a llamarme cría?

—Pues creo que no estás haciendo muy bien tu trabajo, porque no veo ninguna por aquí —replico displicente—. A lo mejor se han aburrido de ti y han huido con el primero que les ha dado la oportunidad.

Una sonrisilla se me escapa por mi propia broma.

Chúpate esa, señor fiscal.

Ethan pierde la mirada al frente, sólo un segundo, como si sopesara mis palabras, y despacio, y para mi desgracia amenazador y muy sexy, se inclina sobre mí.

—Ése es el mayor problema con las crías inocentes —dice clavando sus ojos en los míos—, que ni siquiera son conscientes de que lo son.

«Dónde las dan, las toman, Harper.»

Le mantengo la mirada, en parte, porque ahora mismo lo odio y, en parte, porque tiene los ojos más bonitos que he visto jamás, y acabo resoplando de nuevo. Él vuelve a dedicarme su media sonrisa más que encantado y toma el vaso con bourbon que la camarera acaba de dejar frente a él con aproximadamente unos quince segundos de aleteo de pestañas.

No sé por qué, pero eso me enfada un poco más.

—Lárgate —siseo.

—De eso nada —replica sin vacilar. ¿Piensa tomarme en serio alguna vez?—. La que se va a casa eres tú.

—No. Estoy trabajando —sentencio muy digna y alzo la barbilla por si le quedaba alguna duda de que Lillie Harper va en serio.

Esas tres palabras, por un segundo, oscurecen su mirada.

—Hablo en serio, Lillie.

Su voz se agrava y consigue intimidarme. Resulta casi perturbador cómo puede tomar el control de cualquier situación sin ni siquiera necesitar gritar. Sin embargo, tengo claro que estoy aquí por mi proyecto y no voy a rendirme.

—Yo también, Ethan —contesto, y ahora mismo me tiemblan las rodillas—. Vas a tener que buscar a otra cría inocente a la que hacer de niñera esta noche.

Sin esperar respuesta, giro sobre mis Louboutin prestados y echo a andar hacia el otro extremo de la barra. Soy consciente de su mirada taladrándome la nuca y de todas las hormonas de mi cuerpo gritando desesperadas porque vuelva, pero tengo una misión. Además, Ethan Anderson no es para mí. Está empezando a ser ridícula la cantidad de veces que tengo que recordármelo.

Le doy un trago a mi Fizz y echo un vistazo a la barra por encima del cristal. Diviso al chico que me estaba mirando antes, que está hablando con su amigo. «Mírame. Mírame. Mírame», lo llamo telepáticamente, pero no funciona. Estoy tan concentrada que no me doy cuenta de por

dónde voy y doy un traspié. Me atraganto con mi Fizz y comienzo a toser como una loca.

Con todos ustedes, la reina de las patosas del mundo: Lillie Harper.

Dejo la copa sobre la barra y me aliso el vestido. No sé por qué, miro a mi espalda, supongo que para torturarme, cosas de haber ido a un colegio católico, y veo a Ethan sentado en una de las mesas, con otros dos hombres y una impertinente sonrisa en los labios, jugueteando con su vaso bajo de bourbon sobre el brazo del elegantísimo sillón.

Sucio bastardo, se lo está pasando de cine a mi costa.

—¿Estás bien? —me preguntan.

Frunzo el ceño, pero, cuando me giro, no puedo evitar sonreír. Es el chico de la barra. Parece que la que he montado ha servido para algo.

—Parece que sí —responde imitando mi gesto—, pero quería asegurarme.

Me quedo en silencio. No sé qué responder. Había planificado un millón de estrategias para lograr acercarme a alguien, pero, conseguido ese objetivo, me he quedado sin plan.

—Bueno, definitivamente estás bien —añade un poco decepcionado, a punto de darse media vuelta e irse.

¡Va a marcharse! ¡Di algo, idiota!

—Me he atragantado.

¿En serio? ¿No había nada mejor que decir? Cierro los ojos mortificada.

—Sí, ya me había dado cuenta.

Abro los ojos. Sonrío. No se ha largado. ¡Genial!

—Me llamo Michael —dice tendiéndome la mano.

—Marnie —respondo estrechándosela.

—¿Puedo invitarte a otra copa? —pregunta señalando la mía medio vacía.

—¿Vas a correr ese riesgo? —inquiero a mi vez, socarrona.

—No te preocupes —responde divertido—. Sé primeros auxilios.

Los dos sonreímos y él llama a la camarera.

Miro de reojo a Ethan. Sigue en el mismo sitio, en la misma postura, pero tengo la sensación de que todo es diferente. La sonrisa ha desaparecido de sus labios y todo su cuerpo parece haber entrado en tensión. De pronto recuerdo otra vez los documentales del *National Geographic* sobre leones, esta vez preparándose para defender su territorio.

Aparto la mirada y decido concentrarme en las cosas importantes. Reviso mi vestido para cerciorarme de que todo está en orden y me doy cuenta de que la falda tiene una mancha. Debe haber sido antes, cuando mi parte patosa ha entrado en acción.

—Voy un momento al baño —me excuso.

Michael asiente.

—Tu Fizz y yo te esperamos aquí.

Sonrío y echo andar. En el baño me froto la mancha con un poco de agua y la pongo bajo el secamanos unos minutos. Sonrío al verla desaparecer.

—Perfecto —murmuro para mí.

Aprovecho para retocarme el maquillaje y cinco minutos después estoy de vuelta en la sala con la misma sonrisa con la que llegué al club... pero Michael no está. Miro a mi alrededor, al

otro extremo de la barra donde estaba sentado antes, y nada. Extrañada, observo un nuevo Fizz frente a mi taburete. ¿Dónde se ha metido? Es de lo más raro.

—Perdona —llamo a la camarera acercándome un paso más a la barra—, ¿has visto al hombre que estaba sentado conmigo hace unos minutos?

Ella asiente.

—Se ha marchado —me explica—. Ha debido de ser algo urgente, parecía tener prisa.

Hundo los hombros, decepcionada. ¿En serio? Michael era un candidato perfecto para mi estudio. Podríamos haber charlado y seguro que podría haber obtenido muchísima información.

Me siento en uno de los taburetes algo desanimada y recupero mi cóctel. A mi espalda, una sonrisita de boba enamorada roba mi atención. Me giro y veo a una mujer despampanante, con unas piernas de infarto y un vestido de la colección de este año de Stella McCartney, de pie frente a Ethan, mirándolo absolutamente entregada. Aunque él no le dirige una mísera palabra y ni siquiera la mira, no parece estar pasando el peor rato de su vida precisamente. Frunzo los labios y me vuelvo todavía más malhumorada. Esto ha sido la guinda del pastel.

Le doy un sorbo a mi copa y me esfuerzo sobremanera en fingir que ni siquiera comparto continente con el fiscal general. No sé por qué no me marcho. Aún estoy a tiempo de secuestrar a Taylor e irnos de copas y quizá a bailar. Sonrío. Me gusta ese plan.

Me bajo del taburete, pero otra vez ni siquiera miro cómo y me choco con un imponente traje a medida.

—Lo siento —balbuceo separándome.

Soy lo peor. Soy lo peor. Soy lo peor.

—No te preocupes.

No parece enfadado y eso me anima a alzar la cabeza.

—Me llamo Vincent —me saluda con una sonrisa.

Yo le devuelvo el gesto. Parece que hoy va a ser mi día de suerte.

—Marnie.

—¿Puedo invitarte a una copa, Marnie?

Niego con la cabeza, pero no me doy cuenta de que le estoy mandando un mensaje completamente opuesto al que quiero, hasta que tuerce el gesto.

—Lo siento, entonces. No quería incomodarte.

¡Por el amor de Dios, reacciona!

—No, espera —lo llamo dando un paso hacia él—. Ya tengo una copa, por eso he dicho que no, pero, si quieres, podemos charlar un rato.

Vincent vuelve a sonreír.

—Me encantaría —responde.

Aparta caballeroso uno de los taburetes de la barra y nos acomodamos. Miro de reojo a Ethan y tengo que hacer auténticos malabarismos para no sonreír. Sus ojos están clavados en mí. La mujer continúa hablando, sonriendo, tratando de resultarle interesante, pero él sigue sin hacerle el más mínimo caso y algo dentro de mí brilla con tanta fuerza que podría iluminar todo el club. Ella parece un ángel de Victoria’s Secret y, sin embargo, él me está mirando a mí, a la poquita cosa.

—¿De dónde eres? —pregunta Vincent sacándome de mi ensoñación.

—Soy de Monticello, Indiana, pero llevo seis años viviendo en Nueva York.

—Manhattan es un sitio increíble —replica sin asomo de dudas.

Mi sonrisa se ensancha.

—Humm... esa afirmación y cómo se te ha iluminado la mirada me hacen pensar que tú también eres de fuera, de... ¿Nebraska? —inquiero con el nombre del primer estado del medio oeste que se me ocurre

—No —responde con una sonrisa.

—¿Iowa?

Vincent entorna los ojos divertido.

—Por muy poco.

—¿Minnesota?

—Saint Vincent —sentencia orgulloso.

Lo pienso un instante.

—Así que: Vincent de Saint Vincent —comento divertida.

Asiente y finge sopesarlo.

—Definitivamente es un nombre con mucha clase, ¿no crees?

Yo frunzo el ceño tratando de contener una sonrisa, pero, tras unos segundos, no puedo más y acabo sonriendo abiertamente.

—¿Sabes? La próxima vez que vaya por allí, no pienso perderme Saint Vincent.

—No deberías.

Me guiña un ojo y yo vuelvo a sonreír.

Abro la boca dispuesta a seguir hablando, pero unas suaves pisadas, esas que dejan unos carísimos zapatos italianos y mucha arrogancia, me distraen. Vincent se vuelve y su mirada cambia por completo al cruzarse con la de él. Ethan no dice nada, sabe que no lo necesita.

—Señor Anderson —lo saluda Vincent solícito—, ¿en qué puedo ayudarlo?

Ethan le dedica su media sonrisa sin perder un solo segundo su expresión de perdonavidas.

—Vino a mi despacho hace una semana —comenta sin ninguna intención de dejar de sonar presuntuoso, ni siquiera mínimamente amable.

Una lucecita se enciende en el fondo de mi cerebro.

Vincent se baja del taburete y asiente, encantando con la escasa atención que Ethan le está prestando.

—Necesitamos que la fiscalía dé luz verde a un cambio en la ley estatal sobre la reorganización de subvenciones federales en bioquímica elevada —le explica mi acompañante —. Es un anexo a la ley...

—7463/27 del 2 de mayo de 1989 —lo interrumpe.

Ahora tengo que sumar admiración a la manera en la que Vincent está mirando a Ethan. No lo culpo. Es la persona más inteligente y tenaz que he conocido jamás y sabe cómo usarlo a la perfección para que juegue a su favor.

—He adelantado a mañana a primera hora una reunión con el concejal de Política Ambiental y el vicesecretario de la Comisión Federal para I+D+I, y había pensado debatir su propuesta.

La lucecita se hace más y más intensa.

—Eso sería genial.

—Necesito un estudio pormenorizado de los cambios solicitados, las líneas a seguir y un boceto de la nueva propuesta de documento de ley.

—¿Para mañana? —pregunta Vincent con cara de susto.

—Para mañana —responde inmisericorde.

Vincent saca su móvil del bolsillo interior de su chaqueta y comienza a murmurar nombres y secciones del informe, organizándose a toda velocidad.

—Señor Anderson, podríamos presentar un primer estudio con las principales líneas de trabajo...

—Lo quiero todo —vuelve a interrumpirlo mientras sus ojos azul oscuro pasan de los de Vincent a los míos.

Y la lucecita se transforma en una alarma en toda regla. ¡Maldito cabronazo! ¡Sólo está haciendo esto para asegurarse de que Vincent se marche!

—No lo dude, señor Anderson, lo tendrá.

Vincent gira sobre sus pasos dispuesto a marcharse. Yo me bajo de un salto del taburete.

—¿Ya te vas? —pregunto.

—Lo siento, Marnie.

Ethan sonríe encantado a su espalda. No había estado tan enfadada en toda mi vida.

—Me hubiese encantado charlar contigo —trato de hacerlo cambiar de opinión.

La mirada de Ethan se recrudece sobre mí. Me alegro. Quiero cabrearlo tanto como lo estoy yo.

—Y a mí, Marnie. Lo siento.

Abro la boca dispuesta a decir algo más, pero ni siquiera tengo opción y Vincent de Saint Vincent se marcha con el paso ligero y la mirada concentrada en su móvil. En cuanto nos quedamos solos, Ethan, con las manos metidas en los bolsillos, me dedica su sonrisa más arrogante y suelta un suspiro de satisfacción y cero remordimientos justo antes de girar sobre sus pasos para volver a su mesa.

—¿Por qué has tenido que hacerlo? —me quejo enfadada.

Ethan se detiene y se vuelve despacio.

—Sólo estaba trabajando —responde displicente.

—¿De verdad tienes esa reunión mañana?

—Supongo que ahora sí —sentencia como si no tuviera la más mínima importancia.

De pronto lo entiendo todo. También fue él quien se libró de Michael cuando estaba en el baño. ¡Quiero estrangularlo!

—No tenías ningún derecho —protesto.

—Vete a casa, Lillie —me ordena.

No me movería de aquí aunque el maldito club estuviese en llamas.

—De eso nada —lo desafío dedicándole mi peor mirada.

—Uau —exclama burlón, disfrutando de cada letra—, eso ha sido muy intimidante.

¡No lo soporto!

—Ni siquiera entiendo por qué te deshaces de cualquier chico que se me acerque cuando tú estás en una mesa con esa mujer —replico furiosa.

—Estás celosa —afirma con la misma sonrisa impertinente—. Eres una monada.

¿Quién se cree que es? Doy un pisotón en el suelo absolutamente exasperada. No sé cómo lo hace, pero consigue que la sangre me hierva. ¡No me importa lo más mínimo con quién esté!

«Eso...»

Eso no es asunto tuyo, voz de la conciencia. No te metas.

—Hay una veintena más de hombres en esta sala —pronuncio malhumorada pero luchando para que se traduzca en un elegante desdén de mala de novela romántica. No tengo claro que lo consiga—, por no hablar de las habitaciones privadas. Quizá me pase por allí.

Como pasó antes, mis palabras cambian su mirada en décimas de segundo. Por dentro sonrío victoriosa. Si quieres jugar, yo también sé hacerlo.

—Ya sabes, para ahorrarme otro de tus numeritos —sentencio.

Ocho palabras, treinta y ocho letras y un pistoletazo de salida. Ethan da el último paso que nos separa, se inclina sobre mí, me carga sobre su hombro y comienza a andar hacia la puerta principal.

—¡Bájame! —chillo.

Lo golpeo, pataleo, pero todo es completamente inútil.

—Ethan.

Me revuelvo tratando de zafarme.

—¡Bájame, maldito neandertal! —grito por enésima vez.

Salimos a la calle. La temperatura perfecta del Archetype cambia por el calor de finales de mayo en Manhattan y la suave brisa del East River.

Ethan me deja en el suelo sin ninguna amabilidad.

—¿Quién te crees que eres? —protesto en un chillido, cerrando los puños con rabia junto a mis costados—. ¡No tienes ningún derecho!

—Martin, no quiero que vuelva a entrar —ordena al aire, ignorándome por completo—. Llévala a casa.

¿A quién le está hablando? Me giro confusa y veo a un hombre alto y fuerte con un impecable traje negro detenerse tras de mí. ¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

Asiente imperceptiblemente, acatando así la orden de Ethan, y yo me vuelvo de nuevo hacia el fiscal, justo a tiempo de ver cómo se gira para regresar al club. No sé quién es ese tipo, pero no me importa absolutamente nada. Estoy escandalizada, indignada y ¡muy cabreada!

—¡No voy a hacer lo que me digas! —defiendo mi postura.

Ethan se vuelve de nuevo y da un peligroso paso hacia mí. Esa aura intimidante, mezclada con todo su atractivo, reluce con una fuerza cegadora, y su mirada atrapa la mía sin contemplaciones.

Trago saliva inconscientemente y una tensión suave y sexy comienza a apoderarse de cada uno de mis músculos.

Lillie Harper, patosa, bocazas y a punto de caer en los brazos de la maldad personificada.

—Sí, sí vas a hacerlo, Lillie —sentencia con la voz amenazadoramente suave.

Y en contra de mi voluntad, algo dentro de mí capta el mensaje y todo mi cuerpo se relame como si viviese para complacer sus deseos y no lo hubiese descubierto hasta ahora.

Maldito cuerpo, descerebrado y kamikaze, sólo sabe meterme en problemas.

—Te odio —siseo manteniéndole la mirada.

—¿Y eso debería preocuparme por...? —me invita a continuar lleno de arrogancia.

¡Maldita sea! Quiero decir algo, pero estoy tan cabreada que ni siquiera soy capaz de poner en palabras las ganas que tengo de que un tsunami emerja del East River y se lo lleve bahía arriba.

Ethan me dedica su media sonrisa, como si supiese exactamente en lo que estoy pensando, y se inclina suavemente sobre mí, con las manos metidas en los bolsillos.

—Suerte lidiando con ese enfado, nena —replica presuntuoso, disfrutando de cada letra que pronuncia.

Sin esperar respuesta por mi parte, gira sobre sus pies y vuelve al club.

¡Lo odio! ¡Lo odio! ¡Lo odio!

—¡No vuelvas a llamarme nena! —vocifero furiosa.

Ethan se gira, la misma media sonrisa sigue en sus labios, sólo que ahora «no finjas, sé que estás encantada» es el engreído mensaje que envía. Me observa durante un par de segundos, empuja la puerta con el hombro y entra definitivamente.

¡Maldita sea! Pataleo de pura rabia y resoplo. ¿Cómo puede ser tan... tan...? ¡Ni siquiera hay una palabra para definirlo! Resoplo por enésima vez y giro sobre mis tacones, enfadadísima, dispuesta a caminar hasta la Primera Avenida y pedir un taxi.

—Señorita Harper —me llaman de forma profesional a mi espalda.

Frunzo el ceño y tan rápido como me giro recuerdo al hombre enchaquetado... Martin. Me observa mientras mantiene abierta la puerta de un increíble sedán negro, un Lexus último modelo. Yo lo observo a él. No tiene pinta de chófer, más bien parece exmiembro de las fuerzas especiales o algo por el estilo.

—No voy a entrar —lo informo.

—El señor Anderson me ha pedido que la lleve a casa —responde con la mezcla perfecta de neutralidad, deber y amabilidad.

—Prefiero ir andando.

No pienso complacer a Ethan absolutamente en nada.

—En tal caso, la acompañaré —replica cerrando la puerta del coche y dando un paso hacia mí.

Tiene que estar bromeando. Sonrío a modo de despedida y empiezo a andar, pero no tardo en darme cuenta de que efectivamente me sigue. Me detengo en seco y me giro impaciente. ¿Es que nadie, nunca, piensa tomarme en serio?

—Vivo junto al campus de Columbia —trato de hacerle entender—. Son más de cincuenta manzanas.

Él no dice nada y yo me doy cuenta de que no tengo ninguna posibilidad de ganar esta batalla.

—Vas a acompañarme igual, ¿verdad? —pregunto resignada.

—Me temo que sí, señorita Harper.

Suelto un profundo suspiro y regreso hasta el Lexus. Mi plan del taxi acaba de esfumarse. Martin se adelanta y me abre la puerta, y yo me acomodo en el asiento trasero.

Nos incorporamos al tráfico en cuestión de segundos y una canción de Of Monsters and Men, *Dirty Paws*,[5] comienza a sonar. Involuntariamente sonrío, me encanta esta canción. Me pregunto si también le gusta a Ethan y por eso suena en el coche.

—Martin, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, señorita Harper.

—¿Eres el chófer del señor Anderson?

—Soy el encargado de su seguridad.

Ja. Sabía que no era únicamente su conductor. Era imposible que lo fuera con ese aspecto.

El tráfico se porta bien y llegamos al campus de Columbia relativamente temprano. Martin esquiva un par de coches que se han detenido y el Lexus se desliza elegante por la esquina de Amsterdam Avenue con la 115.

Pensé que el camino y el poder pensar un rato me calmarían, pero sigo tan enfadada como cuando Ethan me sacó en volandas del Archetype. ¡Es un cavernícola!

«Y cuánto te gusta.»

Oh, por Dios, cállate.

—¿Puedes esperar un segundo? —le pido a Martin al bajarme del vehículo.

—Claro, señorita Harper —responde junto a la puerta que acaba de abrirme y cerrar a mi espalda.

Subo decidida hasta mi apartamento, lo cruzo como una exhalación y cojo el vestido de Chanel. Es precioso y lo adoro, pero no voy a darle la satisfacción de quedármelo.

Salgo de mi edificio veloz y, ante la atónita mirada de Martin, que continúa de pie junto al vehículo, lanzo el vestido por la ventanilla trasera. La gasa aguamarina se desperdiga por todos lados y tengo que meterla, empujando y recogiendo la tela con las dos manos hasta que todo el vestido queda dentro. Ha sido como meter un merengue por el ojo de una aguja.

—Para el señor Anderson —sentencio—, con mis mejores deseos.

Regreso a mi apartamento igual de enfadada, pero más satisfecha. Esta batalla la he ganado yo.

A la mañana siguiente me doy una larga ducha cantando los éxitos de Taylor Swift a pleno pulmón. Me preparo tortitas para desayunar y me pinto los labios de rojo. Cuando lo hago, no puedo evitar sonreír cada vez que me miro en cualquier espejo. Es el tono de labios más divertido del mundo.

Recojo las carpetas, me cuelgo mi bolso, abro la puerta de mi apartamento y...

—Maldita sea —gruño.

El vestido de Chanel está perfectamente colgado de una percha sujeto a unos salientes de la pared, justo frente a mi puerta. Malhumorada, doy un paso hacia él y veo una nota enganchada a la tela con un pequeño alfiler:

Todo tuyo, nena.

Aprieto los labios. Genial, ya es capaz de reírse de mí hasta sin estar presente. Estoy absolutamente segura de que sólo ha escrito esa nota para hacerme enfadar y ese «nena» es la mejor prueba de ello.

Lo descuelgo y lo dejo con cuidado sobre mi sillón. La victoria me ha durado poco, pero las cosas no se quedarán así. Justo antes de cerrar la puerta de mi apartamento y marcharme definitivamente, miro el vestido y no puedo evitar sonreír, es precioso, pero esa sensación también dura poco. Ethan Anderson, te odio.

* * *

Tomo impulso y hago girar la silla trescientos sesenta grados. El profesor Kenner se ha marchado a una reunión con la profesora Ankiyemi y se ha llevado a Stuart como asistente. El resto está dando clases o en sus respectivos despachos, así que tengo la sala principal del departamento de sociología sólo para mí.

He decidido trabajar, trabajar y trabajar. Se acabó el darle vueltas a lo que pasó en el Archetype o en el ascensor, en cualquiera de los dos, así que se acabó pensar en Ayden Morgan o en Ethan Anderson. Tengo un proyecto, un estudio de impacto y una entrevista muy importante por delante. Eso es en lo único en lo que voy a concentrarme.

A pesar de que la fiscalía elaboró unos informes muy detallados sobre Anthony Prescott, decido probar suerte en el buscador de la intranet del departamento de sociología. Quizá hayan pasado algún detalle por alto. Además, Ethan parecía muy interesado en este caso en concreto en la reunión. No se me olvida cómo defendió Alphabet City delante del subsecretario de Vivienda.

Tecleo Anthony Prescott y pulso «Enter». La información que encuentro no es nada extraordinaria. Empresario, cuarenta y tres años, poco más. Amplío el rango de búsqueda a todos los departamentos de la universidad. Licenciado en Empresariales por la universidad de Yale. Notas normales. Ningún artículo publicado. Forma parte del Círculo de Empresarios de Nueva York desde 2006. Su empresa, Prescott Corporated, básicamente se dedica a comprar edificios en Manhattan, derruirlos y construir complejos de oficinas que vende a través de sus propias inmobiliarias.

Suspiro. Todo eso ya lo sabía. No hay nada raro. Pero aún sigue sin darme buena espina. Todavía recuerdo cómo se marchó de la fiscalía aquella mañana. No sé qué es, pero hay algo en ese tipo que no me gusta. De pronto mi cerebro hace una asociación de ideas.

—Hablando de personas que creo que esconden algo —murmuro mientras tecleo Nadine Barnett.

El potente buscador repasa decenas de archivos en décimas de segundo. Técnicamente estoy malversando recursos de la universidad, pero es por una buena causa. Esa mujer no es trigo limpio. Estoy segura.

Menos de un minuto después, tuerzo el gesto. No hay nada. Debí imaginarlo. Sólo con su nombre, sin ningún dato de apoyo con el que filtrar la búsqueda, no iba a encontrar nada. Necesito alguna información más, por ejemplo, su edad. Cabeceo. Las mujeres como ella no le

cuentan su edad a nadie. Su lugar de nacimiento. Lo pienso un instante. Quizá Taylor lo sepa. Rescato mi móvil de la mesa y le mando un whatsapp.

Teniente Dillon, la soldado Harper solicita información.

La respuesta no se hace esperar.

Dispare, soldado.

Sonrío.

¿Sabes dónde nació Nadine Barnett?

La aplicación me avisa de que Taylor está escribiendo, pero, apenas un segundo después, el aviso desaparece, como si hubiera recapacitado sobre lo que ha escrito y lo hubiese borrado.

¿Por qué quieres saberlo?

No la veo, pero estoy segura de que está dedicándome su expresión más perspicaz. Miro al frente tratando de buscar la respuesta más apropiada.

Trabajo.

Escueta y técnicamente no es una mentira. Estoy más nerviosa de lo que creía y me muerdo el labio inferior esperando su contestación. Cuando el móvil se ilumina, rápidamente desbloqueo la pantalla y nuestra línea de mensajes se abre.

No sé dónde nació. Lo único que puedo decirte es que una vez la oí llamar a su ciudad «ese remanso de cortesanos de los Windsor al suroeste de Inglaterra».

No puede ser.

Releo el mensaje dos veces más por si me hubiese equivocado. No lo he hecho. Son las mismas palabras que utilizó Ayden. Es imposible que una descripción tan concreta pueda atender a dos ciudades diferentes.

Me despido de Taylor y, de prisa, vuelvo a centrarme en el ordenador. Sin embargo, ya con los dedos encima del teclado, me doy cuenta de que en realidad esa descripción no me ha dado el nombre de la ciudad. Sigo sin tener nada. Tuerzo el gesto por tercera vez. Decido probar algo menos técnico, pero, probablemente, mucho más efectivo. Abro Google y busco su nombre. Los primeros cuatro resultados son perfiles de Facebook de otras personas y un canal de YouTube, pero el quinto quizá me sirva. Cliqueo y el servidor me dirige a la página de Tzm, una de las webs de cotilleos por excelencia. En el centro está la foto de una chica embarazada. Debe de

tener más o menos mi edad. Con el pelo rubio y largo. Aunque va muy abrigada y es menuda, se le nota la tripa. Camina junto a un chico vestido de manera casual como ella y otro más mayor y trajeado. Bajo la foto, sólo un titular: «¿De quién es el hijo de Fiona Barnett?».

Inmediatamente pongo el nuevo nombre en Google, y también en el buscador de la facultad. No hay nada. Decido probar suerte emparejando nombres: Nadine y Ayden. Ayden y esa tal Fiona. No obtengo ningún resultado.

Me llevo el pulgar a los labios y lo muerdo suavemente. ¿Quién será esa chica? ¿Y qué tiene que ver con Nadine? ¿Es su madre, su hermana? Y ya no queda ninguna duda de que Nadine conoce a Ayden. Por eso me habló con tanta seguridad de su pasado en Inglaterra, pero, si realmente fue un escándalo de la alta sociedad como dijo, ¿por qué no hay un mísero artículo en toda la Red?

* * *

De regreso en mi apartamento, vuelvo a prepararme para ir al Archetype. Sigo necesitando información y esta vez no pienso permitir que ningún fiscal increíblemente atractivo me lo impida.

—Buenas noches —saludo, sin detenerme, al portero vestido como siempre con un impecable traje negro de Hugo Boss.

Él se inclina en un austero movimiento y me abre la puerta del local, a la vez que mueve la cabeza lo estrictamente necesario para que se considere un saludo. Estoy nerviosa, pero son unas cosquillas burbujeantes de pura expectación. El Archetype tiene ese efecto en mí.

Cuando las puertas se abren y el club aparece frente a mí, mi respiración se acelera suavemente. Es un sitio diferente, único, especial. El lugar más sensual sobre la faz de la tierra.

Atravieso la sala principal con el paso decidido. Se acabaron las cosas a medias. Quiero información y sé dónde puedo encontrarla. Agarro el pomo de la puerta con una seguridad que no siento, pero que disimulo bastante bien. Me recibe la canción *Not afraid anymore*,[6] de Halsey. Accedo a un entramado de pasillos iluminados con luces tenues jugando con la penumbra, con todo lo que puede pasar donde la luz no llega. La canción se mete en mis oídos, en todo mi cuerpo.

Me cruzo con varias personas, pero ellas no reparan en mí. Sigo avanzando. Las puertas empiezan a aparecer a mi derecha. Cada una de ellas está custodiada por una mujer con un precioso conjunto de lencería negra, un elegante antifaz del mismo color y una peluca morena cortada a la altura de la barbilla. Recuerdo las palabras de Ayden. Las personas vienen aquí para hacer realidad todas sus fantasías, así que detrás de cada una de estas puertas debe de esconderse algo diferente. Mi imaginación vuela libre y, antes de que pueda controlarlo, imagino salas de BDSM con fustas sexys de cuero negro, imagino a un chico alto y guapo con unos vaqueros, imagino a una chica a su entera disposición diciéndole con la mirada que le pertenece; imagino salas llenas de camas redondas, de gente besándose completamente desinhibida...

Me acerco a la primera puerta. El corazón me retumba con fuerza contra el pecho. Alzo la mano para alcanzar el picaporte.

—Me temo que no puede pasar —me interrumpe la mujer.

Pestañeo confusa. Eso no me lo esperaba. Supongo que será algún tipo de fiesta privada. Me alejo algo aturdida y sigo caminando. Llego a la siguiente puerta. La chica sonríe. Casi he tocado el pomo.

—Me temo que no puede pasar —repite.

La miro sin entender nada. Vuelvo a alejarme. Empiezo a pensar que mi imaginación ha corrido demasiado y me he hecho una idea equivocada.

Sigo avanzando. La tercera puerta. Otra mujer.

—Me temo que no puede pasar.

No logro comprenderlo.

Llego por inercia a la cuarta puerta. Otra mujer. Me preparo para escuchar un no y regresar a casa. La canción sigue sonando.

—Bienvenida, señorita Harper.

Sonríe. ¿Cómo sabe quién soy?

—¿Cómo...?

—Disfrute —me interrumpe abriendo la puerta y echándose a un lado, saboreando esa única palabra.

Podría seguir preguntando, pero la curiosidad por saber lo que me espera al otro lado gana la partida y entro con el paso tímido. Halsey sigue cantando a pleno pulmón que ya no tiene miedo. Hoy, yo tampoco.

La sala está casi en penumbra, tenuemente alumbrada por la luz que deja pasar la puerta que aún no se ha cerrado a mi espalda. Inmediatamente distingo una maravillosa cama. Es preciosa. Toda la estructura está rodeada por un suave acolchado que forma insinuantes salientes donde poder apoyarse, una suerte de olas de tapizado Chesterfield que suben y bajan sensuales. Es la cama más grande que he visto jamás y todo, desde la estructura hasta las elegantes sábanas que la envuelven, es de unos suaves y evocadores colores tierra.

Sobre el mueble, decenas de diminutas lucecitas van cubriendo la pared. Apenas alumbran. Son suaves, ligeras... como en aquella fiesta en el New York Palace Hotel.

—¿Te gusta lo que ves?

11

Su voz me hace dar un suave respingo, pero la reconozco al instante. Me giro despacio y un suspiro se escapa de mis labios al ver a Ayden, tan misterioso e increíblemente guapo como siempre, bajo el marco de la puerta de esta habitación diseñada para todo tipo de pecados.

Da un paso adelante y, con ese simple gesto, parece dominar toda la estancia. Cierra la puerta a su espalda y la oscuridad nos envuelve. Mi respiración se acelera. Esta estancia parece hecha a su medida y eso es una muy mala noticia para mí.

—Todo lo que ves aquí —dice cubriendo la distancia que nos separa— está preparado para cumplir cada una de tus fantasías, Marnie.

Una punzada de pura excitación atraviesa mi vientre cuando pronuncia mi nombre. No me importa que no sea el real y casi lo prefiero. Sólo soy Marnie para él y, sin ni siquiera saber por qué, me gusta.

Alza la mano y lentamente acaricia mi antebrazo con la punta de los dedos, despacio, muy despacio, consiguiendo que mi piel se estremezca.

—¿Estás preparada?

Trago saliva. Asiento.

—Sí —murmuro para reafirmarme.

—¿Y cuáles son tus fantasías?

Quiero pensar, darle una respuesta que lo deje con la boca abierta, pero mi cerebro se niega a colaborar.

—No lo sé —me sincero.

Automáticamente me muerdo el labio inferior, nerviosa. Ahora entendería que volviese a llamarme cría. Ayden sonríe sensual, haciendo ese peligro y ese atractivo que lo rodean aún más latentes. Levanta de nuevo la mano y me toma de la barbilla. Tira con suavidad y me obliga a liberar mi labio.

—No te preocupes —sentencia—. Ya las descubriremos.

Se inclina sobre la cama y coge algo, aunque no puedo ver el qué. Lo conserva entre sus manos y, tras apenas un segundo, la pared frente a nosotros se ilumina dejando ver primero el cristal del que está fabricada y después un escenario redondo, donde cuatro mujeres vestidas como las de las puertas, con lencería negra y antifaces del mismo color, bailan al ritmo del *Love me harder*,[7]de Ariana Grande y The Weeknd, que rápidamente toma la habitación. Todo es muy sensual y sexy a la vez y el ambiente, perfilado con la idea de que «todo lo que desees

puede hacerse realidad», sube un escalón más.

La puerta vuelve a sonar. Nerviosa, pero con la desesperada necesidad de hacerlo, como si mi cuerpo ya supiese lo que se va a encontrar y me suplicase desbocado que lo hiciese, llevo mi mirada hasta la salida y lo que encuentro me coloca un poco más al borde del abismo. Ethan está apoyado en la madera, más sexy, más atractivo y también más distante que nunca. Con las manos a la espalda, recordándome sin palabras lo que ya me dijo en su despacho: no va a tocarme hasta que me lo gane, aunque me muera de ganas, y esa muestra perfecta de control me hace querer saltar al vacío, desear estar justo aquí, justo ahora, porque, para mí, ahí fuera, ya no existe nada más.

Ayden me rodea a paso lento, llevándose toda mi atención. Me vuelvo para seguirlo con la mirada como la serpiente que obedece a su encantador. Alza la mano y me aparta suavemente un mechón de pelo de la nuca. El gesto me desarma y de inmediato me giro de nuevo hacia él.

—Eres muy receptiva —susurra con una voz absolutamente adictiva—. Eso va a hacerlo todo mucho más divertido.

Me mira a los ojos con los suyos azul brillante hasta asegurarse de que para mí sólo existe él y, cuando sabe que lo ha conseguido, sonríe satisfecho.

Debería marcharme, pero no quiero... y creo que no lo hago sólo por el proyecto.

—Siéntate en la cama —me pide haciéndolo él.

Deseo hacerlo, pero mi cuerpo duda y esa indecisión me mantiene con los pies clavados en el suelo. Él apoya las palmas de las manos en el colchón y se echa hacia atrás. La invitación crece, la excitación, la provocación y el desafío también, pero no soy capaz de moverme, no puedo.

En ese preciso instante Ethan se incorpora y camina con el paso decidido hasta detenerse frente a mí. Suspiro sobrepasada mientras no puedo hacer otra cosa que verlo acercarse, dominarme, desearlo.

—Obedece —me ordena en un susurro.

Su voz ronca y cálida al mismo tiempo me atraviesa por dentro. Me siento en el borde de la cama sin que me libere de su mirada. Ethan da un paso y vuelve a quedar frente a mí. Sus ojos siguen sobre los míos. Mi respiración se acelera aún más, caótica. La música suena más fuerte. Lentamente se quita la chaqueta, dejando su impecable camisa blanca al descubierto. Lo hace con parsimonia, despacio, hasta tirarla al suelo. Sólo se ha deshecho de una prenda y ha sido como si diez modelos internacionales se quedaran completamente desnudos. Es indomable y la sensación resulta casi perturbadora.

Apoya las manos a ambos lados de mis caderas y se inclina sobre mí.

—Túmbate —me ordena Ayden, llamándome seductor desde el otro lado de la cama.

Obedezco, quiero ir a donde esté, donde quiera llevarme. Soy Ícaro y estoy volando hacia el sol.

Tan pronto como me tumbo, me encuentro entre los dos. Un par de manos flanquean mi cabeza y otro par mis caderas, y los dos me dominan desde arriba.

Nunca había estado tan excitada.

—No hagas un solo ruido —me advierte Ethan.

Asiento embargada de una nube de placer. No soy capaz de articular palabra.

—Alza las manos y junta las muñecas —ruge Ayden.

Despacio, muevo las manos y las dejo sobre el colchón. Contengo un suspiro cuando el pulgar de Ayden acaricia suavemente el interior de mi muñeca, como si en mitad de este huracán él fuese suficiente motivo como para dejarme llevar. Levanto la mirada y la suya me está esperando oscurecida, azul, hambrienta de deseo.

Saca una cuerda roja de debajo del extremo de una de las almohadas y todo mi cuerpo se tensa un poco más. Una parte de mí quiere salir corriendo sin mirar atrás, la otra está disfrutando como nunca y yo, poco a poco, voy moviéndome en la deliciosa ambigüedad de no saber si está bien o mal y desearlo con todas mis fuerzas.

La cuerda roza mis muñecas. Me duele y me gusta a la vez. Ayden tira. El nudo corre, me aprisiona. Cierro los ojos conteniendo mi cuerpo y, más aún, todos mis gemidos.

Cuando vuelvo a abrirlos, los de Ethan me están esperando.

—Buena chica —susurra con una voz hecha de pura fantasía erótica.

Toda la expectación crece y la sensación de estar perdida entre los dos se multiplica por mil.

—La mejor manera de averiguar qué es lo que deseas —me dice Ayden con una canalla sonrisa en los labios, mostrándome un pequeño mando metálico y brillante— es empezar a fantasear.

Pulsa un botón y las paredes laterales de la habitación se transforman también en cristal. Al otro lado, las escenas más sensuales ocurren al ritmo de la música. La misma canción que se repite en bucle una y otra vez. A mi derecha, una mujer negra cabalga sobre la cintura de un hombre que la agarra con fuerza y posesión de las caderas mientras otra, delgada y rubia, está de rodillas sobre la boca de él, derritiéndose de placer. Cierro los ojos tratando de digerir la situación, todo el placer que me están provocando sin ni siquiera tocarme, sólo teniéndome a su completa disposición.

Noto sus labios casi rozando el lóbulo de mi oreja. Mi cuerpo se incendia.

—No quiero que dejes de mirar —me ordena Ethan con la voz grave.

Abro inmediatamente los ojos, sin pesar, y vuelan a las manos del hombre en las caderas de la mujer, como si, la posesión con la que Ayden y Ethan me demuestran que ahora mismo les pertenezco, se tradujera en ese gesto, en las veces en las que sus manos han estado en esa parte de mi cuerpo.

Ayden me dedica su media sonrisa, creo que es porque, como siempre, ha sido capaz de leer en mí y sabe exactamente en lo que estoy pensando, y dirige su mirada hacia la izquierda, ordenándome en silencio que haga lo mismo.

Al otro lado del cristal, una mujer vestida sólo con unas tiras negras que se cruzan sobre sus pechos y su cintura se masturba encima de una elaborada mesa de madera. Un hombre la observa apoyado en la pared con una fusta negra en la mano. La aprieta con fuerza cada vez que ella acelera el ritmo de sus dedos sin levantar los ojos de su cara. Sólo cuando se retuerce de placer, él camina hasta ella. Sujeta la fusta entre los dientes y se desabrocha despacio cada botón de sus pantalones. En el preciso instante en el que ella alcanza un poderoso orgasmo, él la embiste con fuerza, duro, y el cuerpo de la chica se estremece hasta comenzar a temblar mientras no puede dejar de gritar con la sonrisa más auténtica que he visto jamás. Él se inclina sobre ella, deja la

fusta en la boca de la mujer con la suya y sigue moviéndose cada vez más rápido, más fuerte, sin piedad.

Un segundo orgasmo la sacude y todo mi cuerpo vibra con el de ella como si el placer hubiese traspasado el cristal y me arrollase por dentro.

—Definitivamente te gusta lo que ves, ¿verdad, Marnie? —susurra Ayden.

Quiero decir algo, asentir, pero soy incapaz. En ese momento Ethan vuelve a atrapar mi mirada y sonríe. Tras el gesto, alza la cabeza y sus ojos azul oscuro se encuentran con otros más brillantes. Su sonrisa se transforma en una más dura y también más sexy y eso es lo último que veo antes de que Ayden me cubra los ojos con un suave antifaz.

A partir de este instante todo se vuelve enloquecedor.

Ethan y Ayden se reparten mi cuerpo. Sus caricias son certeras, pero nunca se prolongan en el tiempo. Sus labios me calientan, pero jamás besan mi piel. No me desnudan. No lo hacen ellos. Pero se encargan de que sienta más placer y excitación en cada centímetro cuadrado de mi cuerpo que en toda mi vida. Tengo la sensación de que la canción suena cada vez más alto. La letra pidiendo que la amen más y más duro se mezcla con los sonidos amortiguados que me llegan desde las habitaciones contiguas. Gemidos y gruñidos que se vuelven míos cada vez que siento sus manos, cada vez que las recuerdo en mis caderas, las de aquel hombre en otras caderas más tostadas, la fusta, la boca de Ethan susurrando «nena» en mi oído, los dedos de Ayden por todo mi cuerpo, los dedos de la mujer perdiéndose en su húmedo sexo, las caderas de él perdiéndose en las de ella... la cuerda roja... mis muñecas...

La música advirtiéndome de que, cuando gima, sabré que es real.

Grito. Todo mi cuerpo se arquea. No puedo más. Necesito sentirlos dentro de mí.

Y de pronto la canción acaba.

Los dos se levantan.

El nudo de mis muñecas se suelta y la puerta suena prácticamente a la vez.

En la estancia sólo se oye mi respiración acelerada.

Torpemente me incorporo al tiempo que me quito el antifaz. Las paredes vuelven a parecer simplemente paredes y no hay rastro ni de Ayden ni de Ethan. Desesperada, miro a mi alrededor, como si fuesen a aparecer por arte de magia en cualquier rincón hasta que finalmente, entre los latidos desbocados de mi corazón, la evidencia más obvia se hace un hueco: se han marchado y no piensan regresar.

Me llevo la mano a la frente y me dejo caer de nuevo en la cama tratando de calmar mi cuerpo. No entiendo nada y lo más descorazonador de todo es que, por primera vez en veintitrés años, estaría dispuesta a no hacerlo con tal de que volvieran a esta habitación.

Mi respiración convulsa no se calma y poco a poco voy enfadándome más y más. ¿Cuánto tiempo piensan seguir jugando conmigo? ¡¿Por qué yo?!

Me levanto de un salto, pero las piernas no me responden como quisiera y estoy a punto de darme de bruces contra el colchón de nuevo. Se acabó. No soy su muñequita. ¿Acaso esto es lo que les gusta? ¿Buscar a una chica y jugar con ella? ¿Volverla completamente loca hasta que caiga a sus pies? ¿De eso trató su comida de negocios en el Plaza? «Quedemos con la cría de Marnie, conseguiremos que arda por combustión espontánea en menos de un mes.» Resoplo.

Definitivamente esto se ha acabado.

Voy tan concentrada en todo lo que ha pasado que no me doy cuenta de por dónde piso y acabo chocándome con un hombre.

—Perdone —me disculpo rápidamente—. Ha sido culpa mía. No miraba por dónde iba.

Al alzar la cabeza, lo reconozco inmediatamente. Es Anthony Prescott.

—No se preocupe —responde amable—. ¿Se encuentra bien?

—Sí—contesto mecánica.

¿Qué hace aquí?

Prescott sonríe, pero hay algo en él que no me gusta.

—¿Puedo invitarla a una copa?

Niego con la cabeza y, al darme cuenta de que quizá estoy siendo demasiado brusca, me obligo a sonreír.

—No, gracias.

—¿De verdad?

—Sí.

Finjo una nueva sonrisa y me alejo un par de pasos más, tratando de dar la conversación por acabada.

—Una lástima.

Asiento otra vez y me alejo definitivamente.

Si ya sentía que no era un tipo de fiar sólo con lo que había leído sobre él, al hablar con él, esa sensación se ha multiplicado por diez.

Atravieso la sala principal y al fin salgo del local. La brisa del East River me sacude y lo agradezco; mis pies ralentizan el ritmo y me hacen disfrutar de ella. Mi cuerpo está sobreestimulado, sobreexcitado, casi al límite del placer.

—Buenas noches, Marnie.

Su voz. El recuerdo de sus manos, de sus besos. De esa habitación.

—¿Ya te marchas? —continúa.

Al girarme, la injusticia divina se hace carne y hueso. ¿Por qué tiene que ser tan atractivo? ¿Y tan sexy? Definitivamente Ayden Morgan no comparte ADN con el noventa y nueve coma nueve por ciento de los hombres del planeta...

—¿Por qué iba a quedarme? —lo desafío manteniéndole la mirada.

Puede que sea guapo hasta decir basta, pero yo tengo dignidad, aunque no sepa exactamente dónde se metió mientras estaba en esa habitación.

—Espero que te hayas divertido —comenta incorporándose grácil desde el pequeño muro de piedra que nos separa de la FDR Drive y el río, donde estaba sentado, y dando un paso hacia mí, ignorando toda mi insolencia.

—Supongo que no tanto como vosotros —respondo cruzándome de brazos, altanera. No soy su juguetito, de ninguno de los dos—. Pensé que estarías con el señor Anderson.

—No tengo ningún interés en pasar tiempo con el señor Anderson.

En ese preciso instante recuerdo las palabras de Ethan por teléfono... «me importa una mierda quién más estuviera allí». Vendería, casi, todos mis zapatos por saber la relación que hay

entre ellos.

—Lo que ha pasado no va a volver a repetirse —sentencio. Me tiemblan las rodillas, las mariposas protestan y mi cuerpo gime frustrado. No me importa. La decisión está tomada—. No sabía lo que encontraría en esa habitación y está claro que ha sido un error.

—¿Viniste al Archetype por error?

—No.

—¿Entonces?

—Quería pasar a las otras habitaciones, pero las mujeres de las puertas no me dejaron hacerlo. No os estaba buscando ni a Ethan ni a ti.

Ayden asiente suavemente varias veces, sopesando mis palabras con una media sonrisa en los labios.

No quiero seguir aquí. Estoy demasiado enfadada. Giro sobre mis pies pero, cuando sólo me he alejado unos pasos, su voz, siempre su voz, vuelve a detenerme en seco.

—Ya te lo dije una vez. En este club no vas a encontrar lo que estás buscando —me advierte.

—¿Por qué? —pregunto girándome, con el ceño fruncido.

—Porque no pienso permitirlo —sentencia.

Sus ojos, todo su cuerpo, su actitud lucen una seguridad pasmosa, masculina y salvaje que me deja absolutamente claro que no son palabras que haya dicho por decir o que no tengan valor. Es una promesa y piensa cumplirla.

Y a mí, rozando un poco más la locura, esas palabras me enfadan, mucho, pero también me calientan por dentro. Lo odio y lo deseo. Me gusta. Me provoca. Me aleja. Y en mitad de todo ese sinsentido sólo puedo pensar cómo sería estar entre sus brazos, saborear sus labios sobre los míos, otra vez.

—¿Y quién eres tú para permitírmelo o no? —murmuro.

Ayden sonríe lleno de arrogancia.

—El dueño de todo esto, señorita Harper.

¿Qué?

—¿Por... por qué nunca me lo has dicho?

—No era asunto tuyo —responde sin piedad.

—Pero he estado aquí... —replico aturdida—. Podrías...

Soy plenamente consciente de que no tengo ningún derecho a estar enfadada, ni siquiera molesta, pero lo estoy.

—Eres el dueño de un maldito club de sexo —digo sin poder contener mis palabras—. Quieras o no, sea lo que sea lo que hay o no hay entre nosotros, nos afecta.

—¿Qué es lo que hay o no hay entre nosotros, Marnie?

Su pregunta me hace entender lo que acabo de decir. Le mantengo la mirada y su sonrisa, sexy y descarada, me hace entender que sólo ha formulado esa pregunta para reírse de mí.

—Entre nosotros no hay nada y no va a haberlo jamás —sentencio furiosa.

Giro sobre mis pies, pero otra vez no he avanzado más que unos pasos cuando su mano rodea mi muñeca y me obliga a girarme.

—¿Por qué te ha molestado que no te dijera que era el dueño del Archetype?

—No es asunto tuyo —respondo impertinente, imitando su propia frase. Ahora entiendo por qué lo dice. La verdad es que sienta de maravilla.

Ayden resopla y algo en su mirada cambia. Sigue estando ese brillo británico y canalla, pero también algo más, como si los juegos y el reírse de mí sólo fueran una pose y realmente quisiera mantenerme alejada de las otras habitaciones, como si de verdad quisiera saber la respuesta a qué creo que hay o que no hay entre nosotros.

—Contéstame —me ordena.

—Te deseo —murmuro sobrepasada, sólo sintiendo, dejándome llevar.

Desliza sus manos hasta perderlas en mi pelo, me obliga a levantar la cabeza de un certero tirón y me besa con fuerza, despertando cada centímetro de mi cuerpo. Su cuerpo se estrecha contra el mío y siento su calor, todo su deseo. Él también me desea y esa idea se expande por mi cuerpo, estalla y lo llena de luz.

—Me alegra que por fin hayas entendido la segunda regla de este juego —susurra contra mi boca.

Y sin más, se separa de mí y regresa a su club con paso seguro, deteniéndose una milésima de segundo junto al portero y murmurándole algo. Yo lo observo como si en el mundo no existiera nada más, y, al cerrarse la puerta tras él, vuelvo de golpe a la realidad. Me llevo la mano a la frente mientras trato de controlar mi respiración. Eso no ha sido un beso, ha sido una condena. Ya no puedo pensar, sólo desear. Hay que ser honesta con lo que quieres y, cuando lo consigas, disfrutarlo. Ésa es la regla número dos y acabo de sentirla en vivo y en directo.

Pierdo la cuenta de cuántos minutos me paso dándole vueltas y más vueltas a lo que acaba de pasar en mitad de este solitario callejón.

—Señorita Harper —me llama el portero, con pinta de haber luchado (y ganado) al menos en tres guerras en Europa del Este, caminando hasta mí.

Frunzo el ceño, confusa. Creo que es la primera vez que me dirige la palabra.

—Su taxi la espera —me informa con un marcado acento ruso, y comprendo que eso fue lo que Ayden le pidió antes de entrar.

En ese instante un Chevrolet amarillo se detiene a mi espalda. El portero me abre la puerta de atrás y espera paciente a que me monte. De pronto tengo la sensación de que estoy viviendo un *déjà vu*. Pienso en protestar, pero sé que sería tan inútil como lo fue ayer.

Entro en el taxi. El portero cierra a mi espalda y se inclina hasta que su mirada se encuentra con la del conductor a través de la ventanilla abierta.

—La señorita manda —le anuncia entregándole un billete de cien.

El taxista asiente y nos alejamos hacia la Primera Avenida.

Yo suspiro y me dejo caer sobre la tapicería negra.

Lilianne Rose Harper, nacida el 12 de abril de 1993, en Monticello, Indiana, ¿en qué maldito lío te estás metiendo?

«En uno con los ojos demasiado bonitos.»

En serio, cállate.

* * *

Los días siguientes intento pensar, reflexionar sobre lo que ha pasado. Me mantengo alejada del Archetype y de la fiscalía. También hablo con Taylor. Según ella, McDominante quiere convertirme en su sumisa y McMisterioso, encerrarme en una de sus habitaciones privadas del Archetype. Cuando en un arrebato de sinceridad me dice que ella se dejaría gustosa en cualquiera de las dos opciones, se me escapa la Coca-Cola *light* por la nariz y estamos riéndonos diez minutos seguidos.

El martes me levanto con resaca en la cama de Taylor, que está llena de guirnaldas de Navidad. Tardo unos segundos más de lo estrictamente necesario, pero acabo recordando que ayer decidimos utilizarlas como boas de plumas para sentirnos un poco más como Ava Gardner. Según Taylor, Ava era la única mujer inmune a los cabronazos. Yo repliqué diciendo que su tormentosa relación con Frank Sinatra, y con algún que otro torero en España, le quitaban un poco la razón, pero también creo que fui la primera en ponerme la guirnalda.

Desde el miércoles, mi queridísima amiga utiliza la hora del almuerzo de ese día y los siguientes, así como todas nuestras cenas, para convencerme de que vaya con ella el viernes a una fiesta espectacular en el Metropolitan, una gala en favor de diversas oenegés organizada por el Ayuntamiento de Nueva York. Cuando ese mismo viernes por la mañana se cuela por la escalera de incendios, dándome un susto de muerte, para pedirme de nuevo que la acompañe, no tengo más remedio que decir que sí. La otra opción es que vuelva a pillarme desprevenida y acabe dándome un ataque al corazón.

Bajo la mirada a los miles de cristalitos de mi vestido de Carolina Herrera. Me encanta. Tuve que trabajar todo el verano en una cafetería del Times Square para poder pagarlo, pero mereció la pena.

—Lo vas a gastar —se burla Taylor mirándome de reojo mientras subimos la entrada del Metropolitan.

Yo alzo la cabeza, echo un vistazo a mi alrededor y vuelvo a sonreír. También adoro el Metropolitan. Todavía no puedo creerme que tuviera que convencerme para venir a una fiesta aquí. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Este lugar es increíble —comento emocionadísima.

Mi amiga finge sopesar mis palabras.

—¿Y te gusta tanto o más que tu vestido? —se ríe otra vez de mí.

Yo pienso en hacerle un mohín, pero entonces atravesamos las fantásticas cristaleras y una maravillosa sala con el suelo de mármol y un centenar de personas con sus mejores galas se abre ante nosotras, y sencillamente se me olvida lo que ha dicho. Hay una preciosa fuente en el centro del atrio y una música muy suave suena desde algún lugar.

—Tomemos una copa —propone Taylor guiándome hasta una sofisticada barra en un extremo de la estancia.

Nunca dejará de sorprenderme la elegancia con la que sabe moverse en este tipo de eventos. No tiene nada que ver con que los frecuente más o menos o conozca o no a gente importante, para ella es algo innato. Sabría desenvolverse en cualquier circunstancia. Creo que es su superpoder.

Taylor pide *champagne* para las dos. La camarera asiente y nos sirve inmediatamente dos copas de Dom Pérignon Rose helado. En ese preciso instante, mi cerebro me juega una mala pasada y el cristalino recuerdo de la fiesta en la que bebí por primera vez este espumoso lo inunda todo. Fue en el New York Palace Hotel, un segundo antes de que mi mirada se cruzara con las de Ethan y Ayden.

Harper, deja de pensar en ellos, me ordeno. Pensar en ellos no va a traerme nada bueno.

—Buenas noches, señoritas. —Una voz me distrae —. Jordan, estás fantástica.

Un hombre de unos cuarenta años, alto, con el pelo canoso y los ojos negros, acompañado de otro con un aspecto parecido, saluda a Taylor con una sonrisa. Mi amiga le devuelve el gesto, pero su cuerpo se tensa imperceptiblemente. Es obvio que él no lo ha notado, pero la conozco desde los diecisiete años y sé que este tipo no le cae nada bien. Quizá no esperaba encontrarse aquí con ningún *hobbyists*.

—Buenas noches, Trevor —lo saluda cortante.

—Éste es mi socio, Peter Gibson. Peter, ella es Jordan.

—Encantado de conocerla, Jordan —se apresura a continuar el tal Peter, amable.

Taylor suspira. Otro gesto que podría pasar desapercibido para todos excepto para mí.

—Ella es Marnie —me presenta Taylor.

Yo sonrío con diplomacia y estrecho las manos que me tienden. ¿Qué está pasando aquí?

Todos nos quedamos en silencio y la tensión escala un entero más.

—Si nos disculpáis un momento —se excusa Trevor, dando un paso hacia mi amiga—, hay algo que debo aclarar con Jordan.

—Una lástima que yo no tenga nada que aclarar contigo —responde ella.

—No discutamos aquí, ¿de acuerdo? —le pide Trevor, cogiéndola del brazo.

—Suéltame —sisea.

—Debería soltarla. —Un cuerpo enfundado en un elegante esmoquin se acerca a Trevor, pero, sobre todo, a Taylor—. Creo que la señorita no quiere hablar con usted esta noche.

Trevor observa al hombre, de unos treinta años, con el pelo negro y los ojos grandes y marrones, y finalmente suelta el brazo de mi amiga, le hace un gesto al suyo y los dos se alejan unos pasos.

—Me gustaría hablar contigo —le recuerda Trevor—, llámame.

Ella asiente, pero es obvio que es la última vez que va a compartir unos minutos con Trevor, que finalmente se va.

Taylor se gira hacia su caballero andante particular.

—¿Quién demonios eres tú? —inquiere enfadada.

—El tío que acaba de salvarte.

Mi amiga suelta una irónica carcajada y, a continuación, entorna los ojos.

—¿Quién te ha dicho que necesitaba que me salvaran?

—Es cierto —replica, y ahora el que suena sardónico es él—, parecías tenerlo todo controlado con ese gilipollas que te tenía agarrada del brazo mientras le pedías que te soltase.

—No era asunto tuyo —sisea.

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué te has entrometido?

—Porque eres preciosa —suelta con una sonrisa sexy y canalla.

La expresión de Taylor se llena de sorpresa. Abre la boca dispuesta a decir algo, pero la acaba cerrado. Ha llegado el día en que un hombre ha dejado fuera de juego a Taylor Smith. Pensé que no viviría para verlo. Sonrío. Creo que es un momento perfecto para presentarnos y, de paso, echarle un cable a mi amiga.

—Me llamo Lillie —digo divertida, tendiéndole la mano— y ella es Taylor.

Mi amiga me mira mal por usar nuestros nombres reales, pero no me importa. Este chico guapísimo la ha dejado sin habla. Se ha ganado el privilegio de conocer a Taylor y no a Jordan. Además, algo me dice que le gustará muchísimo más.

—Soy Eon —se presenta estrechándomela y devolviéndome una amable sonrisa.

La sonrisa de él vuelve a transformarse en un gesto lleno de sinvergonzonería y mucho más sexy cuando le tiende la mano a Taylor. Ella tuerce el gesto y su halo de pura seguridad se recompone.

—No soy ninguna princesita en apuros —le recuerda estrechándosela.

—Nunca lo habría pensado —responde él.

Los dos sonríen y yo también lo hago.

—Creo que me voy a buscar otra copa de *champagne* —me excuso con la única intención de dejarlos solos.

Taylor me mira y yo le guiño un ojo para asegurarle que me parece genial que se quede con él. Cuando me devuelve la sonrisa, giro sobre mis pasos y me alejo.

Me cae bien Eon.

Doy una vuelta y curioseo algunos de los trípticos informativos que la organización ha repartido por la sala para explicar cómo y en qué invierten el dinero. Sin embargo, el museo en sí no tarda en robarme la atención y comienzo a deambular observando las obras de arte. Subo las escaleras casi sin proponérmelo, atravieso la sala medieval y giro sobre mis pies sin dejar de caminar observando las esculturas, preciosas y perfectas, de la sala europea. Sigo avanzando, rozo con los dedos suavemente la pared con una sonrisa y entro en la exposición de arte moderno y contemporáneo.

Sólo he dado unos pasos cuando algo, mi cuerpo en realidad, me pide que me detenga.

12

Me giro despacio, en silencio, disfrutándolo. Y, cuando lo hago, mi mirada se encuentra directamente con él, con Ethan Anderson, con el hombro de su traje negro apoyado en la pared, con las manos metidas en los bolsillos, con el lateral del pie elegantemente apoyado en el reluciente suelo, cruzado delante del otro. En guardia, destilando control, arrogancia y atractivo a partes iguales, siendo exactamente como es él; tampoco necesita nada más para que una mujer le dé absolutamente todo lo que él quiera coger.

Suspiro. Disfruto del dios que tengo delante y, entonces, el universo, en su infinita sabiduría, decide que por qué no dos. Ayden accede a la sala con su seductora manera de andar y un traje a medida haciendo el resto. Guapo a rabiar, atractivo a rabiar. Destilando sexo, deseo. El rey de los británicos conquistando América. Todo el deseo, el placer y el pecado mirándote a los ojos y diciéndote «ríndete, en ningún otro lugar vas a pasarlo mejor».

Camina decidido hasta mí y, sin mediar palabra, me besa con fuerza. Sus manos se deslizan por mi cuello, mis costados, mi cintura y se anclan en mis caderas, estrechándome contra él.

Se separa y me regala un dulce beso en la punta de la nariz antes de hacerlo del todo. Me rodea y, aturdida, lo sigo girándome también, pero, al hacerlo, otros ojos, más oscuros, más inaccesibles, me atrapan y en ese segundo exacto me dominan.

Ethan sonríe, ese gesto medio, duro y sexy. Alza la mano y, con el índice, exactamente como hizo en el ascensor, marca una línea de una a otra de mis caderas. Una caricia efímera que, sin embargo, me consume por dentro despacio. Es la más exquisita de las torturas. Quiero más y no va a dármelo. Quiere que el deseo me consuma. Lo sé.

—Quiero que supliques —susurra con su voz indomable, haciendo gala de su innata habilidad para leerme la mente, inclinando la cabeza para hacerme sentirlo más cerca.

—Bésame, por favor —le pido en un murmuro.

Ethan sonríe fugaz, sólo un segundo, e increíblemente sexy.

—Creo que puedes hacerlo mucho mejor —me castiga.

El deseo crece como una nueva ola que lo arrasa todo dentro de mí. No hay sitio para las dudas, para las protestas, para los miedos. Lo deseo. Un monstruo hambriento de él se ha despertado dentro de mi cuerpo.

—Necesito que me beses.

Desliza su mano hasta acoplarla a mi cuello. Jadeo. Sus dedos son firmes. La atmósfera entre los dos se llena de calor.

—¿Cuánto lo necesitas?

Cientos de grados de temperatura.

—Voy a volverme loca.

—Te quiero exactamente así, nena.

Ardo. Me besa. Sus labios expertos acarician los míos sin piedad. Asalta mi boca y la conquista por completo. Su cuerpo contra el mío. Una mano en mi cuello, la otra en mi cadera. Las mías agarrando su chaqueta.

Otros labios me besan la nuca y un gemido largo y profundo se escapa de mi garganta. Mi boca, mi cuello, mis hombros. Marcan un reguero de besos endiabladamente sexy. Nueva York nos observa a través de los inmensos ventanales y las mejores muestras de arte pop lo hacen en directo.

La música, la fiesta, llegan amortiguadas por las salas de distancia. Estamos solos. Es nuestro refugio para el placer y el sexo, para que empiecen lo que terminaron. Soy consciente de todo lo que he dicho, de cada vez que he gritado que los odiaba, pero, si alguna vez va a tener sentido eso de que la carne es débil, tiene que ser ahora. Es como estar en la mejor heladería del mundo y que pongan frente a ti un delicioso helado de chocolate, con pepitas de cacao crujientes llenas de sabor, con la cantidad justa de nata salpicada de diminutos trozos de galleta recién hecha, con chocolate fundido, caliente, bañándolo justo para que se mantenga frío pero llenándolo de sabor, y coronado por la cereza más roja y jugosa que tus ojos hayan visto. Coges la pequeña fruta, retuerces el aún más pequeño rabito rodeando tu dedo índice y te la llevas a la boca. Tiras de ella entre los dientes y cae en el centro de tu lengua, fría, deliciosa y llena de sabor, mientras tú sonríes traviesa por todo el placer que ya sabes que sentirás con cada cucharada.

Amigas, yo no tengo un helado, tengo dos, y me están mirando como nunca, ningún hombre, ha mirado a esta chica del montón. Ahora que levante la mano la que quiera marcharse de la heladería con el paladar y las bragas intactos... Lo imaginaba.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo. Dos remangan mi vestido perversamente despacio. Dos me rompen las bragas. Sin piedad.

Gimo.

Me giran entre sus brazos. Ayden estrella su boca contra la mía y yo lo recibo encantada.

Se estrechan contra mí. El placer aumenta más y más.

Gimo, casi grito, pero su boca acalla todos mis sonidos.

Su polla fuerte, dura, crece contra mi trasero. El ruido de la hebilla de su cinturón resuena por toda la sala de arte al abrirse. Entro en una tensión diferente, llena de deseo y muchísima excitación.

Me giro a tiempo de ver cómo Ethan se lleva un envoltorio plateado a los dientes y lo rasga mientras su mirada atrapa la mía. La imagen más sexy que he visto en todos los días de mi vida. Sus ojos siguen siendo arrogantes, intimidantes, pero ahora también están llenos de mí, de esto, y yo jamás me había sentido tan deseada.

Se coloca el preservativo con gran habilidad e inmediatamente guía su miembro hasta mi trasero.

Ayden se pierde en mi cuello. Sus labios se pasean calentando mi piel, prometiéndole más.

Un nuevo gemido se sofoca en mi respiración más acelerada. Me enseña los dientes. Me muerde.

—¡Dios! —grito diluida en el placer más puro.

Ayden se incorpora triunfal y busca mis ojos expectantes. Me dedica su media sonrisa. Me tiene exactamente donde quiere.

—No sabes todo lo que te espera —susurra divertido, excitante y con un punto de maravillosa malicia, esa que un hombre necesita para que una noche de sexo se convierta en la noche de tu vida.

Lame las marcas de sus propios dientes y besa mi piel con veneración.

La mano de Ethan llega a mi sexo. La sangre me recorre rápida y húmeda y mis desbocados latidos resuenan en mis odios. La mano de Ayden se encuentra con la primera.

Los dos me acarician.

Gimo. Grito. ¡Siento!

—Disfrútalo, chica Hitchcock. —La voz de Ayden me hace vibrar.

Ethan guía su polla hasta mi trasero, pugna por entrar. Nunca he hecho nada remotamente parecido y no puedo evitar recordarlo justo ahora. Suspiro. Casi gimo. Resoplo. No lo sé. Los besos. Las caricias. Toda la expectación. El miedo... El placer. Todo se funde y mi mente y mi cuerpo suben otro escalón.

—Siéntelo —me ordena Ethan a mi espalda.

Los dedos de los dos se mueven hábiles, sabiendo demasiado bien lo que están haciendo.

Sus manos se aferran con fuerza a mis caderas.

Sus labios se deslizan por mi nuca, por mi cuello.

Me calientan. Me excitan aún más. Grito.

Empuja luchando por entrar. Me duele. Me gusta. ¡El placer lo inunda todo!

—Dios —gimo inconexa.

Y entra despacio, haciendo que lo sienta entero, grande, largo, duro.

—Nena —ruge a mi espalda.

Esa sola palabra me desarma.

Su respiración se entrecorta. Está conteniéndose por no embestirme exactamente como quiere. Apoya su frente en mi nuca y su cálido aliento calienta mi pelo. Ayden me besa dulce, pausado. Me siento más cerca de ellos que nunca, en todos los sentidos.

—Voy a moverme —me anuncia.

Despacio, sale. Mi cuerpo se estremece. Ayden toma mi labio inferior entre sus dientes y tira con fuerza.

Todo se nubla un poco más. Todo el placer crece.

Entra de nuevo.

Gimo. ¡Grito!

Rodea mi clítoris. Otros dedos me embisten. Tira de él.

Grito más fuerte.

—Joder —jadeo extasiada.

Entra y sale, me acarician, cada vez más rápido, más brusco, más fuerte, haciéndome sentir más, más y más.

Ayden se separa de mí. En ese mismo instante echo de menos sus labios, sus besos, sus dedos, pero en ese mismo segundo otros besos y otros dedos me devuelven a un mundo de placer sin compasión, tampoco la quiero. Lo necesito exactamente así.

Mi británico favorito se saca un condón del bolsillo y, como ya he visto una vez esta noche, se lo lleva a los dientes y, con una canalla sonrisa, rasga el envoltorio. Esa imagen me calentará en las noches frías de invierno.

Se desabotona los pantalones y, sin llegar a bajárselos, saca su polla durísima, grande, perfectamente curvada y, otra vez sin liberar mi mirada, se enfunda el preservativo. O puede que quizá sea esta otra imagen.

Quiero que vuelva, quiero que me bese, pero, antes de que pueda pedírselo, Ethan sale de mí y me gira entre sus brazos, atrapándome en cuanto nuestras miradas se encuentran.

Toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza, colocándome al borde de la cornisa más alta del edificio más alto y haciéndome saltar, demostrándome sin decir una palabra todo el control que tiene sobre mí.

Desliza sus dedos hasta la parte de atrás de mi rodilla, me obliga a levantarla hasta rodear su cintura. Automáticamente levanto la otra y él me ajusta a su cuerpo sujetándome con sus masculinas manos en mi trasero.

Gimo, gruñe cuando nos acoplamos a la perfección y exhala controlando todo el aire de sus pulmones.

Me levanta a pulso y, con parsimonia, vuelve a insertarme su mágica polla. Me agarro a sus hombros y retuerzo la tela de la chaqueta de corte italiano. Oigo pasos a mi espalda. Noto su calor detrás de mí. Me agarra el culo. Se ancla a mis muslos. Cuatro pares de manos me sostienen. Dos hombres me embisten despacio. Se sincronizan a la perfección.

Grito extasiada, embargada por un placer sin límites, sin restricciones.

Alzo la cabeza y su boca me recibe. Otra vez toda esa posesión, el instinto más salvaje, más animal, más primario.

Entran. Salen. Me mueven a su antojo. Yo gimo, grito. Trato de controlar todo el placer, de controlarme a mí. No soy capaz. No quiero. No puedo.

Vuelven a girarme, a levantarme, a dividirme, a hacerme sentir más, más, ¡¡más!!

Kiss II, de Roy Linchtenstein, *La persistencia de la memoria,* de Dalí, las treinta y seis fotos que Andy Warhol le hizo a Ethel Scull... Nueva York... me oyen gritar, casi delirar, mientras alcanzo un orgasmo increíble envuelta en una nube de placer aún más increíble. Sintiendo, disfrutando, viendo el auténtico paraíso.

Continúan moviéndose. Todo el placer se expande. El roce de sus pantalones a medida. Las marcas que sé que han dejado en mi piel. Toda la sensualidad. Un segundo clímax. Sus manos tocándome, deseándome. Gruñen. Rugen. Los mejores sonidos que he oído en veintitrés años. Se pierden dentro de mí. Y mi dicha posorgásmica desborda mi cuerpo, crece, haciendo que cada obra de arte sucumba a estos dos dioses, a mis helados recubiertos de chocolate.

Si el placer tiene nombre, se llama sexo desbocado en la sala de exposiciones de arte moderno y contemporáneo del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

Salen de mí y me bajan despacio. Mis sandalias de Marc Jacobs regresan al suelo y yo lo

hago a la realidad. Ha sido espectacular. Me arreglo el vestido y ellos se abrochan los pantalones. Ayden se acuclilla ágil, recoge mis bragas del suelo y me las tiende. Yo sonrío nerviosa y las cojo casi sin mirarlo. No entiendo cómo después de todo lo que ha pasado me siento aún más tímida con ellos. El suave silencio lo inunda todo.

—¿Estás bien? —pregunta Ayden.

—Sí —musito, pero acto seguido me obligo a alzar la cabeza y a comportarme como una adulta—. De hecho, me siento muy bien —murmuro.

Estoy tentada de volver a bajar la mirada, pero me contengo, y mi recompensa es encontrarme con sus ojos, brillantes y oscuros y, por un momento, nos quedamos así, en silencio.

Ethan es el primero en reaccionar. Se ajusta la chaqueta de un par de tirones y se dirige a la salida. Justo antes de rodear la pared y marcharse, veo cómo se pasa las dos manos por el pelo.

—Deberías regresar a la fiesta, Marnie —sugiere Ayden, aunque creo que también hay una suave orden encerrada en sus palabras.

Asiento. Tiene razón. Es más que probable que Taylor me esté buscando.

—Claro, mi amiga debe de estar preocupada. —No sé por qué, pero quiero decir la palabra *amiga,* quiero que sepa que no he venido con ningún otro hombre esta noche.

Ahora es Ayden el que asiente y yo me quedo como una completa idiota mirándolo. ¿Por qué no soy capaz de echar a andar?

Muévete, idiota.

Reacciono, al fin, pero cuando no he dado más que un paso, Ayden me dedica su sonrisa más sexy a la vez que se inclina sobre mí.

—Ha sido increíble —susurra con sus labios casi rozando mi mejilla.

Yo sonrío nerviosa. Él me libera y yo me permito observarlo, sólo unos segundos más, antes de salir definitivamente de la sala.

Mientras regreso al atrio, pienso en que no siento culpabilidad. No siento miedo. Ha sido maravilloso y no creo que pueda pasar página y simplemente olvidarlo. Lo que ha pasado en esa sala ha sido como echar gasolina al fuego de lo que ya, quisiera o no, siento por ellos.

En el momento en el que llego a la escalera, veo a Ethan cruzando las puertas principales del museo sin mirar atrás. Suelto un largo suspiro observando la salida por la que acaba de marcharse. No sabría decir por qué, pero creo que ninguno de los tres se siente como pensó que se sentiría.

* * *

Es lunes y me levanto nerviosa. Hoy voy a entrevistar a Anthony Prescott y tengo la sensación de que voy a dar un paso de gigante en mi carrera. Desayuno, me ducho y me preparo. Llego a la universidad una hora antes de lo normal a propósito. Quiero repasar todas las notas y las preguntas; leer una vez más el archivo de Prescott y asegurarme de que todo está como tiene que estar.

A las diez en punto el taxi se detiene frente al 482 de la Tercera Avenida. Pago la carrera, me bajo y observo el edificio un par de segundos antes de entrar. Anthony Prescott es un importante

hombre de negocios y, viendo el edificio que alberga su empresa, de eso ya no queda ninguna duda.

El vestíbulo registra mucha actividad, con personas trajeadas cruzándolo camino del ascensor y hacia la puerta principal. Atravieso el puñado de metros que me separan del mostrador de recepción y me presento al guardia de seguridad, que me envía a la planta veintiséis.

Al abrirse las puertas del ascensor, una sala con suelo de mármol color caramelo y madera de haya se extiende ante mí. Hay dos chicas sentadas tras una elaborada mesa también de madera. Si estuviera en uno de esos juegos de enlazar imágenes con la primera palabra que se te venga a la mente, con esta habitación diría suntuosidad y, quizá, soberbia, aunque no en el buen sentido.

Me acerco y saludo a las dos mujeres con una sonrisa.

—Soy Lilianne Harper, de la Universidad de Columbia. Tengo una cita con el señor Prescott.

Una de ellas asiente y se levanta. Es altísima, mucho más de lo que parecía sentada, además de ir subida a unos vertiginosos tacones. Me pide que la siga y atravesamos unas puertas de cristal a su espalda, donde puede leerse «Prescott Corporated».

Accedemos a un pasillo flanqueado por dos enormes salas llenas de cubículos, y después a uno más pequeño, con unas puertas dobles al fondo y otra secretaria tras una mesa, precediéndolas. Las mujeres se miran y la primera se marcha sin decir nada más.

—¿Usted debe de ser Lilianne Harper? —inquiere la nueva secretaria, levantándose y caminando hacia la puerta. Asiento—. El señor Prescott la está esperando —continúa.

Abre y se hace a un lado para que pase.

Suspiro y entro tratando de mostrarme todo lo segura que soy capaz. Anthony Prescott está sentado al fondo de un diáfano despacho, tras un escritorio aún más elaborado y opulento que el de sus empleadas. De pronto me siento incómoda. La puerta se cierra a mi espalda y el ruido me sobresalta.

—¿Está nerviosa?

—No —me obligo a responder.

Me observa con una sonrisa y yo trato de discernir si lo hace porque está siendo amable o bien porque, quizá, me haya reconocido de cuando nos chocamos en el Archetype y trató de invitarme a una copa.

—Permítame saludarla, señorita Harper —dice levantándose, saliendo a mi encuentro y tendiéndome la mano.

Yo se la estrecho. Todo parece indicar que no me ha reconocido. Mejor.

—Tomemos asiento —me ofrece señalando dos butacas idénticas, separadas por un pequeña mesita de café de diseño—. Tengo muchas esperanzas puestas en esta entrevista, si me permite el arrebato de sinceridad —se explica con una sonrisa—. Espero poder aclarar cualquier duda o reticencia y que nuestro proyecto en Alphabet City sea una realidad.

—Su proyecto —lo corrijo.

—Es cierto —rectifica—, pero apuesto a que, cuando todo esto termine, todos lo consideraremos una victoria.

Sonríe de nuevo y otra vez me siento incómoda, aunque no sabría decir por qué. Me pasó lo mismo en el club. No me gusta esa sonrisa.

—Creo que no deberíamos adelantarnos —replico—, apenas hemos comenzado la entrevista.

Alza las manos en señal de tregua y rápidamente las cierra en un puño sobre los brazos del sillón.

—Cierto de nuevo —responde—. ¿Qué le gustaría saber?

—Empecemos por algo sencillo, háble me de usted.

El señor Prescott sonríe de nuevo y empieza un discurso, en absoluto improvisado, sobre sus logros empresariales. Todo lo que me está contando venía en el informe que tenía sobre él la fiscalía, pero siempre me ha resultado muy interesante saber qué te cuenta una persona cuando tú ya lo sabes todo; saber qué puntos remarca y cuáles olvida oportunamente dice mucho de ella.

—¿Por qué Alphabet City? —inquiero sujetando el lápiz con las dos manos sobre mi regazo y echándome hacia delante.

—¿Y por qué no? Alphabet City está en Manhattan y cualquier metro cuadrado de Manhattan es valioso para una empresa.

—Pero en Nueva York no sólo hay empresas, también personas. ¿No cree que necesitan otras cosas?

Anthony Prescott resopla, mi pregunta parece haberlo molestado.

—¿Dinero, por ejemplo? —replica adusto—. Mi edificio de oficinas traerá prosperidad al barrio y será una fuente de ingresos. ¿Sabe lo que hay en ese espacio actualmente? Un parque cochambroso donde ningún niño juega, un centro cívico a punto de caerse a pedazos y una vieja academia de ballet. Alphabet City es un barrio peligroso y pobre, un remanente de principios del siglo pasado lleno de *tenements*, diminutos apartamentos para inmigrantes, y microdelincuencia. Yo quiero cambiar todo eso.

Estudio con detenimiento sus palabras. Oyéndolo hablar, nadie podría dudar de sus buenas intenciones, pero hay algo que no termina de cuadrarme. Lo observo un poco más. Aprieta los puños de nuevo en un claro gesto de tensión. Para querer salvar el mundo, no parece muy cómodo tratando de convencerme acerca de cómo va a hacerlo.

De pronto parece rearmarse sobre sí mismo y cambia de postura en el sillón.

—Permítame hacerle una pregunta, señorita Harper. ¿Dónde vive?

Levanto la vista de mi bloc de notas y, confusa, me dejo atrapar por su mirada. ¿Dónde pretende llegar?

—Al norte del West Side, cerca del campus de Columbia —respondo muy poco convencida.

—Un buen barrio. Muy de moda e ideal para una persona como usted.

Sonríe cómplice. Yo le devuelvo el gesto por cortesía.

—¿Le asustaría que una empresa quisiese comprar un terreno y construir un edificio de oficinas allí?

—Supongo que eso dependería de las intenciones de la empresa.

—Completamente honestas —responde demasiado rápido y con una sonrisa demasiado falsa en los labios.

No le devuelvo el gesto y automáticamente eso parece ponerlo de mal humor otra vez.

—¿No cree que todos los habitantes de Nueva York se merecen poder vivir en un barrio tranquilo como el suyo? ¿Por qué quiere negarles eso a las pobres personas que viven en

Alphabet City?

Otra vez sus palabras y lo que despierta en mí chocan de frente, absolutamente opuestas.

—¿Acaso no está de acuerdo? —me increpa.

—Eso no es relevante.

—Para mí, sí. Me gustaría saber en manos de quién está el estudio sobre mi proyecto —vuelve a desafiarme.

Tengo la sensación de que cree que soy una cría a la que puede intimidar. No podría estar más equivocado. Ethan ha confiado en mí para desgranar todo lo referente a este negocio y no pienso decepcionarlo.

—Creo que sólo quiere hacer dinero —contesto—. Puede que realmente su edificio de oficinas suponga una mejora en la vida de esas personas, pero, desde luego, ésa no es la idea que lo mueve.

Su mirada se torna perspicaz, evaluándome.

—Señorita Harper, nos guste o no, somos capitalistas. El dinero es lo que mueve el mundo.

Ha sonado sincero por primera vez desde que empezamos la entrevista.

—Entonces, ¿no le interesa salvar el barrio? —Ahora la que lo increpa soy yo.

—Puedo hacer las dos cosas... siempre que eso sea lo que quiera.

Su mirada brilla taimada.

—¿Y es lo que quiere con Alphabet City?

Permanece en silencio durante largos segundos, observándome de nuevo.

—Por supuesto —responde sin levantar sus ojos de mí.

Todos mis instintos me gritan que ésa no era la respuesta que pensaba darme.

Anthony Prescott se levanta. Se abrocha con elegancia los dos botones de su carísima chaqueta y echa a andar hacia su mesa.

—Aquí tiene documentación adicional que le ayudará a evaluar mejor el proyecto —se explica cogiendo una carpeta de la esquina derecha de su escritorio, volviendo sobre sus pasos y tendiéndomela—: estudios de impacto medioambiental, urbano, características del barrio... —Cojo el dosier, lo abro sobre mi regazo y comienzo a ojearlo—. Mi empresa se toma muy en serio lo que hace y yo también, señorita Harper.

Sus últimas palabras me hacen alzar la cabeza y mirarlo. No ha sido lo que ha dicho, sino cómo lo ha dicho.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Prescott —comento levantándome—. Creo que ya tengo todo lo que necesito.

—Si no es así, no dude en llamarme. Podremos concertar una nueva entrevista, quizá una comida... de trabajo —se apresura a añadir.

Yo asiento y me alejo un paso.

—Muchas gracias—repito—, pero no será necesario. Como le he dicho, ya tengo toda la información que preciso.

Anthony Prescott sonríe sin levantar su mirada de mí. Me intimida, pero no dejo que lo vea, sé que lo está haciendo precisamente con ese objetivo. Además, me he propuesto no dejarme amedrentar por ejecutivos de alto nivel en ningún sentido, y pienso cumplirlo.

—La fiscalía le remitirá una copia del informe —acelero la despedida.

—Por supuesto.

Me tiende la mano y, aunque preferiría no devolverle el saludo, lo hago.

—Encantado de conocerla, señorita Harper.

—Lo mismo digo —miento.

Giro sobre mis botines y me dirijo hacia la puerta.

—Aunque ya nos conocíamos, ¿cierto? —Sus palabras me dejan clavada a poco menos de un metro de la puerta—. Del Archetype.

Trago saliva. Soy una profesional. Este último intento de intimidarme sólo sirve para confirmar que he pulsado las teclas adecuadas en la entrevista.

Ahora es cuando tienes que ser valiente, Harper.

—Un bonito club, ¿verdad? —respondo girándome.

Prescott no dice nada. Yo sonrío a modo de despedida y salgo de su despacho. En cuanto la puerta se cierra a mi espalda, resoplo nerviosa, pero también extrañamente aliviada.

—Bien hecho —susurro mientras echo a andar.

Abandono el edificio y entro en una cafetería cualquiera a unas manzanas. En una de las mesas junto a la ventana, con un café doble con crema, monto mi cuartel general. Examino cada línea de cada estudio y tomo algo así como un millón de notas, de preguntas. Son estudios diferentes a los que presentaron en la fiscalía, pero pecan de lo mismo que los que leí allí. No hay un solo testimonio de un habitante del barrio. Cuando reviso la última página de la última carpeta, me doy cuenta de que lo mejor que puedo hacer es adelantar mi visita a Alphabet City y comprobar con mis propios ojos cuánto de verdad hay en estos informes.

Grito un perfecto «taxi» desde el bordillo y un Ford amarillo se para a mi lado en cuestión de segundos. Un ejecutivo impecablemente trajeado me mira con admiración. Yo me encojo de hombros y sonrío mientras me meto en el coche. Todo lo que sé de parar taxis se lo debo a Carrie Bradshaw. Los hombres también deberían ver «Sexo en Nueva York». Les daría consejos de lo más útiles acerca de la vida en la Gran Manzana.

Quince minutos después estoy en la calle 14 Este, la frontera imaginaria de Alphabet City en el lado norte. Según el estudio histórico que encargó Prescott, este barrio, desde que se levantó a principios del siglo XIX, ha sido el hogar de inmigrantes y gente humilde, básicamente como gran parte del Lower East Side.

Comienzo a pasear fijándome en cada detalle. Una especie de jardín improvisado llama mi atención. Está en un pequeño callejón sin salida entre dos edificios. Las flores están plantadas en latas y tiestos de plástico, pero están muy cuidadas y llenan toda la calle de color.

Una mujer hispana de unos sesenta años sale del edificio con una botella de plástico llena de agua. Se acerca al jardín y comienza a regar algunas plantas.

—Hola —la saludo.

—Hola —responde sin dejar de prestar atención a lo que hace y también sin darme muchas confianzas.

—Es un jardín precioso —comento tratando de iniciar una conversación, con una sonrisa enorme, por si sirve de ayuda.

Ella alza la cabeza, por un segundo me mira de arriba abajo y vuelve a concentrarse en su trabajo.

—Gracias —responde al fin.

—¿Se encarga usted misma del jardín?

—Con otros vecinos.

—Es realmente bonito.

—Señorita —dice dejando la botella en el suelo e incorporándose hasta quedar frente a mí con una mano en la cadera—, ¿a qué viene tanto interés?

Me encojo de hombros, nerviosa. ¿Tan obvio ha sido que pretendía entablar una conversación?

—Sólo estaba echando un vistazo al barrio. —Técnicamente no estoy mintiendo—. Me gustaría conocerlo un poco mejor.

La mujer enarca las cejas. Está claro que mi excusa, aunque técnicamente no haya sido una mentira, no ha colado.

—Trabajo en la Universidad de Columbia y tengo que hacer un estudio sobre el impacto de posibles nuevas construcciones —confieso.

—¿Es por ese edificio de oficinas?

—Sí.

—Pues entonces debería ir a hablar con Eon McCallister. —¿De qué me suena ese nombre? —. Vaya hasta el fondo de la calle 10 —dice señalando a mi derecha—, hasta la piscina municipal, y pregunte por él.

—Muchas gracias.

Ella asiente y continúa regando.

Tomo el camino que me ha indicado y, a cada paso que doy, estoy más convencida de que la imagen que Prescott ha pretendido dar con sus estudios no podría estar más alejada de la realidad. Es un barrio humilde, sí, pero no parece el nido de microdelincuencia y tráfico de drogas que se ha empeñado en describir. Hay más jardines como el que regaba la mujer y unos cuidadísimos grafitis decoran muchas de las paredes. Arte urbano como éste es un reclamo cultural para el barrio de Chelsea, por ejemplo, no entiendo por qué no podría suceder lo mismo aquí.

Ando deslizando los dedos por la verja que da a un pequeño parque. Está desvencijada y ha visto tiempos mejores, aunque el tobogán y los columpios la llenan de color y eso esconde un poco cualquier desperfecto.

No tardo mucho en llegar a la piscina municipal, pero no hay nadie a quien poder preguntar. La calle está desierta. No pensé que viviría para ver eso en Nueva York.

Unas risas y unos vítores enfervorecidos llaman mi atención. Miro a mi alrededor y descubro otro parque, un poco más grande que el anterior. Está justo a la espalda de la piscina pública. Hay cinco niños jugando al fútbol. Lo primero que pienso es que deberían estar en el colegio, no tienen más de once o doce años, pero quizá ellos puedan decirme dónde está ese tal McCallister.

Sonrío al verlos más de cerca. Están despeinados y sucísimos. Desde luego, está siendo un partido en toda regla. Uno de ellos, el que hace de *quarterback*, se limpia la tierra frotándose las

palmas de las manos contra los vaqueros y, muy concentrado, grita la jugada.

—Jinete. Azul. Dos en rojo. ¡Dos!

Le pasan el balón. Esquiva a uno de los contrincantes y lanza la pelota por el aire varios metros. Cuando termina la jugada, me acerco un poco más.

—Hola, chicos —los saludo.

Inmediatamente llamo la atención de todos. El pequeño *quarterback* frunce el ceño y se acerca a mí con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta sin paños calientes.

Tiene el pelo castaño y unos enormes ojos verdes. Arrugo el ceño, confusa. Es un poco pequeño para estar tan enfadado.

—Quiero conocer el barrio.

—¿Por qué? No queremos que nadie conozca nada.

Los chicos se miran y telepáticamente parecen llegar a la misma conclusión.

—¿Eres de esa empresa?

—¿Qué empresa? —inquiero.

—La que quiere hacer el bloque de oficinas.

Sonrío.

—¿Cómo sabes tú que una empresa quiere construir un nuevo edificio?

—Porque yo sé todo lo que pasa en mi barrio —responde desafiante.

No puedo evitar volver a sonreír.

—Será mejor que se marche —sentencia cruzándose de brazos.

Los otros asienten y lo flanquean. En ese momento se oyen ruidos a mi espalda.

—Simon Winston, ¿no deberías estar en el colegio?

Miro hacia la voz y observo cómo un hombre con el pelo negro, unos bonitos ojos marrones y barba de más de unos pocos días se acerca a nosotros con una sonrisa.

—Dejad en paz a la señorita —sentencia.

Nuestras miradas se cruzan y me sonríe amable. No sé por qué, pero me cae bien al instante.

—Eon, trabaja para esa empresa —se queja el crío.

Así que él es Eon McCallister. Un segundo. ¿El Eon que salvó a Taylor en la fiesta benéfica del ayuntamiento? Claro, por eso me sonaba, pero no puede ser. Me fijo un poco más en su aspecto: unos vaqueros rotos, una vieja camiseta de Led Zeppelin. Vuelve a sonreír y al fin lo reconozco. El cambio de indumentaria y el cabello revuelto me lo habían complicado.

—Me da igual —replica revolviéndole el pelo al niño—. Largaos al colegio.

—Eon... —gimotean a coro.

—Largaos —concluye divertido.

Los críos siguen protestando, pero se dirigen a la salida del parque.

—No trabajo para esa empresa —les aclaro, pero ninguno de los pequeños parece escucharme.

—Hasta luego, chicos —se despide Eon—. Hola —me saluda.

Yo abro mucho los ojos y finalmente sonrío.

—No esperaba encontrarte aquí —me sincero—. Hola —añado rápidamente.

—Nueva York tiene estas casualidades —replica devolviéndome la sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarte?

—No trabajo para Prescott Corporated —me explico de nuevo.

Está claro que por aquí no es una compañía demasiado popular.

—Pero sabes quiénes son —apuntilla.

Touché.

—Trabajo para la Universidad de Columbia. La fiscalía quiere que estudiemos el impacto que el edificio de oficinas tendría en Alphabet City.

Eon sonríe, como si supiese algo que yo no sé.

—Una mujer me dijo que, para tener toda la información posible, debía hablar contigo.

—Ven —dice al fin.

Salimos del parque y caminamos un puñado de metros hasta volver a la calle 10.

—Si esa mujer te dijo que vinieses a hablar conmigo es porque soy el responsable de una pequeña oenegé que ayuda a las familias sin recursos del barrio, y también fui yo quien pidió ayuda al fiscal general del estado.

Esas palabras despiertan en seguida mi curiosidad.

—¿Cómo supiste que el fiscal te escucharía?

Quizá obtenga alguna pista de por qué a Ethan le interesa tanto Alphabet City.

—Digamos que sabía que me escucharía.

Sonríe enigmático y yo vuelvo a tener la sensación de que sabe algo que yo no sé.

—Ese edificio sería un error —comenta sin que dejemos de caminar— y destruiría el barrio.

—Pero Anthony Prescott ha realizado varios estudios, históricos, medioambientales y de impacto, y todos aseguran que revitalizaría Alphabet City.

—El personal de Anthony Prescott se presentó aquí una mañana. Hicieron fotos a los edificios más ruinosos y a las fachadas abandonadas y se largaron. Lo que le pase al vecindario no le importa, sólo quiere ganar dinero.

Lo sabía. Sabía que había gato encerrado en esos estudios.

—¿Y no crees que ese edificio generaría empleo? No te ofendas —me disculpo por adelantado—, pero no parece que eso sobre por aquí.

—No te disculpes —replica—. Alphabet City tiene la mayor tasa de desempleo después del Bronx, pero Prescott usa subcontratas que en ningún caso son famosas por sus buenas condiciones laborales, y, aun así, una vez que el edificio esté terminado, el trabajo se acabará.

Eon se detiene y, con un solo paso, se coloca frente a mí.

—Con el proyecto de Prescott caerán el centro cívico —dice señalándome un viejo, aunque realmente bonito, edificio a mi espalda—, la academia de ballet de la señora Bonet —prosigue, indicando la acera de enfrente— y el parque. En ese parque hice mi primer placaje y di mi primer beso. Afortunadamente no a la misma persona.

Los dos sonreímos.

—Anthony Prescott quiere quitarnos todo eso. El bloque de oficinas es sólo el principio. Si lo permitimos, vendrán más y, poco a poco, dejaremos de ser un barrio para convertirnos en un vivero de empresas y no tendremos más remedio que marcharnos.

Observo el centro cívico. Tiene razón. Lo he visto en la historia de otros barrios de la zona sur de Manhattan. Al final, acaban siendo un amasijo de rascacielos de cristal y acero lleno de empresas.

—Tienes razón —murmuro en voz alta—. Muchas gracias por la información.

—Gracias a ti —responde Eon.

Comienzo a andar pero, cuando no he dado más que unos pasos, me giro.

—¿Qué tal fue la fiesta en el MET? —pregunto alzando la barbilla perspicaz y también un poco socarrona.

Eon sonríe y pierde su vista a la derecha, tratando de ocultar que su gesto se va ensanchando más y más hasta llegarle de oreja a oreja.

—Una gran fiesta —responde—. En el MET siempre lo son.

Sonrío, giro sobre mis pies y me marcho definitivamente. Taylor tiene mucho que contarme.

Me monto en el taxi teniendo perfectamente claro lo que debo poner en el informe de impacto del edificio de Prescott en Alphabet City. Sin embargo, antes de ir a la universidad, decido pasarme por la fiscalía. Estoy segura de que Ethan querrá saber todo lo que he averiguado. Además, aunque me obligue a no pensarlo, no puedo dejar de darle vueltas a cómo se marchó de la fiesta.

Atravieso el vestíbulo del Equitable Building y me acerco al mostrador de seguridad para recoger mi pase.

—Buenos días —saludo al guardia.

—Buenos días. Nombre, por favor.

—Lilianne Harper.

Él asiente y mira una lista de papel sujeta a una pequeña carpeta metálica.

—Lo siento, pero no puedo pasar.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

Un grupo bastante numeroso se acerca al mostrador y comienza a entregarles sus acreditaciones. El guardia comienza a revisarlas y devolverlas, olvidándose de mí.

—Creo que debe de haber un error —trato de hacerle entender—. Llevo viniendo varios días. Trabajo en la Universidad de Columbia.

El guardia me mira un mero segundo y vuelve a prestar atención a lo que está haciendo sin dedicarme una sola palabra. Yo resoplo. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Abro el pequeño bolso que llevo cruzado y busco mi pase de seguridad de la universidad. Quizá así se convenza de que digo la verdad.

—Señorita, es inútil —dice acercándose a mí, al otro lado del mostrador. Sus palabras detienen mis manos. Alzo la cabeza y me doy cuenta de que el grupo ya ha pasado y se dirige a los ascensores—. El señor fiscal ha dado orden de que no se le permita el acceso.

¿Qué?

13

El guardia de seguridad suaviza su expresión y yo me doy cuenta de que debo estar mirándolo como un cachorrito abandonado... pero es que me siento así. Carraspeo y cuadro los hombros y me obligo a buscar su mirada.

—No se preocupe —me despido—. Buenos días.

Me alejo del mostrador camino de la puerta y, a cada paso que doy, mi mente se llena de más y más preguntas. ¿Por qué ha hecho algo así? ¿Por qué no quiere verme? Sin quererlo, empiezo a pensar en la fiesta del museo. Fue la última vez que nos vimos. ¿Que no me deje entrar es consecuencia de lo que pasó allí?

Resoplo. Sé que una adulta responsable se marcharía a la universidad, se pondría a trabajar y se olvidaría de todo esto... pero yo no puedo. Miro disimuladamente al guardia de seguridad y, cuando compruebo que está distraído, giro a la derecha y me escabullo hasta una especie de zona de espera junto a las cristaleras que dan a la Avenida Broadway.

Esto que acabo de hacer no significa en ningún sentido que no sea una adulta responsable.

«Por supuesto que no.»

Definitivamente el día que repartieron las voces de la conciencia a mí me tocó la actriz venida a menos que se emborracha con ginebra en la barra del bar... Genial, mi voz de la conciencia es Kathleen Turner.

Vigilo al guardia de seguridad. Espero. Espero y, cuando se distrae atendiendo a un repartidor con un enorme paquete, echo a andar hacia los ascensores. No puedo correr, eso llamaría la atención, así que me concentro en andar todo lo de prisa que soy capaz. Paso junto al mostrador. ¡No me ha visto! ¡Sí! ¡Sí!...

De pronto todo lo que veo es un montón de papeles volando por los aires y me doy de bruces contra el suelo.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —me pregunta preocupado el hombre con el que acabo de chocarme y que llevaba dos cajas con archivos y documentos.

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

—Sí —respondo dolorida. Tengo el culo hecho polvo.

Alcanzo de nuevo la verticalidad, pero, en cuanto doy un paso, gimoteo de dolor, encogiendo la pierna y agarrándome el tobillo.

—Duele —me quejo.

El hombre me sostiene del brazo.

—Debe de habérselo torcido —comenta—. No vuelva a apoyarlo. Hank —llama a alguien a mi espalda.

Me vuelvo y comprendo que está avisando al guardia de seguridad. ¡No! ¡No! ¡No!

—Estoy bien —digo acelerada, tratando de zafarme—, sólo necesito llegar a los ascensores.

—Necesita hielo para ese pie —me corrige el hombre—. Hank —vuelve a llamarlo.

—No me hagas esto —me lamento.

—Que no le haga, ¿qué?

El guardia de seguridad se acerca a nosotros.

—Te doy veinte pavos si me cargas como un cavernícola y me llevas hasta el ascensor.

El hombre frunce el ceño.

—¿Qué?

—Ya sabes —replico de prisa—, me coges de las caderas y luego me tumbas sobre tu hombro y te levantas y yo me quedo tal que así.

Escenifico la escena moviendo los brazos y el cuerpo conforme hablo. El hombre empieza a mirarme como si estuviese loca y el guardia de seguridad está cada vez más cerca.

—Señorita —me llama, claramente reconociéndome.

Yo frunzo los labios. ¿Por qué tengo que tener tan mala suerte?

Me giro despacio y me encojo de hombros. El guardia de seguridad echa un vistazo al estropicio de papeles, al amable hombre que todavía me sostiene y a mí, a la pata coja.

Sí, señor. Si hago el ridículo, me gusta hacerlo sin lugar a dudas.

Me fulmina con la mirada, pero creo que le doy pena, porque no me manda a la calle ni amenaza con llamar a la policía. En lugar de eso, resopla armándose de paciencia.

—¿Le duele? —pregunta.

Yo observo mi pie y a continuación lo observo a él.

—Muchísimo —gimoteo.

—Venga aquí —dice resignado, tras volver a resoplar, tendiéndome las manos para ayudarme.

Empezamos a andar hacia el interior del edificio.

—Lo siento mucho —me disculpo con el hombre, que empieza a recoger todos los papeles —. También lo siento por usted, Hank —continúo con mi mejor voz de niña buena.

Me mira de reojo mientras seguimos caminando.

—No se preocupe, señorita.

Creo que en el fondo le caigo bien.

Me lleva al cuarto de descanso de los empleados, me sienta en un sofá algo desvencijado, me hace quitarme los zapatos y estirar la pierna y me trae una bolsa de hielo.

—Le traeré también un café —me informa.

—Muchas gracias, Hank.

Se oye un murmuro fuera, voces.

Sale del pequeño cuarto y yo suelto un largo suspiro a la vez que me llevo las palmas de las manos a los ojos. ¿Cómo puedo ser tan rematadamente patosa?

—¿Qué coño ha pasado, Lillie?

Su voz atraviesa el ambiente y tensa mi cuerpo, aunque ahora mismo no sé muy bien en qué sentido. Bajo las manos justo a tiempo de verlo irrumpir en la pequeña sala de descanso como un ciclón y acercarse a mí. Me recorre con la mirada y se detiene en mi tobillo cubierto por la bolsa transparente de hielo. Está furioso, mucho.

—¿Qué ha pasado? —repite sin suavizar un ápice su tono.

—Me he chocado con un hombre en el vestíbulo y me he torcido el tobillo.

Resopla malhumorado y se acuclilla junto al sofá. Levanta la bolsa de hielo con cuidado y observa mi pie.

—No me puedo creer que hayas hecho algo así —farfulla.

¡Es el colmo! Entiendo que esté enfadado y siento que lo hayan avisado y haya tenido que interrumpir su trabajo, pero yo no le he pedido que viniese.

—Ha sido culpa tuya —protesto.

Ethan niega con la cabeza a la vez que ahoga una sonrisa breve y furiosa en un bufido aún más breve.

—Has tratado de colarte en el edificio —me recrimina con el tono endurecido, intimidante, tocando mi tobillo suavemente para comprobar el alcance del daño—. Si no te hubieses comportado como una cría, otra vez, no te habrías hecho daño.

Aprieto los labios. Ahora ya somos dos los que estamos enfadados.

—Si tú no te hubieras comportado como el cabronazo insufrible que eres y me hubieses prohibido el paso, yo no tendría que haber intentado colarme... ¡Au! —me quejo cuando toca un punto en concreto muy cerca del hueso.

—¿Te duele? —pregunta, y su tono ha cambiado.

—Sí —musito.

Ethan exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones. Se sienta en el tresillo, junto a mis pies. Abre la bolsa, saca uno de los cubitos y, con cuidado, lo pone directamente sobre mi piel, justo donde me tocó antes. Doy un respingo, apoyando las manos en el sofá y tensando mi cuerpo.

—Shhh —me chista Ethan—. Dentro de un momento sentirás alivio.

No levanta su vista de mi pie, concentrado en lo que sus manos hacen. Sigue enfadado, pero ese sentimiento parece haberse, en parte, transformado. Si no fuera una auténtica locura, diría que está preocupado.

Bájate de la nube, Harper.

De pronto me siento un poco culpable. No tendría que haberme colado. El hombre con el que me choqué podría haberse hecho daño también, quizá ha perdido algún documento importante. He interrumpido el trabajo de Hank y también el de Ethan.

—Lo siento —murmuro.

Mis dos palabras le hacen alzar la cabeza y buscar mi mirada.

—Seguro que estabas en alguna reunión o algo importante.

Ethan pone los ojos en blanco.

—¿Tienes pensado dejar de decir tonterías en algún momento? —inquiere concentrándose de nuevo en el hielo sobre mi tobillo.

Una sonrisa se cuela en mis labios. No le ha importado dejar el trabajo para venir a verme.

Alza la mirada, sólo un segundo, y yo disimulo mi sonrisa. Creo que justo a tiempo.

—¿Y tú tienes pensado ser mínimamente amable? —replico impertinente, pero con un tono divertido en la voz. Eso no soy capaz de disimularlo—. Estoy herida.

Ethan no dice nada, pero sus labios se curvan suavemente hacia arriba.

Nos quedamos en silencio. Mueve el hielo y un finísimo hilo de agua helada resbala de su mano y cae por mi pierna. Suspiro por la sorpresa. Ethan alza su mirada y sus ojos azul oscuro se encuentran directamente con los míos. De pronto, la pequeña habitación parece serlo un poco más. El ambiente se carga de una suave electricidad y mi respiración, sumergida en esta especie de fuerza gravitatoria, se acelera; respiro hondo tratando de controlarla y la mirada de Ethan se oscurece.

—¿Por qué diste orden de que no me dejaran entrar en el edificio? —murmuro. Quiero saberlo, pero la respuesta también me da un miedo terrible—. ¿Es porque hice algo mal cuando estuvimos juntos en la fiesta? ¿Yo... yo no fui suficiente para ti?

Las últimas palabras se evaporan en mi garganta. Bajo la cabeza y clavo mis ojos en mis propias manos. He preguntado y ahora no quiero saber la respuesta, porque en el fondo ya la conozco.

Harper, no estuviste al nivel.

Tierra, ¿por qué no me tragas y acabas con todo esto de una vez?

—Lillie, mírame —me ordena.

Obedezco. Sus palabras traspasan mi cuerpo y lo rinden a él por completo. Es perturbador que sólo necesite una frase, su voz, para conseguirlo.

—Tocarte fue perfecto —susurra.

Las mariposas se despiertan en tropel y una boba sonrisa se cuela en mis labios. Ethan frunce el ceño suavemente, sólo un segundo.

—Pero no me sentí como pensé que me sentiría —sentencia.

La sonrisa desaparece de mis labios. Abro la boca confusa, pero en el fondo no sé qué decir. ¿A qué se refiere?

—¿Eso es bueno o malo? —planteo confundida.

—Eso no es asunto tuyo, Lillie —replica sin un solo segundo de duda.

Yo lo observo, aún más confusa, casi aturdida. ¿Cómo puede decir eso? Estamos hablando de cómo se sintió estando conmigo. ¡Claro que es asunto mío!

—Ethan...

—La hinchazón del tobillo casi ha desaparecido —me interrumpe, guardando el cubito casi derretido de nuevo en la bolsa y dejando la bolsa sobre mi pie. Su voz ha cambiado, adoptando un tono neutro y práctico con el que acelerar el fin de la situación.

Yo lo observo tratando de encontrarle el sentido a lo que acaba de decir, de por qué ahora se está marchando. ¿Por qué nunca puede dejarnos tener una conversación?

—Ethan —lo llamo de nuevo.

Pero él parece no escucharme. Se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Vendré a buscarte en un rato para llevarte a tu apartamento —me informa con su mano ya

rodeando el pomo—. Descansa.

Sale definitivamente sin volver a mirarme y yo me quedo muy quieta sin saber siquiera qué decir. No se siente como pensó que se sentiría. ¿Y cómo se sintió entonces? ¿Cómo le hubiese gustado sentirse? ¿Por qué no puede quedarse y hablar?

Resoplo y echo la cabeza hacia atrás. No soy capaz de entenderlo. Es frustrante.

Unos minutos después, Hank regresa. Creo que se siente culpable por haber avisado a Ethan de que estaba aquí, porque, además del café, me trae un pastelito de crema. Vuelvo a quedarme sola y la verdad es que empiezo a aburrirme. Dejo la bolsa de hielo sobre la mesa, me levanto y voy cojeando hasta la mesa donde el guardia de seguridad dejó mi bolso. De vuelta al sofá, reviso mis correos electrónicos en el iPhone. Trato de trabajar un poco, pero sin mis libros ni mi ordenador es imposible. Opto por escuchar algo de música. Saco los cascos, los conecto al móvil y abro Spotify. Treinta segundos después estoy escuchando *Up&Up*,[8] de Coldplay.

El tobillo ya no parece dolerme tanto. Me incorporo y me lo toco. Genial. Apenas siento un pinchazo. Estoy cansada de estar aquí tumbada. Me levanto despacio y miro a mi alrededor buscando algo con lo que entretenerme.

Tres canciones más tarde estoy recorriendo descalza la pequeña sala, curioseando, cantando bajito *Sex on Fire*,[9] de los Kings of Leon. Me encanta esta canción. Leo un póster de la pared sobre una exposición que hubo en el edificio hace unos meses. Es un diseño muy bonito, con una guitarra dibujada con acuarelas. En ese preciso instante siento, porque en absoluto oigo, un movimiento en la habitación. Me giro y mi corazón se revoluciona por el susto, haciéndome dar un suave respingo. Ethan está bajo el umbral de la puerta, con las manos metidas en los bolsillos, observándome con una media sonrisa en los labios.

¿Cuánto tiempo lleva ahí? Maldita sea, ¿cuánto tiempo lleva oyéndome cantar como si hubiese decidido presentarme a una de las audiciones a ciegas de «La Voz»?

Lo saludo con un «hola» a medio camino entre el nerviosismo y el ridículo más absoluto. Ethan echa a andar despacio, con ese paso tan masculino que nunca me canso de observar, y se detiene frente a mí, exactamente a un mísero paso.

Es alto y, al estar descalza, me lo parece aún más.

Igual de despacio, me observa de arriba abajo lleno de un insolente descaro. Sus ojos se clavan en los míos y otra vez el ambiente entre los dos se transforma en algo cálido y eléctrico. Lleno de una cegadora seguridad, alza la mano y, con un suave tirón, me quita los auriculares. Inmediatamente la voz de Caleb Followill inunda el aire entre los dos.

Ethan sonríe condenadamente sexy y, antes de que pueda decir o hacer nada, muy bajito, prácticamente en un susurro, comienza a cantar siguiendo la letra a la perfección. Yo lo miro absolutamente hechizada. Sus labios se mueven sensuales y yo me muerdo el mío deseando que me bese, que me tumbe sobre el desvencijado sofá.

Tras unos preciados segundos, su sonrisa se transforma en esa sincera y preciosa que creo que guarda sólo para mí. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? ¿Por qué tiene que saber mirarme justo así?

—¿Ves las cosas que me haces hacer? —susurra con la voz grave.

Un suspiro se escapa de mis labios. Quiero hablar, quiero decir algo increíblemente

inteligente y sofisticado que le haga caer a mis pies, pero sencillamente no se me ocurre nada. Todas mis neuronas están mirando a Ethan e imaginándonos bailando la canción final de *Dirty Dancing*.

—Vamos —me llama rescatándome de mi ensoñación—, Martin te llevará a tu apartamento.

¿Qué? No.

Da un paso para alejarse, pero yo, antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, lo detengo agarrándolo por el brazo. El contacto nos sorprende a los dos, pero ninguno hace nada por evitarlo.

—Podríamos ir a comer —murmuro acelerada— o, no sé, tomarnos un café. Ya sabes, charlar sin que hagas todo lo posible para que me entren ganas de estrangularte.

Sonrío, pero es un gesto nervioso, incluso un poco avergonzado. Quería seguir mostrándome fría, pero, aun cuando no hace nada, consigue que eso de ocultarle mis emociones, para bien o para mal, sea un trabajo digno de un híbrido entre Hércules y el rey de los dothraki.

Ethan me observa unos segundos y finalmente se humedece los labios.

—Yo no puedo hacer esas cosas, Lillie.

—¿No puedes comer? —inquiero impertinente; no lo hago a propósito.

—No, no puedo comer contigo.

Su repuesta cae como un jarro de agua fría sobre mí. Aparto la vista y me encojo de hombros. Siento como si no midiese más de dos centímetros. Ethan no dice nada más y yo me muevo por la habitación recuperando mi bolso y mis zapatos hasta que finalmente me dirijo hacia la puerta bajo su atenta mirada.

—Gracias por el hielo —musito.

Él sigue en silencio, observándome, con el cuerpo tenso, en guardia.

Salgo de la pequeña habitación y atravieso el pasillo y el vestíbulo del Equitable Building. Nadie repara en que llevo los zapatos en la mano. Me siento como una completa idiota. Él no siente nada por mí, es más que obvio. Una noche de sexo y un trozo de hielo en un tobillo no son una declaración de nada más. ¿Por qué no puedo pensar las cosas antes de hacerlas? ¿Por qué siempre tengo que hablar?

—Señorita Harper —me saluda Martin abriéndome la puerta de atrás del imponente Lexus negro.

Entro y me dejo caer sobre la tapicería negra. Apenas ha cerrado mi puerta cuando Martin recibe una llamada. Descuelga al primer tono y responde profesional. Escucha lo que quiera que le dicen al otro lado y me mira una décima de segundo antes de responder un «sí» seguido de algo que no logro entender.

En mi apartamento, me cambio de vestido para poder calzarme mis Converse, mi tobillo hoy necesita un respiro. Como algo rápido y me marcho a la universidad. No quiero encerrarme sola en mi apartamento. Sé que no tardaría más de unos segundos en empezar a darle vueltas y más vueltas a todo lo que ha pasado en el Equitable Building. Además, físicamente estoy bien. Puedo trabajar.

Me paso por la biblioteca y saco un par de libros sobre arquitectura civil de Nueva York y otro más sobre la historia urbanística de la ciudad. Gracias a una amiga del Departamento de

Ingeniería, especializada en ingeniería urbanística, consigo un estudio muy completo sobre la evolución y desarrollo del Lower East Side en los últimos cincuenta años. Y, como guinda del pastel, encuentro un artículo de la revista *Spaces* firmado por el editor, Bentley Sandford, sobre la *gentrification* de Alphabet City, o, lo que es lo mismo, el cambio en las condiciones y equipamientos que está sufriendo el barrio y qué aspectos mejorarían muchísimo su calidad de vida.

Redacto el perfil de Anthony Prescott, basándome en la entrevista y la información que tengo sobre él, y un cuidadísimo estudio sobre el impacto, real, que tendría su edificio de oficinas en Alphabet City.

Son más de las siete, pero no me importa. No quiero moverme de mi mesa hasta asegurarme de que todo ha quedado perfecto. Además, sólo estamos el profesor Kenner y yo en el departamento y el ambiente es tranquilo y silencioso. Ideal para concentrarse.

Dejo de teclear y repaso uno de los libros que tengo abiertos sobre la mesa. Quiero incluir una frase textual. Percibo un ruido, pero no presto atención. El profesor debe de haber salido de su despacho. Y entonces, irrumpiendo en mi campo de visión, alguien deja una granizada de fresa, cereza y arándanos de mi cafetería preferida sobre mi mesa.

Alzo la cabeza y una sonrisa se cuela en mis labios cuando veo a Ayden al otro lado de mi mesa.

—Hola, chica Hitchcock —me saluda y, como premio, me regala su sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto divertida.

Ayden se toma unos segundos sopesando qué decir.

—Estoy haciendo un bien por la humanidad —responde al fin, grandilocuente.

—¿Y cuál es ese bien?

Se encoge de hombros y frunce los labios suavemente.

—Alimentar a preciosas chicas trabajadoras con granizadas.

Mi sonrisa se ensancha. Es un auténtico sinvergüenza engreído y arrogante que tiene demasiado claro cómo llevar cualquier situación a su terreno, pero, a pesar de saberlo, no puedo evitar quedarme hechizada y simplemente caer en sus redes.

—Las chicas trabajadoras te agradecemos la granizada.

Ayden sonríe y empuja el vaso helado hasta mí con uno de sus masculinos dedos.

Sonrío de nuevo sin levantar la mirada de él. Todavía no me puedo creer que haya venido hasta aquí para traerme una bebida.

—Ven conmigo —dice sin más.

Yo entorno los ojos divertida, fingiéndome perspicaz, y me dejo caer sobre mi silla a la vez que me cruzo de brazos.

—¿Qué te hace pensar que quiero ir contigo? —lo desafío.

Ayden pierde su vista a su derecha, actuando como si sopesara mis palabras al tiempo que se humedece el labio inferior. Despacio, vuelve a girar su perfecto rostro, atrapa mi mirada y se inclina seductor sobre mí.

—Digamos, chica Hitchcock —replica en un susurro con una impertinente media sonrisa, otra vez injustamente cerca de mis labios— que me has dado dos o tres pistas.

Un suspiro atraviesa mi garganta.

El gato acaba de cazar al ratón.

Ayden me tiende la mano. Yo me muerdo el labio inferior sin dejar de sonreír, mirándolo. Me siento como Eva en el paraíso a punto de coger la manzana... y, como ella, caigo de lleno. Acepto su mano y me levanto.

Ayden me saca del departamento y comenzamos a caminar entremezclándonos con los alumnos que abarrotan los pasillos. Su mano sigue sobre la mía y la sensación es embriagadora.

—¿Adónde vamos? —inquiero divertida.

Pero Ayden se limita a dedicarme su media sonrisa y a saborear toda la expectación que está creando en mí.

Atravesamos la zona oeste del campus y llegamos a un área mucho más tranquila. Nunca había estado aquí.

Accedemos a un pequeño patio muy cuidado y Ayden nos detiene junto a una puerta de madera oscura. Llama y esperamos.

—¿Todavía no piensas decirme adónde vamos? —pregunto de nuevo

—La vida es misterio, chica Hitchcock —responde burlón, sin duda alguna riéndose de todas las veces que me he quejado de que sea precisamente eso, el hombre más misterioso sobre la faz de la tierra.

Yo le dedico un mohín, pero me es imposible mantenerlo mucho tiempo y acabo sonriendo otra vez. Por un momento volvemos a quedarnos el uno frente al otro. Mi sonrisa se vuelve más tímida cuando sus ojos recorren mi rostro despacio. Poco a poco, sin levantar su mirada, Ayden mueve su mano sobre la mía y entrelaza nuestros dedos. Una chispa prende de nuestras palmas unidas y siento cómo el ambiente repleto de suave tensión me atraviesa, me calienta y me hace sentirme demasiado bien.

—Ayden... —murmuro, pero no tengo ni la más remota idea de cómo terminar esa frase.

En ese preciso instante la puerta se abre y un hombre de unos cincuenta años con traje y corbata, seguido de un guardia de seguridad más joven, se acerca a Ayden con una sonrisa.

—Encantado de verlo de nuevo, señor Morgan.

—Lo mismo digo —responde él—. Lo que les pedí, por favor.

Suena exigente, pero al mismo tiempo como todo un caballero. Creo que es su yo británico sacando pecho. Sabe perfectamente lo que quiere, pero jamás perdería los modales o la serenidad para conseguirlo.

El hombre trajeado asiente y le hace un rápido gesto al guardia, que asiente también y le entrega unas llaves a Ayden.

—Perfecto —sentencia.

Tras una brevísima despedida, tira de mí para que empecemos a caminar. Yo lo miro llena de curiosidad, pero otra vez sólo obtengo su preciosa sonrisa por respuesta.

McMisterioso debería ser más comunicativo. Soy una chica con muchas preguntas.

Accedemos a un edificio completamente vacío. Ayden me deja en el centro y camina hasta unas puertas acristaladas. Yo voy a seguirlo, pero el lugar inmediatamente roba mi atención. El suelo es de madera clara, como el de una pista de baile, y hay un centenar de sillas y otro gran

número de mesas apilados contra una pared. A su lado, jarrones, antorchas de suelo y cosas por el estilo.

—¿Dónde estamos? —pregunto confusa, acercándome a él.

Estoy segura de que no hemos salido de la universidad, pero jamás había estado en esta zona.

—¿Por qué no vienes a descubrirlo?

Abre las dos puertas de madera y cristal y yo suelto un suspiro de puro asombro. Un precioso patio se extiende ante mí. Es cuadrado, rodeado por un cuidadísimo muro de piedra gris, flanqueado por árboles altos y frondosos. Junto a todo el muro se extienden unos bonitos jardines llenos de rosas rojas maravillosas y en el centro hay una preciosa fuente, también de piedra, con pinta de ser tan antigua que ya ha adquirido la categoría de obra de arte. El suelo está adoquinado y prácticamente impoluto. El aire es fresco y huele a flores, y el relajante sonido del agua cayendo se mezcla con el de los pájaros cantando entre las ramas.

—Ayden, es fantástico —musito admirada, atravesando las puertas y saliendo al patio.

Alzo la mirada y el cielo despejado me recibe. Este lugar es como un sueño.

—Es la zona reservada para las comidas y los eventos al aire libre que organiza la universidad para recaudar fondos —me explica reuniéndose conmigo en el patio—. Imaginé que nunca la habías visto y supe al instante que te encantaría.

—¿Y cómo has conseguido que nos dejen entrar?

Ayden no dice nada, pero una impertinente sonrisa se cuela en sus labios y automáticamente me doy cuenta de lo inocente que debo parecerle ahora mismo. Dinero, poder ir a su club, cobrarse algún favor... Ayden juega en otra liga completamente diferente.

—Soy idiota —me lamento.

—Eres adorable —responde Ayden con su voz grave y ronca.

Yo lanzo un profundo suspiro, casi un resoplido.

—No quiero ser adorable —replico cruzándome de brazos y alzando la barbilla—. Quiero ser como Ava Gardner.

Inmune a los cabronazos como tú, para más señas.

—Creo que vas a tener que elegir a otra actriz —replica sentándose grácil en el borde de la fuente—. Ava Gardner nunca trabajó para Hitchcock.

Cogiéndome por sorpresa, alza la mano y acaricia el bajo de mi vestido, sin llegar a tocar mi piel. La promesa de una caricia que revoluciona todo mi cuerpo.

—No lo decía por eso —contesto en un murmuro.

—Lo sé.

Sus ojos brillan más azules que nunca. Definitivamente esto no está funcionando. Si yo soy Ava, Ayden es Sinatra.

—Bueno... ¿vas a decirme qué hacemos aquí? —me obligo a plantear, apartándome de él, paseándome por el precioso atrio.

—Te he traído por las vistas —responde restándole importancia, levantándose y siguiéndome a unos metros de distancia, con las manos metidas en los bolsillos, en una pose arrogante y sexy.

Yo me giro sin dejar de caminar y entorno los ojos, divertida. Las vistas son geniales, pero estoy segura de que hay algo más.

—No te creo —lo desafío—. Estoy convencida de que tienes algún otro as bajo la manga.

Ayden sonríe.

—¿Alguna vez esa cabecita de socióloga deja de funcionar?

—¿Por qué? —replico—. Eres un objeto de estudio muy interesante.

Ahora es él quien entorna los ojos, divertido.

—Así que eso es lo que soy ahora, un objeto de estudio.

—Uno muy interesante —repito insolente y también socarrona.

Ayden se humedece el labio inferior otra vez, al tiempo que asiente con la mirada llena de una burlona malicia.

—Y lo serías aún más si contestaras a alguna de mis preguntas —sentencio.

—Dios santo —protesta fingidamente resignado—, ¿tienes más preguntas?

—Claro que sí —respondo con una sonrisa.

Ayden me devuelve el gesto y por un momento simplemente nos miramos cómplices.

—Estoy seguro de que voy a arrepentirme, pero ¿qué quieres saber?

—¿De verdad? —inquiero emocionada, deteniéndome en seco con los ojos muy abiertos y la expresión pletórica—. ¿Puedo preguntar lo que quiera?

La sonrisa de Ayden se transforma en un gesto distinto, un poco más duro, pero lleno de un centenar de emociones que cruzan tan rápido sus ojos que no soy capaz de distinguir ninguna.

—Acaba de iluminársete la mirada —contesta escrutando cada centímetro de mi rostro. A veces creo que puede leer en mí y, por un motivo que ni siquiera entiendo, eso hace que me sienta muy cerca de él—. ¿Cómo pretendes que te diga que no?

Yo le mantengo la mirada llena de todo lo que me hacen sentir. Su cuerpo llama al mío y mi parte más kamikaze no para de gritarme que me olvide de todo y me lance en sus brazos.

—¿Echas de menos tu vida en Inglaterra?

—Sí —responde sin dudarlo un instante.

El pasado de Ayden, todos sus secretos, han despertado mi curiosidad desde que Nadine lo mencionó en el Radio City Music Hall. Sin embargo, cuando le pregunté allí, Ayden se mostró frío, marcando una distancia ensordecedora con todo lo que dejó atrás. Ahora algo ha cambiado en su mirada y esa única palabra ha mostrado mucho más. Sea lo que sea lo que pasó, le duele.

—¿Y por qué no vuelves? Quiero decir —trato de explicarme—, lo que hiciste no estuvo bien, pero todavía puedes arreglarlo, puedes hablar con esa chica, ayudarla, y así podrías volver a Inglaterra.

¿Qué haces, idiota? ¡No quiero que se vaya a Inglaterra!

—De vez en cuando —añado rápidamente—, de visita.

Ayden sonríe una vez más, pero es un gesto triste que no le llega a los ojos.

—Lillie, no tuve que marcharme de Inglaterra por los motivos que tú crees.

Abro la boca dispuesta a preguntar, pero vuelvo a cerrarla, vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla. ¿Qué fue lo que pasó entonces? ¿Por qué está aquí?

—Creí que dejaste embarazada a aquella pobre chica y tú...

Ayden llega hasta mí. Agarra mi muñeca y, cogiéndome por sorpresa, tira de mí hasta que mi cuerpo choca contra el suyo.

—Se acabaron las preguntas por hoy —susurra como el león cercando a su presa.

Mi respiración se acelera y, una vez más, mi libido toma el control de mi cuerpo. Creo que últimamente lo hace demasiado a menudo, aunque pensar en presentar resistencia es complicado. Cuando sonríe, el mundo deja de girar.

—¿Y qué... qué quieres hacer? —murmuro absolutamente hechizada por su mirada.

Harper, es absolutamente urgente y necesario que dejes de parecer una boba enamorada.

«Voto por eso.»

Es complicado.

Ayden sonríe, saboreando el momento. El león rugiendo en todo su esplendor.

—Mientras me sigas mirando así —responde—, creo que podría hacer cualquier cosa.

Yo salgo de mi ensoñación y frunzo los labios como mecanismo de defensa.

—Eres un británico canalla y descarado —lo reto insolente y divertida por su respuesta.

—Y eso es lo que más te gusta de mí.

—Y eres un engreído.

—Y tú disimulas demasiado mal que estás encantada.

—Y tú...

La frase se evapora en mis labios. Ayden me agarra con fuerza de la cintura y me aprieta un poco más contra él, casi levantándome del suelo, estrellando nuestros labios en este escenario de ensueño.

Mis manos se apoyan en su pecho. Su olor, a limpio, a madera y a menta, me invade y todo comienza a dar vueltas, despacio, suave, uniéndome más a él, haciendo que cada centímetro de mi cuerpo sonría, se excite, lo desee, sea feliz.

Ayden se separa lentamente pero, antes de hacerlo del todo, me besa una vez más, más suave, más dulce, derritiéndome entre sus brazos.

—A eso se le llama robarle un beso a una ladrona —murmuro sin poder desunir nuestras miradas.

—Y pienso volver a hacerlo, Marnie.

Ayden sonríe y es la última señal que necesita mi cerebro para entender lo bien que me siento con él exactamente así.

En el maravilloso parque pierdo la noción del tiempo y simplemente me dejo llevar.

* * *

—Gracias por traerme a casa.

El elegante Aston Martin de Ayden se detiene frente a mi edificio. Yo me quito el cinturón de seguridad y suspiro discreta y también un poco nerviosa.

—Un placer.

—Me debes una granizada —le recuerdo con una sonrisa.

Cuando regresamos a mi mesa, la que me había comprado se había derretido.

Ayden asiente y, fingidamente serio, cruza el índice sobre el pecho y después lo levanta.

—Tienes mi palabra —sentencia.

—No sé si puedo fiarme mucho de tu palabra —replico frunciendo los labios—. Eres un británico misterioso que nunca quiere responder a mis preguntas. Por lo que yo sé, podrías ser un ladrón de bancos que está huyendo de la justicia.

Ayden ladea la cabeza, entorna los ojos y se inclina suavemente hacia delante.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, ¿no? Cree el ladrón...

Yo abro la boca indignada. Ayden sonríe, casi ríe, sincero por mi reacción, y al cabo de un segundo no tengo más remedio que imitar su gesto.

—Algún día voy a aprender a devolvértelas —lo advierto.

—Espero que no.

Su sonrisa se transforma en una más serena, pero creo que más profunda, y no puedo evitar volver a quedarme mirándolo, como si todo mi cuerpo me lo suplicase.

—Buenas noches, chica Hitchcock.

—Buenas noches, Ayden —murmuro.

Salgo del coche bajo su atenta mirada. Camino hasta mi edificio y, tras subir los siete escalones que me separan de la acera, me giro y alzo la mano. Ayden me devuelve el gesto. Cuando ya estoy sana y salva en el portal, oigo rugir el motor y Ayden se marcha.

Ya en mi apartamento, me siento en la cama para quitarme las Converse, pero, antes de que pueda evitarlo de algún modo, me dejo caer en el colchón con los brazos y las piernas estiradas y clavo la vista en el techo. Esta noche he estado tentada varias veces de decirle mi verdadero nombre, pero cada una de esas veces hubo algo que me lo impidió. Una parte de mí cree que, si sigo siendo Marnie para Ayden, podré seguir siendo Lillie para Ethan y nunca tendré que elegir. Es mi parte descerebrada, que sólo sabe pensar con el corazón. La otra carraspea y expone sabiamente que, para poder tener que elegir entre ellos, los dos tendrían que querer estar conmigo y, desde luego, no es el caso, o por lo menos no lo es más allá del sexo. Resoplo. Yo sólo quería conseguir información para el proyecto. Nunca pensé que mi vida acabaría complicándose tanto.

* * *

El despertador suena. Murmuro algo parecido a un «ya voy» y me acurruco al lado contrario. Tengo mucho sueño. La alarma para, pero un mísero minuto después vuelve a sonar sin ninguna compasión. Me giro malhumorada. Apago el despertador de un manotazo y me levanto con el pelo revuelto y el pijama enredado en mi propio cuerpo. Odio cuando pasa eso.

Después de una ducha y unas tostadas francesas, estoy de mucho mejor humor. Me preparo para ir a la universidad y salgo de mi apartamento canturreando la sintonía de un anuncio que acabo de ver en la televisión. Maldita sea. Seguro que ahora me paso entonando la cancioncilla todo el día.

Al pasar por delante de los buzones, me doy cuenta de que ayer no recogí el correo. Quizá haya algo importante. Meto la pequeña llave dorada en la cerradura y levanto la puertecita metálica. Un sobre de color blanco llama inmediatamente mi atención. Lo cojo y mi estómago se encoge, como si mi cuerpo ya supiese lo que va a encontrar antes de hacerlo. Lo abro despacio y,

en cuanto veo lo que contiene, lo cierro de golpe a la vez que resoplo o suspiro, no lo sé, pero sí me siento muy culpable. No necesito contarlo para saber que son cinco mil dólares y no necesito preguntar para saber que son por la fiesta del MET, por lo que Ayden, Ethan y yo hicimos allí.

Regreso a mi piso con el paso acelerado y lo atravieso directa a mi habitación. Justo antes de meterlo en la cómoda junto con el sobre del New York Palace Hotel y fingir que no existe, una tarjeta blanca cae de él. La cojo con cuidado y la observo con el ceño fruncido. En un lado no hay nada, pero, al girar la satinada cartulina, leo el nombre de Nadine Barnett en un suave relieve y elegante tipografía. Abajo alguien, imagino que la propia Nadine, ha escrito a mano:

A las 4.00 p.m. en el Archetype. Tienes una cita. Sé puntual.

Miro la tarjeta con cara de susto sin saber qué pensar. ¡No puedo hacerlo! ¡No puedo tener ninguna cita! Saco el móvil de mi bolso, dispuesta a llamar a Nadine y explicárselo todo, pero, justo antes de deslizar el dedo por el botón verde, pienso en Taylor. No puedo descubrirla. Resoplo, me apoyo en la pared y dejo caer la cabeza hasta chocarla contra el muro. ¿Qué demonios voy a hacer?

Pienso. Pienso. Pienso. Y entonces lo veo claro. Taylor me ha repetido una y mil veces que los *hobbyists* no pagan por sexo, pagan por la compañía. Puedo ir al Archetype, charlar, tomarme una copa y después simplemente marcharme. Con un poco de suerte, sacaré información de lo más valiosa para mi proyecto. Eso es. Lo enfocaré como algo estrictamente profesional.

Me incorporo, cierro el cajón de la cómoda de un golpe y me pongo de nuevo en marcha. Yo no me rindo y no pienso empezar ahora.

Después de la hora del almuerzo, le explico al profesor Kenner que tengo unas entrevistas concertadas para mi proyecto y que necesito salir antes; técnicamente no he mentido. Mi jefe acepta y me desea suerte. Desde luego, no me vendrá mal tener la fortuna de mi parte.

A las cuatro estoy frente a la puerta del Archetype. De día, el callejón que lo alberga parece completamente diferente. Ya no tengo la sensación de estar en una película de gánsteres en blanco y negro, pero sigue resultando un lugar sexy y, cuando menos, fascinante.

El portero me saluda con el mismo gesto de cabeza de siempre y me abre la puerta. Sólo necesito un segundo para darme cuenta de que aún no está abierto para los clientes. El club se despliega ante mí tranquilo y en cierto modo mucho más íntimo. Algunas camareras están trabajando detrás de la barra, preparándolo todo para cuando abran las puertas. La luz es diferente, más suave y cálida. Sólo se oye la voz de una de las empleadas cantando suavemente *What a day for a daydream,*[10] de Vanessa Paradis, y las risas de una pareja de camareros al fondo de la barra. Incluso, cuando no se lo propone, el Archetype es el sitio más sensual de la tierra.

Entonces caigo en la cuenta de algo. Si aún está cerrado, ¿quién ha podido citarme aquí?

—Señorita Harper —me llama una de las camareras—, la esperan en el ensayo.

—¿El ensayo? —repito confusa a modo de pregunta.

La mujer asiente.

—Tome esa puerta —me explica señalando una muy cerca de la salida— y siga todo recto.

No tiene pérdida.

—Gracias.

Me despido con una sonrisa y cojo la dirección que me ha indicado. Estoy nerviosa, con las mariposas de mi estómago moviéndose descontroladas. No tardo en ver una gran sala llena de mesas con esos espejos de camerinos rodeados de bombillas. Hay al menos una decena de ellos, de espaldas unos contra otros, formando una gruesa fila. Sonrío embargada por el ambiente, imaginando a las bailarinas de un cabaré corriendo de un lado a otro preparándose para actuar.

Sigo avanzando y una canción suena cada vez más clara. Cuando llego al final del pasillo, ya no tengo ninguna duda de que es *Earned it,*[11]de The Weeknd. Alcanzo la última puerta. Rodeo el pomo. La canción termina. Vuelve a empezar.

Entro.

Suspiro de nuevo.

Es sencillamente increíble.

14

Un enorme teatro se levanta a mis pies. Sobre un gran escenario de madera, flanqueado por un grueso telón rojo, diez bailarinas se mueven al ritmo de la música, rodeando una preciosa cama con dosel del que cuelgan unas finas telas blancas, casi transparentes. Como es seña del local, las chicas bailan con una carísima lencería negra. Se pasean con una sincronización milimétrica, moviéndose sensuales, todas con la misma peluca negra cortada a la altura de la mandíbula y una elegante fusta del mismo color.

Es imposible no quedarse hechizada mirándolas y no es algo sexual, es más íntimo, como si el placer te removiera por dentro y te diera dos únicas elecciones: desearlas a ellas o desear ser como ellas. Creo que daría todo lo que tengo por ser así de sexy, por poder cautivar de esta manera.

Llevo la mirada hacia el auditorio vacío y mi respiración y mis latidos suben otro escalón cuando veo a Ayden y a Ethan sentados en dos de las butacas, observando el espectáculo. Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, el ambiente sensual y glamuroso, el sexy cabaré que he imaginado antes, se vuelve realidad gracias a ellos. Si las bailarinas podrían hechizar a cualquiera, ellos ni siquiera necesitan moverse para conseguirlo. Desearlos o desear ellos. Aquí tampoco dudo. Quiero que me toquen. Mi cuerpo febril, casi en llamas, no pide otra cosa.

Ayden se levanta grácil y con paso seguro camina hasta mí mientras las chicas siguen bailando. Se detiene exactamente a un paso. Su olor me sacude fresco y mentolado, y algo que sólo nos incumbe a nosotros va creciendo entre ambos.

Me dedica su media sonrisa antes de tomarme de la mano y llevarme hasta el pasillo que divide la platea en dos, justo frente al centro del escenario. Se coloca a mi espalda, albergándola con su cuerpo. Yo observo a las chicas y otra vez vuelvo a quedarme prendada de su baile, de cómo se mueven, como si fuera algo natural para ellas el estar así de compenetradas, el despertar toda esa excitación.

—¿Te gusta mirarlas? —inquiere Ayden.

Me muerdo el labio inferior y aparto la vista de ellas como respuesta. Me siento como si me hubiesen pillado con las manos en la masa.

—Sí, no sé —balbuceo inconexa—. Me gustaría ser tan sensual como ellas —me sincero traduciendo en palabras mis deseos, pero también todos mis miedos y complejos.

En realidad, creo que ése es uno de los motivos por los que me siento aturdida y confusa y

ruborizada cada vez que Ayden o Ethan están cerca. No logro explicarme qué pueden ver en mí, en la poca cosa, dos hombres como ellos.

Ayden me besa el cuello muy suave, casi efímero, y su sonrisa contra mi piel hace vibrar todo mi cuerpo. Alza la mano hasta sujetar mi barbilla y la levanta haciendo que mi vista se encuentre de nuevo con las bailarinas.

—Podrías serlo, Marnie —susurra con la voz más sensual que he oído en todos los días de mi vida—. Sólo tienes que desearlo.

Su frase tensa todos los músculos de mi cuerpo.

Ayden me regala un último beso, justo bajo el lóbulo de mi oreja, vuelve a cogerme de la mano y me lleva hacia el escenario.

En cuanto subimos a él, las chicas se detienen y se marchan por la puerta por la que yo llegué. Mientras, la música sigue sonando.

Me deja en el centro de la tarima y camina hasta el enorme equipo de música. Me armo de valor para mirar al frente y sus ojos azul oscuro me atrapan. Es perturbador que incluso a metros de distancia consiga prender la mecha imaginaria de mi cuerpo. Sigue sentado en una de las butacas, con las piernas cruzadas en esa pose tan elegante y masculina, con un brazo estirado sobre el respaldo de los sillones tapizados de rojo oscuro y la otra mano descansando sobre su rodilla. Está observándome como la bestia salvaje que es, cercando a su presa, disfrutando de ser el rey de esta selva de asfalto, sensualidad y sexo, siendo exactamente como es. Y ése es el mayor peligro y también mi mayor problema. Ethan no necesita fingir, ni comportarse como alguien que no es. Su carácter duro, distante y complicado, la manera en la que se enfrenta al mundo, me resultan tan atractivos que me es imposible escapar de él de la manera que sea.

La canción cesa, pero casi en el mismo segundo otra comienza y la voz de Ariana Grande cantando *Into you*[12] satura hasta el último centímetro de mi cuerpo.

Mi mirada se cruza con la de Ayden y me domina por completo. Se acerca despacio, marcando el ritmo del juego, diciendo sin palabras «respira, chica Hitchcock, voy a regalarte la noche de tu vida». Sin embargo, no regresa a mi lado. Me rodea dejando metros de distancia entre los dos, contemplándome con los ojos llenos de un hambriento deseo, haciendo que el mío crezca y crezca sin control. Ése es su superpoder. Hacer que el placer, la excitación y el deseo nublen mis sentidos sin ni siquiera necesitar tocarme.

Al fin se detiene frente a mí, muy cerca. No me toca, pero mi recompensa está cerca. Mis ojos bailan de los suyos a sus labios y bajan a sus manos. Mi mente vuela libre e imagino esas manos en mi cuerpo, levantándome a pulso contra la pared.

—El juego era observarte desde el asiento mientras tú te movías por el escenario —pronuncia con su voz ronca, sacándome de mi ensoñación.

Bajo la mirada. Trago saliva.

—No soy tan sensual como quieres, ¿verdad?

Ayden niega con la cabeza. Los miedos y las inseguridades vuelven, aunque es lo último que quiero.

—Lo eres todavía más, Marnie.

Alzo la mirada y la clavo en la suya, pero él no me deja decir nada, tampoco pensar. Me toma

del cuello con las dos manos hasta sumergir los dedos en mi pelo y me besa con fuerza, desbocado. Yo lo recibo encantada, viéndome sexy, deseada, sintiéndome como todas las mujeres deberían sentirse al menos una vez en la vida, sintiendo que no le vale cualquier otra, que, aquí y ahora, sólo existo yo.

Ayden se separa y los pasos de Ethan cruzando el patio de butacas llevan mi vista hacia él. Camina con una mano en el bolsillo mientras, de la otra, de sus dedos corazón y anular, cuelga una bolsa de La Perla. Mi respiración ya es un caos y la sangre caliente y rápida me martillea en los oídos.

—Sólo tienes que desearlo —repite Ayden junto a mí—. Desnúdate —me ordena.

Ayden se separa.

Ethan sube al escenario.

Se encuentran en una de las gruesas columnas que delimita el telón y se acomodan contra ella. Los dos me observan, en silencio. Estoy tan excitada que no puedo pensar. Quiero ser sexy y no sé cómo. Me descalzo y el débil sonido de un tacón cayendo contra el otro se entremezcla con la música. Alzo las manos despacio y con los dedos temblorosos deslizo los tirantes de mi vestido por los hombros. La prenda resbala por mi cuerpo y cae a mis pies. Sus cuerpos se tensan, hay una reacción en ellos y algo dentro de mí se ilumina.

Me desabrocho el sujetador y dejo que caiga junto a mi vestido. Cuelo mis dedos entre mi piel y la cintura de mis bragas y lentamente las bajo por mis piernas.

Sus miradas siguen cada movimiento y el ambiente entre los tres, eléctrico y caliente, crece más y más, poco a poco, inundándolo todo.

Por un motivo que se escapa completamente a mi razón, el hecho de estar precisamente así, desnuda, mientras ellos dos siguen vestidos me excita todavía más, como si su arrogancia se materializara, como si el control tumbara una nueva frontera.

Caminan hasta mí. El deseo toma forma. Ayden me besa con fuerza una sola vez antes de ir bajando, despacio, muy despacio, por mi cuerpo. Mi mandíbula, mi cuello, mis hombros, mis pechos. Sus labios marcan el camino, sus dientes le siguen y yo no puedo dejar de gemir.

Cierro los ojos y me aferro a sus hombros cuando me besa de una cadera a la otra. Un segundo después la seda más suave se está deslizando por mi pierna en forma de media blanca. Lo miro confusa y muy excitada y su sonrisa más sexy me da la bienvenida al juego. Me coloca la otra media y de pronto me siento en una fascinante versión de *La Cenicienta*, sólo que aquí no hay zapatito de cristal, hay lencería italiana de La Perla.

Sus dedos acarician mis muslos. Se incorpora y se hunde en la piel de mi cuello, arrancándome un nuevo gemido.

Ethan se inclina sobre mí. Coloca sus dedos en mi tobillo y los sube hasta mi muslo, arañando suavemente mi piel a su paso, haciéndome subir un escalón más en este torbellino.

Ayden se coloca a mi espalda. Ethan se arrodilla frente a mí. La sangre recorre mi cuerpo, húmeda y caliente. Cada momento, cada centímetro de esta habitación, están fabricados con pura fantasía erótica.

Ethan atrapa mi mirada. Ni siquiera ahora, en esta posición, pierde un mísero ápice de poder. Deposita un cálido beso en mi ombligo y yo contengo un nuevo gemido. Me acaricia el empeine

del pie con el reverso del índice en una señal para que lo levante. Obedezco y lentamente sube unas preciosas bragas llenas de encaje y seda también blancas, a perfecto juego con las medias.

Al llegar a mis caderas, aprieta con fuerza y el deseo vibrante me hace cerrar los ojos.

Ayden me besa el hombro desde mi espalda, trayéndome de vuelta. Sus brazos me envuelven mostrándome un precioso sujetador. Paso las manos por los tirantes y lo abrocha. La seda se ajusta sobre mis costillas. Ahora sólo soy arcilla caliente en sus manos. No puedo respirar, mi corazón no puede latir, el deseo lo está arrasando todo.

Antes de que pueda controlar mi cuerpo, toda esta excitación de algún modo, Ethan se yergue sobre mí. Me agarra las manos. Se inclina de nuevo. Ya siento sus labios. Los quiero. Los quiero. Los quiero. Pero en el último momento me lanza brusco contra la cama. Inmediatamente clava una rodilla en el colchón y vuelve a inclinarse sobre mí, dejando que las palmas de sus manos, flanqueando mi cabeza, sostengan el peso de su cuerpo.

—Pareces una maldita novia.

Sus ojos azul oscuro me dominan. Trago saliva. Busco la fuerza para hablar en mitad de este hambriento deseo.

—¿Y no... no te gusta? —inquiero casi en un tartamudeo.

Ethan entorna los ojos y todo su cuerpo se tensa, como si ahora, más que nunca, estuviese luchando contra algo que no puede controlar.

—Me vuelves loco, Lillie —susurra sólo para mí con su voz más grave— y voy a follarte muy duro para demostrártelo.

Me besa con fuerza y se deja caer sobre mí. Me recorre los costados hasta atrapar mis manos. Las agarra con fuerza y lleno de brusquedad, más aún que cuando me tiro contra este colchón, las lleva por encima de mi cabeza y las atrapa con una de las suyas. Gimo contra su boca mientras la mano que le queda libre libera su poderosa erección, aparta mis bragas y me embiste con una fuerza atronadora.

Grito tratando de recuperar el aire, mi vida, porque ahora mismo, en este preciso instante, le pertenecen a él.

Sus embestidas son salvajes, como las de un animal enjaulado que lucha por sobrevivir. Rodeo su cintura con mis piernas. Acelera el ritmo. Aumenta la intensidad, la brusquedad.

Gimo. Grito.

Deja caer su frente sobre la mía, acerca nuestros labios, pero no me besa.

—Ethan —murmuro en un jadeo descontrolado.

Pero tampoco me responde. Me toma de la cintura y se sienta en el borde de la cama conmigo en su regazo. Gimo por el movimiento y, sobre todo, por sentirlo así de cerca. Sus ojos me atrapan y el deseo indomable que baña su mirada lo arrasa todo dentro de mí.

Una de sus manos me sujeta con fuerza la cadera y la otra se pierde ágil entre los dos. Me embiste. ¡Joder! Me llena entera. No hay nada entre nosotros y lo siento más, mejor. Cierro los ojos y mi voz se disuelve en mis labios mientras me agarro con fuerza a sus hombros, retorciendo la tela blanca de su camisa entre mis dedos.

Ya no tengo opción.

—Mírame —me ordena.

La mano de Ayden se ancla a mi otra cadera. Ethan sigue moviéndose rápido, fuerte, duro. Ayden me acaricia desde la nuca hasta el final de la espalda. Gimo de nuevo y, dando un paso más, acaricia mi trasero con su polla.

Mi cuerpo se tensa y se llena de placer al mismo tiempo.

Ethan se detiene dentro de mí y Ayden se mueve despacio hasta la entrada de mi sexo.

Mi mente se cortocircuita.

Mi corazón se desboca.

—No puedo hacerlo.

¡No seré capaz!

Ayden comienza a moverse, a entrar allí donde Ethan ya me llena. Me duele. Me gusta. Ni siquiera sé que pensar. ¡No puedo pensar! Me siento sobrepasada. Tengo que parar.

Ethan sujeta mi cara entre sus manos y la acerca a la suya.

—Mírame —me ordena de nuevo, pero algo en su voz ha cambiado. Se ha hecho más ronca, más indomable, más sensual.

Mis ojos se posan en los suyos, que ya me esperaban, y desde ese mísero instante me domina en silencio, lleno de control, de seguridad, como si hubiese adivinado todos mis miedos y mis dudas y quisiera acallarlos uno a uno.

Ayden entra por completo. Ethan me acerca más a su boca, dejando que nuestros alientos se entremezclen en el ínfimo espacio entre los dos. Gimo. Jadeo. Suplico. No lo sé. Estoy llena de tanto placer que no queda un solo átomo en mi corazón, mi cuerpo o mi cabeza para pensar.

Los dos empiezan a moverse. Despacio. Acompasados. Dios. Dios.

—Dios —mi voz se evapora.

Retuerzo con más fuerza su camisa.

Entran y salen a la vez. Vuelven a entrar.

—¡Dios! —repito, y ya no es un jadeo, ahora es un grito en toda regla.

¡Maldita sea! ¡Es maravilloso!

Sus embestidas son certeras, directas. Ya no hay suavidad. No la necesito y tampoco la quiero y los dos lo saben.

Se miran por un único microsegundo y sus caderas se desincronizan sensualmente. Cuando uno se retira, el otro me embiste, y siempre me siento llena, al borde de un delicioso precipicio, inundada de más y más placer. Lo noto en cada hueso, en cada músculo, en cada poro de mi piel.

Mi cuerpo se tensa y se arquea entre sus expertas manos.

—¡Joder! —grito.

Un orgasmo increíble se arremolina entre mis piernas y estalla dentro de mí, llevándome más lejos que ninguna otra vez, haciéndome volar alto, muy alto, espectacularmente alto.

Ninguno de los dos deja de moverse ni un solo instante. Comienzo a temblar. El placer se multiplica por mil. El deseo, la excitación, la euforia, se multiplican por mil. No puedo más. ¡Van a partirme en pedazos!

Soy sexo, placer y nada más. Soy de los dos.

Me embisten de nuevo. Cierro los ojos. Salto al vacío y vuelvo a volar.

¡Dios!

Me corro con más fuerza que antes, sintiéndolos a los dos en carne viva, sin barreras, sin escudos, sin corazas.

Sencillamente el mejor sexo de mi vida.

Pero esto no ha acabado, algo dentro de mí lo sabe y se relame. Me mueven a su antojo. Me desnudan. Me besan. Me tocan. Me acarician.

En mitad de toda esta sexy locura, Ethan me tira de nuevo sobre la cama. Me gira y me coge de las caderas levantando esa parte de mi anatomía, obligándome a flexionar las rodillas y a estirar los brazos a lo largo del colchón hasta que mi trasero vuelve a encontrarse con su polla.

Gimo por adelantado.

Se pasea exquisitamente torturador por mi culo, jugando, y al fin entra en mi sexo con un golpe certero, demoledor. El fuego de todo mi placer, que jamás llegó a convertirse siquiera en brasas, se reaviva lleno de los colores más vivos, de mis gemidos, de sus gruñidos.

Se inclina hasta cubrir toda mi espalda. Alza la mano y la coloca en mi cuello. Aprieta sólo un poco justo antes de obligarme a enderezar mi cuerpo con el suyo, con su mano en mi garganta guiando el movimiento.

Mi nuca descansa en su hombro. Sus embestidas no me dan tregua. No la quiero. Maldita sea, no la quiero por nada del mundo.

La cama cede; su olor, su cuerpo, me llaman y, aunque no lo vea, sé que Ayden está frente a mí. Sus perfectos labios comienzan a pasearse por mi barbilla, mi cuello, mi clavícula, mis pechos. Lame mis pezones endureciéndolos aún más y, cuando está satisfecho, enseña los dientes y tira despacio, marcando con maestría la línea entre el sutil dolor y el pacer más vertiginoso, disparando punzadas de placer directamente a mi sexo.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunta torturador, deslizando sus labios por mi cuello.

—Sí —respondo sin pensar.

Me besa despacio, tomándose su tiempo, incendiando mi piel.

—¿Cuánto lo quieres?

Su voz ronca vibra por todo mi cuerpo. Gimo fundida en el placer que está despertando su boca. No puedo pensar. No puedo hablar.

—Contéstame —me ordena intimidante—. No voy a darte nada hasta que lo hagas.

Una de sus manos baja experta, acelerando aún más mi corazón. Desliza sus dedos por mi parte más húmeda. Y entonces me doy cuenta de que, más allá de una simple frase, estamos hablando de lo que somos los tres cuando estamos juntos.

—Lo quiero con todas mis fuerzas.

Gimo aún más excitada. Siento las sonrisas de los dos por mi reacción vibrar por todo mi cuerpo. Y, cogiéndome por sorpresa, me da una palmada firme, suave y rápida justo sobre mi clítoris.

—Buena chica —me recompensa Ayden con su voz más grave.

Siguen tocándome, embistiéndome, besándome. Me retuerzo de placer cuando Ethan rota las caderas a un ritmo demasiado bueno para ser real y los dedos de Ayden se mueven hábiles acariciando mi sexo.

Ethan sale de mi sexo, pierde de nuevo sus manos entre los dos, pero no he tenido tiempo de

imaginar qué va a hacer cuando asalta mi trasero con una seguridad aplastante al mismo tiempo que Ayden me penetra ocupando su lugar.

Necesito un segundo, pero ninguno de los dos me lo da.

Mi cuerpo tiembla de nuevo. Ayden me acaricia, me besa. Las manos de Ethan me recorren entera, desbocadas, indomables. El placer es casi sobrehumano.

Jadeo. Gimo. ¡Grito de nuevo!

El placer estalla. Lo arrasa todo. Y un orgasmo recorre por tercera vez cada centímetro de mi cuerpo, uniéndome a ellos, atándome a ellos, sin piedad.

Siento sus manos clavarse posesivas sobre mi cuerpo, en mi cuello, y sus gruñidos inundados de jadeos mientras se pierden dentro de mí.

Los veintitrés años de mi vida han merecido la pena si el premio era esto.

Ethan levanta su mano de mi cuello suavemente y ésa es mi vuelta a la realidad. Abro los ojos despacio, regresando del paraíso que han construido para mí, y la perfecta mirada azul de Ayden me está esperando. Sonríe con esa mezcla de misterio y encanto británico que se le da tan bien y me besa suavemente en los labios.

—Gracias, preciosa —dice con cierto retintín.

No se me escapa el detalle de que, si alguien tiene que dar las gracias aquí, ésa soy yo.

Se levanta y yo me dejo caer sobre el colchón hasta sentarme. Ahora mismo sólo soy un amasijo de sangre caliente y plastilina.

Ethan da un paso atrás hasta bajar de la cama, recolocándose los pantalones, y en el mismo movimiento, se desabotona rápido la camisa, se la quita y me la pone con la misma habilidad, abrochándome los botones. Yo lo observo en silencio, dejándome hacer. Él parece muy serio, incluso enfadado. Cuando termina con el último botón, sus ojos se clavan en los míos un único segundo. Trato de leer en ellos, pero Ethan no me lo permite y se aleja de mí y de esta cama. ¿Qué le ocurre? Abro la boca dispuesta a preguntar, pero entonces recuerdo sus palabras: «no me sentí como pensé que me sentiría». ¿Es eso lo que le pasa ahora? Y, si es así, ¿por qué? Daría todo lo que tengo por saber la respuesta a esa pregunta.

—Te acompañaré para que puedas darte una ducha y vestirte tranquila —me ofrece Ayden.

Yo asiento de prisa y me obligo a dejar de observar a Ethan. Recojo mi ropa del suelo bajo la atenta mirada de ambos y camino de prisa hasta Ayden, ya junto a la puerta. Me tiende la mano y yo la acepto con una sonrisa.

Me conduce hasta los camerinos y me deja en un precioso baño. Cuando sale cerrando la puerta tras él y me quedo sola, no puedo evitar mirar a mi alrededor y suspirar. Ha sido increíble, otra vez; si no fuera imposible diría que todavía más. Me llevo los dedos a los labios y sonrío como una idiota. Debería contarles la verdad, hablarles de mi proyecto, pero, entonces, una idea increíblemente dolorosa se abre paso: ¿y si una vez que sepan que no soy una *provider* ya no les intereso?, ¿y si no quieren nada más allá de la *girlfriend experience?* De pronto la posibilidad de perderlos pesa más y automáticamente mi cuerpo, mi cerebro y mi corazón cierran un pacto de silencio. Ya no me pregunto en qué lío me estoy metiendo, porque sé perfectamente cuál es.

Salgo con el pelo húmedo y ya vestida. Sonrío al ver a Ayden apoyado, casi sentado, en uno de los tocadores de las bailarinas, con los dedos y la mirada curiosa perdida en un boa de plumas

negras.

—Creo que te va más el azul —bromeo deteniéndome frente a él.

Ayden sonríe y alza la cabeza, retirando su mano de la prenda.

—Esto es para ti —dice tendiéndome la bolsa de La Perla.

Yo abro mucho los ojos y sonrío como una niña la mañana de Navidad.

—¿De veras puedo quedármelo? —inquiero cogiendo la bolsa.

La sonrisa de Ayden se transforma en otra cosa, como pasó en el patio de la universidad.

—¿Cómo es posible que quede una chica así en todo el jodido universo?

Yo lo miro confusa y en ese momento me doy cuenta de que no era una pregunta para mí, sino para él mismo. Frunzo el ceño inquiriendo en silencio, pero Ayden finge no ver mi gesto y recupera su sonrisa sexy y canalla.

—Y esto también es para ti —dice dando la conversación anterior por acabada y tendiéndome un sobre blanco.

Yo tardo un segundo de más en cogerlo. En realidad, no quiero hacerlo.

Ayden me observa, estudiando mi rostro.

—No pareces muy cómoda con esta parte —comenta perspicaz.

—Porque no lo estoy —me sincero.

Sonrío, pero es un gesto fingido, y arrugo el sobre hasta conseguir que entre en mi bolso.

—Marnie, si alguna vez lo necesitas, podemos hablar de lo que quieras.

Sus palabras son sinceras, no algo que ha dicho por puro trámite o compromiso. Parece preocupado y eso me desarma. Abro la boca dispuesta a contarle todo, pero en el mismo segundo recuerdo que no quiero perderlos, el motivo por el que no puedo hacerlo, y guardo silencio.

—No pasa nada —me obligo a decir—. Estoy bien.

Ayden me observa unos segundos más y yo le suplico mentalmente que dé el tema por zanjado.

—Buenas noches, Marnie —se despide.

Asiento.

—Buenas noches, Ayden.

A punto de volverme de nuevo, recuerdo algo. Trago saliva y bajo la cabeza, aunque rápidamente la alzo. Los adultos no se esconden.

—Tomo la píldora —lo informo—. Pensé que querríais saberlo.

Ayden frunce el ceño suspicaz.

—Lo sé —responde como si fuese obvio—. Todas las *providers* la toman.

Genial. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

—Imaginaba que estarías al tanto —me apresuro a replicar, rezando porque me crea y no le dé más importancia—, pero quería asegurarme.

Otra vez me observa durante largos segundos, creo que me la estoy jugando demasiadas veces. Finalmente me enseña su preciosa sonrisa y yo respiro aliviada. Cogiéndome por sorpresa, da un paso hacia mí, me sostiene la barbilla y me besa lleno de dulzura.

—Buenas noches, chica Hitchcock —se despide de nuevo contra mis labios, separándose inmediatamente después.

—Buenas noches —prácticamente balbuceo, luchando por mantenerme en pie, absolutamente hechizada.

Ayden se mete las manos en los bolsillos de su pantalón a medida y su cuerpo adopta esa pose tan masculina y llena de arrogancia al mismo tiempo. Continúa observándome y, poco a poco, su sonrisa se ensancha. Entonces me doy cuenta de que está esperando a que me vaya. ¡Seré idiota! Asiento abochornada, giro sobre mis pies y camino los pocos pasos que me separan de la puerta. Por lo menos no me he caído. Teniendo en cuenta que me he quedado mirándolo como una gallina hipnotizada por David Copperfield, lo considero un triunfo.

—Buenas noches —repito justo antes de salir.

—Buenas noches —se despide de nuevo divertido.

Salgo del Archetype a una velocidad de vértigo.

—Señorita Harper —me llaman en cuanto pongo un pie en la 50 Este e inmediatamente reconozco su voz. Es Martin, el hombre para todo de Ethan—, tengo orden de llevarla a casa.

—¿Dónde está el señor Anderson? —pregunto confusa.

—Ha preferido tomar un taxi.

Yo resoplo absolutamente perdida. Si quería llevarme a casa, ¿por qué no lo ha hecho él? Se preocupa en dejarme a su conductor y su coche de ensueño, pero él se marcha en un taxi. A veces creo que ni siquiera desea tenerme cerca y eso es lo último que quiero pensar.

De pronto el dinero comienza a arder en mi pequeño bolso. No quiero aceptarlo, nunca quise, pero creo que ahora tampoco puedo. Miro la puerta del Archetype decidida. Puedo devolvérselo a Ayden sin tener que explicarle nada. Si las *providers* deciden si tienen o no sexo y con quién, supongo que también tendrán derecho a decidir sobre el dinero. Con esa única idea en la cabeza camino de vuelta al club.

—Señorita Harper —me llama el conductor.

—No te preocupes, Martin, sólo será un segundo. Y llámame Lillie —concluyo ya entrando.

Una de las camareras me mira sorprendida, técnicamente el local sigue cerrado, pero no le doy oportunidad de que me pida que me vaya y le pregunto dónde está el señor Morgan. Ella me indica que se ha marchado a su zona privada del club. Amable, se ofrece a acompañarme, pero prefiero que me indique el camino e ir sola.

Recorro el primer corredor sin problemas, pero, cuando llevo poco más de la mitad del siguiente, me doy cuenta de que me he perdido. Estos pasillos son como una especie de laberinto. Trato de hacer memoria, giro, vuelvo a girar y, cuando estoy a punto de gritar pidiendo un mapa y una brújula, unas voces llaman mi atención. Me detengo y agudizo el oído. Reconozco en seguida ese tono taimado e irónico. Es Nadine Barnett.

—No seas desagradable —dice y, aunque no la veo, estoy segura de que está esbozando una sonrisa llena de malicia.

Soy plenamente consciente de que no es una buena idea, pero no puedo evitar acercarme a la puerta con cautela y prestar más atención. Además, me siento como una protagonista de una película de Hitchcock y eso es claramente un pro para continuar espiando.

—Con la buena educación que recibiste en Cambridge —continúa—. ¿Qué crees que pensarían ahora de ti?

—No seas cínica, Nadine.
Dios mío, es la voz de Ayden.

15

Suena tenso, enfadado. Me acerco un poco más y me asomo a la puerta entreabierta. Sigo teniendo claro que no debería estar aquí, pero ahora ya no hay una mísera posibilidad de que sea capaz de dejarlo pasar y marcharme. Se trata de Ayden, necesito saber qué lo relaciona con Nadine.

—Tenía ganas de tomar una buena copa, en un lugar agradable.

Está intentando provocarlo. Se sienta despacio en el brazo del sofá y se cruza de piernas. Su pose despreocupada no le resta un solo átomo de elegancia. Si tuviera tanta conciencia como estilo, sería una mujer maravillosa.

—Estás perdiendo el tiempo —sentencia Ayden.

No hay dudas en su voz, ni tampoco en su postura, frente a ella, con las manos metidas en los bolsillos y todo su cuerpo destilando pura animadversión.

—Por favor, Ayden. He estado aquí en otras ocasiones; muchas, diría yo —específica, de nuevo con el único objetivo de desafiarlo—. No me trates como si fuera una de esas chicas ingenuas que tanto te gustan.

Ayden no dice nada. Sólo la observa. Reconozco toda esa amenazadora calma. Sólo le está dando la oportunidad de que se marche antes de que él le ordene que se vaya.

—No sé qué ves en ellas —continúa con un fingido desinterés—. ¿No te cansas de tener que pedirles que confíen en ti mientras tiemblan como la ramita de un árbol cada vez que vas a tocarlas?

Ayden deja escapar todo el aire de sus pulmones. Retiro lo que dije de Nadine. No se trata de que no sea una buena persona, sino de que es una horrible.

—Aunque supongo que tiene sus ventajas, ¿no? Una vez que confían en ti, puedes conseguir que hagan todo lo que quieras, como la pobre Fiona.

¡Fiona!

—No te atrevas a mencionarla —ruge dando un paso hacia a ella. Toda la serenidad que siempre lo acompaña ha desaparecido por completo.

—¿Y por qué no debería? —replica levantándose—. Es mi hermana, ¿recuerdas?

Abro los ojos como platos. Ésa es la relación que las une. Por eso comparten el apellido, pero ¿qué pinta Ayden en todo esto?

Ayden da un paso más y entorna los ojos. Nadine le mantiene la mirada, pero es obvio que está consiguiendo intimidarla, incluso asustarla.

—No voy a repetírtelo —dice con la voz suave, esa que es muchísimo peor que un grito —. Ni siquiera te mereces pronunciar su nombre.

Nadine se queda en silencio. Finalmente esboza una torpe sonrisa y da un paso atrás, escapando de Ayden. Le da un sorbo a su bebida, la deja sobre la carísima mesita de centro y se pasea por la habitación bajo la felina mirada de Ayden. Sin duda alguna, sólo está intentando ganar tiempo para recuperarse.

—Cambiemos de tema. No me importa —comenta con un estudiado desdén. Sólo es una máscara—. Podemos hablar de Marnie.

Todo mi cuerpo se tensa y un frío helado me eriza el pelo de la nuca.

Ayden aprieta la mandíbula. Ha vuelto a ponerlo al límite con un solo comentario.

—Le he concertado una cita con un nuevo cliente. Un *hobbyists* que busca algo cándido e inocente, y ella es perfecta. Ahora mismo debe de estar con él.

¡Es mentira!

—Me estás mintiendo —la descubre con una sonrisa maliciosa.

Yo suspiro aliviada. No quiero que piense ni por un solo momento que me iría con otro hombre que no fueran ellos.

—Piensa lo que quieras —replica—, pero Marnie acabará entendiendo lo rentable que es que te paguen cinco mil dólares por irse a la cama con un hombre.

—Ella no es como tú. Vale muchísimo más.

Una sonrisa se cuela en mis labios. No es lo que ha dicho, ha sido cómo lo ha dicho. Confía en mí.

Nadine sonríe desagradable. Las palabras de Ayden le han dolido.

—Te lo repetiré —dice envolviendo su maldad en un ensayado cinismo, caminando hasta colocarse de nuevo frente a él—. Marnie acabará dándose cuenta de lo bien que puede vivir gracias a mí y yo estaré encantada de hacerle ganar mucho dinero.

Niego con la cabeza como si fuera parte de la conversación. Nunca dejaré que esa mujer me convierta en una de sus *providers*.

—Aléjate de ella —la advierte Ayden.

—¿O qué? —lo increpa—. Tú no me das órdenes.

Nadine coloca las manos encima de la chaqueta de Ayden y sigue el borde de las solapas hasta enlazar los brazos tras su cuello. Yo, espectadora de toda la escena, otra vez creo que dejo de respirar. ¿Están juntos? ¿Lo han estado?

—Puedes obligarme, si es lo que quieres —susurra.

Su voz se vuelve cálida y sugerente. Ayden la observa desde arriba. Ella sonríe sensual. Él alza una de sus manos, aparta las de Nadine de su cuello, pero acto seguido coloca sus dedos en su costado y los pasea despacio, casi efímero, por la tela de su carísimo vestido de Yves Saint Laurent. Mientras, yo observo la escena en contra de mi voluntad, absolutamente hechizada. No quiero que estén juntos. Sé que es estúpido y egoísta, pero no quiero que Ayden esté con ninguna otra mujer y mucho menos con ella.

—¿Sabes por qué me gusta estar con esas chicas? —le pregunta seduciéndola con cada letra —. Es como montar a caballo. —Sube su mano despacio—. El aire frío cortándote el aliento, sin

nada que frene tu avance, sin imposiciones. Sólo tú y ese bello animal que obedece tus órdenes sin protestar.

La desliza por el esbelto cuello de Nadine hasta esconder las puntas de sus dedos bajo su cuidada melena castaño oscuro.

—Pierden el control —continúa—. Te lo entregan sin dudar.

Ayden aprieta la mano, sólo un poco, a la vez que se inclina sobre ella. Un gemido se escapa de los labios de Nadine. Él se acerca más, está a punto de besarla, pero en el último momento se aparta y deja que su cálido aliento bañe las mejillas de ella, su mandíbula, su cuello. La está torturando sin que su boca llegue a tocar su piel en ningún momento.

—Yo podría hacer todo eso por ti —murmura ella completamente entregada.

Nunca imaginé que vería a una mujer como Nadine, con tanta frialdad, rendirse ante ningún hombre, pero, desde luego, Ayden no es como los demás.

—Puedo fingir toda esa inocencia —continúa desesperada porque toda esa atención se materialice en un beso—. Lo he hecho miles de veces.

Ayden se aleja de su cuello y lentamente sube hasta colocarse otra vez frente a sus labios. Ella suspira. Él sonríe duro y muy muy sexy. Se inclina un poco más. Nadine cierra los ojos. Va a besarla y no quiero verlo.

—Ése es el problema —susurra arrogante en el último instante—, que tú sólo sabes fingir, Nadine.

Ella abre los ojos de golpe, aturdida. Ayden aparta su mano a la vez que se incorpora y se aleja, dejándola frustrada y enfadada. Yo sonrío de nuevo y suelto todo el aire que sin darme cuenta había contenido hasta ver qué pasaba.

—Eres un sucio bastardo —masculla Nadine.

Mi sonrisa se ensancha. Nunca la había visto tan furiosa.

—No lo discuto —replica Ayden sirviéndose una copa—, pero es lo más cerca que vas a estar de que te toque. No pasó en Londres y no va a pasar aquí.

Nadine camina de prisa hasta él. Se coloca al otro lado del mueble *vintage* que hace de minibar y lanza el vaso bajo con ginebra que Ayden acaba de llenarse contra la pared. A pesar de verlo, el ruido me sobresalta.

—Por tu culpa tuve que marcharme de mi país —le recrimina Nadine fuera de sí.

Ayden tuerce los labios, como si no acabase de pasar nada, ni tampoco hubiese oído nada.

—Tú mejor que nadie deberías saber por qué tuviste que marcharte —replica Ayden sereno, más británico que nunca, mientras coge un nuevo vaso y vuelve a servirse dos dedos de Hendrick’s—. Tu familia te detesta, incluso más que a mí.

—Hijo de puta.

Nadine alza la mano, pero Ayden la frena atrapando su muñeca antes de que pueda abofetearlo.

—Ya te dije que jamás me tocarías —la desafía más arrogante, canalla—. Y ahora lárgate.

Nadine, con la respiración hecha un auténtico caos, retrocede de prisa sobre sus pasos y recupera su *clutch* del sillón. Comienza a caminar hacia la puerta. Yo me aparto, pegándome a la pared. El corazón retumba en mis oídos, pero algo me dice que no me vaya todavía.

—Esto no se acaba aquí —sisea Nadine.

—Yo no contaría con ello —replica—. Recuerda que hay cierto miembro del Parlamento muy interesado en saber dónde estás.

Ella se detiene en seco y, por un momento, palidece.

—¿Acaso ya te has olvidado de tu amante esposo, Nadine? —inquiere Ayden con burla—. Le arruinaste la vida y está deseando encontrarte para devolverte el favor.

—Me las vas a pagar, Ayden Morgan —sentencia sibilina.

Sus pasos se hacen demasiado cercanos. Tengo que marcharme ya. Ayden dice algo, pero no logro oír el qué. Nadine sale de la habitación casi al mismo tiempo que yo alcanzo la puerta que da a la sala principal. Me escabullo hasta la barra y la observo cruzar la estancia directa hasta la salida sin reparar en mí. Respiro aliviada. No sé qué habría hecho si me hubiese descubierto.

Resoplo y salgo del local todavía con el sobre y ahora, además, llena de preguntas. ¿Nadine también tuvo que huir de Inglaterra? Y está colada por Ayden, de eso no hay duda. Aunque él ha dejado cristalinamente claro que nunca ha pasado nada entre ellos, por la manera en la que se hablaban resulta más que obvio que se conocen y no sólo de una copa; cada uno conoce el pasado y los secretos del otro. ¿Y quién es Fiona? Sé que es la hermana de Nadine, pero ¿qué pinta en todo esto? ¿Qué la une a Ayden?

* * *

Es lunes por la mañana. Antes de bajar el último escalón y llegar hasta la acera, llevo mi vista al frente. Tres obreros ya están preparando escaleras y abriendo cubos para cubrir la pintada de hoy. Yo miro el muro y frunzo los labios: «La vida no es un problema para ser resuelto, sino un misterio para ser vivido». Seguro que quien lo escribió no escuchó ayer tras una puerta una conversación entre uno de los dos hombres que le hacen sentir demasiadas cosas y una despiadada *madame*... por no mencionar al otro hombre que hace que le tiemblen las rodillas.

Corro esquivando neoyorquinos y turistas hasta el edificio Knox Hall. Apenas he dejado mi bolso en el perchero cuando el señor Kenner sale de su despacho.

—Lilianne —me llama acercándose a mí con varias carpetas en la mano.

—¿Sí, profesor?

—Deja todo lo que estés haciendo y encárgate de que estas carpetas lleguen a la fiscalía.

Asiento.

—No se preocupe —digo descolgando el teléfono y marcando un número de teléfono con la parte de atrás del lápiz—, los enviaré por mensajería urgente.

—No —me interrumpe—. El señor Anderson ha insistido en que te encargues personalmente.

Frunzo el ceño, confusa. Hace unos días dio orden de que no me dejaran entrar en el Equitable Building y ahora quiere que vaya a llevarle personalmente unas carpetas sin demasiada importancia. El día que dije que McDominante tenía rasgos de personalidad bipolar no iba tan desencaminada.

—Por cierto —continúa mi jefe—, ya he leído el informe sobre Prescott y el estudio de

impacto en Alphabet City. Un trabajo excelente, Lilianne.

El profesor Kenner sonríe orgulloso y yo tengo que contenerme para no empezar a dar saltitos y palmaditas. ¡Sí! ¡Estoy en el buen camino!

—Saldré ahora mismo para la fiscalía con esas carpetas —lo informo.

El profesor asiente y regresa a su despacho.

Me levanto, recupero mi bolso y, al pasar junto a la mesa de Stuart, él levanta la mano sin dejar de mirar la pantalla del ordenador y yo le choco los cinco sin detenerme. Puede que él nunca me ofrezca la mitad de su *muffin* y yo se lo robe en cuanto tengo oportunidad, pero los dos somos alumnos de departamento, nos apoyamos.

Cojo el metro y, después de atravesar prácticamente la isla de Manhattan de norte a sur, estoy delante del Equitable Building. Entro y me acerco al mostrador de seguridad con una sonrisa.

—Buenos días, Hank —lo saludo.

Él me mira y curva ligeramente los labios hacia arriba.

—Buenos días, Lillie. Aquí tienes tu pase —responde comprobando una lista y sacando un pase con mi nombre y la fecha de hoy de debajo del mostrador.

—Muchas gracias.

Le sonrío de nuevo y me marcho camino de los ascensores. Hoy prometo solemnemente no montar ningún espectáculo en el vestíbulo.

Subo hasta la planta veintinueve y saludo a Octavia con una sonrisa al llegar a su mesa.

—El señor Anderson quería que trajera unas carpetas.

Ella asiente y se levanta para guiarme a su despacho. Llama y se marcha. Yo espero a que me dé paso y entro y cierro tras de mí. Alzo la cabeza, pero rápidamente vuelvo a agacharla. ¿Cómo es posible que esté aún más atractivo que ayer? Desde luego, el que inventó el corte italiano en los trajes no sabe el daño que hizo a todas las mujeres de la humanidad.

—Te traigo las carpetas que querías —digo caminando hasta el centro de su despacho.

Ethan no responde. Frunzo el ceño y levanto la mirada. Sigue sentado a su mesa, con la mirada fija en su ordenador. Quizá esté tan concentrado en el trabajo que tiene delante que no me ha oído.

—Ethan —lo llamo dando un paso hacia su mesa.

—¿Vas a venir a contármelo cada vez que hayas hecho algo que tenías que hacer? —me interrumpe sin ni siquiera mirarme.

Su comentario, pero, sobre todo, su actitud me descolocan.

—Claro que no —me defiendo—, pensé que querrías verme. —Mi voz se evapora al final de la frase. Me siento ridícula y pequeña. Es obvio que no tiene ningún interés en tenerme en su despacho—. De todas formas, no hacía falta que fueras tan arisco —concluyo valiente, pero con la boca pequeña. No voy a negar que Ethan me intimida, y mucho.

—Octavia tiene más trabajo para ti —responde ignorando por completo todas mis palabras.

Cierra una de las carpetas que tiene delante y la deja caer en una esquina de su escritorio. Al fin alza la cabeza y nuestros ojos se encuentran. Parece enfadado, pero también otras muchas cosas que no soy capaz de descifrar. Ethan deja escapar todo el aire de sus pulmones manteniéndome la mirada. Sus ojos se endurecen y por primera vez veo el atisbo de una batalla

interna en ellos. ¿Qué es lo que le pasa?

Antes de que ninguno pueda darse cuenta o impedirlo de algún modo, el ambiente entre los dos empieza a cambiar y toda esa fuerza que siempre tira, atrapándonos contra el otro, empieza a hacerse latente.

Su cuerpo se tensa, se pone en guardia y mi respiración se acelera. Sigue con sus ojos clavados en los míos. Otra vez recuerdo los documentales, otra vez veo al león a punto de saltar sobre su presa.

—Lillie —susurra, y su voz también ha cambiado, se ha vuelto más grave, más ronca—, vuelve al trabajo.

—Sí —me obligo a responder.

Giro torpe sobre mis pies y salgo de su despacho. Cuando la puerta se cierra a mi espalda, suelto un largo suspiro y me llevo la mano a la frente. ¿Qué es lo que acaba de pasar? ¿Por qué tengo la sensación de que el deseo acaba de nublarlo todo?

«Porque ha sido exactamente así.»

Decido correr un velo sobre este asunto. Probablemente lo haya malinterpretado, Ethan tenga un mal día y todo lo demás sean imaginaciones mías.

Su secretaria me entrega unas carpetas y me explica que debo llevarlas a la Oficina del Ejercicio Bursátil y entregárselas al señor Lincoln Oliver. Por suerte Wall Street no está muy lejos de aquí. La verdad es que no entiendo por qué Ethan necesita que me encargue personalmente de llevar estos documentos. No parecen estar relacionados con ninguno de los informes que la universidad está estudiando o elaborando para la fiscalía. Supongo que el señor Oliver me explicará el motivo.

Sin embargo, cuando llego hasta allí, Lincoln Oliver, un hombre muy amable, me agradece que le haya llevado las carpetas, me entrega otras y regresa a su despacho.

Utilizo las tres manzanas del camino de vuelta y el trayecto en ascensor ya en el Equitable Building para pensar exactamente lo que voy a decirle a Ethan. Yo no soy una mensajera y tengo muchísimo que hacer en la universidad.

—El señor Oliver me ha entregado esto —anuncio tendiéndole las carpetas a Octavia—. ¿Podría hablar con el señor Anderson?

Su secretaria coge las carpetas, las cuadra y las deja sobre una bandeja en una esquina de su mesa.

—Me temo que el señor fiscal ha dado orden de que no se lo moleste, pero me ha pedido que le dé estos archivos —dice tendiéndome ahora ella a mí unos dosieres —. Debe entregarlos en los juzgados.

Yo aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—¿El señor Anderson es consciente de que no puedo pasarme toda la mañana cruzando la ciudad para llevar sus carpetas?

Octavia asiente.

—De hecho, sí —responde, y creo que se siente culpable por lo que está a punto de decir—, y me ha pedido que le diera esto.

Abre el cajón y saca una tarjeta para el metro. Yo suspiro con fuerza, muy enfadada, con los

ojos clavados en el trozo de plástico azul y amarillo. ¿Quién se cree que es?

La secretaria me sonríe llena de empatía mientras yo me imagino estrangulando al señor fiscal general del estado. Cojo la tarjeta y las carpetas, gruño un «hasta luego» y me dirijo a los ascensores.

El elevador tarda una eternidad, deteniéndose y abriéndose prácticamente en cada planta. Cuando al fin llega al vestíbulo, salgo disparada. Lo hago tan concentrada en mi propio enfado que estoy a punto de chocarme con una mujer. Dios, ¿por qué tuviste que hacerme tan rematadamente patosa?

—Disculpe —me excuso dando un paso hacia atrás.

—No te preocupes —responde amable.

Su voz me resulta de lo más familiar. Alzo la vista y la observo. Sé que la conozco. Hago memoria y, tras unos segundos, el recuerdo de la tienda de Chanel aparece nítido en mi mente.

—¿Al final consiguió aquel vestido? —inquiere confirmándome que, en efecto, es la misma mujer con la que hablé mientras buscaba un atuendo para la cena benéfica.

—Sí —respondo, aunque mejor no pensar cómo.

—Me alegro —comenta entrando en el ascensor—. Hasta luego.

—Hasta luego —me despido.

El resto de la mañana pasa igual que empezó. Voy de un lado a otro de la ciudad llevando carpetas y documentos. Ninguna remotamente relacionada con ningún estudio sociológico.

Cuando, a la una, vuelvo por quinta vez a la fiscalía, paso por delante de la mesa de Octavia y, sin molestarme en preguntar si puedo o no, sigo directa hasta el despacho de Ethan. Su secretaria se levanta y me sigue alarmada. No la culpo. El fiscal tiene un carácter realmente complicado y supongo que, que lo interrumpan, no está entre sus diez cosas preferidas.

—Señorita Harper, Lillie —trata de frenarme.

—Lo siento, Octavia —me disculpo. Al fin y al cabo, no es su culpa y no quiero meterla en ningún lío, pero no pienso permitir que Ethan haga conmigo lo que quiera—. No voy a meterte en problemas, te lo prometo.

Llego a la puerta y, sin molestarme en llamar, la abro e irrumpo en su despacho. Vaya, qué bien me ha sentado este pequeño ataque de rebeldía. Tengo que hacerlo más a menudo.

Ethan, de pie al otro lado de la estancia, alza la cabeza y frunce el ceño. Su cuerpo se tensa automáticamente y juraría que su mal humor se adueña de su cuerpo en ese mismo momento.

—Señor Anderson —lo llama consternada su secretaria.

—No ha sido culpa de Octavia —la defiendo.

El fiscal nos observa a las dos. No dice una sola palabra y, aun así, otra vez, resulta de lo más intimidante. El mal humor ha pasado a un enfado en toda regla.

—Retírese —sisea.

—Sí, señor —obedece ella.

El sonido de la puerta cerrándose a mi espalda me roba un poco de valor, pero no dejo que lo note. Tengo muy claro que tengo derecho a estar cabreada y pienso gritárselo a la cara.

—¿Qué haces aquí? —gruñe.

—¿Cómo que qué hago aquí? Me has tenido toda la mañana llevando carpetas de un lugar a

otro —me quejo.

—Sólo he hecho lo que te dejé claro que haría —replica arrogante.

Yo cabeceo indignada. No lo soporto. ¿Por qué siempre tiene que ser tan presuntuoso? ¿Por qué siempre tiene que comportare como si el mundo y todos los pobres mortales que habitamos en él le perteneciésemos? ¿Y por qué tiene que parecerme tan endiabladamente atractivo cuando se comporta exactamente así? ¡Qué frustrante!

—No soy tu maldita mensajera, Ethan —estallo casi en un grito.

El señor fiscal frunce el ceño, sólo un segundo, apoya las palmas de las manos en su mesa y se inclina sobre ella.

—Si vuelves a usar este tono conmigo o a colarte en mi despacho de esta manera —me advierte con la voz ronca—, haré que pases la próxima semana exactamente igual que esta mañana, Lillie.

Mi valor se marcha sin mirar atrás. Mi valor es un cobarde asqueroso.

—Ah —murmuro.

—Ah —responde amenazante—. Sigues teniendo trabajo que hacer.

Asiento mordiéndome el labio inferior, con la mirada clavada en mis propias manos.

—Eres un tirano —susurro.

Se hace un silencio sepulcral en la habitación, pero, aunque debería, por primera vez no me arrepiento de ser una auténtica bocazas... y si no me arrepiento no entiendo por qué tengo que dar esa impresión. Saco fuerzas no sé muy de dónde y me obligo a alzar la cabeza. Mi mayor error. La mirada de Ethan me está esperando e inmediatamente atrapa la mía. Su postura, su actitud, esa cara de perdonavidas... todo claramente está jugando en mi contra y tengo la sensación de que sus ojos azul oscuro podrían fulminar mi vestido, mi ropa interior e incendiar mi piel sólo con proponérselo.

—No te quepa duda —ruge—. Ahora sal de mi despacho.

Me obligo a mantenerle la mirada y finalmente salgo de la habitación. ¿Por qué siempre tiene que ponérmelo tan difícil?

Recojo las siguientes carpetas y, después de llevarlas a la oficina del gobernador, me paro a comer algo en una cafetería en la 46.

Paso la tarde igual que la mañana. A eso de las cuatro, estoy de nuevo en la fiscalía. Estoy cansada y de un humor de perros. Al llegar a la mesa de Octavia, me sorprende no encontrarla. Estoy a punto de dar media vuelta y marcharme cuando una nota sobre su escritorio llama mi atención.

Lillie. El 87 de la 97 Este. Antes de las cinco.

He visto la letra de Octavia y sé de sobra que no es ésta. Resoplo. Es un maldito cabronazo. Podría llamarme, hablar conmigo, pero prefiere dejarme una nota como si ni siquiera me conociese.

—Pienso vengarme —siseo para mí a la vez que echo a andar hacia su despacho, con la nota en la mano, irradiando una ira termonuclear.

Tengo clarísimo que me arriesgo a pasar la próxima semana haciendo sus recados, pero francamente no me importa absolutamente nada. No le pienso consentir que me trate como le venga en gana.

Camino decidida; la puerta está entreabierta, mejor. Sin embargo, cuando estoy a punto de dar un empujón, entrar y montar el espectáculo, una voz desde dentro del despacho me distrae. Es Ayden.

—¿Cómo sé que cumplirás tu parte? —pregunta con su suave acento británico dando un perspicaz hincapié a la pregunta.

—Preocúpate de cumplir la tuya —replica Ethan aún más frío y distante que de costumbre.

Miro hacia la mesa de Octavia, por si hubiese regresado. Soy consciente de que debería dejar de escuchar conversaciones ajenas desde detrás de las puertas, pero es absolutamente imposible que pueda resistirme a oír ésta. Son Ayden y Ethan.

Lillie Harper, patosa, bocazas y una completa cotilla. La lista mejora por momentos.

—Ella debería saberlo.

—No es asunto suyo —contraataca Ethan.

Ayden ahoga una sonrisa sardónica y fugaz en un suspiro aún más breve.

No están gritándose ni nada parecido, pero es obvio que la compañía del otro tampoco es algo que elegirían por gusto. Intento recordar si alguna de las veces que hemos coincidido los tres se han dirigido la palabra. Nunca lo han hecho.

—Tenemos un acuerdo para no acostarnos con ella por separado y ¿de verdad crees que no es asunto suyo?

Agudizo el oído, ¿de quién están hablando?, ¿con quién se están acostando?

—Sí, he dicho exactamente eso —contesta sin ningún interés en sonar amable—. No es asunto suyo.

—La señorita Harper es muy curiosa. No tardará en darse cuenta.

¡Están hablando de mí!

Oigo ruidos a mi espalda. Octavia acaba de llegar a su mesa. A regañadientes me alejo de la puerta y camino hasta ella.

—Hola —la saludo con una sonrisa.

Ella se sobresalta y da un suave respingo a la vez que se lleva la mano al pecho. Genial. Significa que no me ha visto en la puerta.

—Iba a hablar con el señor Anderson —le explico señalando vagamente la puerta de su despacho—, pero está ocupado y no quiero molestarlo.

Ella asiente comprensiva. No es difícil entender que no quiera interrumpir a McDominante. Lo de carácter complicado, con él, se queda mezquinamente corto.

—Me voy a buscar estas carpetas —digo alzando la mano en la que todavía sostengo la nota de Ethan—. Te veo luego.

—Hasta luego, Lillie.

Salgo de la fiscalía con las preguntas multiplicándose en mi cabeza. ¿Tienen un trato? ¿Sobre mí? ¿Desde cuándo? Bajo las escaleras de la estación de Wall Street Station, paso la tarjeta por el lector del torno y camino hasta el andén. Me muerdo el labio inferior repasando cada palabra que

he escuchado y de pronto la pregunta más importante de todas hace acto de presencia: ¿por qué necesitan tener un trato así sobre mí?

Treinta minutos después estoy parada en el semáforo de Park Avenue con la 97, mirando a mi alrededor en busca del número 87. ¿Dónde demonios está? El semáforo se abre y por inercia empiezo a caminar y subo a la acera. Sigo andando. Veo un restaurante chino, la puerta de un edificio, una tienda de ropa, una tintorería, otro edificio... Me detengo en seco. Frunzo el ceño. Miro de nuevo el edificio, que tiene escrito el número sobre la puerta. Debo de haberme equivocado. Alzo la mirada. El número 89. Eso quiere decir que la tintorería es el número 87.

—Qué hijo de puta —siseo para mí.

Ahora sí que se ha pasado. Qué demonios. ¡Lleva pasándose toda la maldita tarde! Paro un taxi de un silbido y le doy la dirección de la fiscalía. Me paso todo el camino imaginándome quemando el despacho de Ethan, obligándolo a comerse la maldita tarjeta para el metro. ¡Me ha mandado a recoger su ropa del tinte! Seguro que un montón de malditos trajes a medida. Debería habérselos recogido y haberlos quemado. Haber aprovechado para lanzar alguna especie de maldición india. No sé por qué abandoné esa idea tan rápido.

Hay varios coches parados frente a la puerta del Equitable Building y el tráfico se ha ralentizado, así que le pido al taxista que me deje una manzana antes. Prefiero caminar y llegar antes. No me he separado más que unos pasos cuando dirijo la vista al frente y me sorprendo al ver a Ethan, en la puerta del Equitable Building, a unos metros de mí. Él no me ve. Está hablando con alguien... es Anthony Prescott. Los dos parecen muy enfadados. La discusión cada vez parece más acalorada, aunque no lo suficiente como para llamar la atención de los viandantes; como he dicho, los neoyorquinos ya están acostumbrados a todo.

Prescott entorna los ojos y lo amenaza, pero entonces Ethan, lleno de esa indomable arrogancia, da un paso hacia él y dice algo; no lo grita, simplemente lo pronuncia con su expresión de perdonavidas, y automáticamente Prescott rinde la postura, intimidado.

Ethan añade algo más y finalmente se encamina al elegante Lexus negro aparcado en la acera. Se monta bajo la atenta mirada de Prescott y desaparece calle arriba.

Antes de que pueda pensarlo con claridad, paro un taxi y prácticamente me monto de un salto.

—Siga ese coche negro —le digo al conductor señalando el sedán que se aleja entre el tráfico.

—¿Se cree que estamos en una película, señorita? —replica malhumorado—. No pienso seguir a nadie.

—Es importante —me quejo—. Eche a andar este trasto —pido abarcándolo vagamente con las manos—. Vamos a perderlo.

El conductor cabecea.

—De eso nada. Yo no sigo a nadie. Ni siquiera estoy seguro de que sea legal.

—¿Ahora es usted el que se cree que está en una serie de abogados?

—O me facilita una dirección o tendrá que bajarse.

—¿En serio?

El hombre asiente y yo resoplo exasperada. ¡No puede ser verdad!

—Está bien —claudico—. Siga recto.

Me arrastro hasta el borde del asiento de cuero negro y miro por la luna delantera tratando de encontrar el coche de Ethan. De pronto lo veo aparecer entre la nube de tráfico y girar a la derecha.

—¡Derecha! —prácticamente grito, entusiasmada por haberlo visto.

—Señorita, esto se parece mucho a seguir ese coche.

—No sea tan quisquilloso —bufo—. Si acabamos en prisión, no lo pasaría tan mal. No es ningún caramelito.

¡Bocazas! ¡Bocazas! ¡Bocazas!

—Se acabó —suelta echando el coche a un lado y tirando del freno de mano—. Ese comentario ha estado fuera de lugar.

¿De verdad? ¿Me ha tocado el único taxista sensible de toda Nueva York?

—Lo siento —murmuro.

—No la he oído —dice displicente, tocándose la oreja izquierda.

—Lo siento —repito alto y claro a regañadientes—. ¿Podemos seguir?

Esto es surrealista y voy a acabar perdiendo a Ethan y necesito saber adónde va. Aunque no tenga muy claro por qué, algo me dice que me necesita.

—Deme una dirección —insiste.

Miro por la luna delantera y después por la ventanilla, pero no hay rastro del sedán negro. Resoplo, pero casi en el mismo instante tengo una idea brillante. Saco mi *smartphone* y me bajo una aplicación de rastreo de móviles de la Apple Store.

—Señorita —me apremia.

—Deme un segundo.

La aplicación se carga y meto el número de Ethan.

—Vamos. Vamos. Vamos —gimoteo agarrando el teléfono con las dos manos.

Mis plegarias deben de funcionar porque un par de segundos después veo una lucecita verde moviéndose por un mapa bastante rudimentario de Manhattan.

—A la 23 Este —lo informo con una sonrisa.

El conductor se gira desconfiado y, aún más alarmado, mira mi iPhone.

—¿Está rastreando su móvil? —inquiere escandalizado—. Eso también es un delito.

—Estoy preocupada por él —me defiendo, y la conversación se vuelve un poco más surrealista en perfecta consonancia con el chiste continuo que es mi vida.

—Eso no es excusa.

—Usted no puede entenderme. Él no es precisamente el hombre más comunicativo del mundo, ¿sabe? —añado enfurruñada, dejándome caer sobre el asiento.

Todo es culpa de Ethan. Yo no tendría que estar convenciendo a un taxista con más principios morales que el senador Kennedy para que siguiéramos su coche si él hablase conmigo y fuese amable y me besase y me dijese que no puede vivir sin mí.

«Te estás yendo por las ramas.»

Claramente.

—¿Es su novio? —pregunta con un tono de voz más pausado y muchísima empatía.

—Sí —miento, pero algo dentro de mí se siente increíblemente bien al decirlo.

—Mi novio me engañó... el mes pasado.

—Lo siento mucho —digo acercándome de nuevo al borde del asiento.

Y lo digo de verdad.

—Muchas gracias.

—Y también siento haber dicho que no serías un caramelito en presión.

Y ahora también es verdad.

—No te culpo —responde alzando las manos suavemente—. Tienes razón. Tengo que empezar a ir al gimnasio.

—No es cierto. Cada uno tiene su físico. Lo importante es estar bien con uno mismo.

—Muchas gracias —repite a la vez que sonríe encantado—. Siempre intento ir elegante.

—Se ve —le confirmo asintiendo.

—Me encantan tus zapatos.

—Muchas gracias. —Ahora la que sonríe soy yo—. Son de un mercadillo *vintage* —explico levantando el pie para que pueda ver mis botas de media caña en toda su extensión—. Sólo me costaron once dólares —concluyo orgullosa.

—Una auténtica ganga —contesta convencidísimo—. Los zapatos son lo mejor. Me encantaría que Manolo Blahnik sacara una línea masculina.

Asiento. Todo el mundo debería tener unos Manolo. El mundo se ve completamente diferente subida a ellos.

—Eso no lo sé, pero Cesare Paccioti tiene unos zapatos para hombre increíbles.

—¡Lo sé! Son de esta temporada —casi grita alzando un pie y mostrándome unos fantásticos mocasines marrones.

—Son preciosos.

—Verdad.

El conductor vuelve a dejar caer el pie sobre el pedal y agarra el volante con las dos manos. En ese momento mi móvil pita. Miro la pantalla y el punto verde se ha transformado en azul y se ha detenido. Imagino que Ethan ha llegado donde quisiese llegar.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

Lo miro por el espejo retrovisor y sonríe.

—¿Adónde tenemos que ir a buscar a ese hombre tan complicado? —inquiere de nuevo.

Ahora la que sonríe soy yo.

—A la 10 Este.

—A Alphabet City, perfecto.

No es hasta que no le oigo pronunciar el nombre del barrio que entiendo adónde vamos. Empiezo a pensar que hay algo más que une a Ethan con ese lugar.

No tardamos en llegar. Le pido a Isaac, el taxista, que me deje una manzana antes y me bajo con cautela. Cuando el vehículo se aleja, miro a mi alrededor y rápidamente me pongo las gafas de sol. No sé hasta qué punto unas Ray-Ban Wayfarer son un arma de espía, pero en las pelis siempre las llevan.

Camino despacio, fijándome en todas las personas, en cada puerta, tienda o coche, lo cual es

ridículo. Si Ethan está en una casa o dentro de una cafetería, no tengo manera de encontrarlo; por mucho que achine los ojos, no voy a lograr ver a través de las paredes.

Estoy a punto de darme por vencida cuando una voz llama mi atención. No es Ethan, pero me resulta de lo más familiar.

Avanzo un par de metros más y, frente a la entrada de un desvencijado parque, veo a un grupo de chicos charlando junto a los escalones de un edificio. Le pongo cara a la voz. Eon está sentado en uno de los peldaños, con una pelota de fútbol entre las manos. Junto a él hay un muchacho más joven, también sentado, y, frente a ellos, un hombre de color muy guapo y... Ethan.

Me escondo en el cruce con una de las pequeñas avenidas y los observo. Aún lleva el traje con el que lo vi a las puertas del Equitable Building. Está charlando con los demás; parece relajado, incluso feliz, y, para variar, un montón de preguntas se agolpan en mi mente. ¿Qué hace aquí? ¿De qué conoce a Eon? ¿Qué le une a este barrio en particular?

Ethan mira en mi dirección, pero, antes de que llegue a verme, me escondo tras la esquina que forma el edificio, pegándome a la pared. Quiero convencerme de que esto es ridículo, pero ahora mismo me siento como Indiana Jones a punto de hacer un descubrimiento de una relevancia vital para la humanidad: comprender un poquito más al complicado Ethan Anderson. Estoy segura de que un hallazgo así me pondría en las quinielas para el Nobel... En la categoría de mayor logro para el mundo femenino, el premio es para Lilianne Harper por haber escudriñado por qué un cabronazo se comporta como tal en su hábitat natural: Manhattan.

Sonrío encantada con mi propia broma y vuelvo a asomarme lentamente. Siguen hablando. Uno de ellos dice algo y todos rompen a reír. El corazón se me dispara y las mariposas en la boca de mi estómago comienzan a dar volteretas y triples mortales. Su risa es preciosa, debería reír todos los días.

—¿Y qué me dices, señor fiscal? —interviene Eon apuntándolo con la pelota—. ¿Todavía te atreves a jugar o tienes miedo de ensuciarte ese traje tan caro?

Ethan le muestra su media sonrisa y se inclina intimidante sobre él.

—Voy a darte una paliza —lo reta divertido.

—Eso quiero verlo —sentencia el chico negro.

Los cuatro se levantan y se dirigen al centro de la calle. Eon y el chico más joven empiezan a discutir sobre quién irá en cada equipo. Ethan no se detiene. Mi cuerpo se tensa cuando lo veo caminando hacia mí... ¡Dios, viene hacia mí!

¡Corre, idiota!

16

Mi cuerpo se niega a colaborar y, en cuestión de segundos, sus largas zancadas lo traen hasta mí. Sin decir una palabra, pero con una media sonrisa colgada de sus labios, me coge de la mano y me lleva hasta los demás. En ese preciso instante me doy cuenta de que, desde el principio, ha sabido que estaba aquí. ¿Quería que lo viera? ¿Que conociera esta parte de él? La posibilidad de que la respuesta sea sí hace que una boba sonrisa amenace con partirme la cara en dos.

—A Eon ya lo conoces —dice cuando llegamos hasta ellos.

—Hola —lo saludo.

—Hola —responde sonriendo también.

—Él es Denzel y, éste, mi hermano Luke —continúa señalando al más joven. Debe de tener más o menos mi edad—. Chicos, ella es Lillie y ha decidido apuntarse al partido.

Todos me saludan y sonríen asintiendo.

—El hermanito y yo contra el todopoderoso fiscal, Denzel y Vestidito —informa Eon lanzándole el balón a Ethan.

Mi mote me hace mirarlo divertida. Eon me guiña un ojo y sonríe sin ningún remordimiento.

Ethan atrapa la pelota y asiente.

—Va a ser pan comido —lo desafía Eon.

—No te lo crees ni tú —replica devolviéndole el balón.

Ethan se quita la chaqueta y la corbata y las deja sobre el pasamanos de la escalera de uno de los edificios. Se remanga las mangas y se desabrocha los primeros botones. Regresa y nos dividimos en los dos equipos en la calzada. Me hace un suave gesto indicándome que me coloque a su lado y yo obedezco rápidamente.

—Cascada en dos —grita la jugada Eon, haciendo de *quarterback*—. Cascada en dos. Azul. Rojo. ¡Ya!

Luke le da la pelota y sale disparado. Eon le lanza un pase y el balón vuela por la calle 10. Sin embargo, apenas la ha recibido cuando Denzel lo placa y acaba revoleado en el suelo. Ethan observa a su hermano y después a Eon.

—Ya veo cómo va a ser pan comido —bromea.

Su amigo le enseña el dedo corazón y Ethan sonríe sincero, haciendo que una sonrisa aparezca en mis labios.

Volvemos a ponernos en posición. Ahora nos toca atacar. Tomándome por sorpresa, Ethan da un paso en mi dirección y se inclina suavemente sobre mí.

—Cuando dé la señal —susurra—, corre tan de prisa como puedas.

Es una orden estrictamente futbolística, pero sus labios rozan el lóbulo de mi oreja y, sin quererlo, todo a mi alrededor se vuelve un poco borroso. Al separarse, nuestros ojos se encuentran por un segundo y Ethan vuelve a dedicarme su media sonrisa. Nunca me había alegrado tanto de hacer algo tan estúpido como seguir un coche.

—Subida a diez —dice colocándose tras Denzel—. Verde. Uno. Siete. Negro. ¡Ya!

Miro a Ethan.

—¿Ya? —susurro.

Él asiente con una sonrisa y yo salgo disparada. Esquivo a Luke de milagro. Ethan lanza el balón, pero, en cuanto lo atrapo, Eon me pilla cogiéndome por la cintura y levantándome en el aire. Le agradezco que haya tenido la deferencia de no tirarme al suelo.

—Placada —sentencia dejándome de nuevo sobre el asfalto.

Yo sonrío y me encojo de hombros mirando a Ethan. Él se humedece el labio inferior sin levantar los ojos de mí.

—Hay una nueva regla —grita a los chicos, pero no me libera de su mirada—: nada de placar a la chica. Ya es bastante patosa, no vale ponérselo más difícil.

Abro la boca escandalizada. Ethan me sonríe, una sonrisa preciosa y un poco canalla que no tengo más remedio que imitar. Los demás también sonríen y comentan la jugada mientras nosotros seguimos separados por un puñado de metros, observándonos, disfrutando del otro.

No sé por qué, creo que los gestos de sus amigos y las palabras de Ethan tienen un doble sentido, aunque no soy capaz de interpretar cuál.

—Pues entonces exijo un cambio de equipo —pide Eon—. Luke, Vestidito y yo contra ese chico que abandonaron en el parque de bomberos y tú.

Ethan y Denzel se miran como si no tuviesen muy claro a cuál de los dos se refiere. Eon sonríe encantado con su propia broma. Tanto que no ve venir el balón que le lanza Ethan y que impacta directamente en su estómago.

—No deberías sacar el tema de los orígenes —le recrimina Denzel, divertido—. Tu madre es irlandesa y tu padre, escocés. Me juego el cuello a que cada uno estaba con el otro para fastidiar a sus respectivas familias.

—Malnacido —grita Eon todavía quejándose del golpe.

—Blancucho —replica Denzel.

Y todos, incluido Eon, rompemos a reír.

Nos dividimos en los nuevos equipos. Eon me pide que, en cuanto grite la jugada, salga disparada y espere en campo contrario a que me lance la pelota. Asiento muy concentrada. Nos colocamos en posición.

—Caballo a tres. Salto en rojo. Rojo. Rojo. ¡Azul!

Salgo pitando. Denzel se deshace de Luke y va a por Eon. Ethan se da cuenta de mi escapada y corre hasta colocarse a mi lado.

—¡Eon! —grito sin dejar de dar saltos y agitar las manos.

No vas a despistarme, señor fiscal. Soy una mujer con una misión.

Tomándome por sorpresa, en mitad de mis gritos y aspavientos, se inclina sobre mí.

—Eres preciosa —susurra.

—¿Qué? —respondo alucinada, dejando de prestarle atención al juego y frenándome en seco con mi mirada en la suya.

—¡Vestidito! —grita Eon.

Mi giro aún aturdida y abro las manos justo a tiempo de recibir el balón. Sonrío encantada. ¡Es el primer logro deportivo de mi vida! Miro a Eon, que me hace un gesto para que siga corriendo, pero en ese segundo Ethan me carga sobre su hombro y yo suelto un gritito por la sorpresa, absolutamente encantada.

—Creí que no valía placarla, señor fiscal —grita Eon con sorna.

—No la estoy placando —responde Ethan arrogante—, la estoy secuestrando.

Me lleva hasta la parte opuesta de nuestro imaginario campo y me suelta dejándome a escasos centímetros de su cuerpo.

—¿Me está secuestrando, señor fiscal? —inquiero insolente, fingiendo que no estoy a punto de dar saltitos y palmaditas de pura felicidad.

—Jamás podría.

Frunzo el ceño. ¿Por qué? Quiero que me secuestre, quiero decir, me alegro de que esté siendo mínimamente razonable. Es toda una novedad.

«Sin comentarios.»

—Me alegra ver que has madurado —replico sólo para fastidiarlo.

Él da el único paso que nos separa y vuelve a inclinarse sobre mí.

—No puedes secuestrar lo que ya es tuyo —susurra disfrutando de toda su arrogancia en cada palabra que pronuncia.

Yo abro la boca escandalizada. Ethan se incorpora y con el reverso del índice me cierra la boca. Automáticamente la frunzo y él sonríe mientras se aleja de vuelta con su equipo.

—¡Neandertal! —grito divertida.

—Y cuánto te gusta, Vestidito —replica girándose y dando unos pasos hacia atrás.

Seguimos jugando. Nos divertimos muchísimo. Ethan y Eon no paran de tirarse pullas, pero siempre acaban riéndose y encajando con deportividad que sus respectivos equipos sean un absoluto desastre. Como cuando lo vi en las escaleras, Ethan parece relajado, feliz, y eso me gusta, me gusta muchísimo.

—Claramente es hora de que vayamos a celebrarlo al bar de Derek —propone Denzel.

Todos asentimos y, perezosos, comenzamos a caminar; a cada paso, dejo que mis pies me lleven más cerca de Ethan. Él me dedica su media sonrisa y, discreto, mueve la mano hasta que sus dedos acarician suavemente mi palma. Yo alzo la mirada y disimulo una sonrisa mordiéndome el labio inferior. Ha sido un gesto pequeño, pero también muy íntimo, como si, por un segundo, sólo estuviésemos nosotros dos.

—Id yendo vosotros —dice Ethan sacándome de mi ensoñación, parándose—. Quiero enseñarle algo a Lillie.

También me detengo y lo miro sin saber a qué se refiere, pero feliz de que quiera compartirlo conmigo. Sus amigos y su hermano, sin dejar de caminar, empiezan a silbar y a lanzar «uuuhh» y «ooohh». Yo no puedo evitar sonreír mientras Ethan cabecea tan resignado como divertido.

—No nos robes mucho tiempo a Vestidito —lo advierte Eon justo antes de entrar en el bar—. Quiero contarle un montón de anécdotas bochornosas sobre ti.

Su comentario ensancha mi sonrisa y me vuelvo despacio hacia Ethan.

—¿Adónde vas a llevarme? —demando sin perder el gesto.

—Ven y lo verás.

Me ofrece su mano y, sin dudarlo, la tomo. Nada habría podido impedirlo.

Caminamos en silencio unos minutos. Aún no sé qué es lo que lo une a este barrio, pero creo que comprendo por qué lo defiende así. Es un sitio especial. Me recuerda al Nueva York que veía en las películas cuando era pequeña, con la gente charlando sentada en las escaleras o los niños, y no tan niños, jugando al fútbol en la calle. Estoy segura de que los vecinos todavía se conocen y que, juntos, intentan que su barrio sea un lugar mejor.

Llegamos a un edificio cualquiera de la calle 11 Este. Ethan abre una de las puertas de uno de los apartamentos en el tercer piso y la empuja suavemente para dejarme pasar. Yo doy el primer paso, tímida, e inmediatamente un pequeño piso se dibuja frente a mí. La luz entra a través de las ventanas e ilumina la estancia de manera tenue: el desfondado sofá, los muebles de madera clara y el parqué gastado. Me fijo en la estantería llena de libros, en la manta doblada en un extremo del sofá, en las marcas de altura, cada una con una fecha y el nombre de Luke, en la pared del pasillo. No es un lugar viejo o descuidado, es un hogar, en todos los sentidos, y esa suave sensación baña por completo cada rincón.

Oigo la puerta cerrarse a mi espalda y me giro despacio hasta que quedamos frente a frente. Me observa en el centro del salón. Su mirada se llena de un centenar de emociones, pero no soy capaz de descifrar ninguna y me siento diferente, como si de alguna manera él y yo encajásemos justo en este momento y en este lugar.

—Conservo el apartamento en el que crecí —me explica—. Mi hermano y yo vivimos aquí hasta hace algunos años.

Y entonces lo entiendo todo. Eso es lo que lo une a Alphabet City; es su barrio, su hogar.

Sonrío, pero en ese preciso instante el ambiente entre los dos va volviéndose cada vez más pequeño, más íntimo, como tu canción favorita sonando bajito, y hace que mi gesto se vuelva tímido, incluso un poco abrumado, y bajo la cabeza.

—Gracias por enseñármelo —digo obligándome a volver a levantarla.

Los ojos azul oscuro de Ethan ya me esperaban y, cuando se encuentran con los míos, sonríe, la sonrisa que guarda sólo para mí y que jamás podría cansarme de ver.

—Quiero que veas algo más —pronuncia cogiendo mi mano y tirando de mí.

Atravesamos el salón, salimos por la ventana a la escalera de incendios y subimos a la azotea. Miro a mi alrededor absolutamente maravillada. ¡Toda Nueva York está frente a nosotros! El Rock Center, el Empire State, el Chrysler. Es como si el mejor pintor del mundo hubiese dibujado el *skyline* más perfecto y nos dejara entrar en él.

—Esto es increíble —murmuro admirada.

—Son mis vistas favoritas. Mi madre era camarera —me explica sin dejar de mirar los rascacielos—. Cuando tenía el turno de noche, yo tenía que cocinar para mi hermano Luke y para mí. En cuanto empezaba a hacer calor, cogíamos los platos y subíamos aquí a comer.

Yo vuelvo la cabeza y lo observo. Despacio, casi a cámara lenta, como si mi cerebro aún estuviera midiendo la transición, la imagen que tengo de Ethan comienza a cambiar. Después de esa simple frase, me queda claro que no lo tuvo fácil de crío. Y, de pronto, todo lo que hace cada día tiene más valor... cómo se preocupa por este barrio, cómo lucha contra las personas como Prescott.

—No da esa sensación, ¿sabes?

—¿A qué te refieres? —plantea ladeando la cabeza.

—No parece que seas de la clase de personas que no lo tuvo fácil de crío.

Escondo mis labios en mi propio hombro y acabo perdiendo mi vista en la ciudad. No sé si le gustará mi comentario, ni siquiera si querrá seguir con esta conversación. Ethan no casa precisamente con la descripción de un hombre comunicativo.

—Mi padre murió cuando yo tenía doce años y Luke, tres —dice encogiéndose de hombros —. No era un gran tipo, pero siempre me ha preocupado que Luke lo echase de menos.

—¿Y tú? —pregunto mirándolo abiertamente de nuevo.

Hace un pequeño gesto con los labios.

—Ya te lo he dicho —sentencia sin darle importancia, aunque es obvio que sólo es un escudo con el que intenta protegerse—, no era un gran tipo.

Asiento. Supongo que ninguno de los dos ha tenido suerte en lo concerniente al referente masculino más importante. Ethan baja la mirada y se queda muy callado, muy pensativo. Lo conozco y apuesto a que, desde que murió su padre, puede que incluso desde antes, siempre intentó proteger a su madre y a su hermano. Llevar esa carga desde tan pequeño tiene que ser demasiado difícil.

—No he recogido tu ropa de la tintorería —suelto con la única intención de hacerlo sonreír.

Ethan se humedece el labio inferior sin levantar su mirada, pero sé que mi plan ha surtido efecto y sus labios acaban curvándose suavemente hacia arriba.

—Lo imaginaba.

—¿Cómo has podido pedirme algo así? —protesto girando todo el cuerpo hacia él.

—Estaba enfadado, mucho —se defiende divertido, imitando mi movimiento y dejándonos frente a frente.

—Lo imaginaba —replico impertinente, robándole la frase que él acaba de usar—. ¿Vas a contarme por qué?

—No —responde sin ningún remordimiento.

—Eso también lo imaginaba. ¿Sabes?, cuando era una niña y vivía en Monticello rodeada de caballos y campo —me explico ceremoniosa—, nunca imaginé que conocería a un hombre tan complicado como tú.

Ethan frunce el ceño como si ni siquiera hubiese pronunciado esas palabras en su idioma.

—Yo no soy complicado —replica.

Abro la boca escandalizada. ¿Cómo puede negar semejante evidencia?

—Es cierto, no eres complicado, eres complicadísimo y, además, siempre estás de un humor de perros. ¿Por qué nunca quieres hablar? —concluyo con la pregunta cuya respuesta me despierta más curiosidad.

—¿Por qué siempre tienes tantas preguntas?

—¿Por qué siempre estás tan enfadado?

—¿Por qué eres así de inocente?

Frunzo los labios.

—¿Alguna vez vas a responder alguna de mis preguntas?

Ethan me mira, estudiando mis palabras, cada uno de mis gestos, por pequeños que éstos sean. De verdad se está tomando en serio lo que le he dicho.

—No lo creo —responde burlón.

Maldita sea, ¿por qué tengo que picar siempre?

—Además, no sé si sabe que soy el fiscal —continúa socarrón—. Yo hago las preguntas, señorita Harper, no las respondo.

—¿Y qué quieres saber?

Ethan lo piensa un momento.

—¿Echas de menos Indiana? ¿A tu familia?

Sonrío suavemente y también algo descolocada. Que haya escogido justamente esas dos preguntas me ha pillado por sorpresa. Sin embargo, su tono ha cambiado, ya no hay burla y sé que de verdad le interesa saber cómo me siento.

—Sí —contesto sincera—, pero creo que mi sitio es Nueva York.

Los dos sonreímos. Eso ha sido tan obvio como decir que el señor fiscal general del estado siempre está enfadado, aunque creo que, después de esta tarde, debería decir casi siempre.

—Tengo muchos recuerdos de Monticello, de mi infancia. Me encantaba correr por el campo y los caballos, pero me daba un miedo horrible montar. Recuerdo que un día mi madre me regaló unos pasadores para el pelo, eran plateados con unas florecitas blancas en el extremo. Me acuerdo de que me los puso y me dijo: «estos pasadores van a traerte suerte. Siempre que los lleves, podrás hacer cualquier cosa, incluso montar a caballo».

Los dos volvemos a sonreír. Recuerdo perfectamente ese día, cómo me sentí, lo feliz que fui cuando mi tío Thomas me montó en aquel caballo y, sosteniendo las riendas, me llevó hasta la cerca de la granja.

—Creo que desde ese momento me enamoré de la moda. Me hace sentir más segura. No soy la persona más valiente del mundo precisamente —sentencio con una sonrisa—, así que de vez en cuando me viene bien un empujoncito extra. Mejor me callo —rectifico rápidamente—. No quiero seguir hablando y parecerte otra vez una cría.

Aparto la mirada y la clavo en mis propias manos. De pronto vuelvo a sentirme avergonzada. Ethan me observa, alza la mano y, sujetándome la barbilla, me obliga a volver a alzar la cabeza. Frunce el ceño, serio, como si estuviese a punto de decir algo importante y toda mi atención se centra en él.

—¿Qué pasó con los pasadores? —pregunta al fin, todavía muy serio.

Y otra vez no sé si es por su tono o por la pregunta, pero rompo a reír y entonces comprendo que ésa había sido su intención.

—Los perdí. También recuerdo todo lo que lloré ese día.

—Una lástima, me habría gustado verte con ellos puestos.

—Eran preciosos —sentencio con una sonrisa.

Su mirada vuelve a atrapar la mía y la sensación de que encajamos vuelve a arrollarlo todo dentro de mí. Sus ojos se salpican por una decena de emociones, sólo un segundo, y entonces comprendo que él también ha sentido lo mismo.

—Sí que eres valiente —susurra sin asomo de dudas.

Me encantaría creerlo, pero me conozco lo suficiente. Lillie Harper es patosa, bocazas, últimamente cotilla, pero en absoluto valiente.

—Gracias, pero creo que te equivocas.

Sonrío nerviosa.

—Lillie...

—¿Ahora estás enfadado? —inquiero sin pensar, sólo por cambiar de tema. Creo que esa pregunta nunca deja de rondarme el subconsciente.

Ethan sonríe, pero no le llega a los ojos y la pregunta que sólo hice para escapar de tener que seguir hablando de mí, de repente, adquiere un interés capital. Quiero sentirlo de algún modo físico y alzo la mano dispuesta a acariciar la suya, pero en el último momento me freno. No sé cuáles son los límites. No sé lo que es esto. No sé lo que quiere, ni siquiera lo que quiero yo, y, por eso, lo más prudente es guardar las distancias.

Sin embargo, Ethan, demostrando una vez más su innata capacidad para leerme la mente, mueve la mano despacio y me acaricia suavemente la cadera, casi fugaz, casi con la punta de los dedos. Un gesto pequeño, íntimo, algo entre los dos.

—Sí —responde al fin, apartando la mano—, pero no por los motivos que tú crees.

—Si quieres contármelo... —prácticamente balbuceo.

—Vámonos al bar —me interrumpe, y sé que está dando el tema por zanjado—. Es un antro —sentencia con una media sonrisa. Ha vuelto a subir su coraza—, pero te encantará.

Volvemos a la calle y damos un paseo de vuelta a la calle 10. Entramos en el bar y, tal como dijo Ethan, es un antro mal iluminado, con las mesas de madera oscura y un número diferente de sillas del mismo color para cada una. Sin embargo, por algún extraño motivo, también parece acogedor. Una única fila de bombillas alumbra una pequeña tarima clara que funciona de escenario y un delicioso olor, como a pan recién hecho, inunda el ambiente.

En seguida localizamos a los chicos, sentados en una de las mesas. Nos reunimos con ellos y no tardamos más de unos segundos en volver a romper a reír. No paran de meterse unos con otros y yo aprovecho esta cascada de información para guardarme unos cuantos detalles de lo más interesantes sobre la vida de Ethan.

—Se llamaba Stephanie Laoconte —murmura Ethan divertido a regañadientes, pasándose la mano por el pelo y rascándose la nuca.

Yo abro la boca, burlona.

—Entonces, ¿vuestro primer beso fue con la misma chica? —pregunto.

Eon y Ethan asienten y los demás nos echamos a reír.

—Era la niña más guapa de toda la escuela —explica Eon para disculparse—, pero el amor por los dos le duró poco —continúa fingidamente resignado— y acabó perdidamente enamorada de Ethan.

—¿Os acordáis? —continúa Denzel—. Lo seguía a todas partes como un perrito.

—Y lo que más me fastidiaba era que él no le hacía el más mínimo caso —replica Eon absolutamente indignado—. El amor de mi vida me abandonó por él y él ni siquiera la dejaba montarse en su bici.

Todos rompemos a reír de nuevo mientras Eon cabecea.

—¿Así que el señor fiscal general del estado era todo un rompecorazones con nueve años?

Ethan finge que lo que he dicho no va con él y le da un trago a su Budweiser, pero puedo ver sus labios curvarse hacia arriba en una suave sonrisa.

La camarera se acerca para tomarnos la comanda. Acepto la recomendación de Luke, que resulta tener mi edad y está estudiando Medicina en la Universidad de Nueva York, y pido el sándwich de ensalada de pollo.

Mientras esperamos a que nos sirvan, miro a mi alrededor una vez más y la máquina de discos entra en mi campo de visión. Me levanto con una sonrisa y voy hasta ella. Mis botas de media caña resuenan a cada paso, entremezclándose con el crujir de la madera. Tiene una selección de canciones increíbles. Paso el índice por la pequeña pizarra iluminada con los títulos mientras tarareo *Don't you (forget about me)*,[13] de Simple Minds, la primera canción que he leído.

Antes de que llegue, sólo con percibir sus pasos, ya sé que es él e involuntariamente vuelvo a sonreír.

—¿Qué canción te gusta? —pregunta apoyando el hombro en la pared e inclinándose suavemente sobre la máquina de discos.

Yo me tomo un segundo para observarlo. El pelo castaño le cae indomable sobre la frente. Ethan es tan atractivo que puede llegar a doler y sus ojos son la mejor prueba de ello. Da igual cuánto lo desees o incluso cuánto lo odies, si te mira, estás perdida.

—Mejor dime tu canción favorita —replico con una sonrisa.

Ethan se incorpora. Mete una moneda de veinticinco centavos en la gramola y marca uno de los códigos. Me coge de la mano y tira de mí. Cruzamos el pequeño local en silencio hasta la tarima suavemente iluminada. *Step Out*,[14] de José González, comienza a sonar.

Las mariposas que sólo se calmaron, nunca se marcharon, regresan con fuerza. El corazón comienza a latirme más y más de prisa. Se gira hasta dejarnos frente a frente. Me coge de la cadera y me estrecha contra su cuerpo. Aparto la mirada, sobrepasada. La canción se hace más clara. Más nítida. Más fuerte. Alzo las manos despacio, levantando con ellas la mirada y, lentamente, rodeo su cuello.

Ethan nos mueve despacio, casi sin llegar a hacerlo del todo. Ni siquiera estoy segura de que estemos acompasados con la música, pero no importa. Lo siento cerca de mí. El hombre complicado y la chica probablemente demasiado inocente. Eso tampoco me importa ahora. Sencillamente no quiero estar en ningún otro lugar.

Su otra mano se abre posesiva al final de mi espalda y sé que su corazón también está martilleando desbocado aunque no pueda oírlo, como si la situación hubiese escapado a su control.

—Nena —susurra con la voz ronca, casi salvaje.

Mi boca sigue el perfecto sonido y me encuentro a escasos centímetros de sus labios. Me atrevo a buscar sus ojos y lo que veo me deja al borde del precipicio más alto. No hay corazas, no hay distancia, no hay muros. Sólo somos él y yo y una suave canción de *indie folk*.

—No puedo pensar en otra cosa que no seas tú.

—Ethan... —susurro.

Se inclina un poco más, casi puedo sentir sus labios y todo el deseo crece. Cierro los ojos. Mi cuerpo, mi corazón, se iluminan.

—No —murmura en el último instante—. Márchate, Lillie.

Su mano se hace más posesiva en mi cadera, mandando el mensaje opuesto. Ethan se incorpora y mis manos caen decepcionadas al mismo tiempo que mis ojos buscan desesperados los suyos. ¿Por qué? ¿Por qué siempre tiene que hacernos esto?

Una lágrima baña mi mejilla, pero me la seco rápidamente. Me siento superada, con una impotencia cruda y sorda rasgándome por dentro. ¿Por qué siempre tiene que condenarnos de la misma manera?

Aparto su mano de mi cadera y me alejo de él. Recojo mi bolso, me despido de los chicos en un murmuro y salgo del local tan de prisa como puedo. ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Qué es lo que odia, lo que siempre lo aparta de mí?

Las lágrimas vuelven a caer, pero me sorbo los mocos y me las seco tan rápido como la primera vez. Sólo quiero entenderlo.

—¡Lillie!

Su voz me desarma. No quiero girarme. No quiero seguir sufriendo.

—Lillie —me llama de nuevo a la vez que me agarra de la muñeca y me obliga a darme la vuelta. Ya he perdido la cuenta de en cuántas ocasiones ha hecho eso y cómo mi corazón se ha acelerado cada vez. Estúpido corazón.

—¿Por qué me tratas así? —pregunto enfadada, dolida, zafándome de su agarre. También he perdido la cuenta de cuántas veces he pronunciado esas mismas palabras—. No lo entiendo, Ethan, y tampoco me lo merezco —protesto con las lágrimas inundando mi voz.

¡Maldita sea, no me lo merezco!

—Lillie —repite.

—Lillie, ¿qué? —replico desesperada.

No puedo más.

Ethan da un paso hacia mí, enmarca mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Yo quiero luchar, apartarlo, pero también quiero sentirlo, quiero respirar... y algo me dice que sólo podré hacerlo mientras él siga tocándome, deseándome, demostrándome de alguna forma que soy suya.

—Todo esto es precisamente porque no te lo mereces —susurra muy cerca, atrapando mi mirada.

Abro la boca dispuesta a decir algo, a preguntar, a pedirle que no deje de hablar, pero una vez más Ethan decide por los dos, aparta sus manos de mi rostro y se separa definitivamente de mí.

—Por favor... —murmuro.

No puede irse otra vez.

Sus ojos se llenan de las emociones más duras. Hay rabia, hay frustración y hay tristeza.

Todo esto le duele tanto como a mí, pero, al final, es él quien nos pone en esta situación. Lillie Harper no se rinde. Abro la boca dispuesta a preguntar de nuevo, pero, entonces, la batalla interna vuelve a asolar sus ojos azul oscuro y por primera vez me doy cuenta de en qué sentido lo hace. No está luchando por tocarme, está luchando por no hacerlo, porque cree que es lo mejor para mí. Sollozo y una nueva oleada de lágrimas me moja la cara. Lo conozco, sé cómo es y, si tiene que elegir entre sacrificarse para proteger a alguien o él mismo, elegirá sacrificarse. No va a besarme. No va a quedarse y soy plenamente consciente de que no hay vuelta atrás.

Ethan gira sobre sus pies y se marcha de nuevo al bar. Yo suspiro tratando de contener el llanto y también comienzo a caminar lejos de la 10 Este, de Alphabet City, del hombre más complicado que una chica de Monticello a la que le encantaban los caballos, pero a quien le daba miedo montar, ha conocido jamás.

—Señorita Harper —me llaman cuando he recorrido unas cinco manzanas. Reconozco su voz. Es Martin.

Me vuelvo y le dedico una triste sonrisa. Ya sé lo que va a decirme.

—El señor Anderson quiere que la lleve a casa.

—Muchas gracias, Martin, pero esta vez no.

Resoplo, intentando dejar de llorar.

—Señorita Harper...

—Adiós, Martin —me despido girándome y empezando a caminar de nuevo.

Sólo quiero respirar, pensar.

* * *

El fin de semana llega antes de lo que pensaba y de pronto ya es viernes. Taylor me obliga a cenar con ella bajo la amenaza de que, si vuelvo a quedarme trabajando hasta tarde en la universidad, mandará a la Guardia Nacional para que me arranquen, cito textualmente, de mi «minimesa» en mi «minicuchitril mal iluminado».

Estoy cocinando unas verduras con pollo cuando la oigo bajar por la escalera de incendios con *Closer,*[15] de The Chainsmokers y Halsey, sonando en su teléfono móvil. Hace su entrada estelar cantando a pleno pulmón como si mi ventana marcara la entrada al escenario de «X Factor» y no tengo más remedio que echarme a reír. No me viene nada mal. La verdad es que, después de mi última visita a Alphabet City, absolutamente en contra de mi voluntad, he estado un poco baja de ánimos.

Taylor se inclina saludando al público cuando da por terminada su actuación y yo le dedico un merecido aplauso.

—Si Simon Conwell me oyese cantar, me lanzaría al estrellato sin dudarlo —comenta convencida, sentándose en uno de los taburetes al otro lado de la isla de la cocina.

—Lo único que te interesa a ti de Simon Conwell es que puede presentarte a los miembros de One Direction.

Ella suspira con una sonrisa. Supongo que imaginándose a Louis Tomlinson desnudo.

—En la música hay que mezclar el amor y el trabajo —replica—. Es una nueva ley federal.

Yo frunzo los labios con una sonrisa y me seco las manos en un trapo de cocina.

—Otro éxito de la Administración Obama —apuntillo divertida.

—*Yes, we can*, hermana.

Sonrío, casi río de nuevo; miro el reloj de mi móvil para controlar el tiempo que le queda a la pasta y dejo el *smartphone* sobre la isla de la cocina.

—Vigila la salsa —le pido a Taylor—. A la pasta le quedan tres minutos —la informo mientras camino hasta mi habitación. Necesito urgentemente ir al baño.

Cuando regreso, Taylor me está mirando con una sonrisa demasiado grande, lo que automáticamente la convierte en un gesto de lo más sospechoso. ¿Qué ha hecho? Automáticamente miro hacia la cocina. No hay nada ardiendo, ni por el suelo. Entorno los ojos, suspicaz. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Qué has hecho? —murmuro con mucha cautela y mucho recelo.

—Nada —se apresura a responder—, pero tienes que volver a tu habitación a cambiarte.

—¿Por qué?

Me temo lo peor.

—Porque tienes una cita.

¡Lo sabía!

—¿Qué? —replico—. ¿Con quién? ¿Por qué? Taylor —sentencio en una queja.

—No te pongas así —me pide arrepentida, pero en el fondo no lo siente en absoluto. La conozco—. Estabas en el baño, yo estaba aquí curioseando tu teléfono como buena amiga y te ha llegado un mensaje de Ayden invitándote a ir al Archetype esta noche. Sabía que, si dependía de ti, le pondrías cualquier excusa y no irías, así que lo he contestado yo y, por supuesto, he aceptado.

—Taylor —protesto de nuevo, aunque suena más como un gimoteo.

Mi amiga se baja de un salto y se queda de pie para darle más énfasis a sus palabras.

—Te vendrá bien salir y distraerte y, francamente, echar un polvo. —Yo la miro mal, pero ella no parece inmutarse—. Llevas días encerrada en el departamento de sociología trabajando. —Camina hasta mí y me agarra de los hombros—. Necesitas un descanso —afirma.

Yo frunzo los labios y la observo. Es más que probable que tenga razón... pero, aun sí, no quiero ir... No sé... maldita sea, mi vida comienza a ser de lo más frustrante.

—Te agradezco las intenciones —respondo. Ando los pocos pasos que me separan de la cocina y recupero mi móvil—, pero voy a escribir a Ayden, voy a explicarle lo que ha pasado y voy a quedarme aquí.

Taylor se vuelve y se lleva las manos a la cadera.

—Pues entonces agradéceme también que memorizara el número de teléfono de McMisterioso y lo borrara de tu agenda.

—¿Qué? —repito, creo que por segunda vez en esta conversación.

Taylor se encoge de hombres a la vez que estira los brazos.

—También puedes agradecerme que sea tan buena amiga.

Gruño un juramento entre dientes y me dirijo de nuevo a mi habitación.

—No me puedo creer que me hayas hecho esto —farfullo abriendo mi armario.

—De nada —responde cantarina.

No me lo puedo creer. No me lo puedo creer. No me lo puedo creer.

* * *

Una hora después estoy atravesando las puertas del Archetype. Lo bueno es que, para hacerse perdonar, Taylor me ha dejado una falda de Stella McCartney de ensueño y, para complementarla a la perfección, me he puesto una preciosa blusa y me he subido a unas bonitas sandalias.

—Encantada de volver a verla, señorita Harper —me saluda una de las camareras saliendo a mi encuentro. Yo sonrío tímida. Toda la situación me impone un poco—. Permítame acompañarla.

Me hace un gesto para que la siga y atravesamos primero la estancia principal y después una suerte de pasillos hasta que la música, *Starboy*,[16] de The Weeknd, suena más y más débil y acaba convirtiéndose casi en un susurro.

—Éstas son las estancias privadas del señor Morgan —me informa la camarera con una sonrisa.

Sus palabras me hacen mirar a mi alrededor y caigo en la cuenta de que la decoración ha cambiado sutilmente. Todo es un poco más sobrio, más minimalista. Sigue siendo un lugar sofisticado, pero ya ha perdido las connotaciones propias del Archetype y, más que un elitista club, parece un elitista hotel.

—Es una mujer con suerte —comenta con un toque divertido, deteniéndose frente a una bonita puerta y girando suavemente el pomo—. El señor Morgan no deja que nadie pase a esta parte de las instalaciones.

Yo me contengo para torcer el gesto. La última vez llegué aquí por error, pero lo recuerdo perfectamente. En este lugar escuché la conversación que mantuvo con Nadine Barnett, lo que significa que esa arpía también es una mujer con suerte. Cabeceo discreta. Prefiero no pensar en eso ahora.

Me sonríe de nuevo y se aleja recorriendo el mismo pasillo que nos ha traído hasta aquí. Yo respiro hondo tratando de apaciguar los nervios que burbujean en la boca de mi estómago, me aliso con las dos manos la falda tableada de mi vestido y finalmente empujo la puerta y entro.

Aunque la gigantesca estancia está prácticamente en penumbra, cada detalle que logro adivinar llama poderosamente mi atención. A través de los ventanales, puede verse el East River y, tras él, la perfecta maraña de rascacielos de Astoria en la otra orilla. Un elegantísimo escritorio descansa delante de la ventana. Hay una decena de carpetas y un ordenador reluciente sobre él. No hay duda de que es la mesa de trabajo de Ayden. Automáticamente recuerdo cómo lo describieron los clientes de Taylor cuando lo vimos en este mismo club. Dijeron que era un importante hombre de negocios; me pregunto qué otros negocios tendrá, además del Archetype.

Aparte del escritorio, no hay muchos más muebles: un sofá en un tono oscuro que no logro distinguir, una pequeña mesa de centro frente a él, un pequeño mueble *vintage* y una estantería que ocupa casi toda la pared junto a la puerta, repleta de libros.

Camino despacio hacia la siguiente estancia. No hay puerta que la separe de donde estoy ahora, sólo un pequeño pasillo. Accedo a él, entro en la habitación y sencillamente me quedo sin respiración. Está Ayden, pero también está Ethan. Los dos de pie, esperándome. Los dos increíblemente guapos, increíblemente atractivos, mirándome de esa manera que me hace sentir que ahora mismo no hay nada más en el mundo que no sea yo, y para mí también es así. Todo a su alrededor está borroso o simplemente ha dejado de existir.

De pronto recuerdo el trato del que los oí hablar a escondidas tras la puerta del despacho de Ethan y todos los músculos de mi cuerpo se tensan expectantes. Sólo se acostarán conmigo si estamos los tres juntos, y ahora estamos los tres.

—Hola —los saludo, y esa escueta palabra, en contra de mi voluntad, ha sonado repleta de deseo y placer anticipado.

Aparto la vista y la concentro en mis propias manos. Estoy nerviosa. No puedo evitarlo y también me siento extrañamente tímida y un poco sobrepasada.

Sus miradas se intensifican sobre mí, pero ninguno dice nada.

—¿Qué queréis de mí? —conscientemente me refiero a este momento, una pregunta inocente para entablar conversación, pero inconscientemente las implicaciones de mis palabras van mucho más allá y ya no son tan inocentes.

Mis intenciones deben de ser cristalinas, al fin y al cabo siempre he pensado que podían leer en mí, y esa frase parece ser un imaginario pistoletazo de salida. Ethan camina con el paso decidido hasta mí. Me toma de las muñecas y me obliga a andar hacia atrás, pegando su cuerpo contra el mío.

—No digas una sola palabra más —me ordena.

La parte trasera de mis rodillas choca contra algo y en esa misma milésima de segundo me lanza contra la cama, abalanzándose sobre mí. Sus ojos dominan los míos desde arriba sólo un momento antes de incorporarse, recorriendo mi cuerpo con la punta de sus dedos, incendiándome.

Sin embargo, el gesto y la postura no duran más que un segundo. Ethan me coge de la cintura y se sienta en el borde de la cama conmigo en su regazo, exactamente como hizo sobre el escenario. Gimo por el movimiento y, sobre todo, por sentirlo así de cerca.

Ayden da el último paso que nos separa y se detiene frente a mí. Desde esta posición parece más alto, más misterioso, más inalcanzable.

Mi respiración es un caos y mi mente, una maraña de pensamientos. No sé lo que quiero y, al mismo tiempo, incomprensiblemente, también quiero todo esto, así de brusco, de animal.

Ayden se inclina sobre mí, coge mi blusa. Ethan enrolla mi pelo alrededor de su puño. Abre la prenda de un tirón haciendo volar los botones por todos los rincones de la habitación. Tira de mi pelo, obligándome a echar la cabeza hacia atrás. Los dos están enfadados, malhumorados, puede que incluso más distantes, pero, sin entender siquiera por qué, cada inmisericorde movimiento que hacen me acerca más y más a ellos.

Las manos de Ayden se pasean desde mis rodillas hasta mis caderas acariciando mis muslos.

—Por favor —suplico entre jadeos, aunque no sé qué es lo que estoy pidiendo.

Deja al descubierto mis bragas y Ethan las rompe de un acertado tirón.

Se sincronizan a la perfección y yo sólo soy arcilla en sus manos.

—Por favor —repito en un gemido, pero ninguno de los dos tiene intención de apiadarse de mí.

Ethan me gira entre sus brazos y me encuentro de golpe con sus ojos azul oscuro. No sólo está enfadado, está furioso, con un deseo indomable bañando su mirada por completo. El deseo se hace más grande, pero también más íntimo y, en mitad de toda esta locura, alzo la mano y le acaricio la barba incipiente que rasga su mandíbula. Hay un segundo de calma en su mirada, como si ese pequeño gesto fuese exactamente lo que necesitase sentir, pero casi en el mismo segundo la rabia vuele, la batalla interna, y me deja caer contra el colchón, abalanzándose sobre mí.

Me besa. Está desbocado, hambriento... desesperado, y en ese preciso instante me doy cuenta de que yo me siento exactamente igual. ¿Qué somos? ¿Qué tenemos? ¿Cuánto va a durar? No quiero que se acabe. No quiero que se acabe jamás.

Ethan se detiene y se separa lo necesario para atrapar mi mirada. Las emociones se multiplican en sus ojos, pero, sin darme opción, se levanta de golpe, dejándome desamparada.

Ayden se acerca. Ethan camina hasta los ventanales a la vez que se pasa una vez más las dos manos por el pelo. Ayden se inclina sobre mí. Ethan se gira. Mi mirada se encuentra con la suya. Ayden me besa en el centro del estómago, un beso corto, suave, dulce. Mi espalda se arquea porque el placer encuentra consuelo. Los ojos de Ethan están inundados de rabia. Es el mismo animal enjaulado que estaba sobre mí en aquella cama en aquel escenario. Ayden pierde su boca en mi sexo. Gimo. No quiero, pero el deseo gana la partida y cierra mis ojos.

Ethan. Ethan... Ayden.

Sus dedos, su lengua, sus dientes juegan conmigo. Desliza su brazo por mi estómago para atrapar mis caderas y mantenerme presa de esta excitación contra el colchón.

—Dios —gimo.

Rodea mi clítoris, tira de él, me llena con sus dedos. Me besa. Me chupa. Sus ojos azul oscuro, toda su rabia. La manera en la que miraba.

Mi cuerpo convulsiona. El placer me ciega y alcanzo un maravilloso orgasmo.

Aún con el placer vibrando en mi cuerpo, Ayden me toma entre sus brazos, me sienta a horcajadas sobre él y me inserta su miembro duro y fuerte.

Grito. El placer vuelve. Todo me da vueltas.

Instintivamente comienzo a moverme mientras sus manos en mis caderas marcan el ritmo. Pierdo las manos en su pelo. Me aferro con fuerza a sus hombros. Ayden me detiene por completo quedándose dentro y comienza un ritmo demencial, entrando y saliendo a una velocidad endiablada, haciendo sentir más, más, ¡más!

—Dios —repito entre jadeos.

Mi cuerpo tiembla. Ayden aparta mi sujetador con los dientes. Me lame, me muerde, torturándome sin piedad.

Sus ojos azul oscuro.

El placer lo inunda todo. Me tenso. Exploto. Y atravieso el cielo por segunda vez al mismo tiempo que él.

Unos brazos me rescatan de la cama. No tengo fuerzas para abrir los ojos. Siento su calidez y pierdo la cara en su cuello. Me lleva contra la pared. Me aprisiona con su cuerpo. Me besa. Toma mi labio inferior. Me muerde. ¡Gimo!

Abro los ojos y me encuentro con su mirada, con sus ojos azul oscuro, pero prácticamente en ese mismo instante me gira, me deja de cara a la pared y me embiste duro, profundo. Está aún más furioso. Más lleno de rabia. Se mueve rápido, brusco. Mis manos se deslizan por la pared tratando de encontrar algo a lo que agarrarme. Digiero cada golpe de placer, cada entrada dura y desesperada que graba a fuego su nombre en mi piel.

Estocada a estocada nos lleva a los dos al paraíso y me corro con fuerza mientras él se pierde dentro de mí, mientras siento que vuelvo a encajar, que mi corazón está donde debe estar.

Mi respiración irregular poco a poco va calmándose, sintiendo su pecho a mi espalda llenarse y vaciarse cada vez más despacio. En un rápido movimiento, Ethan se estira, arranca la sábana de la cama y me cubre con ella. Pierde su nariz en mi pelo y me da un suave beso.

—Eres lo único que me importa, Lillie —susurra dejando que su aliento caliente mi mejilla.

Mi corazón se hincha y resplandece porque, aunque no quiera y ni siquiera lo entienda, cada palabra que dice Ethan vale mucho más. Sin embargo, otra vez decide por los dos y se aleja de mí de vuelta a los ventanales, y mi corazón sencillamente cae fulminado.

—Ha sido increíble, chica Hitchcock —dice Ayden acercándose a mí y dándome un suave beso en la frente.

Al separarse se queda observándome, como si fuese capaz de leer toda la confusión que siento ahora mismo, y yo agacho la cabeza como contramedida. No sé por qué, pero esta vez ha sido diferente y ahora yo me siento diferente. Ayden me mete un mechón de pelo tras la oreja en un gesto lleno de ternura y me sonríe inclinándose para buscar mi mirada. Cuando la encuentra, no puedo evitar sonreír y me doy cuenta de que ésa era su única intención.

—Mucho mejor —sentencia—. ¿Has comido?

Niego con la cabeza.

—Pues ¿qué te parece si te llevo a cenar? Prometo que será algo más consistente que una granizada.

Sonrío y Ayden me devuelve el gesto. Debería responder con un «sí» entusiasmado, me gusta estar con Ayden, pero, en lugar de eso, sin ni siquiera saber por qué, llevo mi vista hasta Ethan. Sigue con la mirada clavada en los ventanales, como si estuviese a millones de kilómetros de distancia, como si ni siquiera quisiese estar en esta estancia, con las personas de esta habitación. Esa idea duele más de lo que puedo entender.

—De acuerdo —murmuro.

Su sonrisa se ensancha.

—Pues será mejor que nos vistamos.

Asiento y recojo mi ropa. Voy a uno de los baños del área privada de Ethan y me doy una ducha rápida. No quiero pensar, pero, por mucho que me concentro en cada cosa que hago, no puedo evitar darle más y más vueltas a lo que acaba de pasar, a toda esta historia de tres en realidad.

Mientras me visto, compruebo que al menos la mitad de los botones de mi blusa están en

paradero desconocido; por suerte consigo anudármela y abrocharme algunos para mantenerla cerrada.

Cuando regreso a la habitación, Ethan y Ayden están perfectamente vestidos y arreglados. Pensé que Ethan ya se habría marchado. Es obvio que sigue enfadado y lo es aún más que no quiere estar aquí. Me acerco despacio y dejo la sábana doblada sobre la cama.

—¿Lista? —pregunta Ayden.

—Sí —respondo, y noto la mirada de Ethan clavarse sobre mí.

—Voy a llevarte a un restaurante precioso cerca de...

Su móvil empieza a sonar, interrumpiéndolo. Ayden saca el iPhone del bolsillo, mira la pantalla y resopla resignado.

—Lo siento, pero tengo que atender esta llamada —se disculpa—. Un asunto en la puerta requiere mi atención. ¿Por qué no me esperas en la sala principal tomándote una copa? La actuación de esta noche te encantará.

Asiento con una sonrisa.

—Estás preciosa —añade antes de girar sobre sus pies y salir de su zona privada camino de la puerta principal del Archetype.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y me obligo a alzar la cabeza. No sé qué es lo que ha pasado. No sé por qué me siento diferente. Pero sí tengo claro que no puedo comportarme como una cría.

—Yo... —prácticamente balbuceo, sin saber qué más decir. Algo sumamente adulto, sin duda alguna—... será mejor que me marche.

Giro sobre mis pies y me dirijo a la salida.

—Tú no vas a ir a ninguna parte.

Su voz invade mi cuerpo. Mi corazón late desenfrenado. Una canción llega desde la sala principal atravesando los laberínticos pasillos; es una chica gritándole a un chico que no puede decirle qué hacer o qué decir, que ella no le pertenece.

—He quedado con Ayden.

No sé por qué lo digo, es más que obvio que lo sabe, pero algo dentro de mí necesita hacerlo, comprobar su reacción.

Ethan aprieta la mandíbula y todo su cuerpo se tensa un poco más y, antes siquiera de comprenderlo, algo dentro de mí brilla con fuerza.

—No vas a ir a ninguna parte —me ordena arrogante, sin un ápice de duda.

—¿Por qué?

—Eso no es asunto tuyo.

Esas cinco palabras me remueven por dentro. ¿Cómo se puede atrever siquiera a pronunciarlas después de todo lo que ha ocurrido? De pronto me siento cansada de esta batalla casi infinita. Desde que lo conocí he estado chocando con la misma pared una y otra vez, tratando de entenderlo, de leer entre líneas.

—Me marcho.

—No estoy bromeando, Lillie —me advierte.

—Y yo te he dicho que me marcho —me reafirmo cruzándome de brazos.

Me da igual lo enfadado que esté, porque yo también lo estoy. Soy una adulta y él tiene que dejar de decidir por los dos y de mantenerme al margen. Los «no son asunto tuyo» tienen que acabarse.

Ethan da un intimidante paso hacia mí sin liberar mis ojos de los suyos. La canción se cuela entre los dos, la voz de la chica diciendo que no le pertenece, que no puede decirle que no puede ir con otros hombres.

—No pienso permitir que te vayas con Morgan —susurra con la voz grave, ronca. No grita porque no lo necesita.

—Ethan, no necesito tu permiso.

Puede que sea capaz de intimidarme sólo con esa mirada, pero no va a decirme lo que tengo que hacer.

—Lillie —me advierte.

—Ethan —replico imitando su tono de voz.

—No te lo voy a repetir.

Me intimida un poco más. Mi respiración se acelera. No voy a rendirme.

—Voy a marcharme.

Ethan entorna los ojos sopesando opciones a una velocidad de vértigo y, antes de que pueda hacer nada por evitarlo, destruye la distancia que nos separa, me carga sobre su hombro y comienza a caminar con largas zancadas y paso seguro.

—¡Ethan! —grito—. ¡Bájame inmediatamente!

No es la primera vez que lo hace y ya estoy harta. ¡Es un maldito neandertal!

—¡Ethan! —repito—. ¡Bájame!

Pero creo que ni siquiera me oye o, por lo menos, lo finge de maravilla.

Pataleo, me revuelvo, le golpeo con los puños, pero no se detiene. No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer!

—¡Maldita sea! —me quejo.

Atravesamos la segunda estancia, la principal, y varios pasillos. Ethan abre una de las puertas de mala manera y entra de la misma forma. ¿Adónde vamos? ¿Qué hacemos aquí? De pronto estamos en el inmaculado baño. Una parte de mí empieza a imaginar qué se propone, pero la otra se niega en rotundo a creerlo.

Ethan llega hasta la ducha de pequeños azulejos en tonos grises, negros y cobaltos. Me deja en el suelo sin ninguna delicadeza y, antes de que pueda escapar, abre el grifo con un golpe de mano. El agua me recorre entera y me empapa en cuestión de segundos. ¡Joder! ¡Está fría!

—¡Ethan! —chillo de nuevo, absolutamente conmocionada.

El agua se vuelve tibia y después caliente. No puedo creer que haya hecho algo así y he perdido la cuenta de cuántas veces me he repetido esa frase en los últimos cinco minutos. ¡¿Cómo ha podido atreverse?!

—Eres... Eres... —Ni siquiera soy capaz de terminar la frase. ¡Estoy tan cabreada!—. Eres un hijo de puta arrogante al que no quiero volver a ver en toda mi vida.

En el mismo microsegundo en el que termino de pronunciar la última palabra, se abalanza sobre mí, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Yo lucho, el agua lo moja, lo

empapa. Lo empujo y lo abofeteo con la respiración acelerada. ¡No voy a dejar que haga conmigo lo que quiera!

Ethan gira la cara despacio. Me observa con la mirada llena de rabia pero también de frustración, de un deseo sordo y hambriento, de todo lo que somos nosotros, de cómo me siento cuando lo tengo cerca aunque lo odie, aunque no quiera volver a verlo, aunque me haya propuesto por todos los medios no enamorarme de él.

Toda la fuerza que irradia, esa arrogancia masculina y perfecta, reluce con fuerza una vez más y, despacio, dejándome claro lo que piensa hacer y que no va a concederme ninguna posibilidad de escapar, se inclina sobre mí. Mi respiración se vuelve febril, desesperada, entremezclándose con la suya, hundiéndome un poco más.

—Te odio —le digo, pero no me aparto.

—Mejor —responde contra mis labios—. Lo último que deseo es que me quieras.

17

Sus palabras me vuelven un poco más loca o un poco más cuerda, ¿quién sabe? ¿Qué significan? ¿Qué es lo que ha querido decir? Pero otra vez no me da un solo segundo para pensar y me besa con fuerza. Yo quiero apartarme, marcharme, pero es completamente inútil. Mi cuerpo y mi corazón desean sus besos y yo... yo creo que ya no sé respirar sin ellos.

Me estrecha contra la pared de azulejos. El agua sigue cayendo, mojándonos a los dos. Desliza sus manos por mis costados, las pierde en mi trasero y me levanta a pulso. Yo reacciono envolviendo su cintura con mis piernas. Rodeo su cuello con mis brazos y pierdo mis dedos en su pelo húmedo.

—Esto es una locura —murmuro.

Y va a acabar devorándonos a ambos.

Creo que Ethan tiene la misma revelación, porque se separa lo suficiente como para que su mirada vuelva a atrapar la mía. Todos los sentimientos que estaban en ella se han recrudecido y la inmensa batalla ha vuelto. Me baja despacio hasta que mis pies vuelven a tocar el suelo y, sin dejar de observarme, frunce suavemente el ceño. ¿Por qué ya lo echo tanto de menos? ¿Por qué sólo me siento así cuando estoy con él?

Cierra el grifo del agua y, paciente, me ayuda a salir de la ducha.

Nos secamos en silencio. Es lo último que quiero, pero me hago consciente de cada uno de sus movimientos, de cómo se deshace de su camisa empapada, de cómo se abotona una nueva. Tardo unos minutos de más en darme cuenta de que estamos en su habitación privada del Archetype. Sé que es absolutamente ridículo, pero odio que tenga una.

Ethan acaba de vestirse y se queda muy quieto observando cómo termino de abrocharme una de sus camisas después de extender mi falda y mi blusa con la esperanza de que se sequen lo antes posible. Al finalizar, alzo la cabeza y me encuentro directamente con su mirada. Ahora mismo quiero preguntarle tantas cosas, pero una vez más, por extraño que parezca, las palabras se niegan a atravesar mi garganta.

En mitad de este silencio cargado de tantas cosas, mi móvil comienza a sonar. Miro a mi alrededor aturdida hasta que localizo mi bolso sobre una pequeña mesita. Ni siquiera sé cómo ha llegado hasta ahí. Miro la pantalla. No tengo grabado el número y automáticamente comprendo que es Ayden. Lo había olvidado por completo.

Tomo aire con la vista clavada en el teléfono, pensando en cómo voy a explicarle que voy a marcharme a casa. Pero, antes de que pueda empezar la frase, Ethan me quita el móvil, lo lanza

contra la cama y me toma entre sus brazos, brusco, malhumorado. Me besa abalanzándose sobre mí, llevándome contra la pared, sin dejarme pensar, demostrándome el animal lleno de instinto, rabia y deseo que es.

—Prométeme que no te irás con Ayden esta noche —me ordena contra mi boca.

No puedo pensar. No quiero.

—Ethan... —murmuro inundada de una excitación que no sé controlar.

—Prométemelo —ruge.

La arrogancia, el deseo. Todo crece.

—Te lo prometo.

Mi respuesta lo pone un poco más al límite y me besa con más fuerza, más rudo, como si fuera lo único que quisiese escuchar y al mismo tiempo odiase desearlo. Se separa y deja caer su frente sobre la mía. Algo en mi interior lee su gesto y lo interpreta, y una lágrima cae por mi mejilla.

—¿Vas a marcharte? —susurro. No sé por qué lo hago, en el fondo sé la respuesta y no quiero oírla.

—Lillie. —Y mi nombre en sus labios es un cristalino «sí».

Me muerdo el labio inferior a la vez que asiento, conteniendo el llanto.

—¿Por qué? —pregunto desesperada—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que hago mal? ¿Por qué odias tocarme?

Sé que ahora mismo parezco alguien débil y vulnerable, pero no me importa. Necesito saberlo. Ya no puedo más.

Ethan niega con la cabeza, con su mirada clavada en mis labios.

—Yo no odio tocarte —susurra con la voz grave, ronca.

Se aleja definitivamente de mí y se pasa las dos manos por el pelo mientras camina hasta el centro de la habitación.

—Entonces, ¿por qué siempre te vas?—inquiero siguiéndolo—. ¿Por qué dijiste que las cosas no salieron como pensaste que saldrían? ¿Que no puedes estar con una chica como yo?

—Lillie —me advierte.

No quiere seguir hablando, pero yo necesito respuestas. Estoy desesperada.

—Contéstame.

—Lillie, basta.

Está al límite, ¡pero yo también!

—¿Por qué primero me follas y después odias tenerme cerca? —grito.

—¡Odio compartirte! —ruge.

Esas dos palabras nos silencian a los dos y yo creo que estoy perdiendo la poca cordura que me queda. Su mirada se llena de un centenar de emociones y su rabia es tan fuerte, tan latente, que puedo sentirla desde aquí, consumiéndolo.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —pregunto en un murmuro. Ni siquiera sé cómo sentirme ahora mismo.

Ethan exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones.

—Porque es la única manera en la que puedo tocarte sin sentir que me estoy comportando

como el mayor cabrón del mundo contigo.

—¿Por qué? —Las lágrimas bañan mis mejillas, cada vez más saladas.

Estoy demasiado triste, demasiado perdida.

—Lillie.

La atmósfera entre los dos cambia, nos engulle.

Sí, es una locura y, sí, va a acabar devorándonos a los dos.

Ethan lanza un juramento entre dientes, cubre la distancia que nos separa con el paso acelerado y me toma de la muñeca hasta que mi cuerpo choca con el suyo. Su olor me invade, me sacude, y toda su calidez me despega del suelo y me hace volar tan alto como él quiera llevarme.

Se deshace de su camisa sobre mi cuerpo mientras me besa desesperado, como si no tuviese suficiente con lo cerca que estamos. Quiere más, necesita más, que me quede en sus brazos, siempre, poseerme, siempre, que sea suya, siempre, y yo no me había sentido tan deseada nunca.

—Tú eres lo único que me calma —susurra contra mis labios, acunando mi cara entre sus manos.

Otra vez busco su mirada y otra vez lo que encuentro me coloca al borde de un precipicio demasiado alto. No hay distancia, no hay inaccesibilidad, sólo está él y de pronto mi sentido común, mi cuerpo y mi corazón rinden las armas.

Ethan baja hasta arrodillarse frente a mí. Alza la mirada y sus ojos me dominan por completo. Mi cuerpo sobrealimentado, sobreestimulado y lleno de un deseo casi infinito, se rinde a él. Su atractivo resplandece y me besa con una precisión exquisita en el centro de mi sexo. Una corriente eléctrica se desata en mi cuerpo y lo abandona en forma de gemido, dejándome hambrienta de su boca justamente ahí, de él justamente así, de él de cualquier manera.

Sigue besándome, chupándome, mordiéndome. Mi cuerpo se arquea y me aferro a sus hombros mientras sus manos en mi culo me anclan al suelo y a sus besos.

—Ethan —jadeo extasiada con mis ojos cerrándose, tratando inútilmente de controlar el placer.

Retuerzo la tela de su camisa entre mis dedos. El placer avanza por mi cuerpo, lo arrasa todo. Me besa el ombligo, la cadera, las costillas, mis pechos, ¡oh, por Dios!, mis pechos. Se demora perversamente en ellos y sube hasta mi cuello, hasta mis labios. Atrapa mi boca y yo respondo a cada uno de sus besos a la vez que mis manos rodean su cuello, mientras me levanta a pulso y me lleva contra la pared, mientras libera su miembro y me embiste con fuerza, parte en dos todo mi mundo y descubre otro aún mejor repleto de calor, de luz, de placer, de deseo, de Ethan, de amor... De un amor tan fuerte que casi no puedo respirar.

—Ethan —murmuro entre gemidos.

Necesito un segundo pero sé que no va a dármelo y no para torturarme, sino por necesidad pura y dura, porque está hambriento de mí como yo lo estoy de él.

Me embiste una y otra vez. Nuestros alientos se entremezclan. Mis piernas se ciernen a su cintura. Quiero estar más cerca de él. Quiero sentirlo aún más. Cierro los ojos. Mi cuerpo se arquea.

—Nena —ruge.

Y salgo disparada al paraíso. Todas mis terminaciones nerviosas, mi piel, mi sexo, se rinden a él, a cada embestida, a cada beso, a cada caricia, y mi corazón se anega de placer. Más alto, más fuerte, más excitación, más euforia... Ethan, Ethan, Ethan...

Continúa moviéndose. Pierde su mano en mi pelo hasta llegar a mi nuca y vuelve a besarme lleno de exigencia.

—Joder —gruñe aferrándose todavía más a mi cuerpo.

Con esa palabra me doy cuenta de que ni siquiera ahora tiene suficiente, que ni siquiera ahora quiere parar, que quiere más como quiero yo, que está tan desesperado como lo estoy yo.

El precipicio vuelve y los dos saltamos. Gimo. Ruge. Nos corremos. Nos acercamos un poco más al otro. Las luces más vivas lo inundan todo.

Ethan me desliza despacio entre su cuerpo y la pared hasta que mis pies descalzos tocan el inmaculado suelo. Nos miramos directamente a los ojos y, por un momento, sólo uno, tengo la sensación de que los dos estamos igual de perdidos.

¿Qué acabamos de hacer? ¿Por qué ha sido diferente? ¿Por qué tengo la temeraria idea de que, cada vez que me toca, Ethan me toca a mí y nunca, jamás, tocará a Marnie?

Esto no es lo que había planeado. Enamorarme de él no es lo que había planeado.

Nunca había sentido un miedo tan frío y cortante.

Lo empujo suavemente. Ethan no se aparta. Cojo mi ropa sin importarme que aún siga mojada y volvemos a vestirnos en silencio. Exactamente como hace poco menos de una hora.

No puedo enamorarme de él. No puedo querer al hombre más complicado de Nueva York. No hay ninguna posibilidad de que mi corazón salga ileso.

—Tengo que irme —murmuro.

Él no dice nada.

Atravieso de prisa la habitación y llego hasta la puerta. No sé por qué, cometo el error más kamikaze de todos y, justo antes de salir, alzo la mirada y dejo que la suya me atrape. Son los ojos más bonitos que veré jamás, el hombre más atractivo, el más distante, arrogante, inalcanzable. No sobreviviría. Lo sé.

Mi obligo a ser sensata, como lo solía ser, y aparto la mirada de él.

—Adiós, Ethan.

—Adiós, Lillie.

Cierro la puerta y me marcho conteniendo las lágrimas y mi cuerpo, que me pide a gritos que vuelva con él.

Le mando un mensaje a Ayden diciéndole que no me encuentro muy bien y que prefiero marcharme a casa. Es una excusa rastrera, pero tampoco sé cómo podría explicar la verdad.

Salgo del Archetype y otra vez sólo me separan unos pasos de la puerta cuando veo a Martin, esperándome. Lo observo con su traje negro y perfecto, su pose profesional, con las manos cruzadas delante, su expresión irradiando seguridad, y me doy cuenta de que por hoy ya he luchado suficiente.

—Sí —digo conteniendo las lágrimas.

Él me dedica su discreta sonrisa y abre la puerta de atrás del Lexus. Sólo quiero llegar a casa.

Al abrir la puerta de mi apartamento, el sonido de la televisión llega hasta el rellano. Camino

con los pies pesados y dejo las llaves sobre la isla de la cocina. Taylor me mira y automáticamente frunce el ceño. Deja el bol de palomitas sobre la mesita de centro y le quita el volumen a la película en blanco y negro que está viendo.

—¿Qué ha pasado, Lillie?

Voy hasta el sofá y me dejo caer a su lado.

—No lo sé —me sincero y, antes de que pueda controlarlo, rompo a llorar de nuevo.

Taylor me rodea con sus brazos y me hace apoyar la cabeza en su hombro.

—¿Estás empapada?

Asiento.

—¿McDominante o McMisterioso?

—McDominante —gimoteo.

—Lo sabía —sentencia.

Me sorbo los mocos y me separo enérgica.

—No sé qué ha pasado —me sincero. ¡Necesito desahogarme!—. Él es tan complicado. A veces se comporta como un auténtico neandertal y consigue sacarme de mis casillas, pero, justo después, hace algo increíble, como permitirme ayudarlo en cosas realmente importantes o compartir un pedacito de su vida conmigo. Y yo quiero saber por qué lo hace, pero, cuando le pido que me lo explique, que me hable de cómo se siente, siempre se aleja y me aleja a mí. Y entonces, volviéndome completamente loca, se enfada otra vez y se comporta como un auténtico cavernícola de nuevo y yo ya no sé qué hacer.

Taylor asiente como si reconociese cada situación que le he contado.

—Amiga, eso es lo que se conoce comúnmente como «la pescadilla que se muerde el pene».

Abro los ojos como platos y, aunque es lo último que quiero, una sonrisa se cuela en mis labios.

—Me explico.

—Por favor —le pido.

—Él está acostumbrado a controlarlo todo, pero lo que siente por ti le está volviendo loco y le hace hacer cosas que normalmente ni siquiera se plantearía. —Yo sigo su razonamiento con toda mi atención—. Cuando tú le preguntas por qué, no quiere tener que decirte que le estás rompiendo los esquemas y prefiere alejarte, aunque lo odia, y por eso se enfada con el mundo. Es obvio que está hecho un completo lío, pero también es más que obvio que está loco por ti, Lillie.

Sus últimas palabras me dejan aturdidas, pero en seguida reacciono. Pongo los ojos en blanco, me levanto y me dirijo a la cocina.

—No está loco por mí.

Ethan Anderson no está loco por mí.

—¿Por qué no eres capaz de entenderlo? —replica mi amiga.

—Porque tendrías que verlo —respondo resaltando lo evidente, mientras cojo una botellita de agua del frigorífico—. Es alto, atractivo, inteligente. Podría tener a la chica que quisiera.

—Lillie —me reprende.

No estoy jugando a la chica acomplejada, simplemente estoy siendo objetiva.

—Taylor, ni siquiera sé si querría tener algo conmigo más allá de la *girlfriend experience*.

Y, al decir esa frase en voz alta, una idea se forma en mi cabeza. Si quiero acabar con todas estas preguntas sin respuestas y poner un poco de orden en esta maraña de pensamientos, necesito ser sincera y explicarles quién soy de verdad.

—Voy a contarles que no soy una *provider*.

Y esa frase, en voz alta también, da un miedo terrible.

Taylor asiente.

—Me parece una gran idea.

—Supongo que toca ser sinceros.

—Valor, soldado Harper.

—Lo necesitaré.

Las dos sonreímos y casi en el mismo instante suelto un largo suspiro.

—Ahora ven aquí y siéntate con tu sabia amiga —me propone—. Tengo palomitas y estoy viendo *De aquí a la eternidad* —dice recuperando el mando y llevándoselo, dramática, al pecho.

—Acepto el plan, pero voy a ponerme el pijama y quiero helado de chocolate y podríamos ver *Extraños en un tren*.

Pongo mi mejor cara de pena y Taylor resopla.

—Te estás aprovechando de tus desgracias —me recrimina mi amiga echando a andar hacia el frigo y sacando un cubo de helado de Ben&Jerry's.

—Es otra ley federal —sentencio desde la habitación.

Antes de salir de mi dormitorio, le mando un mensaje a Ayden y otro a Ethan pidiéndoles que nos veamos los tres a la mañana siguiente en la zona privada del Archetype. Los dos aceptan.

* * *

«A veces necesitamos dejar de imaginarnos cómo nos sentimos, dejar de decidir exactamente qué queremos y simplemente ver qué pasa.»

Miro la pintada. A partir de mañana pienso ponerla en práctica, pero hoy tengo que arreglar mi vida sentimental.

Paro un taxi de un silbido y le doy la dirección del club. Antes de salir de casa, he cogido todo el dinero y lo he guardado en mi pequeño bolso. Voy a devolvérselo. Es lo mejor, lo más justo y la única solución con la que me siento cómoda. Cuando he pasado por delante del buzón, una parte de mí sabía que debía abrirlo porque encontraría otro sobre. No me equivoqué y es con el que más culpable me he sentido de todos.

Una de las camareras me espera en la puerta, junto al portero. Me indica que el club aún está cerrado, pero que el señor Morgan y el señor Anderson ya han llegado. Ver el Archetype fuera de su horario laboral me sorprende, exactamente como me pasó la primera vez. Sigue siendo el lugar más sensual sobre la tierra, sólo que bajo otra luz paradójicamente más íntima y creo que también un poco más real.

Cruzo los laberínticos pasillos y al fin llego a la zona privada de Ayden. Me detengo frente a su puerta y tomo aire. No me doy tiempo para pensarlo, porque sé que me faltará el valor, y

entro.

Mis Manolo de la suerte repiquetean contra el impoluto parqué; trato de concentrarme en ese sonido para dejar de pensar, pero todo es inútil cuando alzo la cabeza y los veo a los dos, frente a mí. Ayden está apoyado, casi sentado sobre su escritorio, y Ethan está de pie, junto a un lateral de la mesa. Uno parece sereno y el otro, con la extraña calma de un león enjaulado, y ambos siguen demostrando un control inquebrantable.

—Hola —saludo tratando de que mi voz suene fuerte.

—Hola, Marnie —responde Ayden.

Ethan me observa, pero no dice nada. Está enfadado, en guardia. Tenerlo aquí, delante, es como llevar la soga a la casa del ahorcado. Instintivamente trago saliva.

Cabeceo y doy un paso adelante. Tengo que hacer lo que debo hacer.

—Os he pedido que vinierais porque tengo que hablar con los dos, hay algo que tengo que contaros —rectifico rápidamente.

Cojo aire de nuevo. ¿Por qué tengo la sensación de que han robado todo el oxígeno de esta habitación?

Vuelvo a mirarlos. No puedo dejar de pensar que, si hablo, los perderé; que, si dejo de fingir ser *provider,* los perderé... pero la alternativa es una mentira que no puedo mantener por más tiempo.

Es hora de echarle valor, Harper.

Abro la boca dispuesta a empezar mi confesión, pero mi teléfono suena, interrumpiéndome. Lo más lógico sería que ni siquiera mirara la pantalla, pero, esa parte de mí que está muerta de miedo deseando que se declare un incendio en el edificio sólo para tener una excusa para salir corriendo, gana la partida y saco mi iPhone de mi pequeño bolso. No tengo el número grabado.

—Lo siento —me excuso—. Puede que sea importante.

Me alejo un par de pasos.

—¿Diga? —respondo. Nadie contesta—. ¿Diga? —repito.

Estoy a punto de colgar cuando alguien carraspea al otro lado.

—Lillie, soy Rick.

¿Qué?

Todo está pasando a cámara lenta y al mismo tiempo tengo la sensación de que alguien ha tirado de una alfombra bajo mis pies.

—¿Papá? —pregunto en un conmocionado murmuro.

No sé si es esa única palabra o cómo la pronuncio, pero Ethan y Ayden cambian por completo la expresión y centran sus miradas en mí.

—Sí —responde, y creo que ríe levemente al otro lado. No tengo prácticamente ningún recuerdo de él, así que tampoco sé cómo suena su risa—. Supongo que te preguntarás por qué te estoy llamando.

Guarda silencio esperando a que diga algo, pero no soy capaz. Se marchó cuando yo tenía un año y nunca más he vuelto a saber nada de él. No estoy enfadada. Estoy en *shock*. Oír su voz era lo último que esperaba.

—Entiendo que esto debe de ser muy difícil para ti —continúa—, pero había pensado ir a

Nueva York dentro de unos días, llegaría el martes 28, para verte. No sé —añade nervioso—, quizá charlar un rato, sólo unos minutos si quieres, pero me gustaría mucho verte.

Una lágrima se escapa por mi mejilla. No sé qué decir, ni siquiera sé qué se supone qué debería pensar.

—¿Lillie? —me llama—. ¿Lillie, sigues ahí?

Abro la boca para hablar, pero durante unos segundos parece que la conexión entre mi cerebro y mis labios se ha evaporado.

—Sí —digo al fin, rezando porque no haya colgado—. Sí, me gustaría verte.

Pronuncio las palabras a borbotones y a la vez una sonrisa realmente feliz se apodera de mis labios. Me seco las lágrimas. No quiero llorar. ¡Voy a ver a mi padre! Voy a poder verlo por primera vez desde que se fue. Hay tantas cosas que deseo preguntarle... Dios mío, voy a poder abrazarlo.

—He visto en unas fotos de Internet que hay una cafetería muy bonita cerca del hotel que tengo reservado. Se llama Daisy's. Está muy cerca de Herald Square.

Asiento, y, al caer en la cuenta de que no puede verme, vuelvo a sonreír.

—Nos veremos allí el martes 28, por la tarde. Podemos cenar juntos —le propongo.

—Eso me encantaría. —Y ahora estoy segura de que ha reído—. Hasta entonces, Lillie.

—Hasta entonces.

Cuelgo y durante unos segundos me quedo mirando el teléfono. Sencillamente no me lo puedo creer.

—¿Estás bien? —inquiere Ayden dando un paso hacia mí y sacándome de mi ensoñación.

Por un momento había olvidado dónde estaba.

—Sí —respondo a la vez que asiento para confirmarlo—. Sí —digo otra vez, e involuntariamente la misma sonrisa vuelve a mis labios—. Era mi padre. Quiere verme.

Ayden frunce el ceño. Ethan, a unos metros, ni siquiera parece escucharme, con la mirada perdida en la ventana frente a él.

—Creí que tu padre... —continúa el inglés.

Yo vuelvo a asentir.

—Se marchó cuando yo era un bebé y nunca más lo he visto, pero ahora quiere que charlemos y pasemos un rato juntos —hablo de prisa, estoy pletórica—. Quiere verme —repito sin poder creerlo todavía del todo.

—Me alegro mucho—responde Ayden contagiándose de mi sonrisa.

Estoy tan contenta que ni siquiera lo pienso y me lanzo a sus brazos, rodeando su cuello con los míos. ¡Quiero compartir toda esta alegría! Ayden reacciona de inmediato y me estrecha contra su cuerpo.

—Me alegro muchísimo, chica Hitchcock —susurra.

Mi sonrisa se ensancha y disfruto del cálido abrazo un segundo más. Se está tan bien aquí.

—¿Eso es todo lo que vas a contarnos?

La voz de Ethan, fría y distante, rompe mi pequeña burbuja y me separo de golpe de Ayden. Él conserva unos segundos más sus manos alrededor de mi cintura, como si quisiese fingir que Ethan ni siquiera comparte continente con nosotros y al mismo tiempo lo retase. Finalmente da

un paso atrás y vuelve a apoyarse en su carísimo escritorio.

Alzo la mirada mordiéndome el labio inferior y de inmediato me encuentro con los ojos de Ethan. Los nervios vuelven de golpe.

—Yo... —empiezo a decir torpemente—... tengo algo que contaros; supongo que debí sincerarme hace mucho, pero al principio no sabía cómo hacerlo y después todo se complicó y ahora yo...

Por Dios, Harper, dilo de una vez.

—No soy una *provider* —confieso al fin.

18

Las miradas de los dos se recrudecen sobre mí.

—Explícate —ruge Ethan. Su enfado acaba de ganar mil enteros.

Trago saliva. Llegados a este punto mejor contar toda la verdad.

—Necesitaba conocer este mundo para terminar mi proyecto en la universidad. Si no lo hacía, iba a perder la beca de alumna de departamento y todo por lo que había luchado. Una amiga me ayudó a colarme en la fiesta del New York Palace Hotel. En teoría, sólo iba a observar, pero entonces pasó todo aquello y después seguimos viéndonos...

—¿Y por qué coño no nos lo contaste antes?

Antes de terminar su propia frase, Ethan se levanta y se pasa las manos por el pelo. Parece al límite.

—Tenía miedo de que mi amiga saliese perjudicada —trato de explicarme—. Si esto llega a oídos de Nadine, lo perderá todo. Tenéis que prometerme...

—Ninguno de los dos va a hablar con Nadine Barnett. —En las palabras de Ayden puedo notar que se siente incluso un poco ofendido porque considerase esa posibilidad.

Los dos guardan silencio y yo comienzo a sentirme más y más culpable. Necesito que entiendan lo que ocurrió, que nunca quise utilizarlos, ni mentirles, y que, si no les confesé antes la verdad, fue porque no quería perderlos.

—No quise mentiros, pero no podía contaros la verdad.

Los dos siguen callados.

—Por favor, tenéis que creerme.

—¿Has estado con más clientes de Nadine? —inquiere Ayden calmado. Otra vez es el contrapunto de Ethan. El sereno control y el dominio animal.

—No —me apresuro a responder—. Claro que no.

—Y, antes de nosotros, ¿habías hecho algo parecido? —La manera tan cuidadosa en la que escoge las palabras me hace entender inmediatamente a qué se refiere.

—No —murmuro—. No era virgen —me apresuro a aclarar, aunque ya lo hice en el bochornoso arrebato de sinceridad que tuve el día que nos conocimos—. No tenía mucha experiencia, pero con vosotros todo lo que he sentido ha sido diferente. —Intenso, especial.

Algo me obliga a apartar la mirada.

—Y creo que es precisamente por eso —prosigo con los ojos clavados en mis propias manos —. Necesito ser sincera —resoplo intentando controlar este arranque de franqueza— para saber

cómo me siento. —Aunque esa frase en realidad debería terminar con un «cómo os sentís vosotros»—. Es lo mejor para mí, para protegerme. Lo siento muchísimo.

Alzo la mirada. No quiero marcharme con la cabeza gacha como si fuera una niña que se siente culpable, aunque en parte me vea así.

En ese momento, Ethan ahoga un fugaz bufido en una sonrisa breve, dura y sardónica. Se pasa las manos por el pelo otra vez y echa a andar, malhumorado, hacia la puerta.

—Lo siento —vuelvo a disculparme cuando pasa junto a mí.

Ethan se detiene a mi lado. Puedo sentir la tensión que destila su cuerpo, la ensordecedora rabia.

—Deja de disculparte —me interrumpe cortante—. Te estás comportando como si me importase lo más mínimo que hayas mentido para echar un polvo. No eres más que una cría inconsciente —sentencia con desprecio.

Me mantiene la mirada y el odio que veo en ella me deja sin aliento y me duele demasiado al mismo tiempo. Los ojos se me llenan de lágrimas. Quería saber qué significo para él y ahora lo sé.

—Supongo que esto se ha acabado, Ethan.

—Esto nunca empezó, Marnie.

Nunca pensé que escuchar ese nombre de sus labios podría entristecerme tanto.

Ethan sale de la habitación sin mirar atrás. Yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones, esforzándome en no sollozar. Quería saber si mi historia con él se acabaría cuando dejará de ser *provider* y ahora sé cuánto duele la respuesta. Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la secó rápidamente.

—¿Estás bien? —pregunta Ayden.

Asiento sin atreverme a mirarlo. No sé si también está enfadado. Voy a perderlos a los dos y no quiero llevarme sólo recuerdos tristes.

—De verdad que nunca quise engañaros...

—Lo sé —me interrumpe.

Su respuesta me hace volver a alzar la cabeza.

—¿No estás enfadado? —inquiero confusa.

—No me divierte la idea de que me mintieses —me deja claro con su voz más grave. Agarra el borde de la mesa y sus brazos se tensan bajo las dobleces de su camisa blanca—, pero entiendo por qué lo hiciste, y también entiendo por qué necesitas parar todo esto.

No sé si me lo está poniendo tan fácil porque realmente lo entiende o porque no le importa. No puedo pensar en la segunda opción. Si lo hago, me partiré en pedazos. Involuntariamente bajo la cabeza de nuevo. Necesito pensar.

—Gracias —musito con la mirada clavada en mis propias manos.

Ayden se levanta y camina hacia mí hasta que sus preciosos zapatos negros entran en mi campo de visión. Alza las manos y sus largos dedos sujetan mi barbilla, obligándome a erguir la cabeza hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Todos, alguna vez, tomamos una decisión pensando que es la correcta y nos equivocamos —dice—. Ahora ya sabes cuánto duele.

Su mirada se llena de un sinfín de emociones y me doy cuenta de que no sólo está hablando de este momento ni de mí.

—¿Te arrepientes de lo que ocurrió en tu pasado?

Una tenue sonrisa se apodera de sus labios.

—¿Te arrepientes tú? —contraataca.

—No. —No necesito pensarlo. Puede que los haya perdido y que esté triste y hecha un completo lío, pero jamás dejaré de alegrarme de haber ido a aquella fiesta en el New York Palace Hotel—. Nunca me arrepentiré de haberos conocido.

Los momentos buenos y los malos junto a ellos me han cambiado por dentro.

—¿Y por qué tengo la sensación de que las cosas no han salido como esperabas? —comenta perspicaz.

Yo lo miro nerviosa, sin saber qué contestar.

—Estoy bien —repito.

—¿Recuerdas cuál era la primera regla? —plantea cuando ya me he alejado unos pasos, haciendo que me gire de nuevo hacia él—. Tienes que guardarte tus cartas para ti.

Me acuerdo perfectamente de esa conversación en el Archetype. Tengo la sensación de que ha pasado una eternidad desde entonces.

—Lo hago. —Y creo que estoy mintiendo.

—No, no lo haces —sentencia sin asomo de dudas.

Suspiro. Las ganas de llorar vuelven.

—No sé qué me pasa, Ayden —me sincero—. No entiendo nada. No lo entiendo...

Me freno antes de terminar la frase, antes de decir «a él».

Un sollozo atraviesa mi garganta y las lágrimas comienzan a caer. Mis propias palabras son mi condena. Recuerdo el trato. Recuerdo cómo ha reaccionado Ethan. Voy a perderlos a los dos.

—Hacía años que no veía a las mujeres más que como un divertimento —dice robando toda mi atención—. Las conocía, coqueteaba, nos acostábamos... y de pronto apareciste tú y, el juego que tan bien creía conocer, cambió. —Sonríe suavemente, como si recordara algún momento concreto—. Me haces reír y consigues enfadarme. Pensé que, cuando nos acostáramos, todo eso se esfumaría, pero sucedió justo lo contrario, como si una voz me gritara lo jodidamente especial que eres cada vez que te miro. Y por primera vez no se trata de follar, ni siquiera de amor; sé que no estoy enamorado de ti, sé que nunca voy a poder estarlo de ninguna chica —sentencia, y algo me dice que su alma se ha llenado de un suave dolor y una cortante resignación, como si hubiese renunciado al amor hace mucho y esa herida ya hubiese cicatrizado en su corazón—, pero tú me importas, Marnie, y te juro por Dios que no voy a permitir que te hagan daño.—Su voz se torna fuerte, fría, queda. Me lo está advirtiendo a mí, pero, sobre todo, se lo está advirtiendo al mundo.

—Lo sé.

Nunca me había sentido tan protegida. No hay sólo deseo en su mirada, hay muchas más cosas. De repente, esa parte de mí que me dice que Ayden no es como él mismo se empeña en hacer creer, brilla con fuerza. Puede que le haya roto el corazón a un centenar de mujeres, pero nunca huiría como un criminal en mitad de la noche dejando atrás a una mujer que lo necesitase.

—Mi verdadero nombre es Lillie. —Ayden me mira sorprendido—. Sólo quería que lo

supieras.

No quiero engañarlo con nada más.

Ayden me observa un momento y con ese gesto otra vez parece saber con exactitud milimétrica lo que estoy pensando. Finalmente, me dedica su sonrisa más bonita y sincera, camina hasta mí y me da un suave beso en la mejilla, demorándose perversamente junto a la comisura de mis labios.

—Adiós, chica Hitchcock —susurra mi británico favorito.

—Adiós —me despido, y sé que ha llegado el momento de marcharme.

Llego a mi apartamento cansada, como si cada pie me pesara cien toneladas y ninguno de los dos se prestase a colaborar. No sé qué esperaba que fuera a ocurrir contándoles la verdad, pero no esto. Toda la culpa la tienen los cuentos de hadas, los libros románticos y las series donde el chico le pide a la chica que se case con él calzándole un Manolo. El príncipe Encantador, Christian Grey y Big han arruinado mi vida.

Antes solía pensar que las cosas eran blancas o negras y los términos medios eran para quienes no querían elegir. Ahora creo que no podía estar más equivocada. Las cosas no son blancas o negras y, para los sentimientos y el sentido común, el gris es demasiado complicado.

Me dejo caer en la cama con los brazos y las piernas estirados y la mirada clavada en el techo, pero casi en el mismo segundo me levanto. ¿Cómo puedo ser tan idiota? Abro el bolso y veo los sobres amontonados. Olvidé devolvérselos. Maldita sea. Gruño un suspiro exasperado y me dejo caer de nuevo en el colchón.

—He vuelto al punto de partida —murmuro.

Pero antes de dar el pistoletazo de salida a los recuerdos y los sermones autoinfligidos, decido ser práctica y concentrarme en cualquier otra cosa para dejar de pensar. Me incorporo de un salto hasta quedarme sentada otra vez en la cama y recupero mi *smartphone* del bolso, emocionada. ¿Cómo he podido olvidarlo? Mi vida sentimental es muy absorbente.

«Querrás decir, era.»

Voz de mi conciencia, muérete.

Marco un número de memoria y espero impaciente a que descuelguen al otro lado.

—Mamá —la llamo entusiasmada en cuanto descuelga—, Rick, quiero decir, papá —rectifico con una sonrisa— me ha llamado.

Durante unos segundos el silencio se apodera de la línea. Incluso me separo el teléfono de la oreja para comprobar si la llamada se ha cortado.

—¿Qué estás diciendo, Lillie? —responde al fin.

—Me ha llamado esta tarde. Va a venir a Nueva York y quiere verme.

—Ni se te ocurra —sentencia.

Yo arrugo el ceño, confusa. Es obvio que mi padre no es su persona favorita, pero mi madre siempre nos ha hablado bien de él y es la persona más justa que conozco. No imaginaba que reaccionaría así.

—Mamá, quiero verlo. Tengo muchas cosas que hablar con él...

—¿Qué cosas? —me interrumpe—. Ese hombre nos abandonó cuando eras un bebé —me recuerda con rabia.

—Ya lo sé —replico—, pero quizá esté arrepentido. Todo el mundo puede cambiar.

Desde que era pequeña, me recuerdo a mí misma colándome en la habitación de mi madre y revisando en sus cajones en busca de fotos de mi padre. Lo imaginaba en un montón de aventuras y situaciones diferentes, dando por hecho que nos había dejado por un motivo muy noble, como salvar al mundo de un gran peligro, y que algún día volvería. Obviamente el paso de los años fue borrando esa idea, pero sigo creyendo que no se fue simplemente porque quiso, que quizá se asustó o tomó una mala decisión, pero que nunca dejó de querernos a mi madre, a mi hermano y a mí.

—Cariño —me llama mi madre llena de ternura, y en ese preciso instante comprendo que ella tiene una visión muy diferente de mi padre—, tienes que dejar de creer que las personas pueden cambiar.

—Han pasado más de veinte años, mamá —trato de hacerle entender.

—¿Y no te parecen suficientes como para que una persona se arrepienta de haber cometido un error y regrese a ver a sus hijos?

Asiento. De repente vuelvo a sentirme como si fuese una niña pequeña, como la cría inocente e ingenua que todos dan por hecho que soy. Sin embargo, al mismo tiempo, tengo como una especie de revelación: ¿por qué tengo que ser yo la equivocada en todo este asunto?, ¿y si tengo razón?, ¿y si está arrepentido? Creo que las personas pueden cambiar, da igual cuánto tiempo haya transcurrido.

—Voy a verlo —pronuncio sin asomo de dudas.

—Te va a hacer daño, cariño.

Niego con la cabeza.

—Eso no lo sabes —lo defiendo.

Mi madre lanza un profundo suspiro.

—Cuánto me gustaría poder decir que no, pero conozco a Rick demasiado bien. Nunca ha sido una buena persona.

Me encojo de hombros, pero no es un gesto de incertidumbre, es como si intentara protegerme, mantener el calor.

—Puede que fuera así hace veinte años.

—Espero por tu bien que estés en lo cierto.

Han sido las nueve palabras más llenas de condescendencia que he oído jamás.

—Adiós, mamá.

—Adiós, cariño.

Cuelgo y suelto todo el aire de mis pulmones a la vez que lanzo el teléfono sobre la cama. No quiero preocuparla, pero necesito ver a mi padre y hablar con él. Creo que es lo justo.

Llamo a Taylor y comemos juntas. Como siempre, lo pasó genial con ella. No para de hablar de una fiesta maravillosa en la embajada francesa a la que tenemos que ir la semana que viene. Pero yo me siento rara, como si estuviera a punto de caer en una profunda gripe. Damos una vuelta por Central Park y, aunque me gano que me llame perra y me jure solemnemente que no va a volver a hablarme jamás, rechazo su invitación de un cine y un Fizz y me marcho a casa.

Ya ha anochecido cuando regreso a mi apartamento. Me preparo algo de comer, me pongo el

pijama y me siento en mi sillón a leer revistas de moda. Todo, con una peli de Hitchcock de fondo. Cuando aún falta media hora para que termine *El hombre que sabía demasiado,* decido darme por vencida y hacer lo que verdaderamente quiero hacer: cojo una caja de galletas del armarito, me meto en la cama y comienzo a llorar como una idiota. Fue mi decisión contarles que ya no soy una *provider*, sabía lo que podía pasar, entonces, ¿por qué tiene que doler tanto?

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando llaman a la puerta principal. Me bajo de la cama con el pijama lleno de miguitas de *cookies* y voy descalza hacia el recibidor. Debe de ser Taylor. Vuelven a llamar, más rápido. Creí que, después de haberme jurado no hablarme, por lo menos no la vería hasta dentro de un par de horas. Siguen llamando. Frunzo el ceño por la insistencia y grito un «voy» al aire; ni siquiera así dejan de llamar.

En cuanto abro la puerta, entra como un ciclón. Su olor me sacude preso en su estela y todo mi cuerpo despierta como si hubiese estado encerrado en el sueño más amargo.

—No me puedo creer que me mintieras —prácticamente grita, con la voz endurecida, con todo su cuerpo tenso, indomable, salvaje.

—No quise mentirte —me disculpo.

Ethan cabecea y se lleva las manos a las caderas. Está al límite en todos los sentidos y lo cierto es que no entiendo por qué. Fue él quien dijo que no le importaba, que ni siquiera había nada entre nosotros.

—¿Por qué te molesta tanto? —me quejo—. En el Archetype dijiste que no había nada entre nosotros.

—¡Y no lo hay!

—Entonces, ¿qué te importa? —replico casi en un grito—. ¿Por qué te cabrea que la cría inconsciente mintiese para echar un polvo? —lo parafraseo y automáticamente siento náuseas. Odio que me vea así.

La mirada de Ethan se endurece aún más.

—Lillie —me reprende.

—¿Ya no soy Marnie? —pregunto impertinente.

—No me provoques —me advierte.

Su solitaria frase y la manera como la dice logran intimidarme, pero me da igual; hoy, en este preciso instante, me da exactamente igual.

—¿Qué haces aquí, Ethan?

No responde. Me observa desde el otro lado de la habitación. Otra vez parece un animal enjaulado. Un animal capaz de enfrentarse al mundo por ser libre.

—¿Por qué estás tan enfadado?

Sigue en silencio.

—¡Contéstame! —le grito, pero en realidad se lo estoy suplicando. No sé qué quiero que diga y al mismo tiempo estoy desesperada por poder oírlo. Rompo a llorar de nuevo. No de tristeza, sino de rabia, de pura impotencia, y él continúa en silencio, frío, distante, arrogante—. ¡Contéstame, maldita sea! ¿Preferirías que hubiese sido una *provider?*

—¡Quería que fuese de verdad! —Sus palabras me dejan paralizada—. Esto era lo único real que tenía, Lillie.

Mis ojos se encuentran con los suyos y todas las emociones estallan hasta que un sordo desahucio se apodera por completo de su mirada azul.

Hace unos minutos no sabía qué quería oír, ahora sé que quería escuchar justamente eso. A pesar de lo difícil que me lo ha puesto, lo que teníamos era importante para él, significaba algo para él, yo significaba algo para él... y lo he destrozado.

—Lo siento —murmuro.

—¡Eso no me vale!

—¿Y qué es lo quieres? —chillo—. ¿Qué es lo que quieres de mí? Porque nunca jamás he conseguido saberlo. —La mirada de Ethan cambia, se recrudece sobre la mía—. Lo siento. Siento muchísimo si pensaste que era una persona diferente, siento si te he hecho daño...

—Claro que pensé que eras diferente —me interrumpe dando un amenazador paso hacia mí —. Creí que eras mejor, no una niña que se pasea en una fiesta de millonarios esperando a que le paguen cinco mil dólares por follar.

—¿Eso es lo único que te preocupa? ¿El maldito dinero? —le escupo.

Antes de dejar que diga nada, voy hasta mi habitación y cojo el dinero del cajón de mi cómoda. Regreso al salón y, sin dudarlo, se lo tiro. Ethan no se aparta y los sobres blancos se estrellan contra su pecho y después caen al suelo. Algunos billetes se esparcen a sus pies.

—No he tocado un solo centavo —digo con toda la rabia, con todo el dolor que siento—. Cógelo. Llévatelo todo. No me importa. Puede que me haya comportado como una puta, pero valgo diez mil veces más que tú.

Ethan me mantiene la mirada. El desahucio profundo y duro se hace aún más cortante en ella. No dice nada y yo siento cómo mi corazón va rompiéndose pedazo a pedazo. Así es como acaba todo, así es como el todopoderoso fiscal general del estado se deshace de la chica estúpida.

No quiero estar aquí. No puedo.

Echo a andar hacia la puerta, aunque en realidad no sé adónde ir una vez la cruce. Sin embargo, ni siquiera va a darme esa opción. Ethan da un paso hacia mí, me sujeta de la muñeca y me obliga a girarme.

—Tienes razón —susurra con su voz más ronca.

Mi cuerpo reacciona, pero me niego a seguir mi canto de sirena. Esta vez no. Tengo que ser más lista.

—Tienes razón —repite acorralándome contra la pared.

Tengo que sobrevivir.

—Jamás te habría tocado si hubiese sabido la verdad —dice apoyando su frente en la mía, dejando que nuestros alientos se entremezclen.

Mi corazón late desbocado.

—¿Por qué? —pregunto en un sobrepasado murmuro.

—Porque ahora sé que eres tan especial como parece que eres.

Un suspiro se escapa de mis labios. Sus manos agarran mis caderas con fuerza.

—Me enfrentaría al maldito mundo por mantenerte a salvo —susurra.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras me calienten por dentro. Quiero abrazarlo. Quiero que me bese, que me toque. Quiero que me deje quererlo.

—¿Por qué no gastaste el dinero?

—No podía —respondo.

—¿Por qué?

Las palabras se agolpan en mi garganta. Los latidos de mi propio corazón resuenan en mis oídos. La sangre corre demasiado rápido, demasiado caliente.

—¿Por qué, Lillie?

—Porque yo también quería que fuese de verdad.

Y, aunque no lo haya entendido hasta ahora, sé que ha sido así.

—Nena —pronuncia indomable, como si esa única palabra fuese en todo lo que puede pensar, una súplica desesperada.

Ethan se inclina sobre mí y me besa, un beso precioso, profundo, lento, triste. Es un beso lleno de todas las palabras que nunca ha pronunciado.

—Por favor, Ethan —murmuro contra sus labios—, prométeme que no vas a hacerme daño.

Dame algo con lo que poder convencerme de que mi pobre corazón estará a salvo.

Él vuelve a besarme, otra vez casi desesperado, disfrutando por última vez de nosotros, del roce de su cuerpo contra el mío. Se separa lo suficiente como para atrapar mi mirada y algo me dice que guarde este momento porque voy a perderlo.

—No puedo —responde.

No necesita decir nada más. Sé que le gustaría haber podido contestar algo diferente.

Me esfuerzo en no apartar la mirada, en no llorar, en no tirarme en sus brazos y olvidarme de todo.

—Entonces será mejor que te marches —le pido, pero siento como si las palabras las estuviera pronunciado otra persona.

Ethan asiente. Separa despacio las manos de mi cuerpo y en sus ojos, por un segundo, puedo ver que se siente tan vacío como me siento yo ahora que ya no me toca. También puedo sentir el instante exacto en el que su autocontrol vuelve y lo inunda todo

No te vayas. No te vayas. No te vayas.

Sin decir una palabra, sale de mi apartamento.

Me tapo los ojos con las palmas de las manos, me deslizo por la pared hasta acabar sentada en el suelo y rompo a llorar. Acabo de despedirme de él y a mi corazón ya no le queda nada. Sin Ethan, no le queda nada, porque, aunque me niegue a admitirlo, incluso a sentirlo, estoy enamorada de él.

* * *

Los días se parecen mucho los unos a los otros. Voy a la universidad, como con Taylor y me quedo trabajando en mi proyecto hasta que los ojos se me cierran de sueño. Sin embargo, por una de esas paradojas del universo tan irónico en el que vivimos, cada vez que me meto en la cama, soy incapaz de dormir, lo que acaba provocando inexorablemente que me pase horas y horas pensando en Ethan... como si no fuese suficiente hacerlo mientras intento concentrarme en el trabajo, mientras como, mientras me lavo los dientes, mientras voy en el metro. A veces me

torturo pensando que hubiese sido mejor no decir nada, porque por lo menos podría verlo, pero automáticamente me recuerdo que no podía seguir, que tomé la decisión correcta y que, de todas formas, no hubiese salido bien. Últimamente tengo que repetirme mucho esa parte.

El miércoles, mientras subo a mi apartamento de vuelta de la universidad, compruebo la hora en el móvil. Frunzo el ceño. En primer lugar, ya son las siete menos cuarto, y, en segundo, tengo dos llamadas perdidas; ni siquiera recuerdo haber oído el teléfono.

Una es de mi amiga Rita y la otra es de... Nadine. De inmediato un escalofrío helado me recorre el cuerpo. No había pensado en ella desde que les conté la verdad a Ethan y a Ayden. Tendría que haberla llamado. No lo hice porque Taylor me dijo que ella se ocuparía y, la verdad, en ese momento me pareció un verdadero alivio. Ahora me doy cuenta de que lo único que hice fue huir del problema.

Carraspeo para aclararme la garganta y deslizo el dedo sobre la pantalla para devolverle la llamada.

—Marnie —contesta con su suave acento.

—Buenos noches, Nadine. Siento la hora, pero es importante. Necesito que hablemos.

—Me parece lo más adecuado —replica sin dudar—. El hotel Plaza. Nos veremos mañana a la una en el comedor principal. Sé puntual.

Aprieto los labios. Me han tratado como una niña estúpida muchas veces en mi vida, pero nunca con tanta condescendencia como ella.

—Perfecto —respondo procurando que no note cuánto me ha molestado. Apuesto a que es exactamente lo que busca.

Al colgar, respiro hondo. Ha conseguido ponerme de mal humor.

Al día siguiente, a eso de la una menos cinco, estoy atravesando las majestuosas puertas del hotel más famoso de toda Nueva York. El *maître* me acompaña a mi mesa y me retira la silla con elegancia para que tome asiento.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Sí, gracias —respondo con una sonrisa algo tímida. La grandiosidad del sitio puede llegar a resultar intimidante—. Agua sin gas, por fa...

—Tomaremos vino blanco —me interrumpe Nadine, deteniéndose al otro lado de la mesa—, Sauvignon Blanc, Château Laville Haut-Brion, 2006, perfectamente frío.

El empleado asiente e inmediatamente aparta la silla de madera blanca envejecida y toques dorados para que Nadine se siente.

—Buenos días, querida —me saluda—. Bonito vestido.

Me paso la mano por él como acto reflejo. Estoy más nerviosa de lo que pensé que estaría.

—Gracias.

Nadine sonríe y la misma sensación que tuve en este mismo lugar la primera vez que nos vimos se reaviva. No me gusta esa sonrisa.

—Por teléfono parecías realmente decidida a hablar conmigo —me presiona elegantemente, apoyando los codos en la mesa y cruzando grácil las manos a la altura de su boca—. Espero que no te haya abandonado el valor.

—No voy a seguir trabajando para ti —digo tratando de que mi voz suene segura e ignorando

por completo su intento de provocación—. Imagino que Jordan ya te habrá informado, pero quería decírtelo personalmente.

Ella vuelve a sonreír, como si le hubiese dicho exactamente lo que esperaba escuchar.

—Supongo que al final tenías razón y no estoy hecha para esto —me obligo a añadir, tragándome el nudo de mi garganta. No quiero tener que darle la razón, pero la alternativa, decirle que en realidad nunca tuve intención de ser una *provider*, no es una opción.

Su mirada cambia por completo.

—No me digas lo que crees que quiero escuchar, Marnie, eso nunca va a servirte conmigo.

—No sé a qué te refieres.

—Creo que éste es el momento indicado para señalarte que yo lo sé absolutamente todo.

Le mantengo la mirada sin atreverme a pronunciar palabra. No sé si sólo me está tendiendo una trampa para obligarme a confesar o realmente sabe todo lo que ha ocurrido; en cualquier caso, no me conviene alargar más está conversación.

—Te agradezco el almuerzo, pero no puedo quedarme —me excuso—. Tengo trabajo en la universidad.

Me levanto procurando no arrastrar la silla y doy un paso para alejarme de la mesa.

—Siéntate, Marnie. —Su voz ha sonado intimidante y dura, como si de repente se hubiesen acabado los juegos.

Yo la miro y de pronto esa especie de miedo que siempre me ha inspirado se materializa en algo palpable y contundente. Pienso en Taylor. Obedezco.

—Antes de que te vayas —me explica volviendo a su tono más neutro—, hay una cosa que deberías saber. Considéralo un favor personal, una especie de finiquito.

Aprieto los labios. No quiero escucharla, pero lo cierto es que mi curiosidad se ha despertado.

—Ethan Anderson me llamó ayer para contratar a otra chica.

19

¿Qué? ¿Ya? Hace menos de una semana estaba en mi apartamento, besándome.

—Eso no es cierto —prácticamente tartamudeo.

—Te lo advertí, pero tú no quisiste escucharme. Ni Ethan Anderson ni Ayden Morgan quieren una novia de verdad. Sólo buscan la ilusión que nosotras les proporcionamos. Quedarse con lo bueno sin uno solo de los problemas. ¿En serio piensas que, si alguno de los dos buscara una pareja, se fijarían en alguien como tú?

—Ellos no son así —los defiendo o me defiendo, no lo sé—. No sabes nada de lo que ha pasado en estas semanas.

—Te repito, querida, que yo lo sé todo.

Aparto la mirada y la concentró en el fondo del salón. Me niego a creerla. Lo que tuve con Ethan fue real, significó algo para los dos. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Tengo que irme. —Y me obligo a que mi voz suene fuerte.

Me niego a llorar delante de ella.

—Por supuesto, querida.

Me levanto de nuevo. La silla se arrastra sobre el suelo sin que pueda evitarlo. Estoy nerviosa, enfadada. No quiero creerla. No quiero volver a verla nunca.

—Adiós, Nadine.

—Adiós, Marnie.

Salgo de la inmensa sala y del hotel conteniéndome para no hacerlo corriendo. En cuanto mis pies se posan de nuevo en la 59, saco el teléfono de mi pequeño bolso y casi desesperada marco el número de Ethan. Tiene que ser una horrible mentira. Tiene que haber una explicación.

—El abonado al que llama ha restringido temporalmente las llamadas procedentes de su número.

Me separo el teléfono de la oreja y lo miro mientras el nudo de mi garganta se hace más y más grande. Me ha echado de su vida. Cuelgo y una tristeza mucho más profunda que la que he sentido estos días se apodera de mí; sin embargo, antes de soltar una sola lágrima, un vertiginoso enfado ocupa su lugar. Ethan me ha tratado como un juguete, una cría a la que utilizar a su antojo. Ni siquiera se merece que llore por él. Está claro que no fui nada para el todopoderoso fiscal. Y no ha tenido ningún problema en encontrar a otra que ocupe mi puesto.

Que esto te sirva para aprender, Harper.

* * *

«Jamás conseguirás que tu corazón guarde silencio.»

Miro la pintada y tuerzo el gesto sopesando seriamente la idea de vender todos los zapatos de Taylor, comprar el solar y derruir el muro. Esas pintadas cada vez más parecen mensajes cifrados que me envía el universo. Desde luego, si hay alguien ahí arriba, tiene que estar pasándoselo en grande con mi vida.

Llego a la universidad con un café doble para llevar y muchas cosas en las que no quiero pensar y lo peor es que llevo así los últimos dos días. Apenas he dormido repasando una y otra vez la conversación que mantuve con Nadine. Ethan llamó a otra *provider* y ha bloqueado mi teléfono. Da igual cuántas veces me haya dicho que es un malnacido, no deja de doler.

¿Qué demonios voy a hacer?

Aún con la bebida en la mano, dejo caer mi frente contra la mesa y me quedo así unos segundos.

—Me bajo de mi vida. Es demasiado complicada y ya ha dejado de tener gracia —murmuro para mí.

—¿Por qué? —oigo una voz burlona—. Yo creo que sigue siendo como un chiste de los hermanos Marx.

Alzo la cabeza con un mohín preparado para mi queridísima amiga Taylor.

—¿Sabes que Stuart está a punto de llegar y, si le dejo, te acorralará contra una de estas raídas mesas? —la amenazo fingidamente hostil.

—¿Sabe Stuart que sé *krav magá?*—inquiere a su vez de la misma manera.

—¿Sabes tú que gritar *«krav magá»* antes de dar una patada no es saber *krav magá*?

Taylor entorna los ojos.

—La patada podría ser en tu escuchimizado culo.

—Con esos zapatos, no lo creo —la reto.

—Sería capaz de sacrificar unos Jimmy Choo.

—Hola, Stuart —lo saludo cantarina mirando a la espalda de mi amiga—. Taylor ha venido a verte.

Ella abre la boca indignadísima y yo le respondo con una sonrisa absolutamente satisfecha.

—Hola, Tay...

—Si te acercas un solo centímetro más —lo amenaza interrumpiéndolo, índice en alto, a la vez que se gira hacia él—, vas a dejar de respirar.

—¿Por qué? —plantea Stuart encogiéndose de hombros—. ¿Vas a matarme a polvos?

Yo rompo a reír camino de la estantería.

—Esta batalla la ha ganado Stuart, claramente —suelto entre carcajadas.

Mi amiga me observa unos segundos tratando de parecer intimidante, pero no puede más y acaba riendo también. Stuart nos mira a las dos y empieza a reírse por inercia, aunque creo que no tiene claro por qué lo hace. Definitivamente, si Taylor lo matara a polvos, Stuart moriría feliz.

—Me voy a mi departamento —me informa Taylor dirigiéndose a la puerta—. Cenamos juntas en mi piso.

Asiento.

—Y decidimos qué nos pondremos para la fiesta de la embajada francesa.

Yo pongo los ojos en blanco. Llevo repitiéndole toda la semana que no pienso ir.

—Vamos a pasarlo de cine —sentencia.

—No voy a ir.

—¿Qué dices? —pregunta fingiendo que no me ha oído bien, dirigiéndose hacia la salida—. ¿Que quieres que quedemos mañana por la tarde para arreglarnos juntas para la fiesta?

—Mañana pienso quedarme trabajando.

—Va a ser una noche increíble —replica abriendo la puerta.

—No voy a ir.

—Legendaria —apuntilla justo antes de cerrar tras de sí.

Yo resoplo y hundo los hombros. Debería presentarse a presidenta del Gobierno. Arreglaría el mundo en dos días, es absolutamente imposible que acepte un «no» por respuesta.

La mañana avanza de lo más tranquila, incluso aburrida. Algunos informes para el Departamento de Derecho, recopilar bibliografía para el profesor Kenner y ordenar archivos con Stuart.

—Te doy veinte pavos —me propone mi compañero de departamento.

Sonrío sin levantar la vista de la carpeta que tengo entre las manos.

—Te he dicho que no —repito divertida.

—Treinta. —Se mete las manos en los bolsillos y saca una decena de monedas —. Treinta dólares y cuarenta y siete... cuarenta y ocho centavos.

Mi sonrisa se ensancha a la vez que niego con la cabeza y guardo la carpeta en el tercer cajón del archivador.

—Sólo te estoy pidiendo el teléfono de Taylor, no una cita con ella —se queja.

—Dame tu *muffin* de chocolate glaseado —lo reto.

—No... no tengo ningún *muffin* de chocolate glaseado —miente.

—Stuart, somos sociólogos, no intentes engañarme —lo reprendo—. Además, vi cómo lo escondías ahí —digo señalando su escritorio— hace una hora.

Frunce el ceño.

—La mitad.

Lo sopeso un instante.

—Está bien —acepto.

Stuart sonríe de oreja a oreja y se dirige hacia su mesa, pero, cuando abre el cajón, el gesto se le borra de golpe. Yo no puedo más y rompo a reír.

—¿Cuándo te lo has comido? —protesta indignadísimo.

—Cuándo me he comido, ¿qué? —replico sin poder dejar de reír—. Creí que no tenías ninguna magdalena ahí dentro.

Stuart me fulmina con la mirada y yo vuelvo a estallar en risas.

Media hora después sigue sin perdonarme que me comiera su *muffin* cuando se fue a la reunión con la profesora San Pietro. Le da igual que le explique que llevaba fantaseando con ese dulce desde que lo vi esconderlo y que, en realidad, me debe un favor porque se le estaba

llenando todo el cajón de miguitas.

Al final, me rindo y decido ir a comprarle uno a la cafetería para redimirme.

No he terminado de recorrer el pasillo cuando una nube de estudiantes de primero recorriendo el campus me bloquea el paso. Estamos a principios de junio y las jornadas de orientación para los nuevos alumnos han comenzado. Recuerdo las mías. Allí conocí a Taylor.

Me alzo sobre mis Oxford y lanzo una mirada al fondo del pasillo. Será mejor que dé un rodeo. Salgo al patio y lo cruzo. No puedo evitar sonreír. La verdad es que hoy hace un día precioso.

—Lillie.

Esa voz.

—Hola —respondo girándome—. ¿Qué haces aquí?

Ayden me dedica su media sonrisa y da un paso hacia mí.

—Un pajarito me ha dicho que no lo estás pasando muy bien últimamente.

Tuerzo el gesto divertida.

—¿Ese pajarito es Taylor?

—No —niega contagiado de mi humor.

—Es Taylor.

—Es Taylor —admite al fin, a punto de echarse a reír.

Automáticamente una sonrisa sincera se cuela en mis labios. Creo que hacía seis días que no sonreía de verdad.

—¿Y cómo estás? —inquiere al fin.

—Estoy bien.

Ayden se humedece el labio inferior sin levantar la mirada de mí y sin perder su sonrisa, transformada en una suave. Está clarísimo que no me cree.

—Siento ser yo el que te diga esto, pero mientes fatal.

Pienso una contestación inteligente que no sólo me dé la razón, sino que lo deje francamente mal, pero, como no se me ocurre nada, acabo dedicándole un mohín.

Ayden rompe a reír y yo acabo haciendo lo mismo.

—Ven —dice tomando mi mano y tirando de mí cuando nuestras carcajadas se calman—. Te invito a tomar un café.

—¿Un café? —pregunto sorprendida—. ¿Nada de granizadas?

—Vamos a tratar un tema importante, señorita Harper —sentencia.

Cuatro chicas sentadas al fondo de la cafetería miran a Ayden y después cuchichean y vuelven a mirarlo mientras sonríen con cara de enamoradas. Yo también sonrío. No voy a negar que las entiendo. Mientras, Ayden finge elegantemente que no pasa nada. Debe de ser la historia de su vida.

—Así que Taylor te llamó —menciono, centrándonos en el tema que nos ocupa.

—Sí, dijo que, por un motivo que no pensaba contarme, había memorizado mi número de teléfono. Me comentó que estabas un poco triste y que debía convencerte para que fueras a la fiesta de la embajada francesa. Ah, y me llamo McMisterioso —concluye frunciendo el ceño.

Yo asiento. Esa llamada sólo podría ser obra de Taylor Smith.

—Estoy bien —repito removiendo mi café con azúcar y una pizca de leche—. Es sólo que no me apetece salir.

—Esa fiesta es todo un acontecimiento social —me informa—. Estará todo el mundo.

—¿Tú vas?

Asiente apoyando los antebrazos en la mesa y dando un sorbo a su café.

—Entre europeos, nos apoyamos —se burla.

Sonrío.

—¿Te vale con un «me lo pensaré»?

Tuerce el gesto sopesando mis palabras y estudiando mi expresión.

—Me vale.

Ambos sonreímos de nuevo.

—Gracias por venir.

—No tienes nada que agradecer. Cuando dije que pensaba protegerte, hablaba en serio.

Sus palabras me hacen mirarlo directamente a los ojos y una pregunta a la que llevo dándole vueltas días y días regresa a mi mente.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Ayden?

—Claro.

—No te enfades, pero, por casualidad, os oí hablar a Ethan y a ti en su despacho acerca de que teníais un trato y me gustaría que me contaras algo sobre él.

Su mirada cambia, pero se recompone rápido. Ayden no es de los hombres que se ocultan, bajo ninguna circunstancia.

—¿Y qué quieres saber? —inquiere—. Si escuchaste la conversación, ya debes tener algún detalle —sentencia enarcando las cejas.

Cazada.

Aparto la mirada avergonzada y la clavo en mis dedos, que juguetean con el asa de la taza.

—Después de que nos acostáramos los tres juntos la primera vez, acordamos que ninguno de los dos lo haría contigo sin el otro —suelta sin paños calientes.

Al oírlo, vuelvo a alzar la cabeza.

—¿Por qué?

Puede que sea una tontería hablar de esto a estas alturas, pero necesito saberlo. Necesito poder entenderlo.

—Eso deberías preguntárselo a Ethan. Fue idea suya.

¿Qué?

De pronto mi mundo se hunde un poco más. ¿Fue idea suya? Él dijo que odiaba compartirme. Sólo fue otra mentira. Tuvo que serlo. Nadie detesta algo y al mismo tiempo se mete de cabeza en ello.

—¿Estás bien, Lillie? —inquiere de nuevo, sacándome de mi ensoñación.

—¿Por qué aceptaste tú?

Ayden me observa un momento y finalmente cabecea, a la vez que se echa hacia delante con la taza aún entre los dedos de una mano.

—No lo sé —responde sincero—. Después de que nos acostáramos la primera vez, me sentí

diferente. Ya te lo dije —continúa en referencia a la conversación que mantuvimos en el Archetype—. Supongo que preferí renunciar a tenerte para mí solo a cambio de tener controlado a Ethan.

—¿Y por qué ibas a querer tener controlado a Ethan?

—Definitivamente hacer preguntas es lo tuyo —sentencia con una sonrisa.

Yo le devuelvo el gesto algo avergonzada y aparto otra vez la mirada. Ayden echa un vistazo a su elegante reloj de pulsera y se pone en pie.

—Tengo que irme —me informa.

Yo asiento y también me pongo en pie.

—Gracias por venir y preocuparte por mí.

Es un hombre increíble.

Ayden pone los ojos en blanco, se inclina sobre mí, me coge de la muñeca y tira hasta que mi cuerpo se encuentra con el suyo.

—Voy a preocuparme por ti siempre —afirma sin asomo de dudas.

Me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Dime que lo tienes claro —me ordena.

—Lo tengo claro.

Ayden sonríe.

—Así me gusta, chica Hitchcock.

Despacio, se separa de mí y sale de la cafetería. Las chicas de la mesa del fondo lo observan aleteando las pestañas unas doscientas veces por segundo. Creo que, si había alguna posibilidad de que alguna no cayera instantáneamente enamorara de él con su aspecto, Ayden se ha encargado de rendirla sin condiciones cuando me ha cogido de la muñeca.

* * *

—¿Qué tal ha ido el día? —pregunta Taylor cerrando en frigorífico con dos botellitas de agua helada en la mano.

—Normal —respondo con una sonrisa de lo más impertinente mientras me acomodo sobre su sofá, cruzando las piernas como los indios y estirándome para coger de la mesita de centro una caja de *wan tun* frito del restaurante de comida china de la 120—. ¿Y tú?

Ella se encoje de hombros, deja las botellitas junto al pedido para llevar y se sienta a mi lado.

—Lo mismo de siempre.

—¿Y ya has decidido qué te pondrás para la fiesta de la embajada francesa de mañana? —continúo—. Te lo pregunto porque tus Louboutin pienso ponérmelos yo.

Taylor se queda muy callada y, cuando racionaliza mis palabras, sonríe de oreja a oreja.

—¿Vas a venir?

Asiento.

—Sí —exclama lanzando las manos al aire—. Sabía que McMisterioso no me fallaría —sentencia sin ningún remordimiento.

—No me puedo creer que lo llamaras.

Ella vuelve a encogerse de hombros.

—A grandes males, grandes remedios.

Las dos sonreímos y comenzamos a comer en silencio. Sigo sin tener ganas de ir a la fiesta, pero las tengo aún menos de quedarme sola en casa devanándome los sesos y, después de lo que Ayden me contó sobre el trato con Ethan, sé que eso será exactamente lo que pase.

* * *

Me pinto los labios y los chasqueo frente al espejo. Taylor me ha dejado un vestido precioso de Dior, rojo, largo hasta el suelo y con un precioso entallado. Al verme con él, recuerdo aquellos pasadores que tenía de pequeña. Me siento más fuerte con este vestido, más valiente, y, teniendo en cuenta que ayer me dormí llorando, agradezco tener una coraza para poder enfrentarme al mundo en general y a la fiesta de esta noche en la embajada francesa en particular.

—Estás muy guapa —comenta Taylor cuando salgo al salón.

—Tú también —respondo viéndola con su increíble vestido de Elie Saab.

Cogiéndome por sorpresa, Taylor deja su *clutch* sobre la isla de la cocina, camina hasta mí y me abraza con fuerza. Su gesto me pilla desprevenida, pero no tardo más de un segundo en dejarme abrazar. Desde que me despedí de Ethan, me siento sola. Les confesé la verdad porque me sentía perdida y, sin embargo, ahora, sin él, lo estoy todavía más.

—Va a ser una gran noche —susurra—. Después de todo lo que has pasado, te lo mereces.

Asiento y me obligo a respirar alto. No pienso llorar. Esta noche no.

Nos montamos en un taxi y cruzamos Central Park. Ya ha anochecido. Las farolas iluminan los senderos y se respira una suave paz. Los árboles flanquean la cuidada carretera, dejando entrever los maravillosos rascacielos. Este parque es el corazón de la Gran Manzana. Es imposible pasar aquí más de un par de segundos y no caer enamorada.

Poco después llegamos al 934 de la Quinta Avenida. Observo la fachada y la verdad es que me siento un poco decepcionada. Desde fuera parece un edificio más. Mi imaginación había volado libre y había dado por hecho que, al llegar aquí, nos trasladaríamos al París de los años veinte. Taylor sonríe, como si supiese algo que yo no sé, y con un suave gesto de cabeza me indica que sigamos caminando.

Atravesamos un pequeño vestíbulo. Un elegante portero nos abre la puerta y sencillamente creo que dejo de respirar. ¡Es un lugar maravilloso! Una espectacular lámpara de araña alumbra un inmenso salón con una luz clara y cálida. Unos preciosos murales separados por enormes ventanas de metal envejecido y cristal decoran las paredes con delicados colores pastel. Son calles de París y en todas ellas resalta la torre Eiffel perfectamente iluminada.

Nos mezclamos con los invitados, que charlan mientras disfrutan de la suave música proveniente del escenario, donde una mujer versiona una preciosa canción de Édith Piaf.

—*¿Champagne* rosado? —nos ofrece un camarero tendiéndonos una bandeja llena de burbujeantes copas.

Las dos sonreímos y aceptamos.

—Es precioso —digo admirada, perdiendo mi vista a mi alrededor.

—Sabía que te gustaría.

Nos mezclamos con los invitados, charlamos. Es una fiesta fantástica. Sin un motivo cualquiera, miro a mi alrededor y me sorprendo al encontrar a Eon a dos señoras vestidas de alta costura y un hombre de esmoquin de distancia.

—Mira —llamo la atención de Taylor—, ¿ése no es Eon? —pregunto socarrona.

Mi amiga se gira con una sonrisa, pero, en cuanto se da cuenta de que lo está haciendo, se vuelve de nuevo y borra el gesto de sus labios. Yo sonrío encantada.

—Eon te gusta —afirmo cantarina.

Taylor pone los ojos en blanco a la vez que resopla, fingiéndose la mujer más displicente del mundo.

—Eon te gusta muchísimo.

—Quieres callarte ya —me pide tras resoplar por segunda vez.

—Podría, pero esto es mucho más divertido.

Mi amiga me dedica un mohín y yo rompo a reír.

—Acabas de ganarte ir a la barra a por dos copas de *champagne* —me reprende con los ojos entornados.

—Si ése es el castigo —respondo cogiendo su copa vacía—, ha valido la pena. Pienso seguir cuando vuelva —la advierto sin ningún remordimiento.

Giro sobre mis pies y me dirijo hasta la barra. Mientras espero a que me sirvan nuestras copas, vuelvo a mirar a los invitados y sonrío feliz cuando Eon se acerca a hablar con Taylor. Apuesto a que ella está fingiendo que no está encantadísima y él está siendo el mismo sinvergüenza encantador de siempre. Espero que se hagan novios, que se casen y que tengan muchos muchos niños.

—Buenas noches —interrumpe mis pensamientos una voz que no conozco.

Me giro y veo a un hombre alto, moreno, de unos cuarenta años, con un bonito esmoquin y una agradable sonrisa. Me esfuerzo en recordarlo, pero estoy segura de que no nos hemos vista nunca.

—Buenas noches —respondo.

—¿Puedo invitarla a una copa?

—Las copas son gratis —replico antes de pensarlo, lo que provoca que mi yo interior se lleve la mano a la frente de puro bochorno. Bocazas.

Él ríe sincero por mi brote tan impulsivo como innecesario.

—Me refería a si le apetece que tomemos una copa mientras charlamos.

Mensaje captado. Otro mensaje importante: Lillie Harper, eres idiota.

Sonrío algo incómoda y doy un paso atrás a la vez que niego con la cabeza. Parece agradable y muy atractivo, pero no quiero conocer a nadie.

—Lo siento, pero tengo que decirle que no.

—¿Seguro? —me pregunta paciente.

Abro la boca dispuesta a reafirmarme en mi respuesta, cuando alguien se detiene a su espalda.

—Lárguese —sisea a modo de saludo.

20

Recorro el cuerpo que hay tras él y tengo que controlar un suspiro de pura expectación al ver a Ethan o, mejor dicho, a Ethan de esmoquin, como cuando estuvimos juntos en la biblioteca del New York Palace Hotel.

Ignorando por completo al hombre, camina hasta mí serio, frío. Parece realmente furioso. Al notar que no se marcha, ladea despacio la cabeza hacia él.

—Si tengo que repetirlo —lo advierte con la voz amenazadoramente suave—, no voy a ser tan amable.

Siempre he tenido claro que Ethan es de ese tipo de hombres que jamás rehúye una pelea, ya sea con un hombre normal o con un campeón de lucha libre, sean uno o diez, pero ahora esa idea parece multiplicarse por mil; parece más oscuro, más peligroso. Un chico malo con un traje muy caro.

El hombre traga saliva, creo que internamente sopesa si tiene alguna posibilidad o no, y tras unos segundos se va sin decir nada.

Nos quedamos solos y Ethan vuelve a prestarme toda su atención. Me recorre de arriba abajo y atrapa mi mirada. Si antes creía que estaba enfadado, ahora no tengo ninguna duda.

—¿Qué haces aquí, Lillie? —inquiere sin ninguna intención de sonar amable.

Aprieto los labios y resoplo con fuerza. ¿Cómo puede atreverse a hablarme así después de todo lo que ha pasado?

—Hoy no pienso aguantar ninguna de tus impertinencias —respondo sin dudar.

Ethan se humedece el labio inferior.

—Yo tampoco pienso aguantar ninguna de las tuyas —me advierte.

—Pues entonces lo mejor será que no volvamos a hablar esta noche. No te preocupes, seguro que Nadine ha enviado a otra de sus chicas —continúo con rabia y desdén, y muy dolida— y estará encantada de pasar la noche contigo.

Doy media vuelta dispuesta a marcharme, pero, antes de que pueda dar un paso, Ethan me sujeta de la muñeca.

—¿De qué estás hablando? —ruge.

—Suéltame —me quejo.

Estoy enfadada, mucho, pero no he hecho nada por intentar soltarme de su agarre. En cuanto lo comprendo, vuelvo a resoplar y me zafo de su mano. Todo mi cuerpo protesta y yo empiezo a odiar al saco de hormonas en el que parezco convertirme cada vez que Ethan está cerca.

Voy a marcharme, pero atrapa mi mirada de nuevo a la vez que, intimidante, exhala todo el aire de sus pulmones y simplemente me deja clavada en el suelo.

Cabeceo. Pienso acabar con esta situación ya.

—Nadine me lo contó todo. Me dijo que la llamaste para contratar a otra *provider*.

—Lillie...

—Me dijiste que yo era lo único real que tenías —lo interrumpo con la frustración, el enfado, la tristeza saturando mi voz— y después llamaste a otra.

—No es cierto —sisea—. ¿Cómo has podido siquiera imaginarlo, joder?

Suena indignado, todavía más enfadado que hace unos minutos. Es el colmo. ¡Si alguien tiene derecho a estar enfadada aquí soy yo!

—¿Y qué querías que pensara? —replico exasperada. ¡Estoy muy cabreada!—. Te llamé y habías bloqueado mis llamadas.

—Lo hice por ti.

Yo sonrío breve, fugaz y sardónica. Sólo es una excusa barata y no pienso dejar que siga pensando que soy la niña estúpida que va a seguir creyéndose todas sus mentiras.

—No, lo hiciste por ti. Para que la cría inconsciente que mintió para echar un polvo no volviese a molestarte.

Ethan no dice nada más. Me coge de la muñeca y, sin pedirme permiso, sin ni siquiera darme una explicación, tira de mí y me obliga a caminar tras él. Yo quiero soltarme, pero sus dedos hacen su agarre más posesivo con cada intento. Sé que no puedo gritar y montar una escena en mitad de este salón, como él sabe que no puede cargarme sobre su hombro. Es nuestra versión «neandertal coge a chica» reservada para fiestas de la alta sociedad neoyorquina.

Atravesamos el salón y tomamos unas suntuosas escaleras hasta el piso superior. El rumor de la fiesta y la música llegan amortiguados por la distancia y sólo nos cruzamos con un par de personas.

Ethan abre una de las puertas y, brusco, nos lleva al interior. Enciende las luces a la vez que cierra la puerta con rabia y una preciosa habitación aparece ante mí. Hay un bonito escritorio, un sofá, una mesita de té y una fantástica alfombra que cubre el centro de la estancia; todo en colores cobrizos y burdeos, transmitiendo una idea de calidez, tranquilidad y paz.

—Escúchame bien —ruge Ethan caminando hacia mí—: no sé por qué Nadine Barnett te ha dicho algo así, pero puedes estar segura de que ajustaré cuentas con ella. Nunca, jamás, contrataría a una *provider*. No lo había hecho antes de conocerte a ti y no pienso hacerlo ahora.

Sus palabras reactivan algo dentro de mí, como si llevara días muerta de frío y él me devolviese el calor, pero no dejo que esa sensación pueda con todo lo demás. No se lo merece.

—¿Y por qué bloqueaste mis llamadas?

—Porque es lo mejor para ti —repite con rabia.

—¿Por qué?

—Porque no podía dejar de pensar en ti —sentencia, y su furia se hace más cristalina, pero también todo su autocontrol— y sabía que, si me llamabas, me olvidaría del jodido mundo e iría a buscarte.

Lo miro a los ojos y sencillamente el resto del universo deja de existir para mí. Lo quiero. No

puedo pensar en otra cosa. Pero también me ha hecho demasiado daño. Claro que le creo por encima de Nadine, pero, aunque pensase que lo hacía por mi bien, volvió a alejarme de él. Siempre lo ha hecho. Siempre ha decidido por los dos, y también lo hizo cuando acordó con Ayden que me compartiría. Cabeceo. Lo quiero. Creo que jamás podré querer a nadie que no sea él, pero, el día que pensé que mi corazón no sobreviviría, no me equivoqué.

—Tengo que irme —murmuro bajando la cabeza y echando a andar hacia la puerta.

—No —replica antes siquiera de que pueda acabar la frase, agarrando mi muñeca y obligándome a girarme—. No voy a dejar que te marches pensando todo lo que estás pensando ahora mismo.

—Necesito protegerme.

Mis dos palabras nos detienen en seco a los dos. No sé si quería pronunciarlas, pero en el fondo es lo que siento. Ethan no dice nada y su mirada se llena de la batalla interna rugiendo y desgranándolo por dentro.

—Dijiste que harías cualquier cosa para mantenerme a salvo —murmuro, y una lágrima cae por mi mejilla—, demuéstramelo.

Otra vez vuelve a quedarse en silencio. Otra vez vuelve a exhalar todo el aire de sus pulmones y, despacio, lleno de dolor, de rabia, de tristeza y de la arrogancia que nunca abandonará sus ojos azul oscuro, abre la mano y me deja escapar.

Yo lo miro intentando no romper a llorar, siendo valiente de verdad por primera vez en veintitrés años. Tengo que serlo porque, aunque sé que estoy haciendo lo que es mejor para mí, le estoy diciendo adiós a él, a Ethan, y el dolor es sobrehumano.

Salgo de la habitación y, en cuanto la puerta se cierra tras de mí, mi cuerpo y mi corazón se cortocircuitan. No quiero ir a ningún otro lugar. No quiero olvidarme de él. No quiero pasar página. Mi cerebro toma el control, me agarro el bajo del vestido y echo a andar hacia las escaleras. Sin embargo, a cada paso que doy un recuerdo acude a mi mente y las pocas resistencias que he conseguido levantar van derrumbándose una a una: la primera vez que me besó, cómo me sentí en aquella azotea de Alphabet City, cuando bailamos juntos su canción favorita, cuando cantó en un susurro sólo para mí. Me detengo en seco antes de bajar el primer escalón, y su voz siguiendo cada palabra de los Kings of Leon atraviesa mi recuerdo y me calienta por dentro.

Antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, giro sobre mis pasos y corro hasta la habitación. Abro la puerta y el corazón comienza a latirme con tanta fuerza que creo que va a salírseme del pecho en cualquier momento. Ethan me observa de arriba abajo con los puños apretados con rabia contra sus costados. Está furioso como yo.

—¿Por qué has vuelto? —inquiere.

Niego con la cabeza y agacho la mirada. Siento como si sólo midiese dos centímetros.

—¿Por qué has vuelto? —repite con la voz endurecida.

Guardo silencio. Trato de reunir valor.

—Maldita sea, contéstame —me advierte dando un paso hacia mí—. Sólo te lo voy a preguntar una vez más, Lillie. —Está al límite como yo—. ¿Por qué has vuelto?

Se detiene frente a mí. Yo quiero explicarle por qué lo he hecho, pero no soy capaz.

—No lo sé —murmuro.

—Sí lo sabes —me presiona dando un paso más, haciendo que instintivamente yo lo dé hacia atrás—. Dime por qué has vuelto —me ordena con la voz amenazadoramente suave.

Me obliga a dar un paso más, me acorrala contra la pared. ¿Por qué nunca puede dejarme pensar? ¿Por qué siempre tiene que ponerme al límite?

—¡Contéstame! —ruge

—¡Quiero que volvamos a estar los tres juntos!

Sólo quiero hacerle el mismo daño que él me ha hecho a mí.

Un silencio sepulcral se hace dueño de la estancia. Ethan me observa y su mirada se llena de tantas emociones que soy incapaz de distinguir ninguna hasta que la rabia pura, cruel, de esa que puede llegar a doler, y el desahucio más absoluto se apoderan de ella anegando todo lo demás.

—No, joder, no —susurra dolido, furioso, demasiado triste, y no sé si es un mensaje para mí o para él mismo.

Cogiéndome por sorpresa, se separa, se pasa las dos manos por el pelo y se dirige hacia la puerta.

Una punzada de culpabilidad me atraviesa, pero no la dejo quedarse. Yo también estoy dolida, también estoy furiosa, también estoy triste.

—¿Por qué no? —replico con desdén—. Al fin y al cabo, fuiste tú quien hizo un trato para compartirme.

Mis palabras lo detienen en seco y su cuerpo, bajo su perfecto esmoquin, entra en una tensión diferente, mucho más profunda.

—No tienes ni idea de lo que hablas. —Su voz vuelve a sonar amenazadoramente suave. El dolor es mayor, pero su arrogancia también; es su manera de enfrentarse al mundo.

—Claro que la tengo. Lo sé todo, Ethan. Os escuché a Ayden y a ti en tu despacho.

No voy a decirle que Ayden me lo explicó. No quiero involucrarlo.

Ethan se gira despacio. Volvemos a estar frente a frente, separados por un puñado de metros. ¿Por qué no puedo salir huyendo? ¿Por qué no puedo olvidarme de él? Quiero olvidarme de él. Quiero poder dejar de quererlo.

—¿Por qué lo hiciste?

—Lo hice porque no podía soportar la idea de que estuvieras sola con Ayden.

—¿Por qué?

El llanto vuelve y baña mis mejillas en el más absoluto silencio.

—Porque yo no puedo darte lo que él podría —replica frustrado, casi desesperado—. No puedo estar contigo. No puedo llevarte a cenar o ver una maldita película. No puedo darte nada de eso, Lillie.

Cabeceo. No es cierto. No quiero que sea cierto.

—¿Y por qué no puedes?

—Lillie —me reprende.

—¿Por qué no puedes dármelo, Ethan?

—Basta, Lillie.

Su voz se endurece, pero no me importa. Todo esto duele tanto que casi no puedo respirar.

—¡No puedes dármelo porque no quieres! —grito desesperada.

—¡No puedo! —brama—. Y no sabes cómo me odio por ello.

Sin dudarlo, como el animal enjaulado que siempre ha sido, atraviesa la habitación, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Todo se evapora en el deseo, en la rabia, en las ganas del otro, y mi vida, mi corazón y mi vestido de Dior vuelven a estar en sus manos.

Ethan se separa apenas unos centímetros y deja caer su frente sobre la mía, como si necesitase un segundo para recuperar el control, como si quisiese volver a ponerse su coraza. Yo alzo las manos suavemente y acaricio su rostro.

—No, por favor —murmuro con la voz llena de todo el amor que siento por él —. Déjame entrar —le pido, casi le suplico.

—Lillie —ruge luchando contra todos sus demonios, contra lo que al final siempre lo separa de mí.

—Te quiero, Ethan.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda controlarlas, pero no me arrepiento. Lo quiero. Lo quiero a pesar de las señales de peligro, a pesar de lo complicado que puede llegar a ser. Lo quiero después de todo lo que ha pasado. No quiero quererlo, pero ya no tengo otra opción. Ni mi pobre corazón ni yo tenemos otra opción.

Ethan se separa despacio hasta que sus ojos atrapan los míos. Está enfadado. Está tan perdido como yo. Y de pronto lo comprendo todo. Entiendo sus idas y venidas, cómo se ha comportado. Él tampoco quería desear esto. Él también ha luchado. Él tampoco quería enamorarse de mí.

—Nena —susurra indomable antes de estrellar sus labios contra los míos.

Sus manos vuelan por todo mi cuerpo. Me coge en brazos sin dejar de besarme y nos tumba sobre la alfombra.

Me desnuda despacio, tomándose su tiempo. Yo me deshago de su ropa, disfrutando de cada centímetro de piel que descubro, de su tacto, de toda la intimidad de este momento que está construyendo para mí, para los dos. La rabia ha desaparecido de sus ojos azul oscuro y nunca me había sentido tan cerca de él.

Ethan me embiste despacio, llegando más lejos que ninguna otra vez, consiguiendo que los dos nos rindamos a lo que sentimos, a esto, sin condiciones.

Nuestras piernas se enredan. Sus manos recorren cada trozo de mi cuerpo. Me besa. El ritmo es suave. Perfecto. Su voz... su piel contra la mía, lo son.

Me aferro a su espalda. Nuestras respiraciones aceleradas interrumpen nuestros besos. Todo se vuelve cálido, suave, lento, indomable, y me deshago contra su cuerpo, entre sus brazos, presa de un placer casi infinito, mientras él se pierde en mí con su nombre en mis labios.

Esta vez es diferente, es especial, porque esta vez estamos haciendo el amor y todo tiene por fin sentido.

Ethan se deja caer a mi lado, pero inmediatamente tira de mí hasta acomodarme en su pecho. Deslizo la mano por su torso, casi su cintura, y él coloca la suya sobre mi antebrazo mientras con la otra me acaricia despacio el pelo. Cierro los ojos y sonrío como una idiota, relajándome al ritmo que lo hace su respiración. No quiero moverme de aquí por nada del mundo.

—Estoy cansado de luchar contra todo lo que siento por ti —susurra con la voz ronca.

Abro los ojos, pero no me muevo mientras el corazón me late más y más de prisa. Suena sincero, sin más secretos ni más mentiras, y sencillamente ocurre que eso, sin ni siquiera saberlo, era lo único que quería escuchar.

Me incorporo despacio sin perder un ápice de contacto y me pierdo en cada centímetro de su rostro, en su pelo castaño revuelto que le cae sobre la frente, en la barba de un puñado de días que recorre su mandíbula, en sus ojos azules. Todavía no puedo creerme todo lo que acaba de pasar, lo que acaba de decir. Ha sido increíble y liberador. Siento como si, por fin, alguien colocara una red debajo del alambre sobre el que me he empeñado en caminar.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —inquiero apoyando el codo sobre la alfombra y la barbilla en mi mano.

Ethan sonríe. La sonrisa que guarda sólo para mí.

—¿Preguntar algo? ¿Tú? ¿En serio? —comenta socarrón, sin dejar de acariciarme el pelo.

Yo asiento, feliz como una niña porque estemos así de cerca.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que acaba de pasar ha sido diferente para mí. —Las últimas palabras apenas las murmuro, un poco abrumada por este ataque de sinceridad—. También lo ha sido para ti, ¿verdad?

Ethan tarda unos segundos en contestar, torturándome.

—Sí, lo ha sido —dice al fin.

Yo tuerzo el gesto tratando de contener la sonrisa que amenaza con inundarlo todo y respiro hondo. La siguiente pregunta es importante.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —demando.

—¿Qué quieres hacer tú?

—Yo he preguntado primero.

Ethan sonríe de nuevo. El señor fiscal general del estado tiene la sonrisa más bonita del mundo.

—Deberías sonreír más a menudo.

Involuntariamente, su gesto se ensancha y también se vuelve un poco más tímido. Nunca pensé que eso podría ocurrir.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondo sin dudar.

—Contigo es fácil.

—Contigo también.

—¿Eso es un halago, señorita Harper? —plantea burlón.

Yo frunzo los labios, divertida, otra vez como defensa.

—Quiero decir... cuando no te comportas como el hombre más insufrible y complicado del planeta es muy fácil... —las palabras se evaporan en mis labios, como si por primera vez en veintitrés años mi cerebro hubiese racionalizado lo que mi boca estaba a punto de pronunciar. Me pierdo es sus ojos azules, en él—... enamorarse de ti.

Ahora mismo no me importa ser una absoluta bocazas porque, aparte de serlo, Lillie Harper, con residencia actual en una alfombra del segundo piso de la embajada francesa, también es

patosa, casi cotilla, una absoluta idiota y feliz.

En un rápido movimiento, Ethan tira de mí hasta volver a dejarme debajo de su cuerpo. Desde arriba, me observa como si estuviera contemplando un ratoncito de laboratorio, intentando estudiarlo, comprenderlo, como si no pudiese entender por qué estoy enamorada de él.

—Debo de ser el cabrón con más suerte de todo el jodido universo —sentencia.

Yo sonrío. No puedo hacer otra cosa, porque actualmente el estado de todas mis neuronas es «No molestar. Suspirando».

Ethan se deja caer sobre mí y me besa, y yo me dejo besar. No hay un plan mejor.

Tras otro orgasmo increíble, salimos de la habitación. Apenas nos hemos alejado unos pasos de la puerta cuando Ethan me coge de la mano. No dice nada, no se detiene, ni siquiera me mira para hacerlo, y eso envuelve el gesto de una abrumadora familiaridad, como si fuese algo que ha hecho cada día y que quiere seguir haciendo. Sonrío y me concentro en mantener mi vista al frente, mientras las mariposas hacen triples mortales en mi estómago.

—Nos veremos en mi apartamento mañana por la mañana —le recuerdo cantarina mientras abandonamos la embajada.

Frente a nosotros ya puedo ver a Martin esperando junto al Lexus negro. Le he explicado que puedo coger un taxi, pero Ethan ha ignorado cada letra.

Me dedica su media sonrisa.

—Hay quien diría que estás un poco ansiosa.

Yo frunzo el ceño luchando por contener una sonrisa y parecerle mínimamente intimidante, aunque lo cierto es que tiene razón. No quiero separarme de él, pero debe quedarse a charlar con algunas personas por motivos de trabajo. Ése fue el único motivo por el que aceptó venir a la fiesta.

—Te lo tienes demasiado creído, Anderson —contraataco alejándome un paso y cruzándome de brazos.

Ethan se mete las manos en los bolsillos y cubre la distancia que yo había impuesto entre los dos.

—Pues deja de darme motivos —replica en un susurro, cerca, muy cerca.

Abro la boca escandalizada, pero, antes de que pueda decir nada, Ethan me coge de la cintura, me lleva contra la carrocería de su imponente coche y me roba un beso en mayúsculas.

—¿Piensas salirte siempre con la tuya? —pregunto aún entre sus brazos, displicente, como si no me muriese de ganas de estar exactamente aquí.

—Por supuesto que sí —responde sin ningún remordimiento.

Le dedico mi mejor mohín, pero lo interrumpe con un nuevo beso. ¡Maldito descarado!

—Quiero que funcione —pronuncia contra mis labios.

Su tono es diferente. Sé que no está jugando.

Me aparto lentamente y busco su mirada. Ahora mismo quiero colgarme de su cuello y pedirle que volvamos a la habitación y no nos marchemos nunca, pero me obligo a contenerme.

—Tendrás que explicarte mejor.

Ethan me mira con una media sonrisa y yo me encojo de hombros. Ya sé que no es algo fácil para él, pero tiene que contarme cómo se siente.

—Sé que te lo he puesto demasiado difícil, pero lo que dije antes en la habitación es verdad, estoy cansado de luchar contra todo lo que siento por ti. Quiero estar contigo, nena.

Quiero seguir haciéndome la dura, preguntarle más cosas, pero no puedo más y acabo rodeando su cuello con mis brazos y abrazándolo con fuerza. ¡Quiere estar conmigo!

Me separo con la sonrisa todavía en los labios. Ethan me observa unos segundos y automáticamente, como si no pudiese contenerse más, vuelve a besarme. Los dos nos dejamos llevar. Sonrío contra sus labios por que hayamos perdido la noción del tiempo y el espacio y Ethan me pellizca en la cadera como respuesta, haciéndome estallar en risas.

—No tienes nada de caballero, Ethan Anderson —protesto entre carcajadas y gimoteos, llevándome la mano a la cadera.

—Y eso es lo que más te gusta de mí —se jacta.

Lo golpeo en el hombro y Ethan me sonríe como respuesta. Me da un beso en la punta de la nariz, se separa y me abre la puerta de atrás del coche. Inmediatamente Martin rodea el vehículo y toma asiento tras el volante.

Ethan guarda un momento de silencio.

—Tengo algo para ti —dice al fin—. Lo llevo encima porque pensaba hacer una locura como presentarme en tu casa y follarte hasta que se acabara el maldito mundo.

Yo sonrío encantada por dicha idea, tímida por dicha idea y excitadísima por dicha idea.

Ethan se mete la mano en el bolsillo y mis ojos vuelan hacia el movimiento. Veo salir el extremo de una pequeña cajita roja rectangular. Sin embargo, antes de sacarla por completo, Ethan se detiene en seco.

—Lo siento, nena —dice con la voz grave, triste, enfadada, pero, sobre todo, llena de sinceridad.

Alzo la mirada y automáticamente frunzo el ceño, confusa. Su rostro está lleno de las mismas emociones.

—No entiendo nada. ¿A qué te...?

Martin sale del coche.

—Buenas noches, Ethan —lo saluda una voz que no reconozco, aunque me es extrañamente familiar—. Hola —continúa saludándome a mí.

Tardo un segundo de más en averiguar a quién pertenece esa voz. Mis ojos siguen clavados en los de Ethan, tratando de comprender qué le pasa, aunque él ya no me mira a mí, lo hace a quien quiera que nos ha saludado, y la rabia en sus ojos azules se ha multiplicado por mil.

Al fin me giro. Es una mujer de unos treinta años, muy elegante, impecablemente vestida, con el cabello negro recogido en un moño italiano de doscientos dólares y unos preciosos ojos verdes. Tardo unos instantes de más, pero la acabo reconociendo. Es la misma mujer que me encontré en la tienda de Chanel.

—Encantada de conocerte —añade con una sonrisa.

No me gusta esa sonrisa. Mi confusión aumenta. La vi en otro lugar. Hago memoria. La tensión es casi irrespirable.

—Soy Brooke Anderson.

—¿Anderson? —murmuro absolutamente desconcertada.

La vi en el vestíbulo del Equitable Building.
—La esposa de Ethan —sentencia.

21

Dejo de respirar y un sabor a bilis me sube por la garganta. Mi giro hacia Ethan. Quiero preguntarle qué está pasando, pero soy incapaz de articular palabra. Me mantiene la mirada y la suya poco a poco va llenándose de un sentimiento cortante y desolador, exactamente lo que sientes cuando sabes que lo has perdido todo. Él lo ha perdido todo... Yo.

Quiero salir corriendo, pero tampoco soy capaz. Estoy paralizada.

—Supongo que no tenías ni idea de que existía —continúa la mujer a mi espalda —. Ethan sabe ser discreto cuando la ocasión lo requiere.

Una lágrima cae por mi mejilla. Mi corazón acaba de estallar en mil pedazos.

—Brooke —ruge sin levantar los ojos de mí, con la voz amenazadoramente suave.

—¿Acaso estoy equivocada? —replica.

Sus palabras retumban en mi cerebro.

—¿Por qué? —murmuro.

¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué me has mentido? ¿Por qué has dejado que me enamorara de ti?

—Por lo menos podrías haber elegido a una chica un poco menos... —la mujer finge buscar la palabra adecuada mientras me barre con la mirada—... corriente.

Esa única palabra me golpea. No ha habido odio ni dolor, sólo un desdén infinito y muchísima soberbia.

—Cállate, Brooke —la frena Ethan.

—¿Por qué tendría que callarme? Eres tú quien se está besando en mitad de la Quinta Avenida con una chica del más absoluto montón...

—Cállate, Brooke —repite—, o te juro por Dios que no respondo.

—No es demasiado guapa, ni tiene un cuerpo demasiado bonito. —Sus palabras me atraviesan. Bajo la cabeza. Quiere humillarme y me lo merezco—. Apuesto a que ese vestido no es suyo.

Sonríe cínica. Por inercia, me llevo la mano al vestido y lo agarro suavemente. Trato de recuperar la sensación de valor que tuve cuando me vi con él en el espejo. Una lágrima cae por mi mejilla. No lo consigo.

—Por Dios, ya te recuerdo —prosigue—, eres aquella chica que estaba en Chanel decidiendo si comprarse un simple vestido o acabar debajo de un puente. Es un Dior prestado, así que supongo que elegiste evitar el puente.

Ethan estrella la palma de la mano contra el techo del coche. Un silencio intimidante y sepulcral se hace con el movimiento.

—Vale cien mil veces más que tú —sisea Ethan con la voz amenazadoramente suave, colocándose entre las dos, defendiéndome—, cada centímetro de ella vale más de lo que tú siquiera podrías soñar, así que no te atrevas a volver a hablar de ella —sentencia haciendo un apabullante hincapié en ello.

Me siento protegida, pero es un sentimiento que aborrezco. No quiero que él me proteja. No quiero nada de él. Tampoco quiero estar aquí. No quiero estar aquí.

Salgo corriendo.

—Lillie —me llama—. ¡Lillie! —repite saliendo tras de mí.

Pero no me detengo. Sigo corriendo. Rompo a llorar. No puedo respirar.

—¡Maldita sea, Lillie! —grita alcanzándome, sujetándome del brazo y obligándome a girarme.

Yo me zafo de su mano y doy un paso hacia atrás.

—No me toques —murmuro.

—Pues deja de comportarte como una maldita cría, deja de correr y hablemos —sentencia sin perder un solo gramo de toda su arrogancia.

Estallo.

—¿Y tú me lo dices? —grito con la voz y la cara llenas de lágrimas—. ¡Estás casado!

—Lo sé, joder —ruge—. ¿Crees que en algún maldito momento he podido olvidarlo?

Yo pierdo la mirada en el suelo al tiempo que niego con la cabeza. Un sollozo atraviesa mi cuerpo e hincha violentamente mi pecho. No lo veo, pero oigo cómo exhala todo el aire de sus pulmones.

—Las cosas no son como crees. —Su tono ha cambiado; procura sonar más sereno, como si hablara con un animalillo al que trata de sacar de un cepo.

—Me da igual —replico alzando la cabeza.

Nada de lo que diga va a poder cambiarlo. Está casado.

Ethan aprieta los labios mientras sus ojos se pasean por los míos, por mis mejillas mojadas, por mi respiración inundada de sollozos.

—Lillie.

—No me importa.

—Lillie, maldita sea, escúchame.

No lo pienso. Camino hasta él y le doy una bofetada. Por un momento sólo se oyen nuestras respiraciones aceleradas en mitad de la Quinta Avenida. Ethan mueve la cara despacio hasta atrapar mi mirada. Yo se la mantengo muy quieta y sé que puede ver en mis ojos todo el dolor que siento ahora mismo, porque yo puedo ver el suyo. Me vuelvo lentamente y corro calle arriba. Ethan no me detiene. Tampoco me sigue. Los dos sabemos que ahora es completamente diferente. Ya no puede besarme desbocado hasta convencerme de que lo perdone. No va a haber un desesperado e inútil forcejeo. Ni siquiera habrá gritos... palabras. Yo me bajo aquí de esta montaña rusa. Está casado. Está casado y lo quiero. Está casado y lo quiero y desde este mísero instante también lo odio porque consiguió que me enamorase mientras él volvía cada noche a

casa con su mujer.

Siento náuseas.

Llego a mi calle con los zapatos en la mano. Es imposible correr con semejantes tacones cinco manzanas y pretender andar con ellos todas las que queden hasta tu apartamento, aunque sean dos míseros metros. Además, no puedo dejar de llorar. Lo he intentado una y otra vez, pero soy incapaz.

—Lillie —me llaman cuando he alcanzado el primero de los siete escalones que separan mi edificio de la acera.

Es otra voz. Es Ayden. Me detengo en seco.

—¿Qué ha pasado? Estaba en la fiesta y Taylor vino a buscarme preocupada. No te encontraba.

Niego con la cabeza. No quiero hablar. Sólo quiero marcharme.

—Lillie.

Echo a andar, casi a correr de nuevo.

Ayden sube de prisa, me agarra de la muñeca y me obliga a girarme. El movimiento y sus dedos me queman. Es el mismo gesto de Ethan y una descerebrada familiaridad me recorre entera.

—Cuéntamelo —me ordena.

Está preocupado y me está advirtiendo con esa sola palabra de que no va a conformarse. Quiere saber lo que ha pasado y quiere saberlo ya.

—Ethan está casado. —Un sollozo atraviesa mis palabras. Ayden aprieta la mandíbula—. Me ha mentido y...

—Sabía que pasaría esto —susurra para sí, lleno de rabia.

Todo mi mundo vuelve a tambalearse y otra vez siento que han tirado de la alfombra bajo mis pies.

—¿Tú lo sabías? —balbuceo conmocionada, con el llanto quemándome los ojos.

Gracias a los escalones, por primera vez estamos a la misma altura y no necesito alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Lillie...

—¡Contéstame! —lo interrumpo desesperada.

Un silencio sepulcral se hace entre los dos.

—Sí —responde—. Lo advertí de que no permitiría que te hiciese daño.

—¡Pues me lo ha hecho!

Cabeceo conteniendo un nuevo sollozo. Los dos me han traicionado.

—No me correspondía a mí contártelo —me explica sin una pizca de arrepentimiento. Ayden es un caballero para lo bueno y para lo malo. Sin embargo, esa excusa a mí no me vale. Podría haberlo evitado todo y no lo ha hecho.

Aparto la mirada y la concentro en mis propias manos. De pronto mi cerebro hace un repaso de toda nuestra historia y la tristeza se esfuma dejando que un cristalino enfado arrase todo lo demás.

—Te has reído de mí, de la pobre chica ingenua... los dos lo habéis hecho.

—No.

—En realidad, sí —replico alzando la cabeza y buscando sin timidez, sin esconderme, sus ojos azul brillante. La Lillie inocente acaba de desaparecer para siempre—, igual que lo hiciste con aquella pobre chica en Inglaterra. ¿Así es como ibas a protegerme?

—Lillie —me advierte.

Su voz cambia, se agrava, pero no me importa.

Nunca me había sentido tan mal conmigo misma. Me enfado con ellos pero la responsable soy yo. Soy la única que se ha comportado como una tonta, sumisa, enamorada, sin valorar una sola de las señales de peligro.

—Nadine me lo advirtió —continúo—. Creo que todos llevan advirtiéndomelo toda la vida. Así que supongo que me lo merezco —sentencio.

—Te estás equivocando —replica sereno. Quiere borrar de mi cabeza cualquier otra idea, pero llega demasiado tarde—. Ninguno de los dos quiso nunca aprovecharse de ti. ¿Por qué te estás castigando así?

—No me estoy castigando —contesto secándome las lágrimas con el reverso de las manos. Llorar también se acabó—, pero la Lillie estúpida a la que podíais convencer de lo que quisierais se ha ido para siempre, la habéis echado a patadas entre los dos.

—No hables así —me advierte de nuevo.

Está demasiado enfadado o demasiado triste, no lo sé, pero tampoco me importa. Yo confiaba en él y ahora estoy destrozada.

—Ojalá no os hubiese conocido nunca.

Entro en mi edificio. Los ojos se me llenan de lágrimas, pero ya no lloro. Estoy cansada de que todos decidan por mí. Maldita sea, mi vida es mía y ser la pobrecita niña de esta historia también se terminó.

Atravieso mi apartamento como una exhalación y me meto en la cama sin ni siquiera quitarme el vestido. Nunca había sentido un dolor tan intenso. Estoy abrumada, destrozada. Está casado. ¿Cómo pude ser tan estúpida de no escuchar las señales? Sabía que Ethan me haría daño. Sabía que mi corazón no sobreviviría. Mi idiota, kamikaze y descerebrado corazón. Él tiene toda la culpa.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Sigo llorando en la cama, agarrada a mi almohada, con la mirada perdida en el cielo de Nueva York.

En mitad del silencio del apartamento, un ruido ensordecedor irrumpe. Me incorporo. El ruido se repite. Es la puerta. Alguien está llamando a la puerta.

—Lillie —me llaman al otro lado.

Es Ethan.

Al reconocer su voz, me levanto de un salto y camino hasta el salón.

—Lillie —repite—. Lillie, ábreme. Tenemos que hablar.

Clavo mi mirada en la puerta. El nudo de mi garganta se hace más grande. Una parte de mí quiere olvidarse de todo y correr a abrazarlo. Ésa es la parte que sigue luchando. La otra se ha rendido y sólo puede llorar.

—Lillie, si no me abres voy a tirar la maldita puerta abajo.

Sé que sería capaz.

Oigo un ruido que no logro identificar. Unos segundos de silencio y el pomo gira. Maldita sea, debe de haber encontrado la llave de repuesto. Corro hasta la ventana intentando no hacer ruido y salgo a la escalera de incendios.

Voy a subir al piso de Taylor, pero, en el último momento, una fuerza más poderosa que la gravedad me deja con los pies clavados en el suelo. Ethan atraviesa mi apartamento como un ciclón, entra en mi habitación, en el baño. Parece enfadado, triste, desesperado. Regresa al centro del salón. Mira a su alrededor una última vez y se pasa las manos por el pelo. Se queda ahí, de pie, solo, y por primera vez no veo al todopoderoso fiscal, ni al príncipe de cuento; veo a un hombre real, asustado, perdido. Me veo a mí sin él.

Ethan pronuncia mi nombre, casi en un susurro, se mete la mano en el bolsillo y, despacio, saca algo. Contengo un suspiro al ver la misma caja que iba a darme en la puerta de la embajada antes de... simplemente antes. La deja sobre mi mesa de centro, la acaricia con la punta de los dedos y desaparece cerrando la puerta tras él.

Espero unos segundos, completamente inmóvil, hasta que me armo de valor y vuelvo a entrar. Camino insegura, despacio, mirando la cajita como un artificiero lo haría con una bomba. Me detengo junto a la pequeña mesita de Ikea y me arrodillo frente a la cajita. ¿Cómo es posible que algo tan pequeño me dé tanto miedo?

«Porque sabes que podría terminar de destrozarte.»

Cierro los ojos conteniendo el llanto. Tomo aire y la cojo. La conservo unos segundos entre los dedos, otra vez armándome de valor, y al fin la abro. Una lágrima cae por mi mejilla a la vez que me llevo la mano libre a la boca conteniendo un sollozo.

—No —murmuro, y las lágrimas ya empiezan a caer libremente.

Son unos pasadores. Unos pasadores plateados con unas florecitas blancas en el extremo, iguales a los que le describí en la azotea de Alphabet City, iguales a los que tenía cuando era pequeña.

No quiero llorar, pero todo esto me supera y un llanto triste, lento, lo inunda todo. ¿Por qué ha tenido que volver? ¿Por qué ha tenido que hacer lo único que podía demostrarme que le importo?

No sé cuándo me voy a la cama, pero no dejo de llorar. Fuera llueve con fuerza.

* * *

Estoy despierta cuando amanece y, de pronto, todo en lo que puedo pensar es una cosa. Me levanto de un salto, me visto con los primeros vaqueros y la primera camiseta que encuentro. Abro el cajón de mi cómoda y meto en mi pequeño bolso todos los sobres de color blanco empujándolos con rabia. Nunca debí aceptar este dinero y ahora pienso ponerle remedio.

Llueve con más fuerza. Miro a ambos lados de la calle 115 pero no veo ningún taxi. Echo a correr sobre mis Converse y paro uno en Morningside Drive. Le doy una dirección de Alphabet City.

El tráfico es horrible y tardo más de una hora en llegar.

Todavía bajo la lluvia, golpeo la puerta con fuerza, primero con la palma y después con el puño, hasta que oigo un rumor de pasos al otro lado y el ruido de un pestillo correrse.

—¿Lillie? —murmura Eon, sorprendido—. ¿Estás bien?

Supongo que verme completamente empapada no es una buena señal, pero algo me dice que no me lo está preguntando sólo por eso.

—Tengo algo para ti —digo de prisa, ignorando la idea de que probablemente sabe todo lo que ha pasado entre Ethan y yo—; en realidad, es para tu oenegé, para que puedas seguir ayudando al barrio —me explico torpe y acelerada, abriendo el bolso y sacando los sobres. Uno debe de haberse roto y una decena de billetes de cien caen al suelo.

Bufo exasperada, me arrodillo y comienzo a recogerlos todo lo rápido que soy capaz.

—Lillie —me llama Eon con ternura, acuclillándose frente a mí.

Sólo quiero recoger el dinero, dárselo y marcharme de aquí.

—Lillie —repite frenando mis frenéticas manos con las suyas. Creo que he perdido la cuenta de cuántas veces he oído mi nombre desde que puse mis pies en el edificio de la embajada francesa—. Entra. Te invito a un café —me ofrece materializando esa ternura en una sonrisa—. Estás helada.

Por un momento lo observo. Su sonrisa me transmite un poco de paz y finalmente asiento.

—Siéntate —me pide señalando una mesa de madera redonda algo desvencijada rodeada de cuatro sillas diferentes.

Asiento de nuevo mirando a mi alrededor. Es el local de su oenegé. Hay un viejo sofá, un futbolín aún más viejo y una decena de estanterías llenas de libros. Una de las paredes está repleta de dibujos colgados con chinchetas de colores y, bajo ellos, descansa un banquito de madera rojo con dos cajas de plástico llenas de ceras. Los chicos del barrio deben de pasar horas y horas aquí, jugando y riendo y, por lo poco que conozco a Eon, seguro que también haciendo los deberes y estudiando.

—El café está recién hecho —me informa dejando dos tazas en la mesa y tomando asiento frente a mí.

Me mira y sonríe, esperando a que lo imite. Yo lo hago por pura inercia y cojo la taza con las dos manos. No me apetece beber, pero agradezco tener algo caliente entre los dedos.

—Ahora, si quieres, puedes contarme qué te ha pasado.

Sonríe de nuevo, pero esta vez esquivo su gesto.

—No me ha pasado nada —contesto encogiéndome de hombros.

—Mientes bastante mal —replica sin ningún remordimiento—. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Su comentario hace que sonría sincera, aunque es lo último que quiero.

—Sólo quería traerte este dinero —reconduzco la conversación volviendo a sacar el dinero y dejándolo sobre la mesa—. Estoy segura de que podrás hacer muchas cosas buenas con él.

Mira los sobres rotos y mojados y los billetes arrugados que cayeron al suelo.

—¿Cuánto dinero hay aquí? —pregunta algo preocupado.

—Veinte mil dólares —respondo apartando los ojos. Me siento avergonzada, pero, prácticamente en el mismo segundo, alzo la vista y le mantengo la mirada. No voy a sentirme abochornada por nada de lo que pasó; puede que no tomara las mejores decisiones, pero fueron

mías.

Eon arruga el ceño, confuso.

—No los he robado —le aclaro rápidamente—, si es eso lo que te preocupa.

Sonríe.

—Lo sé, Lillie. —Guarda un segundo de silencio—. ¿Vas a contarme de dónde los ha sacado?

—Preferiría no hacerlo —me sincero.

Sopesa mis palabras un instante.

—Está bien —claudica—, pero imaginarás que, si donas una cantidad como ésta, tendré que poner una placa con tu nombre en la puerta o algo parecido —sentencia divertido.

—Si vas a hacer una placa, deberías poner Ethan Anderson y Ayden Morgan. —Pronunciar sus nombres me supone un esfuerzo atroz—. Es su dinero —concluyo en un golpe de voz.

Clavo mi mirada en mis propias manos, que recuperan la taza en busca del calor. No quiero hablar de ellos. No quiero pensar en ellos.

—¿Ethan y ese tal Morgan? —inquiere depositando cierto desdén en el apellido de Ayden, llevándose su café a los labios—. No lo creo.

Sus palabras y, sobre todo, el convencimiento con el que las pronuncia me hacen levantar la cabeza. Mi mirada confusa provoca que Eon deje la taza sobre la mesa y se tome un momento para estudiarme con sus ojos marrones.

—Lillie, Ethan me ha hablado de Ayden Morgan. Lo sé todo.

Quiero mantenerle la mirada, pero no soy capaz. Los nervios me taponan la boca del estómago y tengo un nudo en la garganta. Me siento ridícula y abandonada.

—Yo no sabía que Ethan estaba casado —digo obligándome a mirarlo a los ojos de nuevo y obligándome a que mi voz suene fuerte.

—Lo sé.

Suelto en una bocanada todo el aire que, sin darme cuenta, había contenido.

—Ethan no ha hecho las cosas bien —continúa—, pero creo que lo justo es que conozcas toda la historia.

—Eon —replico—. No quiero darle más vueltas.

—Ethan no se casó con Brooke porque estuviese enamorado de ella.

Sus palabras dan un vuelco a mi corazón. Una parte de mí no quiere saberlo, otra se imagina que fue porque la dejó embarazada y me siento aún más miserable, pero hay otra, esa a la que tengo que dejar de escuchar urgentemente, que con lo que acaba de decir Eon vuelve a respirar como si llevara días sin hacerlo.

—No sé si quiero saberlo —murmuro.

—De pequeño, Ethan no tuvo mucha suerte: un mal padre en un mal barrio que murió cuando él sólo era un crío. Ethan trabajaba para ayudar a su madre, cuidaba de su hermano Luke y estudiaba. Quería mantenerlos a salvo a toda costa.

Sonrío, aunque no me llega a los ojos. Por mucho daño que me haya hecho, es imposible que no reconozca a Ethan en esa descripción.

—Por eso se convirtió en abogado —continúa—, para poner la ley de parte de los que, como

su familia, no tenían nada. Pero no tardó en darse cuenta de que nadie votaría como fiscal general del estado a un chico de veintiocho años de Alphabet City que estudió con una beca. Sabía que ni siquiera lo dejarían presentarse, por impecable que fuese su carrera.

Asiento. Tiene razón. Estados Unidos es el país de las oportunidades donde todo el mundo puede prosperar, pero, paradójicamente, también es muy clasista. Entrar en la élite desde un mal barrio, cuesta.

Creo que Brooke se enamoró de él el primer día de universidad. Su padre es Lucius Brenan, uno de los empresarios más ricos de Nueva York, con uno de los apellidos más importantes. La primera vez que le ofreció la candidatura a la fiscalía a cambio de casarse con su hija, Ethan le rompió la nariz de un puñetazo. Dos días después, Prescott hizo la primera oferta por el edificio del centro cívico. Esa tarde Ethan aceptó el trato con Brenan.

Sé que no me está mintiendo para salvar a su amigo. Ethan sería capaz de sacrificarse así por su barrio, por la gente a la que quiere.

—Ethan nunca mintió a Brooke. Le dejó muy claro por qué lo hacía, que no sería un matrimonio de verdad. Le pedí que no lo hiciera, joder —añade enfadado—. Creo que hasta se lo supliqué, pero estaba convencido. Yo sabía que acabaría arrepintiéndose. Nadie puede renunciar a enamorarse, a ser feliz, pero él no estaba dispuesto a permitir que nada malo le ocurriese a su familia. Todo fue relativamente aceptable hasta que hace unos meses Brooke empezó a presionarlo con la idea de tener un hijo. Ethan se negó en rotundo. Una cosa era sacrificarse él y otra cosa obligar a un crío a hacer lo mismo. La primera vez que oí a Ethan hablar de querer tener niños fue la primera vez que mencionó tu nombre, Lillie.

Aprieto un labio contra otro para no hacer ningún gesto, para no dejar escapar ni una sola lágrima.

—Eon, no puedo hablar de esto —me sincero—. Me ha engañado. Podría habérmelo contado.

—Lo ha hecho todo demasiado mal —sentencia inclinándose hacia delante—, pero Ethan quiere estar contigo. Aunque el muy cabronazo jamás cuente cómo se siente, lo conozco.

Niego con la cabeza. Quiero creerlo. Lo creo, pero el dolor es el mismo. Dejó que pensara que no sentía nada por mí, que no podía quererme porque había estado con Ayden, cuando lo que nos separaba era que él estaba casado.

—Lo siento, Eon —digo levantándome—. No puedo.

—Prométeme que al menos pensarás en lo que te he dicho —me pide.

Asiento. Es una estupidez decir que no voy a volver a pensar en esta conversación cuando sé que me quedan al menos un millón de horas a oscuras, en mi cama, con la mirada clavada en el techo, recordando cada palabra.

Eon asiente, se levanta y me acompaña hasta la salida. Tira de la pesada puerta de metal y el sonido de las últimas gotas estrellándose contra el suelo nos recibe. Por lo menos ha dejado de llover.

—Adiós, Eon —me despido cruzando el umbral.

Pongo mis ojos en la avenida principal y comienzo a andar hacia ella.

—Ethan nunca engañó a Brooke con otra mujer.

Sus palabras vuelven a sacudirme por dentro. Me giro sin saber qué decir, ni siquiera qué pensar.

—Pensé que querrías saberlo —añade.

Yo lo observo luchando por no romper a llorar. Todo se está enmarañando, volviéndose demasiado confuso; siento mi mente y mi corazón trabajar a mil kilómetros por hora.

—Adiós, Eon —repito mecánica.

—Adiós.

Nada es blanco o negro. Todo es de un complicado gris.

* * *

Prácticamente no he dormido en toda la noche, pero es lunes y, aunque lo único que quiero es comprarme el helado de chocolate más grande que encuentre y comérmelo con este pijama en esta cama, tengo que ir a trabajar.

«Estamos en esta vida para reír, follar y llorar, y nadie sabe el orden correcto.»

Miro la pintada y ahogo una risa irónica, malhumorada y breve en un bufido todavía más fugaz. El autor del grafiti puede preguntarme el orden cuando quiera.

—Hola, Stuart —lo saludo con desgana caminando hasta mi mesa.

—Taylor ha estado aquí —responde tecleando en su ordenador.

Tuerzo los labios y me dejo caer en mi silla. Ayer me llamó varias veces, pero no le cogí el teléfono. Me siento muy culpable, pero no quería hablar con nadie.

Enciendo mi ordenador. Noto cómo Stuart me mira por encima del suyo.

—¿No vas a preguntarme cómo me he comportado? —inquiere curioso.

Finjo no oírlo. No estoy de humor.

—Taylor sabe defenderse sola —sentencio, y es hora de que yo también aprenda.

Stuart asiente. Da la conversación por acabada y lo agradezco.

Nos pasamos el resto de la mañana trabajando en silencio. El profesor Kenner tiene una reunión con el decano y no lo veo más que unos minutos a primera hora. Se supone que debería aprovechar para terminar mi proyecto, pero no consigo concentrarme. Pierdo la cuenta de cuántas veces me quedo mirando al vacío como una idiota pensando en Ethan. No quiero llorar y, después de autoconvencerme cada cinco minutos, mi cuerpo parece captar el mensaje, porque, aunque el nudo de la garganta se hace mayor, ya no tengo ganas de llorar.

Es casi la hora del almuerzo cuando oigo abrirse la puerta. Ni siquiera alzo la cabeza. Será cualquiera de los profesores viniendo a dejar alguna carpeta antes de salir a comer.

—Lillie.

Su voz. ¿Por qué tiene que ser tan ronca, tan arrogante, tan indomable?

Levanto la cabeza y me encuentro de frente con Ethan Anderson. Por un momento tengo la sensación de que hemos vuelto a su despacho, a la primera vez que estuve allí, sólo que ahora lo siento aún más inalcanzable y sus ojos son todavía más azules. Lo quiero y no podemos estar juntos, aunque en realidad creo que él verdaderamente nunca lo permitió.

—Tenemos que hablar.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —respondo.

Trato de que mi voz suene indiferente. Creo que lo consigo.

—Lillie —me advierte.

Su forma de mirarme me intimida, pero no dejo que lo vea. No pienso dejar que lo vea nunca más.

—Será mejor que me vaya —dice Stuart con cautela, levantándose.

—No te muevas —murmuro sin alzar los ojos de Ethan.

Sé que cree que me hace un favor, pero el único que va a marcharse es el señor fiscal. No quiero hablar con él. No quiero verlo.

Mi compañero de departamento no protesta y vuelve a sentarse.

Ethan suspira exasperado y da un paso hacia mi mesa.

—Lillie, estás haciéndolo todo más difícil.

—Eso lo has hecho sólo tú —replico.

El corazón me late de prisa. Estoy nerviosa, triste, sobrepasada.

—Las cosas no son como tú crees.

—No te preocupes por eso —digo con todo lo que siento saturando mi voz—. Eon ya te ha hecho el trabajo sucio.

Ethan tensa la mandíbula. Los dos sabemos que no ha sido un reproche justo, pero también sabemos que, lo sea o no, se lo merece.

—Sólo quería protegerte.

—Pues entonces no deberías haberme tocado nunca.

Mi cuerpo empieza a temblar suavemente, como si hubiese entrado en una profunda gripe. Son las consecuencias físicas de todo lo que estoy sintiendo. Ethan exhala todo el aire de sus pulmones y da un nuevo paso hacia mí. Lo conozco. Sabe que no voy a dar mi brazo a torcer y pretende convencerme como mejor sabe. No puedo permitirlo.

—Si no te vas, llamaré a seguridad.

Mi voz suena clara y el esfuerzo que debo hacer es sobrehumano. Aparto la mirada y la concentro en los papeles sobre mi mesa. Mis ojos se llenan de lágrimas.

No llores, Harper. Aguanta un poco más.

Ethan me observa. Aunque es lo último que quiero, puedo ver cómo alza la mano pero, cuando está a punto de tocarme, la lleva de nuevo junto a su costado, cerrándola en un puño lleno de rabia. Prácticamente en ese mismo instante, gira sobre sus pies y se dirige hacia la puerta.

—He renunciado a demasiadas cosas en mi vida, pero no fui capaz de renunciar a ti.

Se marcha y nunca nada me había dolido tanto. Alzo la cabeza y observo la puerta por la que acaba de irse. ¿Por qué ha tenido que ponérmelo tan difícil? ¿Por qué he tenido que enamorarme de él?

—¿Era el fiscal general del estado? —pregunta Stuart desde su mesa.

—Sí —murmuro cansada.

A estas alturas, ¿por qué iba a mentir?

Stuart trastea en su escritorio, se levanta y camina hasta mi mesa. Deja un *muffin* de chocolate frente a mí y regresa a su sitio. Al verlo, lo observo confusa.

—Hoy lo necesitas más que yo —me explica.

Contemplo la magdalena. Conozco a Stuart desde hace cuatro años y jamás me había regalado uno de sus dulces. Ese absurdo, pequeño e insignificante detalle es la piedrecita definitiva que derrumba mis defensas después de haber aguantado una batalla entera, y, sin quererlo, mi cuerpo olvida todo lo aprendido y comienzo a llorar.

—Gracias —murmuro con la sonrisa más triste del mundo.

—De nada.

Quiero a Ethan y voy a echarlo de menos siempre.

Me giro hacia el ordenador y, antes de que la idea cristalice en mi mente, comienzo a teclear. Escribo todo lo que me ha pasado desde que le pedí a Taylor que me dejara acompañarla a la fiesta del New York Palace Hotel. Cuento cada beso, cada descubrimiento y también cada error, cada mentira. El profesor Kenner quería que dejara de ver la realidad a través de un cristal, ¿qué mejor que contar todo lo que he vivido?

Siento que mi corazón hecho trizas se parte en pedazos aún más pequeños, pero no dejo de escribir. Hablo de Ayden, de Ethan, de cómo me he sentido y de cómo, para bien o para mal, me he descubierto a mí misma a través del sexo y, sobre todo, del amor.

Son las nueve y media cuando termino. El departamento está desierto. Le mando mi nuevo proyecto por correo interno al profesor Kenner y borro de los archivos el anterior. No sé si es académicamente correcto o no, pero es el trabajo que quiero entregar.

* * *

Vuelvo a dormirme llorando y me despierto con la misma sensación. Aún estoy en la cama con la mirada clavada en el techo cuando el sonido de aviso de mi móvil comienza a sonar. Frunzo el ceño y miro la pantalla. Dios mío, es 28 de junio. Hoy voy a ver a mi padre.

Me ducho, me pongo un bonito vestido y mis Manolo de la suerte. Delante del espejo, dudo, pero hay algo más que quiero llevar. Voy hasta la mesita y agarro la caja con los pasadores que me regaló Ethan. Soy plenamente consciente de que debería haberlos cogido y haberlos lanzado al interior del Monte del Destino, pero no podía hacerlo. Hoy quiero llevarlos y, la verdad, prefiero no darle vueltas a por qué.

Sentada a mi escritorio, en el departamento de sociología, miro el reloj, impaciente, cada dos minutos. Nunca había tenido tantas ganas de que dieran las cinco.

Corro hasta el cruce de la 122 con Broadway y paro un taxi. Podría ir en metro, todavía es temprano, pero no quiero llegar tarde por nada del mundo.

Al llegar a Herald Square, me siento como si todo se moviese más despacio. Los neoyorquinos se desplazan veloces de un lado a otro, camino de sus casas o sus bares favoritos después del trabajo, pero yo me acerco lentamente al enorme cristal de la cafetería y miro hacia dentro. Estoy emocionada y nerviosa, y el porcentaje entre ambos estados va cambiando a cada minuto que pasa.

Un niño con la cara llena de chocolate me saca la lengua desde el otro lado y mi sonrisa se ensancha. Mi imaginación vuela libre y me veo como ese niño, con mi padre sentado al otro

lado. Me pregunto qué hubiese pasado si, aunque se hubiera separado de mi madre, se hubiese quedado con nosotros.

Oigo la campanita de la entrada y mi mirada vuela hacia la puerta. Un hombre alto y delgado con el pelo rubio entra en el local. Creo que no tardo más de una milésima de segundo en reconocerlo. Ha envejecido, pero nadie podría dudar de que se trata del mismo hombre de las fotos que mi madre guardaba en el último cajón de su cómoda.

Se sienta en una de las mesas y sonríe con amabilidad cuando la camarera se acerca. Me quedo embobada con cada uno de sus gestos, con su manera de leer la carta, con la forma en la que asiente, cómo mueve las manos cuando habla...

Él alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. De pronto me quedo petrificada. Está ahí, tan cerca que, si saliese corriendo, creo que no tardaría más de unos segundos en abrazarlo. Él se levanta sin apartar sus ojos de los míos y me dedica una sonrisa enorme. Sólo cuando veo su gesto, me doy cuenta de que yo también lo estoy haciendo. Dios mío, ¡es mi padre!

Me hace una seña con la mano para que entre y yo asiento. Mis piernas me responden y un pie sigue a otro hasta que entro en la cafetería. Estoy nerviosa, asustada, emocionada, feliz.

—Hola —lo saludo deteniéndome frente a él.

—Hola, Lillie —responde indicándome que me siente y haciéndolo él de nuevo—. ¿Lillie te parece bien? ¿Quizá prefieres Lilianne?

—Lillie está bien —contesto con una sonrisa algo nerviosa—. Todos me llaman así.

Ahora el que sonríe es él. La camarera se acerca, deja un botellín de Coca-Cola helado frente Rick y me ofrece otro a mí. Acepto. Me fijo en mi padre. Tiene una pequeña cicatriz en el centro del reverso de la mano y una un poco mayor a lo largo del dedo corazón.

—Te llamamos así por la flor —dice sacándome de mi ensoñación—. En el jardín trasero de casa, cerca de la valla, había una pequeña zona que todos los años se llenaba de lilas. No entendíamos por qué pasaba, porque nunca las plantábamos, pero cada primavera florecían. Tu madre solía recogerlas y colocarlas en jarrones por toda la casa.

—No lo sabía.

Rick se encoje de hombros.

—Supongo que tu madre nunca os habló demasiado de mí. —Lo piensa un instante—. No la culpo.

No sé qué decir. Mi padre nunca fue un tema tabú, pero sí es cierto que sobre él planeaba una especie de ley no escrita. Mi hermano y yo no preguntábamos y mi madre, nunca, jamás, pronunció una mala palabra sobre él, todo lo contrario: lo defendía cuando mi abuelo o algún pariente decían que nos había abandonado o alguien aseguraba haberlo visto con otra mujer en algún pueblo vecino.

—Ella siempre nos hablaba bien de ti.

Supongo que una pequeña mentira a medias no va a hacerle daño a nadie.

—Lynn siempre fue una gran mujer. Mucho más de lo que yo me merecía.

—¿Por eso te fuiste? —La pregunta sale de mis labios antes de que pueda controlarla.

Rick me observa un segundo y finalmente lanza un profundo suspiro.

—Me fui porque tenía veintidós años y era un estúpido y también un cobarde —dice

embargado de una cruda realidad—. Todos esperaban demasiado de mí y yo no supe comportarme como el hombre que debía ser.

Asiento y, sin quererlo, aparto la mirada. De pequeña lo imaginaba como un superhéroe, ahora me doy cuenta de que eso fue lo único que no fue y se arrepiente muchísimo por ello.

—¿Alguna vez quisiste volver a buscarnos?— prácticamente balbuceo.

La respuesta me da muchísimo miedo.

—Pensaba en vosotros todos los días, sobre todo en ti, en cómo serías, si te parecerías a tu madre o a mí, si sabrías montar a caballo.

—Me gustan, pero me dan un poco de miedo —me sincero con una sonrisa.

Mi padre entorna los ojos y se acerca un poco más.

—A mí también —afirma como si estuviese confesando un grandísimo secreto. Lo entiendo. Venimos de Monticello; que allí no vivas en comunión perfecta con los caballos es casi un sacrilegio.

Los dos sonreímos y consigo relajarme un poco. La camarera regresa con mi Coca-Cola y nos toma la comanda para la comida. No tengo hambre, pero no quiero rechazar la invitación y pido lo mismo que mi padre.

—Me hizo muy feliz que aceptaras verme. La verdad es que no sabía si querrías.

—Claro que quiero verte —respondo—. Sé que puede parecer algo estúpido, pero nunca he estado enfadada contigo. Siempre he pensado que tuviste un motivo para hacer lo que hiciste y, aunque hayas estado veintidós años sin vernos, siempre te has preocupado por nosotros y nos quieres.

—No te quepa duda —responde con una seguridad aplastante.

Mi sonrisa se ensancha y creo que ilumina todo el restaurante y parte del oeste de Manhattan. Estoy feliz. Sabía que, aunque se hubiese equivocado, era un buen hombre.

—Y no sabes cómo me alegra oírte decir eso —continúa—, porque tengo algo que pedirte.

—¿El qué?

—Necesito dinero, Lillie.

Mi sonrisa se borra de golpe.

—¿Qué? —murmuro tan bajo que ni siquiera estoy segura de que me haya oído.

—Me he metido en algunos líos con algunas personas muy poco recomendables. Sólo serían diez mil dólares y te los devolvería.

La boca se me seca y siento un peso sordo tirando de mi estómago.

—Yo... yo no tengo dinero.

—Pero tus amigos sí.

—¿Qué? —repito.

Tiene que ser una pesadilla. Sí, eso es, todo esto es una pesadilla y en cualquier momento voy a despertarme... Despiértate, Lillie, por favor.

—Una de las personas a las que les debo dinero te vio en una fiesta. Dice que te codeas con gente muy poderosa y con muchas influencias, con el fiscal general del estado incluso. Para ellos diez mil dólares no son nada.

No contesto. No puedo. ¿Sólo quiere dinero? ¿Por eso me buscaba?

—¿En qué fiesta me vio?

No sé por qué quiero saberlo, pero, de todas formas, mis labios pronuncian la pregunta.

—En una especie de gala benéfica... en el Radio City Music Hall.

—Esa fiesta fue hace más de un mes —replico, y otra vez mi voz suena débil. Ni siquiera reconozco mi voz—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Rick esquiva mi mirada y se rasca la barbilla, incómodo. Un relámpago atraviesa el cielo, después llega el sonido brusco de un trueno y empieza a llover.

—Vivo aquí, Lillie.

La camarera le dice algo al cocinero y los dos estallan en risas. La puerta suena, pero todo a mi alrededor se ha cubierto por una especie de neblina. Dijo que llegaba hoy a Nueva York, por mí.

—Por teléfono dijiste...

Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas.

—Mentí —responde sin paños calientes, y tengo la horrible sensación de que sin arrepentimiento—, quería que aceptaras verme.

—¿Sabías que estudiaba aquí?

—Sí.

—¿Y por qué nunca intentaste verme? Me mudé a Nueva York hace seis años.

—Ésa no es la cuestión ahora, cariño. —Habla rápido, nervioso, impaciente—. ¿Hablarás con tus amigos? ¿Le harás ese favor a tu padre?

El llanto resbala por mi cara cada vez más rápido, pero no hago un solo ruido. Nunca me quiso.

—No... no puedo —balbuceo.

Rick da un manotazo en la mesa, malhumorado. El ruido me estremece. Resopla tratando de aparentar una calma que no siente.

—Necesito que lo hagas, Lillie.

De pronto oigo pasos acercarse y algo cae en la mesa frente a Rick.

—Aquí hay el doble de lo que quieres. —Su voz. Es su voz. Es Ethan—. Ahora lárgate y no vuelvas a acercarte a ella o te juro por Dios que acabaré contigo.

22

Quiero levantarme. Quiero gritar. Pero no puedo moverme. Cada uno de mis músculos está agarrotado, como si todo le estuviese pasando a otra persona y no a mí.

—De acuerdo —responde Rick sin ni siquiera dudar, como si no acabase de descubrir que mi padre es una persona miserable.

Otro relámpago ilumina cielo y otro trueno retumba. El sonido me despierta. Me levanto de golpe y salgo disparada del restaurante. Está lloviendo a mares. No sé adónde ir, qué hacer. Me quedo de pie en mitad de la 34 Oeste. Nunca me quiso. No hubo un noble motivo. Sólo fue un cobarde al que su familia le quedó demasiado grande y decidió largarse sin mirar atrás, sin pensar en sus hijos.

Veo a Rick salir de la cafetería. Sujeta con fuerza el sobre que le ha dado Ethan. Nuestras miradas se cruzan, pero él la aparta y se marcha sin importarle absolutamente nada. Sólo quería utilizarme. El agua me cala el vestido y me moja la piel, pero no soy capaz de moverme.

—Lillie —me llama Ethan deteniéndose frente a mí.

Llueve con más fuerza.

—Nunca me quiso —susurro.

—Lillie —repite con la voz llena de ternura, pero también de rabia.

—Nunca se preocupó por mí, porque nunca le importé —digo atropellada, como si cada palabra me ardiera en la garganta, alzando los brazos desesperada. Un sollozo infla mi pecho, pero no dejo que más lágrimas salgan. No quiero llorar. ¡Maldita sea, estoy furiosa!—. ¡No le importo! ¡Las personas no cambian! Nadie deja a su familia tirada por una buena causa y no vuelve en veintidós años. Soy una idiota —sentencio encogiéndome de hombros, llena de dolor.

Ethan suspira a la vez que ladea la cabeza. Agarra mi muñeca y me lleva contra su cuerpo. En cuanto mi piel choca con la calidez de la suya, me abraza con fuerza, rodeándome con sus brazos, protegiéndome. Sin poder controlarlo, rompo a llorar de nuevo. Ethan me estrecha con más fuerza y de pronto ocurre que, bajo la lluvia, en mitad de una calle cualquiera de Manhattan, su calor me hace sentir un poco mejor.

Seguimos mojándonos, pero no nos importa.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Yo cobijada entre sus brazos, él acariciándome el pelo, consolándome sin decir una sola palabra.

—Gracias —murmuro cuando al fin me separo y alzo la cabeza buscando su mirada.

Soy plenamente consciente de lo que debo hacer ahora, pero no quiero.

Ethan no dice nada, sólo me toma de la mano y tira de mí para que lo siga. Un Lexus aparcado al final de la calle llama mi atención. No es el sedán negro que conduce Martin, éste es de un azul oscuro, más pequeño y deportivo. Ethan me lleva hasta él, abre la puerta del copiloto y espera paciente a que me monte. Supongo que es su coche personal, el que usa cuando no quiere que lo lleven. Desde mi asiento lo observo rodear el vehículo pasándose las manos por el pelo y llevándoselo húmedo hacia atrás.

Rápido, se incorpora al tráfico. Aparta los ojos de la calzada un segundo y me recorre con la mirada.

—Tienes que estar helada —gruñe. Desliza el dedo sobre la pantalla de mandos y los asientos empiezan a calentarse—. Vas a pillar una pulmonía.

—Estoy bien —digo en un susurro.

Es mentira, pero no me importa.

Ninguno de los dos habla y, por primera vez en toda mi vida, creo que lo prefiero. No sé cómo me siento. Rick me ha utilizado y probablemente ahora esté en una pensión de mala muerte contando el dinero que Ethan le ha dado... Ethan. Ha aparecido de la nada y me ha salvado. Quiero odiarlo, de verdad que sí, pero, cuando hace cosas como ésta, me lo pone realmente complicado.

Tras unos minutos detiene suavemente el coche frente a mi edificio.

—Te acompaño hasta la puerta —dice desabrochándose el cinturón de seguridad.

Otra vez rodea el vehículo y me abre la puerta. Caminamos en silencio, separados por una distancia prudencial.

Ethan se detiene a un paso del primer escalón y yo lo subo despacio.

—¿Estarás bien? —pregunta.

Asiento, pero no digo nada. Ethan me observa. De reojo puedo ver cómo alza la mano, pero, justo cuando está a punto de tocarme, la cierra en un puño con fuerza junto a su costado. La mente me va demasiado de prisa, una maraña de preguntas que no deja de crecer.

Ethan exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones, gira sobre sus pies y empieza a andar hacia el coche.

—¿Es culpa mía? —inquiero en un susurro triste, exactamente como me siento, dejándome caer hasta sentarme en uno de los escalones.

Mis palabras lo hacen girarse y, sin dudar, buscar mi mirada.

—Mi padre... Rick —rectifico con amargura tragándome el llanto—. ¿Crees que no quería tener una hija como yo y que por eso nunca intentó acercarse a mí?

Ethan me mira. Sus ojos también están tristes. Chasquea la lengua contra el paladar y camina de nuevo hasta sentarse a mi lado.

—No tiene nada que ver contigo, Lillie —contesta con una seguridad aplastante—. Rick no es una buena persona. Él es el único culpable. Cualquier padre, cualquier persona, estaría encantada de tenerte en su vida.

—Menos tú —prácticamente lo interrumpo en un murmuro.

—¿Qué? —inquiere como si no pudiese creerse lo que acaba de oír.

—Tú has elegido sacrificarte y me has sacrificado a mí contigo —continúo con la respiración

llena de lágrimas y la respiración acelerada—. Necesitas seguir siendo fiscal para poder salvar a toda esa pobre gente y créeme lo entiendo y creo que incluso te quiero más por ello —sus principios son los que nos separan, pero también los que me hacen saber que, a pesar de todo, es un hombre maravilloso—, pero no puedo dejar de pensar que, si yo fuera diferente, tú... —todo esto duele demasiado—... tú me habrías elegido a mí.

—Lillie.

Alza las manos, pero otra vez se controla para no tocarme. El mismo campo de fuerza que nos ataba inexorablemente al otro sigue ahí, pero supongo que Ethan ha aprendido a evitarlo. Es sólo la confirmación de todo lo que yo acabo de decir.

—Quiero protegerte —susurra demostrando otra vez su innata capacidad para leerme la mente. Cabecea desesperado, tratando de encontrar las palabras adecuadas— y tú tenías razón, para hacerlo no tendría que haberte tocado nunca. Sólo quiero cuidar de ti.

Antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, me incorporo y rápido me acomodo en su regazo. Su cuerpo se acelera, se tensa, y Ethan se queda muy quieto. Dejo caer mi cabeza en su pecho, casi su hombro. Su corazón retumba rápido contra el mío, que, herido y triste, late bajito, despacio, porque está donde quiere estar.

Sé que es lo último que debería hacer, pero sencillamente no puedo más. Hoy sólo ha sido un día horrible después de muchos horribles, de cuatro largos horribles días. Puede que sea el peor error que podría cometer, pero sólo quiero volver a sentirme bien, aunque sea un mísero segundo, volver a aquella alfombra en el segundo piso de una habitación cualquiera de la embajada francesa.

—No tienes que abrazarme, si no quieres —musito—. Lo entiendo.

—Lillie —ruge.

Pero Ethan se siente exactamente igual que yo y simplemente se rinde. Su cuerpo entra en una tensión completamente diferente, alza las manos y me abraza, estrechándome contra su cuerpo.

Es una tregua que necesitamos los dos.

No sé cuánto tiempo pasamos así, en silencio.

—Cuando me gradué en la universidad —empieza a decir muy bajito, como si hubiese perdido la costumbre de hablar con otra persona y no supiese muy bien cómo hacerlo—, mi madre estaba feliz, no la había visto tan contenta nunca, pero yo no me sentía así. Era como si sólo hubiese subido un escalón de un camino jodidamente largo. Creo que nunca he dejado de sentirme así.

Su voz está llena de una rabia y una impotencia cristalizadas. Es obvio que lleva años luchando contra ellas.

Parece enfadado, parece triste y, sobre todo, parece sentirse solo; ahora me doy cuenta de que se siente así más a menudo de lo que permite que el mundo vea.

—¿Por qué te sientes así? —pregunto sin moverme—. Has conseguido muchísimas cosas buenas.

No son palabras vacías. Es el fiscal general del estado de Nueva York y cada día utiliza su posición para ayudar a miles de personas. Salvó Alphabet City de Anthony Prescott y estoy

segura de que no ha sido la primera vez, ni el primer barrio.

Ethan sonríe y el sonido suave y condescendiente atraviesa mi cuerpo. Está claro que no tiene la misma opinión sobre sí mismo. Esa idea me hace alzar la cabeza y buscar su mirada.

—Has salvado Alphabet City de Prescott —le recuerdo.

—Pero he tenido que renunciar a demasiadas cosas —replica—. No te haces una maldita idea. Antes no me importaba, pero ahora...

Resopla malhumorado, interrumpiéndose a sí mismo.

—Ahora, ¿qué?

—Ahora es diferente.

De pronto la mirada de Ethan cambia, como si en mitad de toda esta locura hubiese encontrado un poco de paz. Alza la mano y suavemente me mete un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Te has puesto los pasadores?

—Quería sentirme valiente.

Sonríe, pero es un gesto triste.

—Deberías volver a casa —susurra con la voz grave.

Pero sus manos se hacen más posesivas sobre mi cuerpo, mandándome el mensaje opuesto.

—Lo sé —respondo y vuelvo a apoyar mi cabeza sobre su pecho.

Está claro que los dos sabemos lo que tenemos que hacer, pero ninguno quiere tener que hacerlo.

No sé qué hora es cuando al fin subo a mi apartamento. He dejado de llorar, pero la tristeza sigue ahí, en cada centímetro cuadrado de mi cuerpo.

Respiro hondo y me dejo caer hasta sentarme en el borde de mi cama. Sólo quiero que sea mañana y, de paso, que mágicamente aprenda a tomar buenas decisiones, a no confiar en cualquiera, a entender que no todo el mundo es bueno y a pensar antes de hablar. La lista es larga.

«Y sin duda alguna necesitas un milagro, Lilianne Harper.»

—Maldita sea —murmuro.

Me dejo caer en la cama y me tapo la cara con la almohada. No llevo más de un par de segundos en mi escondite cuando mi móvil, en el bolsillo de mis pantalones prestados, comienza a sonar. Todavía tumbada, lo rescato. Aparto un poco el cojín, lo justo para ver la pantalla, y veo el nombre de mi madre iluminándose en ella. Por un momento pienso en no cogérselo, pero acto seguido comprendo que, sabiendo que hoy vería a Rick, debe de estar muy preocupada.

—Hola —respondo tratando de sonar animada.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy bien —miento obligando a las palabras a cruzar el nudo de mi garganta.

—Me alegro. —Durante unos segundos guarda silencio—. ¿Qué tal te fue con Rick?

Trago saliva. Mi cerebro elabora una mentira. «Tomamos algo, charlamos un poco, me dijo que se alegraba mucho de que estuviera bien, me preguntó por mi hermano, por mi madre, por el tío Thomas.» Sin embargo, conforme voy imaginándome cada segundo de esa tarde imaginaria, mi corazón va rompiéndose un poco más. Realmente querría que hubiese sido así, poder disfrutar de mi padre aunque sólo hubiesen sido unas horas.

—Mamá... —murmuro negando con la cabeza—... fue un desastre. —Ella suspira al otro lado de la línea—. Me pidió dinero. Ése era el único motivo por el que quería verme. Lleva viviendo en Nueva York años y sabía que yo estaba también aquí y no le importaba —suelto a bocajarro.

Aunque es lo último que quiero, comienzo a llorar de nuevo.

—Lillie, cielo —me llama intentando consolarme.

Se ahorra el «ya te lo dije» y lo agradezco.

—Rick no es una buena persona. Nunca lo fue.

—Entonces, ¿por qué te casaste con él? —inquiero sin poder contener la pregunta en mis labios—. ¿Por qué tuviste hijos con él?

—Porque a veces, por muy obvias que sean las señales, no somos capaces de verlas —responde sincera.

Sus palabras me dejan en silencio y de pronto me siento tan reflejada que incluso asusta.

—Yo quería a tu padre y no fui capaz de entender que no me convenía, que me haría daño, y, lo que es peor, no fui capaz de ver que os lo haría a vosotros. Ni siquiera cuando se marchó dejé de quererlo.

Y de repente tengo la horrible sensación de que alguien ha tirado de la alfombra bajo mis pies y está frente a mí, riéndose al verme dar de bruces contra el suelo. ¿Eso es lo que me espera a mí? ¿No poder olvidar nunca a Ethan? ¿No volver a ser feliz?

—¿Y ahora? —murmuro.

Dime que has encontrado el amor, que eres feliz, que lo has olvidado. Por favor.

—Cariño, nunca, jamás, podemos elegir de quién nos enamoramos y, lo que es peor, tampoco podemos elegir dejar de hacerlo. Me gustaría poder afirmar que al final el amor siempre encuentra la salida, que todo sale bien, que las personas cambian, pero no es verdad. No volvería con Rick —sentencia sin asomo de dudas—, pero nunca podré dejar de quererlo. Cuando te enamoras de verdad, esa persona forma parte de tu vida para siempre. Da igual que no sea lo que quieras, que él no te ame a ti, da igual incluso que lo odies.

Trato de darle la vuelta a sus palabras, de encontrar la forma de que no signifiquen que a partir de ahora las manos de cualquier otro hombre me parecerán vacías porque no son las de Ethan.

—Mamá, tengo que colgar —acelero la despedida, arrastrándome por la cama hasta meterme bajo la fina colcha. No quiero seguir hablando.

—Está bien, cielo —responde comprensiva—. Hablaremos mañana.

Cuelgo y el llanto se hace más profundo; trato de limpiarme los ojos, sorberme los mocos y parar, dormir, pasar página de una maldita vez, pero soy incapaz y ya no sé si lloro por mi padre, por Ethan o por mí. Quiero sentirme mejor, pero sencillamente no puedo.

* * *

La semana pasa igual de triste que comenzó. No vuelvo a ver a Ethan y me obligo a concentrarme en el trabajo. El profesor Kenner aún no me ha dicho nada de mi proyecto, lo que

provoca que, cada vez que sale de su despacho, piense que va a acercarse a mi mesa y a ponerme de patitas en la calle. La Lillie de antes habría rozado el brote de ansiedad sólo con pensar en esa posibilidad. La Lillie de ahora sabe que hizo lo que tenía que hacer.

Desde que tomo mi calle desde Amsterdam Avenue, veo un coche que llama inmediatamente mi atención. Es uno de esos sedanes negros que sólo conducen chóferes con un elegante traje. Obvio todos los recuerdos que esa simple idea me produce y trato de buscar una explicación. Está aparcado frente a mi edificio, así que probablemente será de uno de los «novios» de Taylor.

Continúo caminando, pero, cuando alcanzó el primer escalón que separa mi portal de la acera, oigo la puerta del vehículo abrirse y una voz demasiado familiar pronunciar mi nombre. Un escalofrío me recorre la columna. Me giro despacio y veo cómo unos sofisticados Louboutin, seguidos de un aún más elegante vestido de Chanel, salen del coche y Nadine Barnett camina hasta colocarse frente a mí.

—Buenas noches, Lillie —me saluda.

Aprieto los labios. Odio que sepa mi nombre. No es una buena persona y parece disfrutar con ello.

—¿Qué quieres, Nadine?

—Después de estar esperándote más de una hora frente a tu edificio, creo que me merezco un poco más de amabilidad, aunque, por otra parte, tras todo lo que has pasado...

Pronuncia la última frase con un sardónico retintín. La sangre me hierve.

—¿Qué quieres? —repito, y no me esfuerzo lo más mínimo en sonar amable.

—Llegas muy tarde de la universidad, ¿acaso has vuelto a tener alguna visita interesante?

El escalofrío vuelve. ¿Cómo es posible que ella sepa que Ethan vino a verme? Decido que no voy a seguir con este jueguecito. No sé a qué ha venido, pero, sea lo que sea, no me interesa.

—Buenas noches, Nadine —me despido, dando media vuelta y subiendo las escaleras.

—Veo que has aprendido a ser un poco más dura —replica a mi espalda y, aunque no la veo, sé que tiene una taimada sonrisa en los labios—; te vendrá bien.

La advertencia que esconden sus palabras hace que me gire despacio y, como ya sospechaba, su sonrisa llena de malicia me recibe.

—Hay un hombre interesado en contratar tus servicios.

—Yo no trabajo para ti —le recuerdo.

Esto no me gusta. No me gusta nada.

—Este cliente es muy especial —añade subiendo los escalones hasta llegar hasta mí—. No va a pagarte con dinero.

—No me interesa.

Reemprendo el camino. Estoy sólo a unos metros del portal.

—¿Y nuestro querido fiscal general del estado tampoco te interesa?

23

Sus palabras me frenan en seco.

—Todo esto tiene mucho que ver con él —continúa—. Puede perder su carrera. Todo por lo que ha luchado tanto e incluso por lo que ha renunciado a poder estar con una chica como tú. —El corazón me da un vuelco y los nervios tensan hasta el último músculo de mi cuerpo. Nadine hace una pausa, disfrutando de mi reacción—. Nuestro cliente sabe toda su historia contigo, con Ayden, y no dudará en usarla para hundirlo. Querida, los neoyorquinos son muy particulares. No creo que perdonasen a un marido adultero que va a un club de sexo con una prostituta de lujo para compartirla por cinco mil dólares la noche. Suena un tanto frívolo, ¿no crees? —concluye cínica.

No puede ser. No puede estar hablando en serio.

—No te creo —respondo sin girarme, echando a andar de nuevo.

—Pues será mejor que lo hagas y será mejor también que no le cuentes nada de esto a nadie o el fiscal y tú pagaréis las consecuencias. —No quiero, pero vuelvo a detenerme—. Tu cliente te espera mañana en el hotel Pierre a las ocho. *Suite* 2257. Si no vas, acabará con Ethan Anderson.

La cabeza me va a mil kilómetros por hora y la sangre me martillea en los oídos aún más de prisa.

—¿Por qué haces esto?

—Por varios motivos, pero, si quieres el más poético, me limitaré a decir que por venganza. Ethan Anderson me está poniendo las cosas realmente complicadas y todo por la pequeña broma que te gasté diciéndote que había contratado a otra *provider*.

—Eres una persona horrible —le escupo.

—Por eso a la que chantajean es a ti, querida —responde con maldad e ironía bajando las escaleras.

Oigo la puerta del coche cerrarse y al sedán alejarse. Mientras, sigo de pie en mitad de las escaleras, sin poder siquiera moverme.

De pronto parezco recuperar la actividad y salgo disparada hacia mi apartamento. Tengo que pensar. Tiene que haber alguien a quien pueda pedir ayuda. Pienso en Ayden. Recuerdo la conversación que oí a escondidas, él parece saber mantenerla a raya muy bien, pero inmediatamente descarto la idea. Nadine ha dejado muy claro que, si se lo cuento a alguien, Ethan pagará las consecuencias.

Estoy a punto de alcanzar mi rellano cuando veo a Taylor con las dos manos a la espalda,

apoyada sobre mi puerta, haciendo una gran pompa de chicle de fresa.

—¡Soldado Harper! —me saluda incorporándose con una sonrisa—. ¿Dónde te habías metido? Tengo muchas cosas que contarte —añade, y su sonrisa se ensancha.

Yo cabeceo nerviosa.

—Lo siento, Taylor, pero ahora no puedo hablar.

Llego hasta mi puerta, meto la llave y abro sin ni siquiera mirarla.

—¿Qué pasa, Lillie?

Su voz suena preocupada y eso es lo último que quiero, pero no puedo contárselo.

—Lo siento, Taylor, pero no puedo —respondo acelerada y muy muy agobiada.

Entro. Mi amiga da un paso y se queda frente a mí, al otro lado del rellano.

—¿Que no puedes? ¿Por qué?

—Taylor —protesto porque no sé qué otra cosa decir. Esto también lo estoy haciendo por ella. Trabaja para Nadine. No puedo ponerla en su punto de mira.

El corazón me late como si fuese a salírseme del pecho en cualquier momento. Suspiro. No sé qué hacer. Sin que diga una sola palabra más, Taylor parece comprenderlo todo. Entra y cierra la puerta tras ella.

—Dime ahora mismo qué es lo que está pasando, Lillie.

—Tienes que prometerme que no vas a contárselo a nadie.

—No te preocupes.

—Prométemelo —insisto de prisa.

—Te lo prometo, pero habla de una vez.

Tomo aire y prácticamente al mismo tiempo suelto un largo suspiro.

—Nadine me estaba esperando frente a nuestro edificio.

Taylor frunce el ceño, confundida.

—Hay un cliente que quiere verme. No me ha dicho quién —me explico todavía más nerviosa—. Pero, si no acepto, acabará con la carrera de Ethan.

La confusión aumenta en la expresión de mi amiga.

—¿Ethan?

—Ethan Anderson.

—¿El fiscal general del estado?

Asiento.

—¿Y por qué ibas a aceptar salvar a...? —Ella misma se interrumpe, me mira directamente a los ojos y la sorpresa mezclada con la preocupación, incluso con el reproche, se apodera de sus ojos castaños—. Él es el otro hombre con el que te estabas viendo, ¿verdad?

—Sí.

—¡Lillie, está casado!

—¡Ahora lo sé! —me excuso—. No lo supe hasta que ya era demasiado tarde. De todas formas, las cosas no son como crees.

No quiero defenderlo, pero, llegados a este punto, creo que debo poner todas las cartas sobre la mesa. Le hablo sobre Brooke, sobre todo lo que me dijo Eon. También le cuento que me he enamorado de él y que, hasta que oí aquel «soy la señora Anderson», creía que podríamos ser

felices.

Taylor suspira y se deja caer sobre el respaldo de mi sofá.

—Que le den —dice al fin.

—Taylor —me quejo.

Mi amiga vuelve a incorporarse y se arrastra por el tresillo hasta sentarse prácticamente en el borde, donde ya estoy yo.

—Lillie, no puedes ver a ese tipo.

Sé que tiene razón y es la elección más lógica, pero sencillamente no puedo.

—No puedo abandonar a Ethan.

—Es peligroso —me recuerda— y, por si fuera poco, vas a hacerlo por alguien que no se lo merece.

Niego con la cabeza.

—Eso no es justo. Puede que me engañase, pero Ethan es un buen hombre. Todo lo que hizo fue por salvar a personas que lo necesitan. Se sacrificó por ellos.

—Entonces, ¿quieres salvar al fiscal, no al hombre?

Aunque es lo último que quiero, el comentario de Taylor me hace sonreír. Sé que sólo lo ha dicho con esa intención.

—Supongo que sí.

—Lo quieres muchísimo, ¿verdad?

—Sí —confieso.

Los ojos se me llenan de lágrimas que no me permito llorar. Taylor suspira y me mete un mechón de pelo tras la oreja.

—Prométeme que no vas a ir —me pide.

La miro. Otra vez todo lo que siento, lo que me gustaría sentir y lo que debería sentir se entremezclan.

—Te lo prometo.

Taylor sonríe con ternura y me abraza, y yo nunca me había sentido tan mal mintiéndole.

* * *

El día siguiente pasa despacio, como si todo a mi alrededor transcurriese a cámara lenta. A las cinco salgo de la universidad, pero no puedo ir a casa. Taylor me está esperando. Me ha llamado media decena de veces y en la última me ha invitado a cenar en su apartamento. Sé que lo hace para asegurarse de que no acudiré a la cita.

No me queda otra que hacer tiempo en una pequeña cafetería. Como me pasó en la oenegé de Eon, pido café sólo para poder calentarme las manos. Estoy muy nerviosa, pero al mismo tiempo tengo clarísimo que esto es lo que debo hacer. Mi corazón ha tomado una decisión y voy a seguirla hasta el final.

Atravieso el vestíbulo del hotel Pierre a las ocho en punto. Tomo el ascensor y subo hasta la penúltima planta. No me fijo en ningún detalle. No quiero nada que después me recuerde este momento. No sé qué me espera tras la puerta de la *suite* y quiero poder olvidarlo en cuanto salga

de aquí.

Llamo a la puerta. Cojo aire. Contengo el llanto. Cierro los ojos y pienso en Nueva York un día de verano: la azotea de un edificio, la brisa llega cálida pero, aun así, refresca y todo está envuelto en un suave silencio.

—Vaya, vaya, vaya.

Su desagradable voz me saca de mi sueño. Abro los ojos y veo a Anthony Prescott al otro lado de la puerta. De pronto todo cobra sentido... cuando lo vi en el despacho de Ethan, todo lo que pasó con el proyecto de Alphabet City y cómo después los descubrí discutiendo a las puertas del Equitable Building. Estoy segura de que Prescott intentó por todos los medios, legales o no, que Ethan diera luz verde a su edificio.

—Entra, por favor —me ofrece echándose a un lado.

Yo lo observo un segundo. Mi cuerpo se niega a colaborar. Es como esas pelis antiguas en las que obligan al condenado a subir a la orca por su propio pie.

«Es hora de ser valiente, Harper.»

Empiezo a caminar despacio. Justo cuando estoy cruzando el umbral, Prescott da un paso hacia mí y su cuerpo se estrecha contra el mío. Un sudor frío me recorre la columna.

—Pienso divertirme mucho —susurra.

Su aliento calienta mi mejilla. Siento náuseas. Mueve la mano y me acaricia la rodilla. El tacto de sus dedos me repele, él me repele. No quiero estar aquí. Doy un paso y me aparto de él.

—Ésa no es la actitud, pequeña —me advierte con un tono suave y taimado al mismo tiempo.

Cierra la puerta. La madera encajando en el marco me sobresalta. Prescott sonríe y anda despacio en mi dirección, disfrutando del nerviosismo y el miedo que él y esta situación están consiguiendo despertarme.

Cuando se detiene frente a mí, me hace un gesto para que camine delante de él. Atravieso el pequeño recibidor y el salón y llego al dormitorio principal.

La azotea de mis pensamientos está en mitad de Alphabet City; puedo ver cada calle, cada rincón... y desde alguna ventana suena *Sex on Fire*,[17] que llega a mis oídos muy suave, casi como si alguien la estuviese susurrando a mi lado.

—Detente —me ordena.

Vuelvo a la realidad.

Prescott me rodea mirándome de arriba abajo. La malicia sigue en sus ojos y en su sonrisa mientras se desabrocha los dos botones de su chaqueta y se sienta en un sillón frente a mí.

—Desnúdate.

Esa única palabra taladra cada centímetro de mi cuerpo. Le pido a mis manos que obedezcan, pero no lo hacen.

—Ahora —me presiona.

Necesito poder hacerlo. Cierro las manos con fuerza. Mi mente vuelve a evadirse demasiado rápido. Pienso en esa azotea. Hay un viejo colchón lleno de cojines. Está atardeciendo.

—No vas a obedecer, ¿verdad? —dice levantándose—. Creo que eso me gusta todavía más.

Me mira directamente a los ojos. El mismo desagradable escalofrío vuelve y, antes de que pueda reaccionar de ninguna manera, Prescott me abofetea, lanzándome sobre la cama.

Siento el sabor metálico de la sangre en los labios.

Prescott se coloca a horcajadas sobre mí, bloqueando mis caderas con sus rodillas. El corazón me retumba en los oídos.

—Me gustan las cosas un poco... —finge pensar la palabra adecuada—... particulares —sentencia al fin.

Trata de agarrarme las manos, pero no se lo permito. Forcejeamos, lo golpeo, pero no le hago daño. Trato de zafarme, pero no puedo. Comienzo a llorar; no es de tristeza, sino de pura rabia e impotencia.

—No quiero follarte. Lo que quiero es que sufras —sisea lleno de maldad, saboreando cada palabra—, para que no quede nada de esa inocencia que tanto le gusta a Anderson. —Logra atrapar mis manos y las retiene contra el colchón con una de las suyas, inclinándose sobre mí—. Quiero que sufras —repite a escasos centímetros de mis labios— y quiero que, cuando te vea, Anderson sufra contigo.

—Eres un hijo de puta —le escupo.

Prescott sonríe encantado con el apelativo y, sin decir nada más, me abofetea otra vez.

Vuelvo a la azotea. Ethan me está llamando. Me lanzo en sus brazos y él me estrecha contra su cuerpo, levantándome del suelo. Me besa. Soy feliz. Con él soy feliz.

—¡Lillie!

Abro los ojos. Estoy sentada en una esquina del kilométrico baño, con las piernas encogidas por mis propios brazos. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí. No puedo dejar de llorar. Siento los ojos hinchados. Los labios salpicados de sangre seca.

—¡Lillie!

No sé cuánto tiempo hace que Prescott se marchó.

—¡Lillie!

Oigo unos pasos acercarse. La puerta se abre.

—Lillie.

Es su voz. Cierro los ojos. Sólo quiero regresar a la azotea con él.

Unas manos acarician mis mejillas. Doy un respingo y trato de apartarme haciendo lo imposible y pegándome aún más a la pared. Sin embargo, casi en el mismo momento, comprendo que sus manos son completamente diferentes. Abro los ojos.

—Ethan —murmuro.

—Lillie —susurra. Tiene los ojos llenos de lágrimas que no se permite llorar mientras me recorre la cara con la mirada—. Ya estoy aquí, nena.

Veloz, se quita a chaqueta y, paciente, me ayuda a ponérmela. Quiero dejar de llorar, pero no puedo.

—Voy a sacarte de aquí —me informa tratando de que su voz suene serena, aunque es obvio que no se siente así en absoluto.

Desliza despacio sus manos por debajo de mis rodillas y tras mi espalda y me levanta con cuidado. Automáticamente escondo la cabeza en su cuello. Estoy en la azotea de un edificio de Alphabet City. Estoy con él.

Salimos a la calle. El aire cálido de mediados de junio me acaricia las piernas, pero no tengo

calor.

—Pero ¿qué coño...? —La pregunta de Ayden se queda suspendida en el aire.

Ethan me mete con cuidado en un coche, pero, cuando siento sus manos separase de mí, un miedo helado me recorre de pies a cabeza y, antes de que sus dedos se alejen por completo de mi cintura, atrapo su mano con la mía.

—Por favor, no...—murmuro sin poder dejar de llorar.

Ethan se acuclilla hasta quedar frente a mí y me enjuga con ternura las lágrimas.

—Eres la chica más valiente que he conocido nunca —dice obligándose otra vez a sonar tranquilo.

—No quería que te ocurriese nada malo.

Traga saliva y me mete un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi? —inquiere forzando una sonrisa que se convierte en un gesto demasiado triste.

—No.

—Quiero besarla para saber si es real, porque es jodidamente imposible que haya una cosa tan preciosa y tan dulce sobre la faz de la tierra.

Ethan sonríe y yo con él, pero a ninguno de los dos nos llega a los ojos.

—¿Vas a ser valiente por mí un poco más? —me pregunta.

—Sí —contesto.

Asiente y se levanta. Cierra la puerta despacio y me observa a través de la ventanilla. Me sonríe de nuevo, esa sonrisa que guarda sólo para mí, sólo que ahora luce demasiado triste, y finalmente se incorpora.

—Llévatela al Archetype —oigo que Ethan le pide a Ayden.

—Pero ¿qué coño estás diciendo? —replica el inglés con rabia—. Tiene que ir a un maldito hospital.

—Llévala al club, joder —ruge.

Lo intento, pero no soy capaz de escuchar el resto de la conversación. A los pocos minutos, Ayden entra en el vehículo, se sienta a mi lado y le pide al chófer que nos lleve al Archetype.

Miro por la ventanilla, pero ya no hay rastro de Ethan.

—Maldito hijo de puta —murmura Ayden entre dientes.

Me giro hacia él. Tiene el puño apretado con rabia sobre la tapicería gris marengo del coche.

Yo estiro la mía despacio y agarro la suya. Ayden me mira, pero yo no lo estoy mirando a él. Mis ojos están clavados en nuestras manos y durante unos segundos ninguno de los dos dice nada, ni siquiera nos movemos. *Young and beautiful*,[18] de Lana del Rey, está sonando en la radio. Me pregunto qué hubiese pasado si me hubiera enamorado de Ayden y no de Ethan. Lillie Harper nunca ha elegido el camino sencillo, ¿verdad?

—Lo siento —murmuro.

Ayden no dice nada. Lentamente va abriendo la mano hasta rodear la mía. Sabe por qué me estoy disculpando. Sabe que estoy enamorada de Ethan. Y sabe también que no es algo que haya elegido yo. Debimos haber mantenido esta conversación hace mucho.

Vuelvo a perder mi mirada en la ventanilla. No sé cómo me siento. Ni siquiera sé cómo

debería sentirme. Estoy rota por dentro.

—Se llamaba Fiona.

24

La voz de Ayden atraviesa el ambiente vacío entre los dos y me sacude. Yo me giro y lo observo con el ceño fruncido. Por un momento no sé si he imaginado sus palabras.

—Es la hermana pequeña de Nadine —continúa—. La conocí por casualidad y, aunque fui tan estúpido de no verlo, me enamoré de ella en ese momento.

Sonríe, como si recordar ese instante en concreto lo llenase de una inmensa paz.

—Yo tenía veintisiete años y ella, veintitrés. —Mi edad—. Empezamos a coquetear y desde la primera vez que la toqué me volví completamente loco. Era divertida, inteligente, dulce y me quería como nunca nadie antes me había querido. Fiona se quedó embarazada. Recuerdo cuando me lo dijo. Lo recuerdo todos los malditos días —sisea furioso, dolido—. Los dos estábamos felices. Esa misma tarde entré en una joyería y compré un anillo para pedirle que se casara conmigo, pero, cuando llegué a su casa, sus padres ya lo sabían todo, aunque Fiona no había dicho nada, y ya habían tomado una decisión. Nunca dejarían que me casara con su hija. Intenté sacar a Fiona de allí, pero su padre nos lo impidió. La abofeteó. Yo perdí el control y acabé dejándolo inconsciente a golpes. Fiona perdió el bebé dos días después.

Ayden se queda en silencio con la mirada fija en algún lugar al frente. Su tristeza, su rabia, su dolor se hacen palpables, como si hubiesen alcanzado un nivel físico, algo que, aunque pasasen cien años, nunca, jamás, conseguiría olvidar.

—Intenté hablar con ella, convencerla de que viniera conmigo, pero fue inútil. Todo el escándalo llegó a la prensa. Mi familia es muy rica e influyente, así que consiguió acallar el asunto. Mi padre vino a buscarme, me dio un cheque de cien mil libras y me dijo que me marchara de Inglaterra y que no volviera a pisar ni su país ni su casa jamás. Respondí que no lo haría, que podía echarme de su casa pero que no podía alejarme de mi familia. Entonces vi a mi madre en el umbral de la puerta, observando toda la conversación. En ese segundo me di cuenta de que estaba de acuerdo con él y de que yo ya no tenía nada. Rompí el cheque y me marché a Nueva York en plena noche.

Lo miro y mi corazón se rompe un poco más. Ésa es su historia. Ayden también ha sufrido, todavía lo hace. Él quería a Fiona, no la abandonó.

—Lo siento, Ayden.

—No te preocupes, chica Hitchcock. Está todo bien —responde con una sonrisa. Es la segunda más triste que he visto hoy.

Llegamos al Archetype en cuestión de minutos. El coche todavía no se ha detenido por

completo cuando veo a Taylor hablando con el portero, moviendo las manos desesperada. Está claro que, sea lo que sea lo que quiere saber, él no se lo está diciendo. Martin está a su lado.

El coche se detiene y Ayden se baja de prisa.

—¿Dónde está Lillie, Ayden? Dime que llegasteis a tiempo —le pide, prácticamente le exige, caminando hacia él. Ya imaginaba que fue la que les dijo dónde estaba y que debían impedirlo —. Ethan Anderson ha entrado en el club más que cabreado hace menos de dos minutos y me ha ordenado que esperara aquí, pero no me ha dicho cómo está Lillie. Quiero saber...

Las palabras se le cortan de golpe al verme salir del vehículo. Se lleva las dos manos a la boca y sale corriendo hacia mí.

—Dios mío, Lillie —dice abrazándome.

—Quédate con ella —le ordena Ayden echando a correr hacia la entrada del local—. No os mováis de aquí.

—Habitación 31 —lo informa el portero imperturbable tras un brevísimo intercambio de miradas.

Ayden le hace un leve gesto con la cabeza y el portero y Martin caminan hasta colocarse a nuestro lado. Estamos flanqueadas. El callejón se queda en el más absoluto silencio. Taylor rodea mis hombros con su brazo y mueve los dedos rítmicamente tratando de reconfortarme.

De pronto se oye un ruido fortísimo al otro lado de la puerta. Los cuatro miramos en esa dirección, pero sólo nosotras lo hacemos asustadas. Otro ruido más.

Otro.

Otro.

La puerta se abre de golpe, el metal cocha contra la pared y Prescott cae al suelo como un saco de boxeo. Ethan se abalanza sobre él. Lo levanta por las solapas y vuelve a tumbarlo con otro puñetazo. Ayden lo alza de nuevo, Prescott escupe sangre y lucha por mantenerse en pie hasta que Ayden lo lanza al pavimento con un nuevo golpe. Le da una patada en el estómago que lo hace girar hasta los pies de Ethan, que vuelve a levantarlo para hacer que se desplome otra vez. Yo observo cada golpe en el más absoluto silencio, sin moverme. Ethan y Ayden me están vengando y, aunque nunca pensé que querría algo así, me siento increíblemente protegida.

Ethan se arrodilla con rabia sobre Prescott, inmovilizándolo entre sus rodillas, exactamente como él hizo conmigo. Le pega uno, dos, tres, cuatro puñetazos rápidos y certeros. Prescott balbucea algo con la cara llena de sangre. Ethan agarra su camisa y lo levanta a la vez que se inclina amenazante sobre él.

—Eres un maldito hijo de puta —ruge más furioso de lo que lo he visto nunca —. Si vuelves a acercarte a ella, acabaré contigo. Me importa una mierda perder todo lo que tengo.

Unas sirenas de policía comienzan a sonar a unas calles de nosotros.

—Ocúpate de ella —gruñe Ethan sin moverse.

Ayden asiente, anda hacia mí y me toma del brazo, obligándome a caminar. Yo doy el primer paso por inercia, pero, en cuanto comprendo lo que quieren hacer, me revuelvo intentando soltarme.

—No —protesto—. No voy a marcharme.

No pienso permitir que la policía crea que Ethan ha pegado a Prescott sin motivo y cargue

con las culpas. Tengo que hablar con ellos.

—Es lo mejor —trata de convencerme Ayden.

—No —repito desesperada.

—Obedece, Lillie.

La voz ronca de Ethan ensordece el ambiente y me detiene en seco.

Yo lo contemplo sin moverse de encima de Prescott, que respira mal bajo él. Su espalda está tensa, todo su cuerpo está en guardia y puedo sentir lo culpable que se siente sin tener que dar un paso más.

—Ethan sabrá apañárselas —dice Taylor.

Entre los dos vuelven a empujarme suavemente. Nos metemos en el coche y desaparecemos de allí en cuestión de segundos. Lo último que veo es el aire teñirse de rojo y azul.

Ayden ordena al conductor que nos lleve al Hospital Universitario Presbiteriano. Yo no puedo dejar de pensar en Ethan.

Después de hacerme media docena de radiografías, un escáner y otras pruebas, un doctor me da dos puntos en la herida de la frente y otros dos en la del labio. Me asegura que los moratones y la inflamación que tengo por los golpes en el pómulo y la sien desaparecerán pronto y me tranquiliza explicándome que la hinchazón del ojo, que prácticamente no puedo abrir, desaparecerá en unos días y no tendrá ninguna consecuencia en mi visión. Me receta antiinflamatorios y calmantes para el dolor de las costillas, aunque, como también me deja claro, a pesar de los alarmantes cardenales en los costados, no tengo ningún hueso roto. Ni Ayden ni Taylor se separan de mí un solo momento.

—¿Estás lista para hablar con la policía? —me pregunta Ayden.

—Sí, pero no sé qué decirles.

—Cuéntales la verdad —replica mi amiga sin asomo de duda—. Tú no has hecho nada malo.

—Pero ¿y si me hacen preguntas sobre la *girlfriend experience?* —inquiero preocupada—. ¿Qué pasará con Ethan? ¿Con vosotros?

Ayden da un largo un suspiro y un paso hacia mí, que sigo sentada en el borde de la camilla.

—Tienes que empezar a preocuparte por ti, Lillie.

—No puedo, Ayden, y creo que tampoco quiero —me sincero encogiéndome de hombros.

Estoy cansada de repetirme a mí misma que soy adulta, de fingir una seguridad que no siento, de culparme por no hablar antes de pensar, como si todo el tiempo tratase de ser otra persona. Soy como soy, para bien y para mal, y no pienso dejar de preocuparme por las personas que me importan, porque eso sería renunciar a una parte de mí. Una vez oí que tienes que amarte tal y como eres y que, si encuentras a una persona que ame lo que ya amas tú, es fantástico, pero creo que no es verdad. Lo fantástico es encontrar a una persona que te mire de tal manera que te haga entender que te ama exactamente como ya eres y te dé la fuerza y la valentía para amarte tú también. Yo he encontrado ese amor, aunque no podamos estar juntos, y he aprendido a quererme exactamente como soy.

Ayden sonríe y me abraza con fuerza. Yo me dejo abrazar, me agarro a su chaqueta y me dejo envolver en toda su calidez.

Aunque el médico, amigo de Ayden, nos ofrece hablar con la policía en el propio hospital,

prefiero ir a la comisaría. Quiero saber qué ha pasado con Ethan.

Ayden parece tener amigos hasta en el infierno. Uno de los sargentos de la comisaría centro sur lo conoce y es el encargado de tomarme declaración. Se sorprende por lo que le cuento, ya que Ethan no ha soltado una sola palabra, pero no pone en duda nada de lo que le digo y me asegura que, a pesar de la horrible situación por la que he pasado, debo sentirme aliviada de que no me agrediera sexualmente de ninguna manera. «Los tipos como Prescott son basura», sentencia. En mi declaración omito cualquier detalle sobre Nadine o la *girlfriend experience* y aseguro que acudí al hotel pensando que sería una cita normal y corriente. No tengo el más mínimo interés en defender a Barnett, pero, si hablo de *providers* y *hobbyists*, meteré a Taylor y a Ayden en un lío, y, con toda seguridad, a Ethan en uno aún mayor. Eso es lo último que quiero.

El sargento me explica que Ethan está encerrado en los calabozos de esta misma comisaría y que, por deferencia y, sobre todo, por seguridad, lo han metido solo en una celda en el subsotano, en lugar de con todos los presos comunes y borrachos, una planta más abajo. Al fin y al cabo, es el fiscal general del estado.

Le pido verlo, insisto casi desesperada, pero siempre me da un «no» por respuesta. Ayden, que ha seguido toda la conversación desde el otro lado del cristal del despacho del sargento, entra al ver lo nerviosa que estoy, moviendo las manos acelerada, tratando de convencer al policía. Me pide que espere fuera. No quiero, pero una sola mirada me sirve para entender que, si quiero ver a Ethan, que Ayden hable con su amigo en privado es mi mejor oportunidad.

Después de diez minutos y de que el sargento niegue con la cabeza una docena de veces, los dos se dirigen hacia la puerta. Ayden me mira y asiente suavemente y yo suelto un suspiro de auténtico alivio. Voy a ver a Ethan.

El policía nos guía por varios pasillos y finalmente llegamos a unas simples y gruesas escaleras de cemento.

—Será mejor que te espere aquí —me dice Ayden.

Yo asiento y sigo al policía. Llego al último escalón y el calabozo entra en mi campo de visión. Ethan está sentado en un banco de madera que rodea todo el lateral de la celda. Tiene los codos apoyados en las rodillas entreabiertas, la mirada al frente. Todo su cuerpo sigue tenso, en guardia, como si siguiese en el callejón del Archetype pegándole a Anthony Prescott. Mi mirada se centra en su pelo castaño siempre indomable, en su camisa blanca y en ese halo de arrogancia y distancia que incluso ahora desprende. A veces creo que habría sido imposible no enamorarme de él.

Termino de bajar las escaleras. El sargento asiente y se marcha. En este lugar la sensación de peligro que siempre he sentido cuando miraba a Ethan se multiplica por mil.

—Hola —le digo deteniéndome a unos pasos de la celda.

Ethan no me mira, pero sé que me ha oído. Su cuerpo me ha respondido.

—¿Qué haces aquí, Lillie?

—Quería ver cómo estabas. —Guarda silencio—. El sargento dice que no has querido contar nada de lo que ha pasado.

Junta las palmas de las manos y las frota despacio en ese gesto tan masculino.

—No quería que tuvieses problemas —suelta al fin.

Trago saliva a la vez que niego con la cabeza.

—No te preocupes. Les he contado lo que ha ocurrido. Prescott está en el hospital, pero ya han mandado allí a dos agentes para tenerlo controlado.

Ethan asiente, pero no dice nada más. Yo clavo mi mirada en mis manos, que se retuercen nerviosas.

—Te estaba chantajeando, ¿verdad? —pronuncio con cautela—, para que permitieses la construcción de ese edificio en Alphabet City.

Asiente de nuevo.

—Nos vio en el club —explica lacónico—. Me amenazó con ir a la prensa.

—Pero tú no aceptaste.

Ethan ahoga una breve e irónica sonrisa en un suspiro aún más fugaz.

—No acepté por ti, para mantenerte a salvo. Puede que parezca un hijo de puta al que lo único que le preocupa es su carrera, pero no lo soy, Lillie —replica dolido.

Ahora soy capaz de ver que lo entristece la manera en la que lo veo, pero a veces no me ha dejado otra opción.

—Me dijo que lo que quería era que sufrieras.

Ethan exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones.

—Sabía cómo hacerlo —sentencia con rabia.

Aún no me ha mirado ni una sola vez y yo necesito que lo haga. Necesito sentirlo cerca de la manera que sea.

—Ethan, por favor —lo llamo caminando la distancia que me separa de la celda y agarrando los barrotes.

Otra vez no dice nada. Ni siquiera reacciona. Yo me quedo quieta, esperando a que me responda algo, a que me mire. Sin embargo, en esta ocasión, creo que, como siempre en realidad, con su silencio, Ethan decide por los dos.

Recojo los pedazos de mi destrozado corazón, giro sobre mis tacones y me dirijo a la escalera.

—Necesito saber que estás bien.

Su voz y sus palabras me hacen volverme de nuevo.

—Yo sólo puedo estar bien de una manera, pero es imposible.

No necesito explicarle cuál es. Él la conoce tan bien como yo, porque le sucede exactamente lo mismo. Sin embargo, también tenemos demasiado claro que esa posibilidad no existe para nosotros.

—Me casé con Brooke porque quería salvar a todas las personas de Alphabet City —dice con la mirada perdida al frente—. No me había arrepentido hasta que te conocí. Ese día comprendí que los había salvado, pero que yo había perdido lo único que me había importado incluso antes de tenerlo.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Mi corazón se rompe un poco más. Ethan mírame, por favor.

—Odiaba compartirte, lo odiaba hasta volverme loco —continúa sonando tan desesperado como se sintió entonces, como si el simple recuerdo lo llenara de una rabia cristalina—, pero no sabía vivir sin tocarte. No sé.

Al fin me mira. Todos los sentimientos se han recrudecido y el desahucio es tan sordo y cortarte que no deja espacio para nada más en sus ojos azul oscuro.

—Ethan —murmuro con la voz rota.

—Te quiero, Lillie, pero nuestra historia tiene que acabarse aquí.

—Lo sé.

Me seco las lágrimas y agacho la mirada. Sin embargo, puedo ver cómo Ethan aprieta la mandíbula con los ojos fijos de nuevo al frente. Él tampoco quiere esto, pero los dos sabemos que no tenemos otra opción. Es la despedida que debimos tener hace mucho, sólo que llega después de demasiadas lágrimas.

—Adiós, Ethan.

Me mira y nos encontramos en mitad de un centenar de sentimientos tristes.

—Adiós, nena —susurra clavando en el fondo de mi alma su indomable voz.

Subo las escaleras despacio, secándome las lágrimas. Se ha acabado y esta vez es de verdad.

Ayden me lleva a casa. Mientras cruzamos Manhattan, trato de dejar de pensar, pero es imposible. Creo que lo mejor es que compre un gato y aprenda a hacer punto cruzado, porque desde este momento mi vida sentimental está muerta y enterrada.

Antes de que el elegante coche de Ayden se detenga frente a mi edificio, ya puedo ver a Taylor sentada en los primeros escalones, esperándome. Al vernos, se levanta y baja hasta la acera.

—¿Vas a estar bien? —me pregunta Ayden.

Asiento.

—Sí, creo que sí.

Prefiero mentir. Tengo la teoría de que, cuantas más veces me lo repita, antes se hará realidad.

—Las cosas se han complicado un poco —dice con una sonrisa.

—Sólo un poco —repito imitando su gesto.

Aunque es lo último que quiero, los dos sonreímos suavemente.

—Si alguna vez me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—Lo mismo digo.

—Adiós, preciosa.

—Adiós.

Voy a girarme dispuesta a marcharme, pero, sin saber por qué, recuerdo la primera conversación que mantuvimos en el Archetype.

—Dijiste que había tres reglas —digo haciéndome eco de mis pensamientos— y sólo me has enseñado dos.

Ayden frunce el ceño, pero casi de inmediato entiende a qué me refiero y una suave sonrisa vuelve a apoderarse de sus labios.

—Nunca renuncies a ti misma. —Asiento, es una buena regla—. Y no necesité decírtela porque sé que jamás vas a dejar de ser como eres. Hoy lo has demostrado, chica Hitchcock, y estoy muy orgulloso de ti.

Mi sonrisa se ensancha. Disfruto de la suya por última vez y me bajo del Aston Martin. Me

recibe la expresión llena de ternura de Taylor. Sale a mi encuentro, me abraza con fuerza y empezamos a caminar hacia nuestro edificio. Decido concederme un último deseo, miro hacia atrás y veo a Ayden observándome desde su deportivo de los años cincuenta.

—Adiós —repite sólo moviendo los labios, mirándome como los chicos miran a las chicas en las películas.

—Adiós —digo sin pronunciar sonido alguno.

Voy a echarlo mucho de menos.

Al final las cosas han acabado como tenían que acabar y he tenido que despedirme de ambos.

Guárdate tus cartas para ti; se honesta con lo que quieres, y nunca renuncies a ti misma. Puede que Ayden dijera que eran tres reglas para aprender a jugar al juego de sexo descontrolado, la *girlfriend experience*, el placer y el pecado, pero yo creo que son tres reglas de supervivencia, para no perderte jamás.

* * *

Los días y las semanas comienzan a parecerse los unos a los otros. Junio termina y pronto lo hará julio.

Un lunes cualquiera regreso a casa desde la universidad. El calor no está dando tregua y el zumbido de los aires acondicionados se oye en cada calle de Manhattan.

Ya a las puertas de mi apartamento, cuando voy a meter la llave en la cerradura, me doy cuenta de que no me apetece estar sola. Miro hacia el rellano de Taylor y automáticamente pienso en comida china y Fizzs.

Subo una planta y llamo un par de veces. Estoy esperando a que me abra, pero entonces recuerdo que hoy Taylor tenía que quedarse en la universidad un par de horas más ayudando a la profesora Dalton a corregir exámenes. Resoplo malhumorada y voy a darme media vuelta cuando reparo en una pequeña tarjeta blanca pillada entre el marco y la madera, junto a la cerradura. La cojo y aprieto los labios al leer «Nadine Barnett» en elegantes letras negras. La giro entre los dedos. Ha escrito «Hotel Plaza. A las 7.00 p.m.». No puede querer nada bueno. Miro el reloj. Aún falta una hora. Es obvio que Taylor no ha visto la tarjeta y, si Nadine ha venido hasta aquí a dejarle el recado, es porque mi amiga no ha respondido a sus llamadas y no ha conseguido ponerse en contacto con ella. Además, sé que Taylor no quiso saber nada más de Barnett después de lo Prescott, incluso se enfadó cuando no quise hablarle a la policía sobre Nadine para protegerlos a ella, a Ayden y a Ethan.

No lo dudo. Me guardo la tarjeta en el bolsillo y bajo de nuevo a mi apartamento. Me pongo el vestido más sofisticado que tengo y me subo a mis Manolo. Sé exactamente lo que tengo que hacer.

El Plaza es el hotel más elegante de toda Nueva York y probablemente del mundo. No puedo evitar pensarlo. Recorro el vestíbulo con el paso firme. Al final, esto sólo es otra parte más del juego. Las personas valientes no lo son porque no tengan miedo, sino porque lo tienen, lo miran a los ojos y le dice «que te den». Y ésa es mi estrategia.

No necesito más que unos segundos para ver a Nadine en una de las mesas del comedor. A

pesar de que, como la última vez que estuve aquí, está lleno, el murmullo de voces continúa siendo suavísimo, como si hubiese una regla no escrita que dice que en el Plaza está prohibido subir el tono, y el mismo cuarteto de cuerda toca una pieza de música clásica.

Al descubrirme de pie frente a su mesa, se sorprende, pero rápidamente carga sus ojos verdes de su displicencia habitual, como si verme aquí fuese exactamente lo que esperase. Yo le mantengo la mirada y tomo asiento cuando el *maître* me retira la silla.

—Dos vinos blancos, Sauvignon Blanc, Château Laville Haut-Brion, 2006, perfectamente fríos.

El empleado asiente y se retira.

—Para mí, agua —replico mientras se marcha.

Nadine me mira y otra vez hay cierto toque de sorpresa en ella.

—¿Qué tal estás, querida? —me pregunta con su tenue acento.

Esa pregunta tiene un clarísimo doble sentido y muchísima malicia. Las dos lo sabemos.

—No he venido aquí para charlar contigo. Aléjate de Taylor —suelto clara y concisa.

Nadine sonríe, tratando de intimidarme. Un camarero se acerca a la mesa y me sirve una botella de San Pellegrino sin gas mientras otro le muestra a Nadine una botella de vino blanco, la abre, se la da a probar y, finalmente, le sirve una copa añadiendo unas gotas de lima.

—Taylor y yo hemos mantenido una relación profesional muy beneficiosa durante años —me recuerda cuando nos quedamos solas.

—Me da exactamente igual. No quiere volver a saber nada de ti. Déjala en paz.

—Vaya —se burla Nadine—, parece que algunas cosas han cambiado por aquí. A lo mejor, incluso te hice un favor mandándote con Prescott.

Mi cuerpo se tensa y de pronto lo recuerdo todo, los golpes, la sangre en mis labios, todo el miedo, pero cabeceo y, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, alejo todas esas imágenes. Sólo ha dicho eso para provocarme, para volver a asustarme.

—Aléjate de ella —repito.

Al ver que su estrategia no ha funcionado, Nadine tuerce los labios apenas una milésima de segundo, suspira sardónica y deja la servilleta de su regazo sobre la mesa.

—Lo siento, querida —dice retirando despacio su silla—, pero no voy a renunciar a una fuente de ingresos sólo porque tú hayas decidido que ya no quieres parecer una chica inocente y desvalida.

Nadine se levanta. No lo voy a consentir.

—Siéntate —siseo.

Nos recuerdo en este mismo salón, conmigo intentando huir y ella dándome la misma orden. Por la mirada que me dedica Nadine, sé que ha pensado lo mismo. Tensa la mandíbula y lentamente vuelve a tomar asiento, cruzándose de piernas en una extensión del primer movimiento.

—Escúchame bien... —me advierte señalándome con el índice, inclinándose sobre la mesa.

—No —la interrumpo—, escúchame bien tú a mí —replico inclinándome también.

No sueno enfadada, por primera vez en mi vida sueno segura de mí misma sin tener que fingirlo, y me gusta.

—Aléjate de Taylor, porque, si no lo haces, iré a la policía y les contaré todo lo que sé sobre ti.

—Tu amiga caería conmigo.

—Eso depende de si les cuento que eres una mujer de éxito con un negocio que bordea lo legal o una *madame* cruel y sin escrúpulos que obligaba a sus chicas a hacer todo tipo de cosas horribles.

Entorna los ojos. Sabe que tiene todas las de perder. Reconoce la jugada porque ella me puso contra las cuerdas de la misma manera dándome a entender cómo vería Nueva York a Ethan si Prescott contaba la relación que teníamos Ayden, él y yo.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba —la desafío—. Si haces algo contra Taylor, Ethan, Ayden o cualquier persona que me importe, me encargaré de que acabes tus días en la cárcel.

Dejo la servilleta sobre la mesa y me levanto bajo su atenta mirada.

—Ahora ya puedes largarte, *querida* —le espeto haciendo hincapié en la última palabra.

Giro sobre mis pasos y salgo del Plaza sin mirar atrás. Cuando pongo los pies en la 58 Oeste, una oleada de nervios recorre mi cuerpo, dejando detrás una sensación de puro alivio. Sonrío. Jamás me imaginé haciendo algo así, pero creo que ya iba siendo ahora. Se acabó el tener miedo.

* * *

El lunes cualquiera se cambia por un miércoles cualquiera. En el momento en el que pensé que todos los días se estaban pareciendo unos a otros, no podía tener más razón.

—¿Quería verme? —digo asomando la cabeza al despacho del profesor Kenner.

—Sí, Lilianne; por favor, siéntate.

Asiento, entro y cierro a mi paso. Me acomodo en la silla al otro lado de su escritorio y lo observo durante unos segundos terminar de escribir unas notas en un examen.

—Te he llamado porque he leído tu trabajo —anuncia prestándome toda su atención— y tengo algunas preguntas.

Asiento de nuevo.

—Lilianne —se toma un segundo para pensar las palabras exactas que quiere decir—, ¿lo que has contado en tu proyecto es verdad?

La Lillie de antes habría dudado, se habría avergonzado. Ahora las cosas han cambiado.

—Sí —respondo sin apartar la mirada.

—Tuvo que ser muy difícil...

—Lo fue, pero también aprendí muchas cosas.

Creo que soy más fuerte y también creo que soy más honesta conmigo misma. Tenemos que aceptarnos como somos, no como los demás quieren que seamos y, sobre todo, tenemos que ser valientes con lo que queremos. Supongo que podríamos decir que es una reinterpretación de las reglas de Ayden.

El profesor sonríe y el gesto me pilla por sorpresa.

—Habría que ser muy estúpido para no darse cuenta de eso.

Ahora la que sonríe soy yo, pero lo hago con cierta tristeza. Puede que haya aprendido muchas cosas, pero todavía no sé pensar en todo lo que viví sin que el corazón me dé un vuelco. Me pregunto si alguna vez podré hacerlo.

«Yo no contaría con ello.»

—Solemos pensar que sólo aprendemos de los errores o del éxito y estamos muy equivocados; lo que nos hace crecer no es la meta, buena o mala, es el camino.

Aprieto los labios sopesando sus palabras. Sería ridículo decir que no fueron Ayden y Ethan los que me hicieron cambiar, pero llevo más de un mes tratando de convencerme de que lo mejor fue que todo se acabara. ¿Cómo puedo aceptar, entonces, que fue bueno para mí? Yo quiero a Ethan, él me quiere a mí y tuvimos que renunciar a estar juntos. La socióloga que llevo dentro me recrimina con la mirada y me obliga a hacerme las preguntas adecuadas: ¿Fue positivo para mí? Sí. ¿Volvería a emprender el mismo camino? Desearía con todas mis fuerzas poder decir que no, pero lo cierto es que volvería a caer una y otra vez porque, aunque fue sólo por un mísero segundo, sentí que le pertenecía a Ethan y que Ethan me pertenecía a mí, y fui feliz. Así que, ¿realmente aprendí la lección? Creo que no. Mi corazón es un pésimo alumno.

—Es un gran trabajo —afirma el profesor, sacándome de mis pensamientos.

—Muchas gracias.

—Pero, para ahorrarnos muchas preguntas y problemas a los dos, voy a seguir fingiendo que tu trabajo es fruto de la investigación bibliográfica y las entrevistas.

Sonrío y asiento por tercera vez.

—Tienes matrícula de honor, Lilianne.

Mi sonrisa se ensancha.

—Enhorabuena —continúa—. La beca es tuya. Oficialmente ya eres alumna de departamento.

—Muchas gracias, profesor.

—Te lo mereces.

Salgo del despacho con la sonrisa en los labios. Al final lo he conseguido. La puerta del departamento se abre y Stuart entra con una caja llena de archivos y sosteniendo el *New York Times* entre los dientes.

—Ya soy oficialmente alumna de departamento —le cuento quintándole el periódico de la boca.

—Enhorabuena.

Camina hasta su mesa y deja la caja. Tiene aspecto de pesar una tonelada.

—¿Sabes? —dice apoyándose con una mano en la mesa y llevándose la otra a la cadera—, una auténtica alumna *oficial* —hace un exagerado hincapié en esa palabra— de departamento iría a comprar Cheez-it a la máquina para celebrarlo. Cheez-it y Pringles —específica encogiéndose de hombros.

Yo lo miro y frunzo los labios.

—¿Eso te ha funcionado alguna vez?

—Bueno, alguna tiene que ser la primera —replica.

Niego con la cabeza conteniendo la sonrisa. Taylor debería aceptar salir con Stuart.

Merecería la pena sólo por desayunar juntos todas las mañanas.

Regreso a mi escritorio y me dejo caer en mi silla. Después llamaré a Taylor. Esta noche cenaremos espaguetis a la boloñesa para celebrarlo.

El profesor Kenner sale de su despacho y, justo antes de marcharse, le pide a Stuart que vaya a la biblioteca a recoger unos libros que necesitará en su próxima clase. Mi compañero de departamento me mira llevándose dos dedos a la frente y pone los ojos en blanco como si estuviese comunicándose telepáticamente conmigo. Yo imito su gesto.

—Lillie, ordena las carpetas de esa caja enorme por mí —digo como si estuviese recibiendo un mensaje directamente desde su cerebro—. Te compensaré con un *muffin* de chocolate.

—Tienes que recalibrarte la telepatía —responde Stuart, ahora imitándome él a mí—, te llegan mensajes de otras personas.

Sonrío, casi río, y se marcha definitivamente.

Ya sola, suspiro, me levanto y me dirijo a esta caja ridículamente grande como para contener sólo papeles. Cojo varias carpetas de la caja y las traslado al archivador. Abro el primer cajón, pero me doy cuenta de que varios dosieres están desordenados. Dejo las carpetas sobre el mueble de metal y saco las dos que están en el lugar equivocado. La puerta del departamento de sociología se abre y creo que dejo de respirar. Brooke Anderson está aquí.

25

—Buenos días, Lillie —me saluda taimada, dando un paso hacia mí.

Cierro el cajón despacio. Trago saliva inconscientemente, pero no me amilano.

—Buenos días, Brooke.

¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere?

—Así que aquí es donde trabajas. No lo imaginaba así —añade, y sé que es otra manera de reírse de mí. No se lo voy a permitir.

—¿Qué haces aquí?

Ella entorna los ojos y aprieta los labios. Sé que me desprecia y no la culpo, pero yo no sabía que Ethan estaba casado y ella debería saber que obligar a otra persona a casarse presionándolo con lo que más le importa es miserable y mezquino.

—Quería verte, Lillie.

—¿Para qué?

—El hecho de que me lo preguntes —dice alzando el dedo, sonriendo cínica y caminando hasta mí— es la mejor prueba de que he hecho bien en pasar por aquí.

No quiero seguir con este estúpido jueguecito.

—Márchate —le pido regresando al archivador.

—Ethan no ha venido a verte, ¿verdad?

Sus palabras me detienen en seco. Recuerdo su «adiós, nena» y el corazón se me para de golpe.

—Supongo que al final no eras tan importante para él.

Cierro los ojos. Aprieto los labios con rabia.

—Márchate —repito clavando mi mirada en la suya.

—Me pidió el divorcio hace cuatro semanas y ese mismo día se marchó de casa. Hoy ha salido la sentencia de divorcio.

Cuatro semanas. Ethan me salvó de mi padre hace poco más de cuatro semanas. ¿Significa eso que la dejó entonces?

—Quería desearte suerte o compadecerme de ti por ser ahora su chica, quién sabe —continúa con una maldad cristalina—, pero creo que ya no podré hacer ninguna de las dos cosas.

—Márchate —repito.

—¿Seguro? Porque creo que...

—Márchate —sentencio y no le doy lugar a una sola duda. La quiero fuera de mi vida ya.

Brooke parece captar el mensaje, porque me fulmina con la mirada y sale del departamento sin decir una sola palabra más.

El corazón me retumba con fuerza contra los oídos. Nerviosa, busco mi iPhone. El revuelo que armo en una mesa de menos de medio metro cuadrado tratando de encontrarlo es buena prueba de cómo me siento ahora mismo. Quiero llamarlo. Quiero hablar con él. No podíamos estar juntos por muchos motivos, pero uno de ellos acaba de desaparecer. Sin embargo, justo antes de deslizar el pulgar por el botón verde, caigo en la cuenta de algo: él no me ha llamado. Ha tenido un mes para intentar buscarme, explicarme que había roto con Brooke... pero no lo ha hecho.

Dejo el teléfono despacio sobre la mesa y clavo mi vista en él.

Han pasado cuatro semanas, Harper. Seguro que tú eres la única idiota que sigue pensando en lo que pasó.

Aprieto los labios. Suspiro. Contengo las lágrimas. No pienso volver a pasar por esto.

Me levanto como un resorte, cojo el móvil y salgo del departamento. Apenas pongo un pie en el pasillo, marco el número de Taylor y comienzo a dar cortos y acelerados paseos de un lado a otro, esperando a que responda.

—Soldado Harper —me saluda.

—Taylor, esta noche vamos a salir.

—Me gusta tu actitud —replica divertida—. Esta noche hay una exposición fotográfica chulísima en una galería de arte en Chelsea. Va a estar genial —canturrea.

—Recógeme a las siete —prácticamente la interrumpo.

—Cuenta con ello. —Mi amiga se toma unos segundos para recapacitar—. Pensaba que tendría que pasar una hora entera convenciéndote. Me lo has puesto muy fácil.

—Soy una amiga maravillosa —convengo encogiéndome de hombros.

Taylor bufa al otro lado y yo le dedico un mohín que, a pesar de no poder ver, estoy segura de que me devuelve.

Nos despedimos y regreso al departamento. Ahora mismo sólo quiero concentrarme en el trabajo.

* * *

Me pongo mi vestido favorito y unos bonitos zapatos. Me seco el pelo con el secador y me moldeo las ondas con los dedos. Rímel, colorete, *gloss*. Necesito verme bien, porque tengo muchas cosas que olvidar y, más que nada, tengo que empezar de nuevo. Si él ha podido pasar página, yo puedo hacer lo mismo.

Llamo a Taylor desde mi rellano y nos vamos a la exposición. Es uno de los locales de moda en Chelsea, el barrio de los ricos, los gays y las galerías de arte por excelencia en Nueva York. Además, Ryan Riley vive aquí. En el taxi, Taylor ha estado convenciéndome para que lo busquemos puerta por puerta y, francamente, me ha parecido un plan excelente.

—Quiero contarte algo —me dice mi amiga mientras entramos en el local. Suena una canción que no reconozco—. Creo que va a alegrarte mucho.

—Claro, cuéntame.

Una azafata nos entrega a cada una un folleto explicativo de la galería de arte en general y esta exposición en particular. Los beneficios de esta noche irán destinados a varias oenegés de la ciudad.

—He colgado oficialmente los hábitos. —Frunzo el ceño, confusa, sin saber a qué se refiere —. Ya no trabajo en la *girlfriend experience* —me aclara impaciente.

Yo sonrío de oreja a oreja y la abrazo con fuerza.

¡Me alegro mucho!

Un grupo de amantes de la fotografía me mira mal por el escándalo que estoy montando, pero no me importa absolutamente nada. ¡Es una noticia fantástica!

—Para —protesta fingidamente displicente.

Me separo y la miro expectante para que me dé más detalles.

—Como ya sabes, después de lo que la impresentable de Nadine te hizo, no podía seguir trabajando para ella. Debimos haberla denunciado o al menos contratar a un par de sicarios para que la enterraran en los cimientos de un edificio en construcción —especifica moviendo el índice y entornando los ojos.

Yo frunzo los labios y asiento. Hemos tenido la misma conversación muchísimas veces. No quise denunciar a Nadine porque habría metido en problemas a muchas personas que no se lo merecían, empezando por la propia Taylor. Mi amiga nunca estuvo de acuerdo, pero fue mi decisión. Lo importante es que Prescott acabó en la cárcel, retiraron los cargos contra Ethan y ningún escándalo salpicó su carrera como fiscal.

—El caso es que trabajé algún tiempo por mi cuenta, pero comprendí que no era lo que quería hacer.

Sonrío de nuevo. Apoyaría a Taylor en cualquier circunstancia y ella lo sabe, pero estoy contentísima de que haya cerrado esa etapa de su vida.

—Y dime una cosa —la apremio mitad divertida, mitad perspicaz—. ¿Que hayas decidido dejar de trabajar tiene algo que ver con cierto chico llamado Eon?

Taylor bufa como si acabara de decir que he ido a una tienda de animales y me he comprado una tortuga voladora.

—Tonterías —se queja.

—Pues la próxima vez dile al señor tonterías que los miércoles no me voy a la universidad a las siete y media, sino a las siete. Lo digo básicamente porque ayer me lo encontré bajando las escaleras con los zapatos en la mano y el pelo mojado.

Mi amiga abre los ojos como platos y su cara se vuelve roja. Yo rompo a reír disfrutando de su reacción. Sí, señor, a eso lo llamo yo que te pillen con las manos en la masa. Taylor me ha contado muchas aventuras y jamás se ha ruborizado. El hecho de que, al hablar de Eon, sí lo haga, sólo puedo significar que con él es diferente, y eso me hace muy feliz. Es un tío fantástico, casi a la altura de mi mejor amiga. No podrían haber elegido mejor.

—Taylor quiere a Eon —comienzo a cantar como si tuviésemos cinco años y estuviésemos en el patio del colegio. Torturarla es divertidísimo—. Eon coge a Taylor de la mano.

Mi amiga me dedica un mohín, exasperada, y yo rompo a reír otra vez.

—Sólo estamos viendo qué pasa —me aclara.

Yo asiento sin borrar la expresión divertida, y un poco burlona, de mi cara.

—¿Y tú qué tal estás? —pregunta.

Me encojo de hombros. En estas semanas he desarrollado la increíble habilidad de poner cara de póquer y fingir que no hablo el mismo idioma de quien quiera que me esté preguntando cómo estoy. El único que consiguió burlar mi inexpugnable defensa fue Stuart, cuando me dijo que era la misma técnica que las chicas usaban con él cuando les pedía una cita. Espurreé mi Coca-Cola *light* por toda mi mesa y estuve riéndome dos minutos enteros.

—Hoy Brooke se ha presentado en mi despacho para decirme que Ethan le pidió el divorcio hace cuatro semanas. Hoy ha salido la sentencia en firme.

Taylor abre los ojos como platos de nuevo. La segunda vez en lo que llevamos de conversación.

—Eso significa que prácticamente la dejó cuando tú...

—Sí —la interrumpo—; creo que, para ser exactos, el día que me salvó de mi padre.

—¿Y no te ha...?

—¿Llamado? —vuelvo a cortarla. Una camarera pasa con una bandeja de copas de *champagne* rosado y, veloz, cojo una. La necesito—. No —respondo después de dar un sorbo.

Mi amiga me roba la copa y se la lleva a los labios. Yo la miro mal, pero ella finge ignorarme mientras pierde su vista en el local.

—Así que por eso estamos aquí, ¿verdad? —comenta.

—Si no me sirves para llevarme a fiestas, ¿para qué me sirves? —bromeo.

Taylor me pellizca en el hombro y yo gimoteo.

—Quería salir —me defiendo—. Ya sabes, empezar a poner en práctica eso de superarlo, pasar página, dejar de ver *Cuando Harry encontró a Sally* comiendo helado con el pijama puesto.

Asiente.

—Siempre puedes tirar la toalla y aceptar vivir en pijama. Claro que tendría que ser un pijama bonito —especifica.

Ahora la que asiente soy yo, fingiendo sopesar realmente la proposición de mi amiga, y menos de dos segundos después las dos rompemos a reír. No sé qué haría sin ella.

—Vas a estar bien —sentencia en cuanto nuestras carcajadas se calman.

La canción cambia y comienza a sonar *I hate u, I love u* ,[19] de Gnash y Olivia O’Brien.

—Eso espero.

Por favor, Universo, échame un cable.

—Y puede que sea antes de lo que piensas —dice Taylor súbitamente con la mirada perdida a mi espalda.

Me giro confusa y no puedo creer lo que veo. Sencillamente no me lo puedo creer.

—Ayden —susurro.

Me mira con sus increíbles ojos azul brillante mientras yo observo su traje gris, su camisa blanca, lo bien que le sienta ser británico.

—No esperaba encontrarte aquí.

—Ha sido por casualidad —me explico sin poder levantar mis ojos de él.

Ayden asiente con una divertida sonrisa y yo no puedo contenerme más. Me cuelgo de su cuello y lo abrazo con toda la fuerza que soy capaz.

—Me alegro tanto de que sigas siendo mi amigo... —susurro sin soltarme.

No lo veo, pero siento su sonrisa expandirse hasta reír. Ayden rodea mi cintura y me estrecha contra su cuerpo, levantándome del suelo. Yo también sonrío. Estoy feliz.

—Lillie.

Cada vez que lo he oído pronunciar mi nombre, mi corazón ha latido más rápido, más fuerte.

Ayden me baja hasta que mis pies vuelven a tocar el suelo y me giro despacio. Ethan está frente a mí, tan increíblemente atractivo como sólo él sabe serlo, pero su pelo castaño está un poco más largo y también un poco más desordenado, como si acabase de pasarse las manos por él; la barba de un puñado de días lo es de unos pocos más, y sus maravillosos ojos azul oscuro siguen siendo los más bonitos que veré jamás, aunque parezcan más cansados y más tristes. Sin embargo, a pesar de todo, su arrogancia sigue ahí. Ethan Anderson nunca dejará de parecerme intimidante en cualquier circunstancia.

—Hola —murmuro confusa y sorprendida y asustada y contenta... y feliz.

Ethan no responde, sólo me observa, y lo que veo en su mirada me parte por dentro. ¿Acaso él no está feliz de verme a mí?

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Ya sé la respuesta, la oenegé de Eon es una de las beneficiarias de esta exposición, pero necesito un tema de conversación. Quiero volver a oír su voz.

Sin embargo, Ethan no dice nada. Me siento como si hubiésemos vuelto de una patada al principio de nuestra historia. Abro la boca dispuesta a decir algo, cualquier otra absurda pregunta que lo obligue a hablar, pero entonces lo entiendo todo. Ha visto el abrazo con Ayden y piensa que estoy con él, que me quedé con él, pero tan rápido como llego a esa conclusión alcanzo otra que me llena de rabia y me entristece a partes iguales: ¿cómo puede pensar que podría estar con cualquier otro hombre? Le dije que lo quería, ¿es que ya lo ha olvidado?

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta con desdén, con arrogancia, pero sobre todo con dolor. Se ahorra la segunda parte de esa pregunta, el «¿con él?»

—No estás siendo justo —replico dolida, haciéndome eco de lo único en lo que puede pensar —. No he sabido nada de ti en más de un mes.

—Hice lo mejor para ti.

—Deja de decir eso. Deja de tomar decisiones por mí —contraataco cansada—. Mi vida es mía y yo elijo quién quiero que esté en ella.

—Y ahora lo quieres a él.

Me obligo a tragarme las lágrimas.

Jamás podría dejar que me tocara otro hombre que no fueras tú, maldito idiota.

—Me abandonaste.

—¡Sólo quería que fueras feliz! —grita furioso, dolido, demasiado triste, acallándonos a los dos—. Acepté la tortura de echarte de menos cada maldito día con tal de que fueras feliz.

El corazón me da un vuelco y creo que también deja de latir.

—Ethan...

—Y ahora estás con él —repite como si no pudiese creérselo del todo.

No me conoce. No confía en mí.

—Supongo que no podemos cambiar lo que somos —digo dolida, sintiendo cómo mi corazón, después de más de un mes, vuelve a romperse en pedazos.

—Joder, claro que no —sentencia lleno de rabia, con el dolor saturando cada letra que pronuncia.

Los dos sabemos lo que esas dos frases, en apariencia tan sencillas, esconden: el hombre arrogante y cruel que engañó a la cría ingenua y descerebrada. Quizá, por mucho que luchemos, no podremos dejarnos de vernos así el uno al otro; entonces, ¿por qué intentarlo? ¿Por qué echarse de menos? ¿Por qué seguir sufriendo? ¿De qué demonios vale cuando nunca vamos a poder ser felices? Clavo mi mirada en mis zapatos y niego con la cabeza. Lo voy a querer toda la vida y nunca podré estar con él. No puedo seguir aquí.

—Adiós, Ethan.

No espero a que diga más, tampoco creo que lo haga, y me dirijo hacia la puerta bajo la atenta mirada de Taylor y Ayden.

Cruzo la sala como una exhalación. Llevaba soñando con volver a verlo más de un mes. Tomo aire para no llorar. No es justo. El amor no es justo. La vida no es justa.

Antes de cruzar la puerta principal, me giro, ni siquiera sé por qué lo hago, pero llego justo a tiempo de ver cómo Ethan lleva la mirada hasta mí con la mandíbula tensa y sus ojos azul oscuro llenos de demasiadas cosas. Ayden le habla a un paso de él e imagino que le está contando la verdad, que no nos vemos desde que me llevó a casa después de la comisaría, que hemos coincidido aquí por casualidad y que no estamos juntos.

Ethan da un paso hacia mí, pero yo lo doy hacia atrás. Mi movimiento lo detiene en seco. Nos miramos a través de la sala que, de pronto, parece vacía, como si las decenas de personas que nos rodean se hubiesen evaporado. Sé que está enfadado, que está triste, sé que quiere cruzar la distancia que nos separa, que quiere besarme. Es otra vez el animal enjaulado peleando por ser libre, pero ya no puedo esperarlo, no puedo luchar por traerlo de vuelta, porque al final es él el que no confía en mí, el que sigue pensando que es mejor que no estemos juntos.

—No —susurra desesperado cuando adivina lo que pienso hacer, pero no tengo otra opción.

Giro sobre mis pasos y salgo de la exposición. Ethan sale corriendo tras de mí. Paro un taxi. Abro la puerta con la respiración acelerada y los ojos llenos de lágrimas. La palma de su mano la cierra desde mi espalda y me obliga a girarme, tomando en el mismo segundo mi cara entre sus manos.

—Lillie, escúchame.

—No —replico zafándome—. ¿Sabes cómo me enteré de que te habías divorciado?

Ethan se queda muy quieto y la rabia y la tristeza se recrudecen en su mirada.

—¡Por Brooke! —grito desesperada—. ¿Por qué no pudiste contármelo, Ethan?

—Porque quería mantenerte al margen. Era lo mejor para ti.

—Deja de decir eso —repito—. Deja de hacerlo, porque no puedes alejarme y después ponerte celoso porque crees que estoy con Ayden.

Ethan aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. Quiere terminar esta discusión de la mejor manera que sabe, pero no voy a consentírselo. Eso se acabó.

—¿Cómo has podido pensar que podría estar con él?

—¡Porque deberías estar con él! —ruge, y él también está desesperado, al límite en todos los malditos sentidos—. Eres jodidamente maravillosa, Lillie, y te mereces a alguien que cuide de ti y te haga feliz. Nosotros ni siquiera llegamos a estar juntos y mira todo lo que has sufrido. ¿Crees que soy tan cabrón como para no comprender que yo tengo la culpa? Llevo un mes volviéndome loco cada maldito día por salir a buscarte, tocarte, besarte, y un maldito mes conteniéndome, repitiéndome cada jodido día que tienes que ser feliz.

—Entonces, ¿qué haces aquí, Ethan? —replico dolida, frustrada, triste—. ¿Por qué has venido a buscarme? ¿Por qué no puedes dejar que me olvide de ti?

No dice nada. Cabeceo. ¡Necesito respuestas!

—¡Contéstame!

—¡Porque te quiero! —grita, y esas tres palabras, una vez más, nos silencian a los dos—. Porque sé que es lo que debo hacer y no es lo que me muero de ganas de hacer.

Las lágrimas me queman los ojos. Yo también lo quiero, pero tengo que protegerme.

—¿Vas a volver a alejarme de ti?

Ethan deja escapar todo el aire de sus pulmones sin levantar sus ojos de los míos. La batalla interna regresa, sólo que ahora no se trata de elegir entre su responsabilidad y yo; ahora están puestos sobre la mesa todos sus miedos, la idea de que no va a hacerme feliz y, contra eso, el querer protegerme. La lucha es clara y el resultado también. Sé que he vuelto a perder.

Agacho la cabeza y una lágrima cae por mi mejilla.

—Lillie —me llama.

—Tienes razón —murmuro sintiendo cómo me voy rompiendo más y más por dentro—. Quizá sólo necesitemos una despedida.

—Lillie —repite, y no sé si es su mantra o una llamada de socorro.

Coloco las manos sobre su pecho y, poniéndome de puntillas, lo beso en los labios. El suave contacto nos pone a los dos al borde del abismo. Ethan me toma de la cadera, me estrecha con fuerza, hace más desesperado el beso, pero al final los dos sabemos que es una despedida.

—Adiós, Ethan —musito contra sus labios, con los ojos cerrados, con su respiración todavía entremezclándose con la mía.

—Adiós, nena —susurra.

Jamás voy a poder dejar de quererlo.

Me monto en el taxi bajo su atenta mirada, bajo todo su control, su rabia, su tristeza, su dolor.

—A Columbia, por favor —digo con la voz rota.

Mis ojos se cruzan una vez más con los más bonitos que veré jamás.

Llevaba treinta y tres días echándolo de menos y todo ha acabado así.

* * *

De vuelta en mi apartamento no me molesto en quitarme la ropa, ni siquiera los zapatos, y

me tumbo en la cama. Había aprendido a no llorar, había aprendido a estar bien, y todo eso se esfumó sólo con una mirada, con oír cómo pronunciaba mi nombre.

Me despierto. Ya es de día y el sol entra, incomodándome, por la ventana. Lo primeo que veo al abrir los ojos es a Taylor rebuscando en mi armario.

—¿Qué haces? —me quejo con voz ronca.

—Buenos días —responde cantarina—. Dúchate y ponte esto —me informa colgando mi vestido rojo estilo años cincuenta de la puerta de mi armario.

Frunzo el ceño, confusa.

—No quiero ponerme ese vestido.

Es uno de mis favoritos, cualquier otro día estaría encantada de llevarlo, pero hoy no me apetece.

—Es el vestido que te pones cuando quieres sentir que estás en una peli de Hitchcock, ¿no?

—Sí, pero...

—Pues no se hable más —me interrumpe dando una palmada. A continuación mira su reloj —. Tienes veinte minutos.

Taylor sale de mi habitación sin importarle el resoplido que lanzo. Yo me dejo caer en el colchón y vuelvo a bufar. No quiero salir de la cama.

—¡Vamos, soldado Harper! —grita desde mi salón.

Resoplo de nuevo y me levanto a regañadientes. Odio mi vida.

Me doy una ducha, me pongo el vestido y, aunque mi primer impulso es ponerme unas chanclas o directamente bajar descalza, me pongo unos bonitos tacones con plataforma. No quiero hacerle un feo a mi vestido... ni tampoco a Taylor, pero sobre todo a mi vestido.

—Estoy lista —protesto más que digo, cruzándome de brazos y plantándome en el centro de mi salón—. No me he maquillado y no pienso hacerlo. Además, es sábado, ¿dónde se supone que vamos? —sentencio malhumorada.

Taylor sonríe, camina hasta mí y, desoyendo todas mis quejas, me saca de mi apartamento y me lleva escaleras abajo.

—¿Adónde vamos? —vuelvo a protestar.

—Cállate —me pide divertida.

Atravesamos el portal y Taylor abre la puerta. Bajamos el primer escalón y se detiene con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué pasa...?

Pero antes siquiera de terminar la frase, la pintada en el edificio de enfrente roba completamente mi atención: «Bienvenida a tu película de los años cincuenta, Lillie».

Miro a Taylor y rápidamente vuelvo a clavar mis ojos en el grafiti, asegurándome de que lo he leído bien.

—¿Qué está pasando? —inquiero atónita.

—No tengo ni la más remota idea —contesta encogiéndose de hombros con la misma sonrisa.

¡Me está mintiendo descaradamente!

Dos mujeres caminan por la calle. Todavía a unos metros de nosotras, sus vestidos despiertan

mi interés y, conforme se acercan, me doy cuenta de que no son sólo los vestidos: los zapatos, los bolsos, incluso el peinado... ¡todo parece sacado de una película de los años cincuenta!

—Señorita Harper —me saluda un hombre, también disfrazado, levantando el sobrero al pasar junto a la escalera.

—¿Cómo sabe mi apellido?

Miro a Taylor de nuevo, pero ella no dice nada, se cuelga de mi brazo y nos obliga a bajar las escaleras y empezar a caminar. A cada paso que doy, estoy más y más sorprendida y no soy capaz de dejar de sonreír. Todas las personas con las que nos cruzamos están vestidas como en la década de los cincuenta, pero no sólo eso, las cafeterías, los escaparates, todo parece salido del decorado de una película de Hitchcock.

¿Qué está ocurriendo? ¿A qué viene todo esto? ¿Quién lo ha organizado? Pero, antes de que pueda contestarme o por lo menos plantear cualquiera de esas preguntas, un precioso coche azul cobalto clásico descapotable se detiene en la calzada junto a nosotras. Conduce una chica rubia con un sofisticado peinado, muy guapa, y a su lado está sentado un hombre que, a pesar de la postura, puede adivinarse muy alto.

—¿Cómo me ha llamado antes? —le pregunta el hombre a la chica.

—Robie, John Robie—responde ella quitándose unos sofisticados guantes blancos—, uno de los ladrones más astutos del mundo, conocido como el Gato.

Pronuncio las dos últimas palabras a la vez que la chica, absolutamente emocionada. Están imitando a los personajes de Cary Grant y Grace Kelly en una escena de *Atrapa a un ladrón*, ¡una peli de Hitchcock!

Miro a Taylor, que me devuelve una sonrisa, y de inmediato llevo mi mirada al coche. ¡Es increíble! He visto esa película una decena de veces en la tele y ahora la están representando delante de mí.

El hombre tira de la mano de la mujer hasta tumbarla sobre la tapicería blanca del coche y le da un beso espectacular.

—¿Y para esto me has hecho venir aquí? —pregunta él.

—Tomaremos una copa a las ocho y cenaremos a las ocho y media en mi habitación. Allí seguiremos hablando.

—No iré —responde displicente—. Tengo otra cita.

—Allá donde vayas, haré que te detengan como John Robie, el Gato.

Se miran a los ojos desafiándose en silencio. Es una de mis escenas favoritas. Grace Kelly es valiente, decidida y curiosa hasta el punto de perseguir a un peligroso ladrón.

—A las ocho en punto y sé puntual —le recuerda ella.

—Lo siento. No tengo reloj.

—Roba uno.

Arranca el vehículo y los dos desaparecen calle arriba. Yo empiezo a aplaudir, encantadísima.

—¿Quién ha organizado todo esto? —pregunto sin poder controlar más las palabras—. ¡Es maravilloso!

Taylor vuelve a sonreír, pero no suelta prenda. Tira de mí y continuamos caminando calle

arriba. Suspiro asombrada cuando veo una pequeña mesa y a una mujer y a un hombre sentados el uno frente al otro. Reconozco automáticamente la escena. Están imitando a Eva Marie Saint y otra vez a Cary Grant en *Con la muerte en los talones.*

—¿Suerte? —pregunta él.

—No —responde ella.

—¿El destino?

Niega con la cabeza.

—Los cinco dólares que le he dado al *maître* para que lo sentara aquí si usted venía.

Él sonríe, como sólo Cary Grant sabía hacerlo.

—¿Es una proposición?

La escena termina, pero rápidamente avanzamos hasta otra y después otra y otra. El beso de Kim Novak y James Stewart en *Vértigo*, una asustada Tippi Hedren en la tienda de animales en la que conoce a Rod Taylor en *Los pájaros* o James Stewart de nuevo, mirando angustiado a través de su cámara de fotos, en *La ventana indiscreta.*

¡Estoy feliz! Es como si alguien me hubiese concedido el deseo de atravesar una pantalla de cine. Taylor me pide que continúe caminando y las mariposas se levantan haciendo tripes mortales en mi estómago cuando reconozco la siguiente escena. Son Tippi Hedren y Sean Connery en *Marnie, la ladrona*. Ella está asustada por la tormenta y él la protege y acaba besándola para calmarla, pero también porque no aguanta un solo segundo más sin tocarla.

Mi escena favorita de mi película favorita.

—Lillie.

Su voz. Siempre será su voz.

Me giro despacio y Ethan está frente a mí. Tan guapo como siempre. Tan arrogante. Tan distante. Todo lo que es. Todo lo que adoro que sea.

—¿Por qué has hecho todo esto? —pregunto.

Sé que ha sido él. No necesito preguntarlo.

—Sólo quería que vivieras tu sueño.

Asiento a la vez que trago saliva conteniendo las lágrimas. Es una buena respuesta.

—¿Por qué?

—Porque tú eres el mío.

Sus ojos se vuelven un poco más azules y todo lo que siento por él brilla con fuerza. No me puedo creer que haya hecho algo así por mí.

—Puede que haya tardado demasiado tiempo en comprenderlo, pero no quiero alejarte de mí. Y ayer estaba muerto de miedo pensando que había cometido el mayor error de mi vida diciéndote adiós. No necesitamos una despedida —dice con una seguridad atronadora—. Necesitamos un comienzo, porque no pienso despedirme de ti jamás.

—Ethan...

No sé qué pensar, qué hacer, qué decir. Todo esto es precioso, pero no cambia las cosas. Me ha hecho demasiado daño. Las palabras no pueden borrarlo todo.

—Te quiero, Lillie.

¿O sí?

Mi corazón se rearma, se hincha con todo el amor que siento por él y late con fuerza.

Ethan cruza la distancia que nos separa y toma mi cara entre sus manos.

—Te quiero, nena —susurra contra mis labios.

Sonrío. Me besa.

Tres palabras pueden cambiarlo todo.

Me estrecha contra su cuerpo y yo nunca me había sentido tan feliz. Sencillamente estoy en el único lugar en el que deseo estar.

—Te quiero —repite.

—Te quiero.

Ethan sonríe y vuelve a besarme. Ya no hay miedos, no hay secretos ni batallas. Sólo estamos aquí, él y yo. Sólo somos un chico demostrándole a su chica todo lo que significa para él con un beso de película.

Epílogo

Entro, cierro con cuidado y dejo la bolsa junto a la puerta. Me quito la chaqueta cambiando el correo de mano mientras atravieso el pequeño pasillo y me remango la camisa blanca. Suena *Slow and Steady*,[20] de Of Monsters and Men, desde algún punto de la casa. Me gusta esa canción. Habla de dejar atrás el pasado, de agarrar con fuerza lo que quieres.

Sólo puedo pensar en ella.

Llego al salón y me quedo paralizado cuando la veo sentada en el suelo, señalando puntos con un rotulador rojo en un enorme mapa de Manhattan, tarareando la canción. Han pasado tres semanas desde que le dije que la quería en mitad de la 115 Oeste, pero la inquietud, la adrenalina corriendo por las venas cada vez que la veo aquí, en mi casa, en mi cama, sigue siendo la misma.

En los pocos metros que tengo que recorrer aprovecho para fijarme en cómo el sol incide en sus pies descalzos y en sus preciosas piernas, en mi vieja camiseta de Columbia sobre su cuerpo y en su cuello salpicado por un par de mechones.

La vi y la deseé. La toqué y me volvió completamente loco.

Lillie alza la cabeza y, al reparar en mí, sonríe y me hace un gesto con la mano para que me acerque. Yo dejo la chaqueta sobre uno de los taburetes de la barra de la cocina, me quito la corbata y me desabrocho los botones plenamente consciente de que ella está siguiendo todos mis movimientos con una mirada que se empieza a despertar hambrienta y sexy, sin saberlo, y completamente adorable. Una vez leí en un artículo que los trajes son para las mujeres lo que la lencería es para los hombres. No podían tener más razón. Son una jodida arma.

Comienzo a mirar el correo, haciéndola sufrir un poco. Ella frunce los labios y yo lucho por contener una sonrisa. Torturarla es casi tan bueno como tenerla debajo de mí... sólo casi.

Una carta llama mi atención. Tiene el nombre de Lillie y nuestra dirección escrita a mano. La giro y tuerzo el gesto al comprobar su nombre en el remite. La miro, por un momento pienso en tirar la maldita carta a la basura, pero ella ya me observa a mí. Se levanta despacio y camina en mi dirección.

—Ethan Anderson, eres el peor novio del mundo —se queja deteniéndose frente a mí y poniendo los brazos en jarras—. Todavía no has dicho «hola» y no me has dado un beso.

Le dedico mi media sonrisa.

Acabas de darme la excusa perfecta, nena.

La estrecho contra mi cuerpo y la beso con fuerza. Lillie gime contra mis labios y, lo que era una estrategia para distraerla y no tener que darle la carta, se me va claramente de las manos.

Tiro el correo y la llevo contra la pared. Con ella siempre es así, esa desesperación por besarla, por sentirla más cerca, mejor. Nunca voy a tener suficiente de ella. Es como estar a oscuras y, de pronto, encontrar la jodida luz.

Cuando nos separamos, atrapo sus preciosos ojos azules con los míos y ella sonríe.

—Hola —murmura.

Joder, con esa sonrisa podría iluminarse todo Manhattan.

—Hola —respondo.

Creo que es el mejor «hola» que me han dado nunca.

Yo sonrío, esa sonrisa que sólo ella y toda esa inocencia saben despertar en mí, y me inclino sobre mi chica. Estoy muy cerca de sus labios cuando Lillie los entreabre instintivamente y cierra los ojos a la vez que su respiración se acelera. Yo me detengo cerca, muy cerca.

—Créeme, el próximo «hola» va a ser todavía mejor —susurro con la voz ronca.

Su cuerpo se revoluciona en busca de lo que sólo yo puedo darle. Sonrío de nuevo. Consigue que me sienta invencible. Entonces decido apartarme sin darle su recompensa y me dirijo hasta la nevera. Lillie bufa decepcionada.

—Eres un malnacido —protesta.

Joder, torturarla es lo mejor del maldito universo.

Cuando recupera la compostura, se separa de la pared.

—Ven —me pide sonriendo de nuevo—, quiero enseñarte algo.

Le doy un trago a la botella de San Pellegrino sin gas y me dirijo hacia ella. Cuando ve que comienzo a caminar, ella también lo hace y sus pies descalzos se topan con el correo que dejé caer. Tuerzo el gesto. Había olvidado la maldita carta.

—¿Qué es esto? —pregunta curiosa, agachándose.

Recoge la carta y se incorpora. Al girar el sobre y ver el remitente, sonríe y automáticamente yo me pongo de un humor de perros. Esa sonrisa es sólo para mí.

—Es de Ayden —anuncia cantarina.

Lillie es mía y él se marchó a Londres. Sé que no debería preocuparme, que es algo irracional y posesivo, pero me importa una mierda. No soporto a ese imbécil y la sangre me hierve cada vez que ella pronuncia su nombre.

Abre el sobre y saca una tarjeta. Hay un conejo con un esmoquin pintado en ella.

—En este día tan especial —lee—, felicidades te quiero mandar —concluye, abriéndola y sonriendo cuando el mismo maldito conejo enseña un ramo de flores.

Antes de que pueda controlarlo, algo a medio camino entre un gruñido y un bufido se escapa de mis labios. Lillie me mira y su sonrisa se transforma en una mucho más impertinente.

—Sólo es una tarjeta —me hace ver sin molestarse en disimular la gracia que le hace verme celoso.

—Es una tarjeta del imbécil de Morgan —replico.

—No es ningún imbécil.

—Tienes razón, es un británico imbécil.

—Ethan —me reprende.

Yo me encojo de hombros. No tengo la culpa de que Ayden Morgan sea un completo

gilipollas y no pienso disculparme.

—Sólo quiere felicitarme —me recuerda.

Me acuerdo de por qué e inmediatamente sonrío. No podría estar más orgulloso de ella. La universidad la ha elegido como una de las diez alumnas de departamento más prometedoras. Su proyecto sobre las nuevas tendencias sexuales y la valentía que tuvo al contar todo lo que vivió hizo que todos se dieran cuenta de su gran valía profesional. En la cena de esta noche anunciarán oficialmente a los alumnos premiados.

—Además, si no fuera por él...

Lillie levanta las cejas y yo me humedezco el labio inferior, amenazante. Sé que lo dice porque, en la galería de arte, él fue quien me explicó que no estaban juntos. Odio pensar en aquel maldito día.

—Tampoco le habría valido de mucho —replico reconduciendo también mis pensamientos —. Te habría buscado y te habría llevado conmigo aunque hubieses estado casada con el mismísimo rey de Inglaterra.

Lillie intenta disimular una sonrisa y fracasa estrepitosamente.

—¿Ah, sí?

Asiento y doy un amenazante paso hacia ella.

Nada me habría separado de ti, nena.

—No olvides lo bien que se me da cargarte sobre mi hombro y llevarte donde quiera.

Su boca se curva de nuevo hacia arriba, pero otra vez trata de ocultarlo, en esta ocasión mordiéndose el labio inferior. Me vuelve loco que haga eso. Me está diciendo sin palabras que está al límite, a punto de dejarse llevar donde yo quiera hacerlo.

—También se te da bien montar representaciones de películas de Hitchcock en plena calle —murmura.

Quiere seguir jugando, pero su cuerpo está a punto de tomar el control.

Me detengo frente a ella. No digo nada. Quiero ponérselo difícil. Alzo la mano, deslizo la camiseta de Columbia por su hombro y deposito un suave beso en la piel que acabo de descubrir. Un dulce gemido se escapa de sus labios. Joder, ese simple sonido me la pone dura de golpe.

—Nunca pensé que harías algo así —se obliga a pronunciar—. Ni siquiera... —le doy otro beso y sus palabras se evaporan en un nuevo gemido. Me lo estoy pasando en grande—... me llamabas chica Hitchcock.

—No necesitaba llamarte así —replico arrogante, mucho.

—¿Por qué?

—Porque estabas tan enamorada de mí que, con sólo susurrar un «nena», ya te tenía exactamente donde quería.

Lillie abre la boca escandalizada y yo no puedo evitar sonreír.

—Eres un maldito descarado —se queja.

—No deberías ponérmelo tan fácil.

Ella entorna los ojos y trata de alejarse de mí, pero, antes de que pueda conseguirlo, la atrapo entre mis brazos y vuelvo a besarla.

—Te quiero —digo sabiendo que esas dos palabras van a hacer que me salga siempre con la

mía.

Lillie se queda muy quieta y, despacio, su cuerpo va acoplándose al mío.

—Te quiero —responde mirándome a los ojos, dejándome ver todo lo que quiera en los suyos.

Acabo de darme cuenta de que la historia es completamente al revés. Esas dos palabras conseguirían que hiciera cualquier cosa por ella.

—Estoy marcando en el mapa todos los sitios que tienen que estar cerca de nuestra casa —dice tratando de reconducir la conversación y a nosotros—: tu trabajo —específica, y de reojo puedo ver el Equitable Building rodeado por un grueso circulo de rotulador rojo—, el mío, la casa de Luke, la de Taylor.

—Teniendo en cuenta que mi trabajo está en la zona sur y la universidad en la zona norte, va a ser un poco complicado encontrar algo que esté cerca de los dos sitios.

Lillie finge sopesar mis palabras.

—Pues, entonces, creo que no vamos a tener más remedio que quedarnos aquí —concluye colocando sus manos sobre mi pecho.

Desde que la oí decirme que me quería rodeado de todos aquellos actores vestidos como en las películas de Hitchcock, no pude pensar en otra cosa que no fuera tenerla debajo de mí, en una cama, así que la traje al apartamento de Alphabet City, donde me mudé después de pedirle el divorcio a Brooke. En teoría iban a ser sólo unos días, pero a los dos nos encanta estar aquí. Es la casa en la que crecí y, ahora que ella está dentro, es mi hogar.

Sonrío de nuevo y la beso. Mis labios la devoran despacio, torturándola, y ella gime contra mi boca.

Ya no puedo más.

Mis manos se pierden bajo su camiseta y la tumbo suavemente en el suelo, sobre el mapa.

—¡Vas a romperlo! —se queja entre risas.

Pero no me importa absolutamente nada, pienso follármela sobre la ciudad de Nueva York.

* * *

—Ya casi estoy —grita desde la habitación—. Sólo me queda elegir los zapatos.

Sonrío. Voy hasta el vestíbulo y recupero la bolsa que traje. Saco la caja y la coloco con cuidado sobre la barra de la cocina. La abro para asegurarme de que todo está como tiene que estar y vuelvo a cerrarla.

Mi sonrisa se ensancha.

No han pasado más que un par de minutos cuando oigo el repiquetear de unos tacones contra el parqué.

—Estoy lista —me anuncia con una sonrisa.

Yo alzo la cabeza y la recorro de arriba abajo. Los zapatos, el vestidito de niña buena y el pelo recogido. Joder, quiero follármela otra vez.

El regalo, capullo, me recuerda mi cerebro. Aunque siempre puedo dárselo después de habérmela follado sobre la encimera.

«Gilipollas.»

—¿Nos vamos? —pregunta al ver que no he dado un solo paso.

—Tengo algo para ti —la informo.

Lillie frunce el ceño. Yo señalo la caja sobre la isla con un leve gesto de cabeza y sus ojos se abren como platos cuando lee el nombre de Manolo Blahnik en ella.

—¿Qué? —inquiere asombradísima—. ¿Es un regalo? ¿Para mí?

Sonrío de nuevo. Es la chica más adorable de todo el jodido universo.

—¿Por qué no dejas de preguntar y vienes a abrirlo?

También es la persona más curiosa que he conocido jamás. Nunca deja de preguntar, de investigar, de querer saber más. Si hace unos meses me hubiesen dicho que acabaría con una chica así, los habría mandado al diablo, pero lo cierto es que ahora no podría ser más feliz. Adoro que luche, que no se rinda, que no me dé por imposible. Desde que la conocí, he tenido un miedo sordo y cortante a perderme en esa persona que me obligué a ser y no poder encontrar el camino de vuelta a casa; ahora sé que Lillie nunca lo permitiría. Ella es mi maldita luz.

Adoro que sea exactamente como es.

Se acerca a la caja despacio y la estudia con la mirada ilusionada y una sonrisa de oreja a oreja antes de atreverse a tocarla.

—¿Acaso vas a pedirme matrimonio como Big a Carrie en «Sexo en Nueva York»? —bromea cogiendo la tapa de la caja y tirando hacia arriba.

Me encojo de hombros, displicente.

—Digamos que yo soy un poco más clásico.

Lillie abre la caja y su expresión cambia por completo y vuelve a llenarse de toda esa sorpresa mezclada con la curiosidad y la emoción más puras. Mi sonrisa se ensancha. Sé que no ha sido por los zapatos.

Con cuidado, como si fuera la cosa más frágil del mundo, mete la mano y saca despacio una pequeña cajita cuadrada, azul celeste, con un lazo blanco y las inimitables letras de Tiffany & Co. grabadas en ella.

—Esto es... —comienza a decir, pero no sabe cómo seguir.

Yo le quito la caja de las manos, rodeo la isla y me coloco frente a ella bajo su atenta mirada.

—La primera vez que me casé —comienzo a decir— no hubo nada de esto. No hubo anillos, ni le pedí matrimonio. Sólo firme un papel en el despacho de su padre y un juez de paz nos casó en la sala de reuniones.

Recuerdo aquel día. Sabía que hacía lo que debía, pero al mismo tiempo estaba más enfadado que en ningún otro momento de mi vida. Nunca he sido una persona demasiado sociable, pero aquella mañana la distancia que siempre marco con el mundo se hizo un poco mayor y esa rabia tan cruda se quedó para siempre conmigo. Estaba renunciando a muchas cosas y, aunque la recompensa sería mantener a todos los que me importaban a salvo y poder hacer lo mismo por otras personas, algo dentro de mí no paraba de gritarme que me arrepentiría. Cuando vi a Lillie marcharse de la biblioteca del New York Palace Hotel, la distancia, la rabia y el arrepentimiento por haberme casado con Brooke se recrudecieron hasta dejarme sin aliento.

—Ésta es mi primera vez de verdad, nena, y quiero que sea contigo. No quiero siquiera

imaginar nada de esto si no es contigo.

Abro la caja y los dos sonreímos con la mirada puesta en el anillo. Me arrodillo frente a ella y sus ojos se iluminan.

—Una vez te dije que creía que mi vida era un camino largo y complicado, y todavía lo pienso, pero ahora sé que cada paso que he dado ha merecido la pena porque me ha traído hasta ti. Te quiero, aunque me vuelvas loco y siempre tengas un millón de preguntas —los dos volvemos a sonreír y sus ojos se llenan de lágrimas—, y quiero saber si estás dispuesta a seguir haciéndolo el resto de nuestras vidas. Lilianne Harper, ¿quieres casarte conmigo?

Ella asiente una y otra vez, una lágrima cae por su mejilla y, antes de que conteste y le ponga el anillo, se lanza sobre mí, rodeando mi cuello con sus brazos y hundiendo la cabeza en ellos, y nos tumba en el suelo. Ya no puedo más. La deseo y la quiero y cada segundo que mis manos no están en su cuerpo es una jodida tortura. Cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza.

No sé cuánto tiempo pasamos así, minutos, horas o semanas. No me importa absolutamente nada.

—¿Debo tomármelo como un sí? —susurro contra sus labios.

—Es el mayor sí del mundo, señor fiscal.

Sonrío.

—Te quiero, nena, y te prometo que voy a hacerlo toda la vida.

No necesitábamos una despedida, necesitábamos un principio, el nuestro, éste, y no pienso volver a alejarla de mí jamás.

Biografía

Cristina Prada tiene treinta y tres años y vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música.

Hasta el momento ha publicado ocho novelas que forman parte de las series: «Todas las canciones de amor que suenan en la radio» y «Manhattan Love», así como *Las noches en las que el cielo era de color naranja*, su primera novela independiente que ha visto la luz en papel.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:
https://www.facebook.com/groups/1540181252865091/
Cristina Prada @everysongwhich

Tiaré Pearl nació en Sevilla, está felizmente casada y es pintora autodidacta. Su pasión por la lectura le viene desde niña, pero siempre con un pincel en la mano, hasta que conoció el mundo de la informática y las técnicas de diseño gráfico. Además de la lectura, sus aficiones son el cine, la música, la pintura, todo lo relacionado con el arte y el mundo de los audiovisuales.

Encontrarás más información sobre su trabajo en: https://www.facebook.com/tiare.pearl
https://www.facebook.com/pages/Tiaré-Pearl/217330561778641

Notas

[1] *Dangerous woman*, Copyright: ℗© 2016 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Ariana Grande. *(N. de la E.)*

[2] *Like I’m gonna lose you*, Copyright: ℗ 2014, 2015 Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Meghan Trainor y John Legend. *(N. de la E.)*

[3] *Can’t stop the feeling*, Copyright: ℗ 2016 RCA Records/DreamWorks Animation LLC, interpretada por Justin Timberlake. *(N. de la E.)*

[4] *New Romantics*, Copyright ℗© 2014 Big Machine Records, LLC, interpretada por Taylor Swift. *(N. de la E.)*

[5] *Dirty Paws,* Copyright: ℗© 2012 SKRIMSL ehf Laekjaras 1, under exclusive license to Universal Republic Records, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Of Monsters and Men. *(N. de la E.)*

[6] *Not afraid anymore*, Copyright: ℗© 2017 Universal Studios and Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc, interpretada por Halsey. *(N. de la E.)*

[7] *Love me harder*, Copyright: ℗© 2014 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Ariana Grande y The Weeknd. *(N. de la E.)*

[8] *Up&UP*, Parlophone UK, interpretada por Coldplay. *(N. de la E.)*

[9] *Sex on Fire*, Copyright: ℗ 2008 RCA Records, a unit of SONY BMG MUSIC ENTERTAINMENT, interpretada por Kings of Leon. *(N. de la E.)*

[10] *What a day for a daydream*, interpretado por Vanessa Paradis. *(N. de la E.)*

[11] *Earned it*, Copyright: ℗ 2015 Universal Studios and Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc. © 2015 Universal Studios and Republic Records, interpretada por The Weeknd. *(N. de la E.)*

[12] *Into you*, Copyright: ℗© 2016 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Ariana Grande. *(N. de la E.)*

[13] *Don’t you (forget about me),* Virgin, interpretada por Simple Minds. *(N. de la E.)*

[14] *Step Out*, Copyright: ℗ 2013 Universal Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., Distributed by Universal Music Distribution © 2013 Twentieth Century Fox Film Corporation. All rights reserved, interpretada por José González. *(N. de la E.)*

[15] *Closer*, Copyright: ℗ 2016 Disruptor Records/Columbia Records, interpretada por The Chainsmokers y Halsey. *(N. de la E.)*

[16] *Starboy,* Copyright: ℗© 2016 The Weeknd XO, Inc. Manufactured and Marketed by Republic Records, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por The Weeknd. *(N. de la E.)*

[17] *Sex on Fire*, Copyright: ℗ 2008 RCA Records, a unit of SONY BMG MUSIC ENTERTAINMENT, interpretada por Kings of Leon. *(N. de la E.)*

[18] *Young and beautiful*, Copyright: ℗ 2013 Interscope Records © 2013 Artwork-Warner Bros. Entertainment Inc. Film Photography-Bazmark Film III Pty Limited, interpretada por Lana del Rey. *(N. de la E.)*

[19] *I hate u, I love u,*:):, de Gnash y Olivia O’Brien. *(N. de la E.)*

[20] *Slow and Steady*, Copyright: ℗ 2013 SKRIMSL ehf, under exclusive license to Republic Records © 2013 SKRIMSL ehf, interpretada por Of Monsters and Men. *(N. de la E.)*

La sexy caza a la chica Hitchcock
Cristina Prada y Tiaré Pearl

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Cristina Prada, 2017
© Tiaré Pearl, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-17136-2
Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!